FRANCISCO NARLA



BREO

El celta que desafió a Roma

NARRATIVAS HISTÓRICAS edhasa

BREO

El celta que desafió a Roma

FRANCISCO NARLA

edhasa

OceanofPDF.com

En nuestra página web: https://www.edhasa.es encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta:



Primera edición impresa: mayo de 2023
Primera edición en e-book: mayo de 2023

© Francisco Narla, 2023
© de la presente edición: Edhasa, 2023
Diputación, 262, 2º 1ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright,* bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita descargarse o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. (www.conlicencia.com; 91 702 1970 / 93 272 0447).

ISBN: 978-84-350-4923-8

Producido en España

OceanofPDF.com

Lector, librero, periodista, editor... Han pasado los años, pero sigo pensando lo mismo que al escribir mi primera novela: gracias, muchas gracias por leer estas páginas.

Para mi fiel Dumas. Siempre eres el primero en escuchar mis cuentos. Renco y viejo, sigues dando sin esperar nada a cambio. Gracias.

OceanofPDF.com

Los valles eran trampas y se levantaron los campamentos en los cerros, donde nunca antes se había hecho.
Llegaron refuerzos, tantos que jamás volvió a reunirse tal número de legiones.
Se impartió la orden de matar a cualquiera capaz de sostener un arma.
Pero no se rindieron, preferían quitarse la vida a convertirse en esclavos.
Roma tardó doscientos años en conquistar Hispania. Las rebeliones jamás cesaron...

OceanofPDF.com

OceanofPDF.com

BREO

El celta que desafió a Roma

OceanofPDF.com

El silencio aplastó al niño.

Cuando apartó las manos, los gritos habían terminado. Ya no se oía nada. Ni siquiera el viento se atrevía a susurrar entre las espigas.

Y todo fue silencio. Un silencio que ahogaba, hasta que las risas lo hicieron añicos.

El niño se revolvió entre los tallos. Y vio aquellas risas, lejos, más allá del cereal, apenas franjas borrosas, pero las vio; las risas, las sombras, las espadas, y el brillo de las antorchas.

El mijo, seco y lleno de verano, prendió como yesca. Y el fuego creció. Insaciables, las llamas se tragaron el silencio. Y las risas. Pero no el miedo.

Un cuervo echó a volar con un graznido y el niño apretó los ojos.

No quería llorar, pero, si obedecía, moriría.

Mamá le había dicho que se quedase allí, escondido. Y no se atrevió a desobedecer. No quería que se enfadase. Si se enfadaba, no acabaría el cuento. El de la dama que vivía en el manantial, en la sierra, donde se guardaban las nieves.

Lo había escuchado mil veces. La bella engatusaría al cazador. Lo sabía, pero no quería que mamá se enfadase. Quería escuchar el final. Quería sentirse arropado y dormirse en su voz.

Pero el fuego no conocía aquella historia.

Ya no habría siega. La plantación se convirtió en una pesadilla al rojo vivo. Los granos reventaban. Las chispas revoloteaban, caían y engendraban más llamas. Y el fuego, que tenía prisa, lo engulló.

Se abrazó las rodillas despellejadas. Y tosió. Y vaciló. Y tuvo que rendirse.

–Lo siento –tartamudeó–, mamá.

Y desobedeció.

Escapó, a gatas, arrastrándose como los ratones, que huían despavoridos. Se desolló los dedos, se arañó las manos. Salió trastabillando, sin mirar atrás, temiendo que una flecha le atravesase el corazón. Y tras él, furioso, el fuego rugió.

Corrió hasta la loma y se refugió tras la zarza. La misma que unos días antes le había regalado jugosas moras.

Allí volvió a verlos, al otro lado del fuego. Ya no tenían antorchas, pero seguían riéndose. Se alejaban del horror, satisfechos. Se llevaban su botín: la victoria. Dejaban atrás su legado: desolación.

Y el niño corrió. A su hogar. Hacia mamá.

Cruzó las hileras de piedras, los parapetos y el foso. Pasó junto al madero donde se ataban las riendas, dejó atrás las tallas sagradas. Y llegó a la muralla. Allí, flanqueado por las dos torres, encontró el portón, bajo el enorme dintel del que colgaban los colmillos.

Estaba destrozado. Los troncos, quebrados. Los herrajes, retorcidos. Nadie volvería a cerrarlo.

Y el primero con el que se topó fue con Zainus.

Había luchado junto a papá cuando Segilus mintió a las tribus. Había sido un guerrero del clan y también quien le había enseñado a trenzar las crines de las yeguas.

Se habían llevado su casco, su arma, sus brazaletes. Y le habían cortado la mano derecha, la de la espada.

Y no era el único. Desperdigados, rotos, los cuerpos sembraban la entrada. Habían peleado. Y habían pagado el precio.

Ainvar, sólo un par de estaciones mayor, el primero en presumir de barba, también lo había intentado. Su espada, mellada, yacía a unos palmos. Era el arma de un niño haciéndose hombre, y ésa no se la habían llevado.

Estaban todos muertos. Sólo quedaba el fuego.

Habían arrimado lumbre a los capazos de grano. A los techos, a la paja de las cuadras, a todo lo que pudiera arder. Dragones furiosos, hechos de llamas, reptaban por los muros y rugían sobre las casas.

Consumían los postes, las varas, los juncos. A unos pasos, ardía el taller de Umar, aquel viejuco que tallaba flautas en las ramas de saúco. Ardía el taller y ardía el propio Umar.

Y el niño apartó los ojos del horror.

Y echó a correr. Corrió una vez más.

Corrió entre las casas, junto a las ortigas que brotaban en el umbral de Diviciacus. Pisó las calvas en la hierba, gastada por quienes iban a pedir consejo a papá. Saltó sobre el socavón que había frente al establo del Grueso.

Corrió. Con un brazo en alto, para resguardarse de las brasas. Por el camino de siempre. Como si regresase tras echar una galopada sin permiso.

Pasó junto a la casa de Apanio, que era quien tejía los mejores cestos. Y los cestos estaban en llamas. Y olía a manzanas asadas, porque también ardía el gran manzano frente a la cuadra de Titoz.

Corrió, y el infierno se lo tragó.

Quería escuchar cómo la amada del cazador era embrujada.

–La convirtió en loba, en una loba blanca...

La leñera de la casa de vapor ardía. Más allá, los panes de sal del almacén reventaban entre crujidos.

Corrió. E intentó no mirar.

La pequeña Briga, con sus pecas, con sus trenzas desiguales, yacía junto a las varas de gordolobo. La habían sorprendido mientras la muy golosa recolectaba las ricas flores amarillas.

Corrió. Y mamá no lo riñó.

Mamá estaba allí.

Los dos estaban allí. Junto a la puerta. Y no quiso creérselo, pero allí ardían las pieles, la de un lobo y la de un oso, los centinelas de la familia. Y allí estaban las marcas que papá había hecho según crecían los hermanos. Y, más allá, dentro, el telar de mamá.

Y las llamas lo envolvían todo.

Él había intentado protegerla. Hasta el último momento.

Se habían llevado su cabeza.

El niño cayó de rodillas.

La mano, sucia, tinta de sangre, enseñaba los callos de la espada. Los dedos, recios, contaban otras historias, historias donde no había lobas blancas. Le faltaba el meñique, perdido bajo el hacha de un sureño. Y tenía una cicatriz.

–Me mordió una mula –le había contado en una ocasión.

Sollozó.

–Fue una lanza –le había dicho en otra.

El humo lo apuñaló.

–Me caí de niño, cuando le robaba manzanas a Titoz.

Nunca sabría la verdad. Y, aun así, la conocía bien: era la mano de papá.

Y la mano de papá se había aferrado a algo. Fuerte, curtida, con su cicatriz, sin uno de los dedos, sujetaba un último deseo. Un pajarillo entre espinas. La mano de mamá.

–Al llegar la luna nueva –susurró el niño–, el cazador supo que el plazo se acababa. Debía matar a la loba blanca. La había estado esperando durante nueve días. Nueve días con sus nueve noches, como le había dicho la bella dama de rubios cabellos...

El fuego crecía, y el castro se convertía en ruinas. Su vida se volvía cenizas. Y aquel cuervo arañaba las nubes volando sobre el infierno.

–¡Es una historia estúpida!

Los sollozos trocearon las palabras.

–¡Era una loba! El cazador no la hubiera reconocido, ¡no puede ser cierta!, ¡no...!

Uno de los techos se derrumbó. Salpicó brasas y sopló bocanadas que envalentonaron a otras llamas. Pedazos de los postes salieron disparados. Uno, ardiendo, cubierto de brillantes escamas, le pasó a un palmo.

Tenía que salir de allí. Escapar. Correr una vez más.

–No... –repitió lastimero.

Y sólo le respondió el viejo manzano, que se resquebrajó con un crujido.

No quedaba nadie. O se los habían llevado como esclavos o los habían matado. Nadie soplaría el cuerno por los muertos. Nadie

entonaría los cantos que honraban a los valientes. Nadie llevaría a papá hasta la isla en el gran río para ser entregado a los buitres.

–No –protestó–. ¡Es una historia estúpida!

Entonces lo vio. En la esquina entre la casa y la cuadra. Se habían llevado las ovejas, pero se habían dejado algo atrás.

Una vara de serbal, sobada por las batallas y rematada con una estatuilla de bronce, un jinete que blandía una espada sobre las tres colas de caballo. Las tres crines blancas.

–No –repitió entre dientes apretados.

El niño se acercó. Y algo irrefrenable estrujó su rostro. Tiznada de hollín, marcada por los regueros de las lágrimas, aquella tierna cara se llenó de odio y, en sus ojos, del color del mar, se desató una tormenta.

–¡Nooo!

El grito arrancó algo de sus entrañas y pateó el estandarte con todas sus fuerzas.

–¡No!, ¡no!, ¡nooo...!

Y lo pisoteó. Y maldijo. Y se arrancó los brazaletes, los que papá le había regalado. Y los tiró al suelo.

Uno de los establos se derrumbó. Las piedras de las casas blanqueaban, como en el horno listo para recibir el pan.

Y oyó algo. Gemidos que salían de la cuadra en llamas. Y entró sin pensárselo.

Para llevarse al rebaño, habían matado a la perra. La pobre, con un tajo en el costado, se había refugiado en una esquina con su último aliento.

La lobera, de un gris sucio y revuelto, se había apagado. Y descubrió tras ella a la camada que él mismo había ayudado a nacer. Mamá le había dicho qué hacer, y la perra, agradecida, le había lamido las manos.

Seis cachorros. Dos pardos, que heredaban del padre; otros tres indecisos, con manchas de ambos colores, y el último, el más pequeño, ceniciento, como la madre.

Todos habían muerto, ahogados por el humo. Todos menos uno. El pequeño. Era él quien gemía. Sus zarpas amasaban el pescuezo, pidiendo una leche que no llegaría.

Se acercó. Y el cachorrillo gruñó e hizo ademán de morderlo.

La furia del niño se había desvanecido, ahora sólo quedaba el desconcierto. Y la pena. Una pena honda y amarga.

–Lo sé –dijo al cachorro, que, sin separarse de su madre, lo miraba con suspicacia–, ya lo sé. Yo también.

El perrillo inclinó la cabeza y lo miró.

–Después de tanto esperar. Luchando por no quedarse dormido. El cazador la vio llegar, a la loba blanca...

No quedaba tiempo. Y no intentó coger al lobero. Salió y siguió contando aquella historia.

El cachorrillo lamió el hocico frío de su madre, gimió por última vez y dudó, como lo había hecho el niño. Al cabo, saltó para perseguir los talones de su amo.

–... la loba se inclinó para beber del manantial, y el cazador, a punto de soltar la flecha, vio en sus ojos el reflejo de la luna... Tuvo un presentimiento...

Echó un reojo bajo el flequillo, del color de aquel mijo lleno de verano. El animal lo seguía, a trompicones, con pasos torpes de cachorro. Y procuró no mirar otra cosa que el suelo ante sus pies.

Con el infierno a sus espaldas, sin miedo a la noche, salió del castro y pasó bajo el madero donde colgaban los enormes colmillos.

No advirtió que había alguien más. Quedaba alguien con vida en lo alto de las murallas.

Una forastera.

Y aquel cuervo descendió sobre ella y se posó en el hombro de una capa gastada por los caminos.

De haber mirado, pese a los remiendos, el niño hubiera reconocido la lana blanca. La que sólo podían vestir los miembros de la Orden.

Y la capucha se retiró. Y el resplandor del fuego reveló un millar de arrugas y ojos tan claros como lluvia sobre piedra mojada. Era una anciana. Y una voz vieja le susurró algo al cuervo, algo ajado que escapó con la brisa y sonó a tristeza.

El cuervo graznó una pregunta, y ella señaló.

Hacia el norte. Hacia el océano.

OceanofPDF.com

«Siempre las naciones del norte
y del océano son las más guerreras».

Estrabón, en el libro III de *Geografía*



Allí las montañas temblaban.

Allí moría la esperanza.

Y allí había tres clases de hombres: los muertos, los que agonizaban y los culpables.

Eran las minas más grandes del Imperio. Y en las minas de Astúrica sólo había una verdad: las almas se rompían, y Roma escupía los pedazos.

A veces, pocas, se capturaba una rata y se comía caliente. Otras, llegaban esclavos frescos, y el espanto de los nuevos aligeraba las miserias de los veteranos. Incluso los había con tan pocos escrúpulos como para apostar. Señalaban a su candidato y se jugaban un puñado de migas resecas.

Tarvus, no. Tarvus no apostaba.

Sólo era una sombra del guerrero que peleara contra Segilus y sus mentiras. Pero una sombra que aún respiraba.

De su remesa, y a su llegada alguien habría apostado por él, Tarvus era el único en pie.

–Ése –señaló Ciaxaros con una risilla–. El mequetrefe.

Al menos, Tarvus disfrutaba hoy de una condena al aire libre.

El día anterior los capataces habían abierto las compuertas del dieciséis. Y el dieciséis se había rendido en una avalancha que había arrollado a cuatro desgraciados por los que nadie preguntó. Ahora tocaba acarrear los lodos.

Y, como otros veteranos, piltrafas que ya no soñaban con fugarse, Tarvus había sido asignado a los carros que iban y venían de los lavaderos.

Las sogas abrían las manos más curtidas. Los pies se hundían en barro pegajoso. Las ruedas atrapaban brazos despistados. Y los bueyes, amoscados por el peso, pisaban con sus enormes pezuñas o, de un testarazo, encornaban a quien los guiaba. Y, aun así, era una recompensa, porque podía ser mucho peor. Podía entrarse en las galerías y picar doce horas, tanto como aguantasen las lucernas.

–Te digo que ése, el enclenque...

Tarvus miró por encima del yugo.

Con disimulo, para no llamar la atención de los guardias, Ciaxaros señalaba. Su dedo mugriento apuntaba a uno de los que, cargados de grilletes, llegaban por primera vez al gran lodazal en la boca de las minas. Todos miraban con ojos desorbitados. Los barracones, los legionarios, los canales, los ingenios mecánicos y, más que ninguna otra cosa, las heridas en las montañas.

–El moreno con pinta de vestal. Ése está en su punto –rio entre dientes escasos y podridos–. Blandito y tierno...

Los nuevos frenaron en seco al ver las pilas de cadáveres. El terror clavó sus pies al suelo, y ni uno solo de ellos se movió. Ni siquiera cuando el látigo restalló para arrancar la oreja a un rubio de largos bigotes que se echó a chillar como un gorrino.

Y a nadie le extrañó aquella habilidad endemoniada. El látigo lo manejaba Druso, un veterano de las campañas contra los partos que no había pasado de simple custodio del armamento. Se rumoreaba que había luchado a las órdenes del propio Corbulón y que, al licenciarse, se le habían concedido tierras en la Bitinia, pero que las había perdido a los dados y, tras reengancharse con el rabo entre las piernas, había terminado bajo la bandera de la Sexta, «la Victoriosa», en las minas de Hispania.

Otro aguantó estoico tres latigazos entre los hombros. Y siguieron sin moverse. Hasta que un tercero cayó de rodillas con el gaznate abierto, sangrando a borbotones. Entonces se convencieron todos, incluso el que había perdido la oreja.

–¡Anímate! Ése no pasa de esta noche –aseguró el escita–. Las raciones de mañana...

Tarvus no contestó. Observó al muchacho, arrugó el ceño y se limitó a bajar el mentón. Luego chistó a los bueyes para que se movieran y para que el carro, con su eterno chirriar, los siguiera.

Sin embargo, esa noche, en lugar de derrumbarse para atrapar unas pocas horas de sueño, buscó en los barracones a los recién llegados.

No le costó dar con ellos. Eran los únicos a quienes el cansancio no había vencido. Juntos, en silencio, se amontonaban alrededor de una lucerna como polillas embobadas ante el sebo ardiendo.

Allí estaba. Menudo, de piel olivácea, con un rostro delicado, casi femenino.

Y Tarvus se dejó caer a su lado.

–Trabaja lo suficiente para no recibir latigazos –espetó de mala gana–. Conserva las fuerzas. No cambies tus raciones por un lugar para dormir, todos son igual de malos, y la comida te hará falta. Y lo más importante: no te fíes de los aguadores –recalcó con desprecio, señalando a un grupo que se mantenía apartado–; son los que se han ganado la confianza de los guardas. Chivatos que venderían su alma por unas gachas.

El muchacho lo miró confuso. Tarvus se limitó a apoyarle una mano callosa en el hombro. Luego se levantó.

–Me llamo Ursicenus...

El antiguo guerrero asintió, calló e intentó irse, pero el joven lo agarró por la muñeca.

–Tarvus –refunfuñó sin volverse–. Mi nombre es Tarvus.

Se oían ronquidos y también los quejidos de algún herido. Apestaba a tripas que vaciaban una dieta escasa y a orines de aguas estancadas.

–¿Cuántos años llevas aquí?

–Ni lo pienses, no merece la pena... Te encontrarán, tienen buenos rastreadores. Son unos puercos, ¡bastardos! Han olvidado el nombre de sus padres, pero saben lo que hacen...

Ursicenus quiso interrumpir, pero no pudo.

–Y tanto si intentas escapar como si intentas rebelarte, morirás...

–Prefiero morir luchando –replicó orgulloso–, y no como una vaca en el establo. –Abarcó los barracones con un gesto–. Mejor morir luchando que vivir como esclavo.

Tarvus sonrió. Con tanto cinismo que su rostro se resquebrajó, pero no replicó. Intentó marcharse de nuevo, y el muchacho volvió a retenerlo.

–No podemos rendirnos.

–El valor es inútil. Si escapas o si te rebelas, morirás –repitió–. Y elegirán a diez de nosotros..., y los matarán también, como castigo. Los atarán a las ruedas de los canales, los crucificarán, los encadenarán en

algún cerro para que los osos los destrocen, o inventarán una cafrada nueva. Si lo intentas, matarás a diez de los nuestros...

Ursicenus comprendió la apatía que inundaba el barracón y tragó con dificultad.

–Pero ha de haber alguna esperanza...

Tarvus lo miró con fijeza.

–Aquí la esperanza lleva a la locura.

La expresión del joven rebelaba la lucha en su interior.

–Alguien llamará a los clanes. ¡Y lucharemos! Los echaremos de nuestras tierras.

–Las viejas leyendas están muertas –respondió Tarvus, tajante–. Ninguno de los antiguos reyes regresará. Los lobos –dijo, señalando al exterior de los barracones– han llegado. Y nunca hubo lobos con más hambre que los cachorros de Roma.

Ursicenus sacudió el mentón.

–Turainos lo hubiera conseguido...

Aquellas palabras endurecieron el rostro de Tarvus, y el muchacho, intimidado, calló.

–A mí me capturaron en Lagouzos. A mí y a muchos más. Y yo soy el último con vida que caminó bajo los colmillos... –Se perdió en sus recuerdos–. Hace nueve años –dijo, mirándolo fijamente, contestando al fin aquella pregunta–. Hace nueve años lo perdimos todo.

Incrédulo, Ursicenus titubeó.

–Es agua pasada –se lamentó Tarvus–. No queda honor, los hombres ya no se miden por su coraje... Ahora somos ovejas. Ni siquiera podemos quitarnos la vida con dignidad... Si lo hacemos...

No hizo falta que terminase.

–Las tribus podrían volver a unirse –insistió Ursicenus, testarudo–. Dicen que Breo escapó, que nunca lo encontraron.

Tarvus clavó sus ojos cansados en el muchacho. Más allá. A espaldas del muchacho. En el pasado. Sus manos se cerraron y los nudillos blanquearon.

Temiendo un puñetazo, Ursicenus se encogió.

–Allí...

No terminó. Y no lo hizo hasta mirarse los puños con incredulidad y relajar los dedos con un suspiro amargo.

–Allí no quedó nadie con vida... Ni el más pequeño de los críos de Turainos. Nadie. Sólo fuego.

Ursicenus tuvo que tragarse las preguntas. Aquel látigo, el que se decía trenzado con cueros de camello por los hircanios, aquel látigo restalló en el aire. Y le siguió la voz de su sádico dueño.

–¡Silencio! ¿Os creéis senadores? ¡Aquí no hay leyes que discutir! Aquí se pica y se duerme, se pica y se come, se pica y se caga –sonrió ante sus propias palabras–. ¡Aquí se pica y se calla!

Tarvus resopló, resignado, y no regresó a su lugar en los barracones. Se tumbó donde estaba.

El látigo cortó el aire una vez más.

–¡Mañana os espera un gran día! –se mofó con sorna–. ¡He preparado una sorpresa! He pedido personalmente que envíen rodaballo desde Brigantium. Y también la mejor salsa de pescado. –Se acercó los dedos a los labios, como si los hubiese untado con ambrosía destinada a los dioses–. La misma que mandan al Palatino.

El cuero volvió a restallar.

Y Druso siguió camino, hablando de pavos reales traídos del corazón de Persia, de carne de búfalo conseguida al sur de la Mauritania, de ostras enviadas desde Massilia.

Nadie, pese al hambre, se atrevió a pedirle que callase. Sólo intentaron ignorarlo; no escuchar, no imaginar.

Ursicenus, abatido, también se acostó. Y no advirtió lo que sucedía. Tarvus, en cambio, sí. Tarvus vio aflorar en el rostro del legionario la expresión de un zorro entrando en el gallinero.

Druso miró largamente al joven.

La misma delicadeza que había animado a Ciaxaros a apostar había cautivado al guardia.

El mar se echó atrás, roló sobre sí mismo y embistió las rocas.

Esparció espuma, desperdigó algas, escupió un cangrejo aplastado, que pagó caro el despiste y salpicó agua en todas direcciones. Tanta que empapó la cornisa que recorría los acantilados diez brazas más arriba, y también al lobero que caminaba por ella, al borde del precipicio.

Era del mismo gris revuelto que aquellas rocas viejas. Y, después de sacudirse la mojadura, volvió a su tarea de mirar al océano con suspicacia.

No apartaba los ojos del más grande de los peñascos que, mar adentro, se aguantaba en pie pese al empeño del océano por echarlo abajo. Encaramado en aquella roca estaba su amo.

Los hombros, fornidos, contaban que estaba acostumbrado a nadar. La cintura, apretada, que el hambre tenía confianza. No llevaba otra cosa encima que harapos, un bolsón cruzado al pecho y el hierro que sujetaba en la mano.

O era un loco o era un idiota.

Aun así, loco o no, sabía lo que hacía. Se agarraba como una lapa, se mecía con las violentas olas y, aunque costase creerlo, era capaz de guardar el equilibrio mientras robaba los tesoros que la bajamar había desnudado.

Sus manos volaban, buscaban asidero, rascaban con el hierro y atrapaban los percebes, todo a un tiempo.

Mientras, al borde de los acantilados, bajo las gaviotas que se peleaban por los restos del cangrejo, el perro paseaba arriba y abajo, mirando nervioso las olas mientras su amo faenaba.

Hasta que se quedó quieto, hecho un manojo de nudos, y venteó como si oliese un rastro, alzando la cabezota greñuda y despeinada.

De pronto el viento pareció cansarse y el mar dejó de golpear, como si se hubiese quedado sin resuello. Hasta los pajarracos se olvidaron de chillar, y la más gorda de las gaviotas echó a volar con una pata del cangrejo en el pico.

Entonces el agua se desplomó y el océano entero bramó. Y en el horizonte se elevó una montaña azul y fría.

Y el lobero, tenso como una rama a punto de partirse, empezó a ladrar.

Se había tomado un respiro, pero el océano recuperaba el aliento y reunía fuerzas. Se echaba atrás amasando una nueva estampida, una mayor y devastadora. Un gigante dispuesto a destrozarlo todo.

Sus pies quedaron en seco, enseñando tobillos con heridas nuevas y cicatrices viejas, pero el mariscador mantuvo la calma cuando oyó los ladridos, incluso arrancó otro manojo antes de mirar al horizonte con el ceño fruncido y decidirse a buscar refugio al socaire del roquedo. Porque Suntus le había advertido de que se guardase siempre de la séptima ola, y aquella mala bestia, que empezaba a ocultar el sol, no era una de siete, era una de siete mil.

Parecía imposible, pero siguió creciendo, tomando impulso. Y ya no era una montaña, sino toda una sierra. Enorme e implacable. Un monstruo que se abalanzó sobre los acantilados para convertirlos en gravilla, empujando algas, maderos y, entre los espumarajos, un árbol arrancado de algún bosque lejano.

Estalló en espuma blanca y violencia, con el estruendo de cien truenos, y del tronco no quedaron más que astillas, flotando aquí y allá. Y costaba creer que la misma orilla no se hubiera desintegrado.

Empapado, jadeando, mientras el océano admitía su derrota y las rocas, aún en pie, se sacudían el agua, el lobero volvió a mirar aquel roquedo solitario.

Aguantaban los percebes, las lapas y los mejillones, pero no había rastro de aquel insensato, ni del bolsón ni de su hierro. Y el perro trotó arriba y abajo, inquieto.

Más allá, en una revuelta de los acantilados, había alguien más. Un viajero espigado con ropas ligeras y un zurrón al hombro. Y también miraba embobado hacia aquella roca vacía, con las manos en la cabeza y el rostro ahogado en asombro.

Y ambos, el animal y el hombre, se inclinaron sobre el abismo. Pero sus esfuerzos fueron en vano: la roca continuaba vacía.

El perro domó sus nervios, pero el viajero, espoleado por la curiosidad, se descolgó hasta un saliente y pisó una mata de hinojo de donde, graznando maldiciones, salió volando un charrán. Se llevó tal susto que tuvo que arañar la roca como un gato para no despeñarse, y tan poco le faltó para desgraciarse que, en cuanto recobró el equilibrio, empezó a soplarse las uñas sin apartar los ojos del agua.

En un revoltijo del mar apareció entonces una serpiente. Enorme, culebreando entre la espuma y las astillas. Y al momento, junto a la bestia, algo salpicó con fuerza, y una mano salió del agua para sujetarla sin miedo.

Al viajero se le olvidó continuar soplando. Sólo era una soga.

Tirando de sí mismo, sacudiéndose la mojadura como su perro, el joven se aupó en la peña sin contratiempos. Ni siquiera palpó el bolsón. Se lo veía seguro y tranquilo.

El viajero lo miró entrecerrando los ojos, rebosante de preguntas y, de improviso, se palmeó la frente. Miró al perro, luego al mariscador, y de vuelta al lobero. Y aplaudió emocionado antes de empezar a gritar a todo pulmón.

El joven lo descubrió haciendo aspavientos en el acantilado. Vestía con brillantes colores. Era imposible no verlo chillar como un descosido, pero no entendía una sola palabra y prefirió prestar atención a las olas y los percebes. Tenía prisa, la marea volvería a subir y se lo tragaría todo.

Mientras otro puñado caía en el bolsón, el viajero escudriñaba las rocas. Buscaba un camino por el que descender, pero no lo encontraba. Para bajar tendría que descolgarse por el precipicio y arriesgar los dientes. Aun así, parecía dispuesto a intentarlo con tal de acercarse.

Y no tardó en quedar como una lagartija, en precario equilibrio entre los rastrojos que crecían en la pared, cuando el perro, más atento a lo que en verdad era urgente, se echó a ladrar una vez más.

Tras una breve tregua, a la cuenta de siete, una nueva montaña azul se cernía sobre la costa, dispuesta a pulverizarlo todo a su paso.

El pescador, como la vez anterior, como tantas otras, respiró profundamente y, con parsimonia, descendió por la cuerda hasta quedar bajo el agua. A más de cinco brazas de profundidad.

Vio la ola romper sobre su cabeza, empeñada en desmigar las rocas. Sintió la fuerza de las corrientes, y tuvo que usar las piernas para evitar que lo espachurrasen. No fue fácil, pero, de haberse quedado en la superficie, habría muerto como un cangrejo despistado.

Esperó hasta que el ajetreo cesó y escaló de nuevo, dispuesto a concluir su tarea mientras durase la bajamar. Y antes de arrancar un puñado de percebes echó otro vistazo al acantilado.

El lobero seguía allí, ejerciendo de centinela.

El viajero, no.

Breo pateó con fuerza, maldijo entre dientes y echó la cabeza atrás, para ver la playa.

Aún faltaba un trecho.

En la orilla, Cerno esperaba. Trotaba en la franja donde las olas morían, sorteaba madejas de algas y, de tanto en tanto, hacía ademán de internarse en el agua para echarse a nadar, pero de inmediato gruñía y regresaba a la playa, sin atreverse a más. Sus idas y venidas espantaban a las gaviotas. Y en el cielo, pese al viento, los charranes maniobraban con sus giros alocados, esperando la oportunidad de zambullirse en busca de peces.

Breo nadaba.

Empaquetado en tantos colorines, lo había localizado de inmediato, flotando boca abajo entre las rocas. Y, sin perder más tiempo que el de un juramento, se había atado la cuerda a la cintura y se había echado al agua.

Y había salvado a aquel viajero estrambótico.

Ahora nadaba de espaldas, con un brazo cruzando el pecho del extraño y la mano asegurando la correa del zurrón. Pero el cansancio pesaba. Le hizo falta voluntad para no deshacerse de aquel fardo asustado. Aunque no le faltaron ganas.

Era un guiñapo. Se había abierto la ceja, tenía un ojo hinchado, las lapas habían convertido sus ropas en harapos y, a buen seguro, tenía el cuerpo lleno de cortes. Además, apenas estaba consciente.

Al sujetarlo, se había puesto tan nervioso que a Breo no le había quedado otro remedio que sacudirle un puñetazo. Lo único que se le

ocurrió para evitar que los dos acabaran ahogándose. Ahora empezaba a despabilarse con gemidos lastimeros. Y Breo, temiendo que la pataleta se reanudase, apuró el ritmo.

Se puso en pie en cuanto sintió cómo sus patadas revolvían el fondo, aunque normalmente no lo hubiera hecho. Conocedor como era de las dolorosas picaduras de las fanecas, que, escondidas en la arena, estaban siempre dispuestas a levantar su ponzoñosa aleta en cuanto un despistado les ponía el pie encima. Suponía pasarse un par de días cojeando y, si la espina se rompía y dejaba un pedazo en la carne, podía ser mucho peor. Sin embargo, tras el agónico rescate y haber cargado con el otro más de cien brazas, no le quedó otro remedio.

Con el agua por la cintura, arrastró a aquel tipo extravagante con sus abigarrados adornos de oro. Y lo soltó donde la arena cambiaba de color.

El lobero, gimiendo de puro contento, bajó los hombros, sacudió la cola con fuerza para descoyuntarla y, juguetón, corrió hacia su amo. En un suspiro estaba dando vueltas a su alrededor, ansioso por recibir caricias.

–¿No vas a crecer nunca? –preguntó Breo en cuanto recuperó el resuello–. Te sigues comportando como un cachorro –añadió en tono alegre, antes de dispensarle los cariños que buscaba.

El viajero había logrado ponerse en pie y, pese a la paliza, había echado a correr. A trompicones, gateando cuando se caía, ponía distancia con el mar y se volvía con ojos desorbitados hacia las olas. Hasta que un tropezón lo dejó sentado, y el espanto lo puso a temblar.

–Nunca se mete en el agua –explicó Breo mientras acariciaba al perro–. Cuando era cachorro, un día que buscábamos escondrijos para pulpos –una sonrisa se colgó en sus labios–, perdió pie y se cayó en una poza. Se llevó tal susto que, desde entonces, no ha vuelto a meterse en el mar. Creo que si pudiera aguantarse la sed ni siquiera bebería.

Aquel tipo estrafalario, que incluso se sujetaba las trenzas de los bigotes con arillos de bronce, recuperaba el aliento y, poco a poco, también la confianza. Chasqueó los labios varias veces, llenos de salitre, y, tras un par de intentos infructuosos, logró hablar.

–Creo que yo tampoco volveré a acercarme al mar...

No pudo reírse, sólo toser.

–Mi nombre es Sento –dijo sin incorporarse–. Gracias, muchas gracias...

Breo siguió palmeando al perro, que, incansable, se había hecho con un palo abandonado por la marea y lo mostraba orgulloso.

–Te debo la vida...

Como ni el perro ni el joven le hicieron caso, se apoyó en un codo y los observó. Sus ojos se abrieron, como recordando algo, y se le escapó un gargajo que se convirtió en otra retahíla de toses.

Breo lo interrumpió:

–Acompáñame –ordenó, seco–, nos calentaremos junto al fuego y comeremos algo.

Y tras una pausa, marcando cada palabra, añadió:

–Luego podrás seguir camino.

El tono frío no surtió efecto. El viajero no supo contenerse, como si ya se hubiera olvidado del susto y la mojadura.

–Soy Sento, hijo de Sentus, del castro de Baroña –declaró solemne, intentando arreglarse los bigotes–. Soy bardo –añadió con orgullo– y contaré esta historia, ¡para alabar tu valor! Para que todos conozcan a...

Los jadeos del perro fueron la única contestación.

–Estoy en deuda contigo...

Dejó las palabras en el aire, esperando que un nombre fuera la respuesta.

–No me debes nada –repuso el dueño del lobero.

Y lo hizo despacio, tajante, con una mirada tan fría que un repeluzno trepó por la espalda del bardo.

Rumiando sus preguntas, rascando allá donde le llegaban las manos, como si vistiera un saco lleno de pulgas, Sento siguió al mariscador por la playa sin dejar de observarlo. Caminaba despacio, no acusaba el frío y, a cada poco, sin aminorar el paso, cogía aquel palo y lo lanzaba, para que el lobero saliera a por él como una centella.

El bardo torcía el rostro a un lado y a otro. Intentaba hablar y callaba.

–Peregrino hacia el Fin de las Tierras –dijo cuando ya no pudo contenerse más, porque más bien parecía que las palabras se le escapaban por la boca a codazos–, al oeste, siguiendo el camino de las estrellas. Quiero conocer a los clanes y tribus, y quiero recopilar las viejas historias...

El palo trazó otro arco en el cielo.

–... Puedo tocar la flauta, el cuerno y la lira. Incluso puedo soplar el *carnyx* que insufla terror en el campo de batalla –añadió grandilocuente, atusándose de nuevo los bigotes–. Puedo cantar la gran expedición de Mil, cuando navegó hasta la Isla Verde para hacerse rey. O alabar a Gholam, que regresó de Oriente y encontró deshecho lo hecho por su padre. O puedo entonar las hazañas de Breogán, ¡el gran rey!, el que unió a los clanes bajo un solo estandarte...

Con las últimas palabras, aquel rascar creció tanto que, al mirarlo de reojo, Breo temió que el bardo se despellejase el pescuezo.

–¿Y callarte? ¿Puedes callarte? ¿O es que no sabes mantener la boca cerrada?

Y supo hacerlo, pero se le olvidó a los pocos pasos.

–Vengo del este. He visto con mis propios ojos el castro en la cima del monte Medulio –declaró con enjundia–. He visto el lugar de la leyenda...

Como su discurso pareció no causar impresión, lo recondujo:

–Llevo más de una luna de camino. Y claro que puedo callarme –aseguró con orgullo herido–, sólo he cruzado unas pocas palabras con gentes amables que me han permitido dormir en sus establos o que me han dado comida a cambio de mis historias...

Una ceja alzada lo miró. Y el palo volvió a volar.

Entonces Sento se detuvo. No se dirigían al promontorio que, al otro extremo de la playa, se bañaba en el mar.

–¿Adónde vamos? El castro está allí atrás –aclaró, señalando.

Podía verse la muralla, la empalizada e incluso las columnas de humo que se escapaban de las casas y pintaban el cielo, plácido y soleado, empeñado en contrariar al revuelto mar.

–Estuve allí esta mañana...

Breo no respondió.

Se acercaban a un cantil donde las rocas se enterraban en la playa. Grandes peñas que se habían cansado en su camino mar adentro, incapaces de llegar hasta donde sus compañeras luchaban contra las olas. Dos de ellas dejaban entre sí un recoveco, y allí se levantaba una choza hecha con los maderos que el océano abandonaba en la playa. Más allá, empezaba un bosque espeso que trepaba con prisa hacia las montañas.

Sento miró una y otra vez en ambas direcciones y terminó por seguir hacia la casucha, tras Breo.

–¿Es ahí donde vives? ¿Por qué no en el castro, con los demás?

Y, como tampoco recibió respuesta, se contestó a sí mismo con otro borbotón de palabras:

–¿Es que eres...? Ah, claro, ya entiendo. Tú...

Ni el joven, ni el lobero ni el palo que traía entre los dientes dieron explicaciones al bardo.

A un lado de la cabaña se veía arena removida, apilada en torno a una enorme lona engrasada que cubría algo. También troncos a medio desbastar y pobres trabajos de carpintería, que rodeaban un cepo con un hacha de bronce que había visto mejores tiempos. Y al otro lado de aquellas chapuzas se amontonaban varas de mimbre y un enorme caldero parcheado junto a cubos apilados que apestaban a podrido, de cuyos bordes asomaban manojos de algas y raspas de pescado. Además, había también un cobertizo en el que una cuerda sostenía pieles de todo tamaño, con el inconfundible aspecto de ser descartes, y donde otro cordel aguantaba pulpos puestos a secar. Más alejadas, se apilaban nasas surtidas para la pesca, con diferentes formas y bocas.

Había allí de todo, y nada que mereciese la pena.

La puerta no era más que tablones sujetos con cinchas que servían de bisagra. Y Breo entró con el perro a sus talones.

El bardo quedó fuera, cubierto de dudas, y no supo qué hacer hasta que volvió a mirar la gran lona.

No pudo reprimir su curiosidad y la alzó. Al ver lo que escondía dejó escapar una exclamación y, tapándolo a toda prisa, entró en la choza.

–¿Planeas comerciar con los isleños? –preguntó desde la puerta–, ¿o estás en buenos tratos con los romanos?

En una esquina, la que formaban las propias rocas, Breo soplaba las brasas mortecinas del desayuno e intentaba alentar al fuego para que se agarrase a una piña que había cogido de un cesto desvencijado.

–¿Has mirado bajo la lona?

El bardo se ruborizó como un niño descubierto en una travesura.

–Sólo es un capazo para el grano.

El tono gélido debería haber servido para detenerlo, pero la flagrante mentira espoleó a Sento.

–¿De qué hablas? He recorrido las tierras de todos los clanes. He viajado Minius abajo, y también por el Sar. ¿Me tomas por imbécil? Eso de ahí fuera no es un...

La piña había prendido, y Breo depositó encima recortes de varillas de mimbre.

–Es un capazo –aseguró.

Aquellos ojos, del mismo color que la ola que lo había engullido, aconsejaron al bardo no insistir. La curiosidad lo obligaba a bailar sobre la punta de los pies, igual que si tuviera prisa por salir hasta los arbustos. Pero su instinto le aconsejó callar y, por una vez en su vida, fue capaz de hacerlo.

–Es un capazo –admitió.

–Los percebes me los pagan bien en el castro. Abulus es capaz de tragárselos con cáscara. –Hizo una pausa–. Comeremos gachas de bellota –anunció, arrimando a la lumbre un cacillo renegrido a medio llenar con sobras–. Puedes quitarte la ropa y tenderla en el secadero, pero no mojes los pulpos –advirtió–. Cuando esté seca y hayas comido, te marcharás...

–Conozco a Abulus y a su preciosa hija. Es un jefe fuerte y justo. –Breo lo miró con el ceño fruncido, y el bardo no supo qué le había molestado, pero siguió hablando–: Puedo cantar su historia. A cambio de la hospitalidad de su gente, canté la historia de Tana, la muchacha que descubrió la magia en el muérdago. ¡Me agasajó con un festín!

Pollo asado, jabalí mechado de tocino y un enorme ganso. Además, me permitió dormir en un lecho de lana recién batida, junto al hogar.

Breo lo ignoró. Salió para saltar tras las peñas y encontrar un canal entre las rocas por el que la marea empezaba a colarse. Dejó allí los percebes y regresó para echarse encima un sayo andrajoso que se ajustó a la cintura con un cordel.

–Conocí a un mercader de telas en Xixón que decía hacer una fortuna vendiendo sayos engrasados a las legiones. Me contó que ya no vivía en un castro...

El perro se tumbó. Breo tomó asiento en un tronco tallado para servir de banco y, con un cucharón requemado, revolvió las gachas, antes de añadirles un pedazo de grasa arrancada de un rollo colgado junto al fuego. Al unto le hacían compañía ramas con jureles y caballas. Todo se ahumaba al amor de la lumbre.

Sonriendo, casi conteniendo la risa, Sento cambió de tema:

–¿Sabes la historia de los tres hermanos que querían llevarse a la misma mujer al festival de primavera?

Debía de ser desternillante, porque al bardo le costaba reprimirse; sin embargo, el único que lo miró fue el lobero.

Con las ropas aún empapadas, tomó asiento en aquel tronco y aceptó la escudilla que Breo le ofreció, apenas templada.

–Gracias –repitió–, ya no hay muchos que cumplan las antiguas tradiciones –añadió contrito.

Tras una cucharada, Breo lo miró con la ceja alzada.

–Quizás Abulus no te ofreció pollo asado y jabalí mechado... Y, seguramente, su preciosa hija tampoco –refutó, malcarado.

La vergüenza intentó colorear el rostro del bardo, pero perdió ante los moratones, que empezaban a madurar.

–A lo mejor no fue para tanto –reconoció rascándose el cogote.

–No lo he hecho por las viejas costumbres –dijo, hablando por primera vez en tono amable–. Lo he hecho porque era lo correcto. No podía dejar que te ahogases.

–Y yo, con la bendición de Teutates, te lo agradezco de todo corazón.

Incluso el perro se dio cuenta del cambio de humor, constatado cuando Breo le tendió su propia escudilla y, para asombro del bardo, el lobero no hizo ademán de levantarse, se limitó a repasarse los belfos con la lengua, hasta que un gesto le dio permiso para abalanzarse sobre las gachas.

–Ha de haber algún modo en el que pueda recompensarte –dijo entonces el bardo.

Breo lo miró.

–¿Sabes hacer capazos? –preguntó, enigmático.

–Me temo que no... –dudó.

–Pues yo me temo que no necesito tus cantos sobre los antiguos héroes. Quizá volvamos a encontrarnos... Tengo cosas que hacer –añadió con resolución–. Puedes quedarte hasta que tus ropas se sequen. Luego... márchate.

Breo ya se dirigía a la puerta. El perro ya había salido. Y el bardo supo que era su última oportunidad.

–Los dioses nos regalarán otra ocasión con más ventura. Algún día pagaré mi deuda contigo. Pero no puedo marcharme aún –declaró, sincero–, ni siquiera sé tu nombre...

Se detuvo en el umbral y lo miró con aquellos ojos azules. El bardo temió ver olas tan grandes como las que habían estado a punto de costarle la vida. Sin embargo, sólo vio tristeza.

–No tengo clan. No tengo nombre.

Sento se levantó a toda prisa.

–Hace años que la leyenda corre de punta a punta... Pensé que no era cierta, que no... Pero tú... tienes que ser.

Breo lo interrumpió y volvió el rostro, y un pedazo de aquel mar norteño miró al bardo.

–Yo no soy nadie.

Los había en los valles, los había en las llanuras del Minius, y también en lo más escarpado de las montañas, pero pocos habían echado raíces en un rincón tan suculento como el castro de Fazouro.

En un roquedo, colgado sobre el mar, cerca de un río de aguas limpias, rodeado de fértiles campos, Fazouro se escondía en el cerco de unas sierras que llenaban la comarca de bosques espesos.

El mar proveía pescados y mariscos; los cultivos regalaban cebada, trigo, centeno y habas. En sus montes corrían los caballos salvajes, berreaban los ciervos y pastaban los toros. Y en el río nadaban truchas y salmones.

Y, además de un único acceso desde tierra firme, estaba protegido por una muralla rematada con una empalizada de troncos afilados.

Fazouro podía haber sido un lugar de paz. Lo había sido. Pero los tiempos habían cambiado. Los vientos traían fuego y ceniza, y quienes tenían el don en la Orden vaticinaban días funestos. El ayer se volvía leyenda, el hoy temblaba de miedo, y el mañana albergaba dudas.

Guardando la entrada había dos parejas de centinelas. Tras el portón, que se abría a una amplia calle cubierta con tablones, para que el barro no trabase las botas cuando llovía, otra pareja más. Y, siguiendo ese camino, no lejos de la gran piedra de sacrificios, se llegaba al umbral de la mayor de las casas: la que había pertenecido a los jefes desde que el tatarabuelo de Abulus ganara el derecho a reinar en combate singular.

Y en esos días inciertos había allí otros dos centinelas más, bajo el enorme escudo arverno que el bisabuelo de Abulus colocara en el dintel y sobre el que la leyenda rezaba que se había ganado en las mesetas del

sur, arrebatado a galos huidos después de que el mismísimo César arrasara su país.

En el interior se servía cerveza en cuernos, espesa, amarga y rotunda. Y, sobre la espuma de sus bebidas, los hombres discutían.

–Me cago en la cornamenta de Cernunus. Y más fácil sería hacerlo en la de tu padre, que es aún más grande... ¡No somos rameras! ¡No podemos vendernos así!

El que había saltado, con los bigotes manchados de cerveza, era el tuerto Garrius, el mismo que presumía de haber cortado cien cabezas en las guerras con las tribus de las llanuras.

Y Garrius «el Viejo» llevaba la contraria a Reburrus, uno de los jóvenes, que no tenía miedo a expresar sus opiniones, porque era sobrino de la esposa de Abulus. Sin embargo, el que intervino fue el jefe en persona.

–Haya paz –ordenó con el vozarrón que correspondía a su inmensa humanidad.

–No se trata de vendernos, se trata de comerciar –continuó Reburrus, conteniendo la rabia que le ruborizaba las mejillas–. Y eso ya lo hacían tus gloriosos antepasados –añadió con retintín–. ¿O has olvidado que vendían plomo, estaño, salazones...? Y hasta caballos.

El tono burlón levantó al viejo guerrero del banco. Su mano, manchada por la edad, la que había sujetado la cerveza que se derramaba por el suelo, abrazaba ahora la empuñadura de su espada.

–¡Haya paz! –gruñó Abulus de nuevo–. Ni los fenicios ni los griegos hicieron otra cosa que comerciar –añadió, bajando la voz–. Esto es distinto. Todos hemos visto a los hijos de la Loba...

Atenta a los deseos de su padre, la joven Niske no esperó a que se lo ordenasen. Con la excusa de rellenar el cuerno caído, se acercó al tuerto Garrius y le apoyó una mano en el hombro, para empujar apenas y susurrar un cumplido sobre años mozos en las guerras. El viejo, desarmado, se sentó de nuevo con una sonrisa bobalicona.

Reburrus, zalamero, se apresuró a dar la razón al jefe:

–Por supuesto, es distinto, y por eso mismo debemos tomar una decisión...

Alrededor del hogar, donde ardían leños sobre un enorme morillo de hierro, los guerreros se repartían en bancos que corrían anejos a las paredes. Bajo los bancos, aprovechando el calor de la lumbre, dormían las gallinas de la casa, las únicas a las que no les importaban los graves asuntos que allí se debatían.

Y junto a la entrada estaba también la esposa de Abulus, una matrona de nombre Isna y largas trenzas cobrizas que repasaba los percebes que el descastado acababa de traer. Valoraba cuánto pagar mientras Breo, respetuoso, mantenía la cabeza gacha, sin inmiscuirse donde no lo llamaban. Él no tenía derecho a participar en la asamblea, sólo a lanzar alguna mirada furtiva al otro lado de la casa.

Y al otro lado de la casa Niske regresaba al gran telar, fingiendo enorme interés en la hermosa confección de brillantes colores que estaba por terminar.

Por último, apartada, en las sombras que las llamas no espantaban, apoyada en su vara de fresno, se resguardaba Tana, envuelta en su raída capa blanca, con el ruedo sucio por el polvo de los caminos. La meiga callaba y escuchaba sin otro gesto que alguna caricia al cuervo posado en su hombro.

Abulus, que llenaba con creces el sillón que presidía la estancia, había servido una cena abundante a base de jabalí asado acompañado de nabos. Y desde el primer bocado hasta ese momento el sol había tenido tiempo de acostarse y la luna de acicalarse en el horizonte.

Y aun así no lograban un acuerdo.

–Es abrir el establo para los lobos –protestó uno.

–Podríamos ser ricos –adujo otro.

–¿Y para qué quieres tú ser rico? –remató un tercero en tono burlón.

El interpelado también se levantó, dispuesto a defender su honra, si no con la espada al menos a puñetazos. Y, entre gritos, los hombres se dividieron en dos bandos que no querían darse la razón.

Reburrus se aburría. Él tenía claro lo que debía hacerse. Era el único de todos ellos que iba afeitado por completo y con el cabello corto. Y los suyos eran los únicos pantalones que no lucían el tartán con los colores del clan. En lugar de prestar atención a aquellos viejos, prefirió

centrarse en lo mejor de compartir el techo del jefe: la oportunidad de tener cerca a Niske.

La joven trabajaba en el telar. Comprobaba la tensión que las pesas ejercían, y sus manos aleteaban en la urdimbre de un modo hipnótico. Atenta como estaba a su tarea, apretaba los labios en un gesto que daba la bienvenida a un beso.

Como si lo presintiera, se giró para descubrir que la miraban, y el rubor que coloreó sus mejillas la hizo aún más deseable.

Espoleado por la vanidad, Reburrus se decidió a intervenir, sin advertir que, desde las sombras, mientras Isna contaba los puñados, Breo se atrevía también a mirar por debajo de las cejas agachadas.

–Yo puedo hacerlo –interrumpió Reburrus–. Abulus, dame un puñado de hombres de confianza y yo iré hasta Lucus para exponer un trato. –Y, tras una pausa, añadió algo con voz solemne–: Bajo las condiciones que la asamblea decida, por supuesto.

Su linaje le permitía señalarse como embajador. Era de una buena familia de tradición guerrera, como atestiguaban sus brazaletes, y demostraba conocer su lugar, pues su cabeza se inclinaba hacia el jefe con respeto. Aunque sus esfuerzos se vieron menguados porque sus ojos espiaban la reacción de la joven que, para su decepción, sólo parecía interesada en el telar.

–Dicen que en Roma viven miles, decenas de miles, incluso cientos de miles –continuó, alzando la voz, como un bardo entonando una estrofa de importancia–. Tanta gente como gotas en la lluvia. Dicen que al sur de la ciudad hay un monte, ¡un monte!, hecho con las ánforas en las que reciben el aceite de la Bética. –Se oyeron exclamaciones, y Reburrus se percató de que Niske lo miraba, no de que también lo hacía Breo–. Se cuenta que hay fuentes de agua limpia en todas las calles, que sus casas de vapor son tan grandes como para que los hombres puedan ir de diez en diez. Tienen cloacas, templos mayores que este castro, teatros, circos... Y no sólo en Roma, también en Corduba, en Tarraco, en Itálica... De un extremo al otro del mar de levante.

Dejó que sus palabras calasen, consciente del asombro que insuflaban en los hombres criados allí, entre el océano y las montañas.

–Todos hemos oído lo que son capaces de hacer –continuó Reburrus–, y todos sabemos cómo acabaron los clanes en el Medulio...

Se alzaron voces de protesta, pero no tan virulentas como antes. La mención de la tragedia había logrado que más de uno cambiase de bando. Y Reburrus lo advirtió.

–Enfrentarse a Roma es una insensatez –continuó, convencido, aprovechando el impulso–. Vencieron a Aníbal, y aquí hay hombres que recuerdan cómo aquellos que aceptaron el oro de Cartago acabaron crucificados –añadió, mirando fijamente a Abulus, que también presumía de haber tenido un abuelo mercenario–. Y la propia Cartago fue sembrada con sal...

El silencio de los opositores dio alas a Reburrus.

–La Galia, Tracia, la Macedonia del Grande. Todo es ahora suelo romano. Sí, lo sé –admitió de mala gana–, no hay mayor honor que morir luchando –recitó en tono cansado–, pero ¿para qué? ¿Qué conseguiríamos si fuéramos los primeros en vencer a la Loba? ¿Qué?

Como nadie contestó, Reburrus fue más allá.

–Yo prefiero vivir en una casa con agua corriente; agua corriente que, a voluntad, puede ser caliente o fría...Una casa con calefacción, con letrina, con despensa, con baño.

Con sus últimas palabras, volvió a mirar a Niske y ensayó su mejor sonrisa, una sonrisa que prometía una villa rodeada de viñedos y con suelos de mosaico. La joven, sin embargo, seguía comprobando la tensión de la trama.

–Es cierto –tronó una voz.

Todos se volvieron.

–Algunos tienen agua, baños, letrinas... Y también que otra de sus colinas es un vertedero apestoso y que cuando nace un niño no deseado lo abandonan en la basura, sin más herencia que un collar de amuletos...

Tana, renqueando, siguió a su vara hasta el fuego, donde las llamas juguetearon con las sombras en sus arrugas, y donde sus manos hicieron una floritura. Por un instante, la lumbre brilló con fuerza, y el humo se oscureció.

Reburrus creyó ver que algo caía de la mano de la viejuca, pero no se atrevió a protestar. La ascendencia de la meiga sobre los notables era demasiada. Había llegado al castro nueve años antes, poco después de que su predecesor muriera, y, desde entonces, las cosechas eran más abundantes, los salmones abarrotaban el río y los jabalíes, de tantos que había, se colaban en los sembrados.

–... En sus ciudades hay fuentes, sí, pero sólo porque roban el agua de los manantiales. –La voz era cristalina, más joven que su dueña–. Los profanan. No les preocupan los dioses. Tienen los suyos propios. Y los adoran junto a la cocina, ¡en sus casas! Sus dioses son caricaturas. Los retratan, los esculpen... ¡Tienen la apariencia de hombres y mujeres!, ¡y todos los vicios de hombres y mujeres! –explicó Tana, desprendiéndose de la incredulidad como de un pegote de resina en los dedos–. La vanidad les ha hecho creer que los hombres son dioses y que los dioses hombres. ¡Levantan templos a sus reyes...!

La mano libre de la mujeruca se alzó, y fue señalándolos uno a uno en los bancos.

–... Y algunos, los ricos, tienen agua, caliente, fría y templada –dijo, clavando sus ojos en Reburrus–, pero la mayoría viven hacinados, ¡unos encima de otros!, en cuartuchos donde no entra la luz del sol, donde no hay una brizna de hierba, donde no pueden respirar aire fresco. Por el día se desloman trabajando para otros a cambio de unas míseras monedas. Y por la noche corretean asustados por calles estrechas para evitar que les rajen el vientre los ladrones. No son libres...

La anciana sacudió la cabeza, pesarosa.

–Son esclavos de sus ambiciones. Y se creen con derecho a esclavizar a los demás. ¡Ellos se llevan a los nuestros a las minas! ¡Incluso a los niños!

La mención de aquel infierno escaldó los ánimos de nuevo.

Uno de los hombres, Kalatokum, hermano del propio Abulus, acababa de ser padre de un precioso bebé y se mordió los carrillos con fuerza. Él y su esposa habían bailado por primera vez hacía diez festivales, y hasta ahora no habían conseguido que su unión diera frutos. Había sido Tana quien los ayudó. La anciana había oficiado

ceremonias, había preparado pócimas. Habían perdido a cinco criaturas antes de tiempo, y Kalatokum no olvidaba. Hasta ahora no había conocido el miedo; se hubiera lanzado contra tres legiones sin más que el puñal entre los dientes, hasta ahora. Esa noche, por primera vez en su vida, pensó que Reburrus podía tener razón.

–Y todos –continuó la meiga, paseando en torno al fuego, señalando con su vara–, todos sabéis lo que hubieran hecho vuestros padres, y los padres de vuestros padres –su sayo blanco capturaba las chispas y el humo parecía detenerse sobre las llamas–, y los padres de los padres de vuestros padres.

Hizo una pausa, y el fuego volvió a cobrar vida, envolviéndola en un halo llameante.

–¡Yo sé que no habéis olvidado sus rostros! –bramó.

Las voces se alzaron. Divididas. Pero el fuego volvió a brillar. El cuervo aleteó, y su sombra dibujó una criatura extraña en las paredes. Volvió el silencio.

–Y sabéis que en el sur hay más, muchos más que quieren seguir los viejos caminos.

La referencia fue demasiado directa.

–¡Eso sería un suicidio! –bramó Reburrus–. Son un puñado de locos.

Tana lo fulminó con la mirada.

–El que sigue a su corazón no es un loco. Es alguien que no ha olvidado el rostro de su padre.

Abulus iba a pedir calma. A él tampoco le gustaba lo que la meiga había insinuado. Pero no tuvo ocasión.

–¡Muerte a los lobos! –chilló Garrius.

Hacía mucho que había sido padre por última vez; su hijo menor le había regalado ya dos nietos, y al viejo Garrius, si algo le gustaba más que emborracharse de cerveza, era embriagarse de las crónicas de las viejas batallas.

–¡Muerte a los lobos! –repitió levantándose–, ¡muerte!

Y un coro de rugidos lo ovacionó. Y otros tantos lo abuchearon. Sólo Breo se mantuvo callado, esperando a que Isna terminase de contar las monedas.

–¡Muerte!

La anciana, atenta a todo, vio el mohín de disgusto de Reburrus cuando dos de los guerreros aullaron reclamando sangre.

–¡Haya paz! –pidió Abulus una vez más–. Debemos tomar una decisión, y será una decisión que afectará a nuestros hijos y a nuestros nietos. –Su tono era grave–. O rameras o esclavos...

Si fue una pregunta, estuvo llena de reparos. Bajo sus pobladas cejas, los ojos del jefe se habían clavado en la meiga.

Tana asentó el bastón en el suelo e hizo un esfuerzo por estirar la espalda encorvada antes de asentir.

–Somos liebres acurrucadas al fondo de la madriguera, y los lobos esperan fuera.

Otro de los guerreros, Cirrius, el mejor de los jinetes, el que más sabía de caballos en el castro, a quien los dioses no le habían dado otra cosa que una preciosa niña y un pequeño al que las fiebres habían dejado tullido, desconfiaba del criterio de la viejuca. Ella había intentado curar al pequeño, pero cuanto había hecho no había servido de nada. Cirrius podía perdonarle que no le hubiera curado el ojo cegato que lo hacía bizquear, pero no que hubiera fallado a su hijo. No sabía si Tana llevaba o no la razón, pero él guardaba un rencor que le impedía dársela.

Entretanto, la esposa de Abulus dio a Breo las monedas, tras un último recuento suspicaz, como para asegurarse de que no se habían multiplicado mientras las sujetaba entre sus dedos regordetes. Y él no protestó, pero dejó la palma abierta, invitándola a reconsiderar el precio.

–Es más de lo que mereces por estas pobres capturas –lo regañó Isna en voz baja, sin que nadie más pudiera oírlo–. No deberíamos pagarte siquiera –espetó con desdén.

Breo dudó. Los percebes eran gruesos y llenos. Pero no dijo nada, se tragó el orgullo y, tras inclinar la cabeza, se dispuso a marcharse. Ni protestó ni regateó. Ni se interesó por lo que la asamblea decidiría. Se contentó con echar un nuevo reojo hacia el telar.

Y mientras Breo aprovechaba las sombras para escurrirse hacia la salida, Reburrus se alzó para hablar, pero la anciana, con una agilidad

impropia de sus años, lo golpeó en el pecho con la vara.

Cayó bruscamente en el banco, y la amenaza del bastón lo mantuvo sentado. Durante un parpadeo, acarició la idea de desenvainar y cortar el pescuezo a aquella arpía, pero recobró el sentido pronto. No podía matar a una hermana de la Orden.

La anciana comprendió y lo miró severa. Y dijo algo más, alzando la voz para que Breo pudiese escucharla desde el umbral:

–Y los lobos están hambrientos.

Antes de su aprendizaje, cuando todavía era un criajo con la cabeza llena de pájaros, se había metido en más de una pelea.

Y no había nada extraño en ello.

A los niños se les incitaba a pelear, a curtirse. Se entendía que era su deber prepararse, se esperaba de ellos que se convirtieran en hombres de provecho para el clan. Si los dioses lo permitían y un mal rayo no causaba desgracias, se enfrentarían su destino.

En aquel país de piedra y agua, de montes, ríos y acantilados, uno podía aprender a trabajar la arcilla para hacer cacharros; podía atender a las vacas de las manadas o a las ovejas de los rebaños; podía dar cuenta del arado y la guadaña y podía incluso soñar con convertirse en herrero, pero, hiciera lo que hiciese, antes o después, su negocio sería la guerra.

Cuando el clan llamaba, los hombres afilaban sus espadas, bruñían las grebas, repasaban los escudos, probaban los cascos. Cuando el clan llamaba, los hombres vertían sangre.

Eran celtas. Y su credo, el hierro.

Si la muerte, caprichosa, quería jugársela lejos del hogar, un celta se tendía en su escudo, en casa, y moría con la espada en la mano y la cabeza alta.

Y no se aprendía a morir en un día. Para tener arrestos, había que cuidarlos desde que se levantaba un palmo del suelo. Por eso se animaba a luchar durante el festival del grano, cuando los caminos no estaban embarrados y era posible viajar. Los juegos enseñaban el valor del honor y de la camaradería y preparaban a los críos para superar la prueba de hombría.

Así que Sento sabía lo que era recibir un puñetazo, incluso un puntapié. Conocía el sabor de su propia sangre, la sensación de hacer bailar un diente flojo con la lengua. Lo había cantado. Incluso lo había exagerado.

Sin embargo, estaba aprendiendo que sus historias distaban mucho de la realidad.

Y lo estaba aprendiendo por las bravas.

Aquellos legionarios sabían lo que hacían, y no lo hacían por primera vez.

–No –logró balbucir entre labios doloridos–. No...

Levantó las manos para protegerse, pero apenas tenía fuerzas. Y apenas sirvió de nada.

El golpe dolió. Pero dolieron más las risas.

–Sucio barbudo –se burló uno.

Otro más, con el asta de una lanza entre las costillas.

–Bárbaro palurdo –lo insultó otro.

Una patada. Que no encontró los testículos porque fue capaz de girarse para recibirla en la pierna.

–Saco de mierda –escupió otro–. ¡Canta! Canta ahora algo.

Y tiraron de los arillos en sus bigotes, hasta que el dolor obligó a Sento a arrastrarse tras la mano del legionario.

Y el bardo se arrepintió de su decisión.

A la vera del camino, en un cruce cerca de Brigantium, como era la tradición, se había detenido para conseguir caridad.

Las calzadas de los romanos eran demasiado grandes; coronaban un terraplén que desaguaba las lluvias y se desbrozaban ambas márgenes más de diez pasos. Acongojaba verlas, enormes cicatrices que mutilaban los bosques. Pero allí, al borde mismo, el bardo había encontrado dos robles que se habían librado de las hachas y, entre ellos, una trocha que se adentraba en la espesura.

En tiempos, Sento se habría topado allí con un enfermo en busca de un alma errante que se apiadase de él. Si había muerto del mismo mal, el ánima se lo quedaría para sí, y el maluco sanaría. Pero los romanos

habían plantado allí un miliario lleno de nombres y números. Ahora, tanto las almas perdidas como los enfermos se acabarían por descarriar.

Pese a ello, seguía siendo un cruce de caminos y, tras aclararse la garganta, Sento se había puesto a cantar.

Para llegar al Fin de las Tierras aún le faltaban días, y en su zurrón sólo quedaban unas cortezas de queso. La última muestra de caridad del samaritano que lo había salvado de ahogarse.

Un calderero con un carro desastrado le había dado una moneda por escuchar la historia de Cul, aquel que había robado el ganado de su hermano y muerto aplastado por el gran toro blanco.

No pasaron muchos más. Y, de los que pasaron, pocos le hicieron caso y menos se detuvieron. Aun así, el día había transcurrido plácidamente. Hasta que la patrulla romana apareció.

La guerra vuelve a los hombres crueles. Y los legionarios encontraron divertido enseñar a aquel barbudo lo que opinaban de sus cantos.

Eran ocho, y el que los mandaba, un veterano con barba de pocos días y cicatrices de muchos años, se había sentado en el mismo tocón que había servido al bardo de escenario y dejaba a sus hombres hacer. Tras rebuscar en el zurrón, acabó por tirar las mondas con desprecio.

–Rematadlo –ordenó malhumorado–. Se hace tarde.

Sento lo oyó, a lo lejos, como si alguien gritase de una ladera a otra en el valle. Y supo que iba a morir.

Al ver a la patrulla se había callado, a media estrofa, y había humillado el mentón. Pero aquellos hombres tenían la guerra metida en los huesos.

Un brutal puñetazo lo envió dando tumbos hasta las raíces de uno de los robles.

Los oyó bromear. Uno propuso despellejarlo. Otro pensó que lo mejor era castrarlo y dejar que se desangrase, como había visto hacerlo en el Ponto.

Sento loaba el valor de los guerreros de los clanes. Se emocionaba al cantar las grandes gestas. Conocía el camino que seguían los héroes. Y sabía que él no era uno de ellos.

Jamás lo hubiera confesado, pero se había hecho bardo porque las rimas no asustaban como el hierro afilado. Y por eso mismo había

tenido problemas, por eso había acabado por los caminos, sin destino; y por eso mismo había aceptado el encargo.

–Podríamos colgarlo...

Había escuchado a los más viejos de la Orden hablar de la vida y la muerte como simples altos en el camino. Y no dudaba de que fuese cierto. Pero le daba miedo morir.

Además, no le había dicho que recibiría una paliza. Y, como tantas otras veces en su vida, Sento no pudo mantener la boca cerrada.

–Sé dónde está el hijo de Turainos.

Le dolió cada palabra. Cada palabra fue como arrancarse un anzuelo trabado en la lengua. Ellos se rieron.

–Y yo conozco al mismísimo emperador Nerón –repuso uno, socarrón–. Tuvimos la misma ama de cría, ¡mamamos la misma leche!

Hubo otro que se atragantó con sus propias carcajadas.

–Séneca en persona me instruyó en retórica.

Un tracio bajito, que estaba bebiendo, escupió el trago, incapaz de contener la risa.

–El culo fue lo que te instruyó a ti Séneca, majadero.

El de la barba y las cicatrices fue el único que no se rio. Llevaba mucho tiempo en aquellos montes de la Gallaecia. Aquel nombre le había pescado una de las cejas y tiraba de ella con fuerza. Hablaban lenguas distintas, y el acento cerrado de aquellos bárbaros no lo ponía fácil.

Los golpes no cesaron.

–Tu... Turainos –logró balbucir el bardo, acurrucado en el suelo.

Se había arrepentido al decirlo por primera vez, pero ahora le resultó más fácil. El mal ya estaba hecho.

–Turainos, el hijo... –intentó gritar, pero fue incapaz.

El legionario dejó el zurrón en el suelo y se levantó. En el rostro se advertían los esfuerzos de su memoria. Su abuelo había servido en la Primera Augusta, a la que aquellos barbudos habían robado el águila. Su padre había sido destinado a Brácara y había aguantado los conatos de rebelión. Y allí estaba él, arrastrando una larga fila de fantasmas.

–¡Dejadlo! –ordenó.

La autoridad se impuso, y los golpes se detuvieron. El corrillo se abrió y, en el suelo, sobre la hierba, quedaron el bardo y su sangre.

–¿Qué has dicho?

Sento se desinfló con un suspiro lastimero. Ya no había marcha atrás.

–Cagajón de mierda, ¿qué has dicho? –volvió a preguntar, y se agachó para agarrarlo por los bordes del sayo y sacudirlo sin miramientos–. ¿Qué has dicho?

Se lo llevaron con las manos atadas a la espalda.

Trató de resistirse, de retirar lo dicho. Pero no pudo. No sólo fueron los golpes, también las tenazas y los hierros calentados al fuego.

Al día siguiente, cuando no faltaba mucho para aquel festival del grano, un caballo salió de Brigantium al galope.

No se detendría hasta la siguiente posta.

Llevaba un mensaje, visado y lacrado. Cambiarían los caballos, los jinetes. Pero el mensaje no se detendría.

Llegaría a Roma.

El cuervo graznó inquieto, y Tana lo regañó.

–¡Silencio!

La anciana se inclinaba sobre una losa; en la losa había una liebre, y la liebre tenía el vientre abierto. Las entrañas susurraban, y la mujeruca escuchaba.

El ritual era importante. El bosque, su templo.

El rumor del mar se colaba entre las ramas, y el salitre competía con las sutilezas del brezo; sin embargo, era aquél un mundo aparte; lejos del castro, de la playa, de las rompientes. Los enormes robles eran dueños y señores, y, a los pies del más grande de todos ellos, con un tronco que ni tres hombres hubieran podido abarcar, estaba el altar.

Y todo el bosque comprendía la gravedad. Los siempre escandalosos arrendajos estaban callados, también los vivarachos mosquiteros, a los que ni siquiera se veía revolotear. Los ciervos dormían, los corzos descansaban, los lobos aguardaban la noche, y el viejo oso, despatarrado bajo un abedul, junto al arroyo, miraba goloso la colmena que colgaba del interior de un enorme castaño hendido por el rayo. Todos esperaban a que la anciana terminase su tarea.

Aún podía intuirse el dejo del tomillo que había comido. El revoltijo de las tripas, verdosas y brillantes, lo ocupaba casi todo. Y los ojos de Tana recorrían aquel laberinto.

El ceño fruncido amontonaba arrugas. Y las arrugas colgaban por encima de unas cejas que, al contrario que sus cabellos, aún conservaban algo de una lustrosa juventud castaña.

Sus ojos, claros como niebla sobre el río, eran viejos. Y parecían preocupados.

Algo en el rotundo hígado la obligó a chistar. Incluso se revolvió, inquieta, y cambió de mano la vara. Por un momento su rostro se iluminó, pero se apagó de inmediato.

Entonces la esponja carmesí de los pulmones atrapó toda su atención. Una constelación de pequeños coágulos punteaba la membrana que los envolvía. Y entrever su significado supuso tal esfuerzo que, por aquella interminable sucesión de valles que tenía en la frente, empezaron a escurrirse goterones que no se molestó en enjugar.

El cuervo, sintiendo la frustración de su ama, aleteó.

–El caldo sale mejor cuanto más vieja es la gallina...

La amenaza surtió efecto, y el pájaro ni siquiera pestañeó.

–No puede ser –murmuró para sí, crispada–, ha de haber algo.

Estaba cansada. Pero era tan testaruda como para mentirse a sí misma.

Le tocó el turno al corazón. Pequeño y delicado, apenas más grande que una de las bellotas que empezaban a engordar en las ramas del gran roble.

Allí encontró algo. Una pequeña marca estrellada, de color parduzco.

–Se ha ido de la lengua...

Y había algo más, sutil, siguiendo un camino por las entrañas. Súbitamente, descubrió lo que buscaba.

–Un caballo y un largo viaje.

Allí estaban todas las señales.

El entrecejo se desató, y los dedos dejaron de asfixiar la vara. Con un crujido, los labios se combaron en una sonrisa. Y verla alzarse pareció un prodigio, como si uno de aquellos robles se hubiera echado a andar.

El cuervo, complacido, graznó, y no lo riñeron.

–Ha comenzado –dijo de buen humor–. Por fin. Ha llegado el momento. Alabado sea Lug. Alabado sea Cernunus. Y Navia, y Teutates. ¡Alabados sean los dioses! Ha comenzado.

Y luego, volviéndose hacia el pájaro, le advirtió:

–Debemos apurarnos. Tenemos que ir a toda prisa para avisarlos y volver a tiempo de detener a Breo.

El cuervo graznó.
–No te quejes, la que tiene que caminar soy yo.

Cuando abrió el cesto, escondido entre unas matas de hinojo, al pie de unas rocas que parecían una pezuña, lo encontró vacío.

Si hubiera mirado en los demás, repartidos por la franja donde la playa moría, en los lugares donde las peñas o los árboles ofrecían sombra, se habría encontrado trozos de pan, alguna manzana, quizás una escudilla con unas gachas; los almuerzos de cada cual según se pudiera apañar. Pero el de la vieja Rena estaba vacío.

Más allá, donde el mar se retiraba y dejaba a la vista una amplia banda de arena empapada, las mujeres usaban grandes rastrillos para encontrar almejas y berberechos.

Allí estaban las esposas, las hijas, las hermanas de las gentes del castro. Incluso la pequeña Drisa. La niña corría arriba y abajo, chapoteando, haciendo volar a la muñequita que llevaba en la mano, y, cuando su madre la llamaba, ayudaba a escoger las capturas entre las púas del rastrillo o acercaba agua dulce a cualquiera de las otras mujeres.

Estaba Idra, la esposa de Kalakotum, una matrona capaz de intimidar incluso a los guerreros del clan y que, pese al marisqueo, era capaz, sin mayor problema, de llevar a su bebé sujeto a la espalda con una amplia cincha. También la hija mayor del viejo Garrius, de la que se decía que había sido llamada a pertenecer a la Orden; todos en el castro sabían que Tana había hablado con sus padres y sugerido que comenzase su instrucción el próximo mes de la hiedra. Estaba la esposa de Abulus, madre de Niske y de Akuius, uno de los pastores de la manada, uno de los pocos que no rehuía a Breo cuando sus caminos se cruzaban.

Y estaba la propia Niske.

Como las demás, para no mojársela, se había atado el ruedo de la falda entre las piernas, pero ella no era como las demás. Destacaba como la luna entre las estrellas. Su larga melena era bosque en un otoño cálido, cuajada de matices dorados como hojas de abedul, granas como en las copas de los arces. Y era también marea plácida en una mar mansa: se ondulaba cobrando fuerza y se arrepentía de inmediato.

Apartada del resto, faenaba la viuda Rena, a quien los años pesaban tanto o más que el angazo en sus manos. La mar le había robado a su esposo y a sus dos hijos mientras perseguían esquivas lubinas. Se rumoreaba que la mujer se había pasado media luna sentándose cada día en las peñas que servían de embarcadero, esperando.

Esperando en balde. La barca nunca regresó.

La mar entregaba sus tesoros a los hombres, pero exigía su precio, y la viuda Rena había tenido la desdicha de ser una a la que le habían cobrado la deuda.

La mar exigía esfuerzo y sacrificio.

Mariscar era un trabajo duro; los angazos, con largas varas, eran pesados, aparatosos y difíciles de mover por sí solos, más aún cuando tenían que arrastrarse por la arena húmeda, alzarse, sacudirse y, finalmente, recoger los frutos que entregaba el océano. Y todo con los pies enterrados hasta los tobillos en la blanda arena y a merced de las inclemencias del tiempo.

Breo lo había hecho muchas veces y sabía que, al poco de empezar, la espalda se dolía y el aliento se escapaba.

Era duro para alguien más joven, incluso mucho más para la viuda Rena, que se esforzaba envuelta en pena. Y, mientras las demás recogían el rastrillo tres o cuatro veces, a ella apenas le daba tiempo a hacerlo una.

Breo dejó de mirar a Niske. Vio cómo la viuda apoyaba el angazo en la arena y se llevaba las manos a la espalda, para estirarse y aliviar los riñones doloridos.

–Venga, vámonos –dijo a Cerno.

Pero antes de irse echó un vistazo en su morral, y en su frente se arrugó la preocupación. Miró al lobero como si necesitase ayuda para

tomar una decisión. Y sus manos dudaron.

–¿Qué haces aquí? ¿Robar?

Sorprendido, Breo no supo qué contestar. Ni se atrevió a volverse.

–¡Contesta! ¡Ladrón!

Ciaxaros parecía un cadáver abandonado al sol. La piel, cetrina, cubierta con indescifrables tatuajes añiles, se le tensaba sobre los huesos amenazando con romperse en pedazos. Había nacido en las llanuras del río Miras, donde su pueblo había dominado a los caballos y, con ellos, a muchas otras tribus.

Los suyos habían sido mercenarios orgullosos, conocidos por sus melenas tintas de azul y por su habilidad como jinetes.

Sin embargo, habían cometido el error de aliarse con los partos en su rebelión contra Roma, y la mayoría lo había pagado con la vida. Ciaxaros, no; porque Ciaxaros era como los chacales del desierto, sabía dónde colocarse para que el viento no delatara su presencia.

De algún modo, había salido con vida de la batalla en la que los suyos habían dejado de cabalgar para siempre. De algún modo, había seguido en pie después de marchar hasta el mercado de esclavos de Corinto. Y, de algún modo, había logrado sobrevivir durante más de diez años en las minas.

En buena parte, gracias a su intuición. De la que siempre se fiaba.

Ciaxaros había visto a Druso encapricharse otras veces, y se hizo cargo de inmediato, el mismo día en que llegaron los últimos desgraciados.

Había perdido su apuesta. Aunque, en lugar de disgustarse, Ciaxaros asumió las pérdidas y decidió sacar partido a lo que sabía.

Por eso, a la noche siguiente, Ciaxaros supo a qué brasa arrimarse.

–He visto prados mejores donde pastar –le dijo al muchacho al sentarse junto a él en los barracones.

Ambos tenían entre las manos la cena. Un mendrugo de pan por el que campaban gorgojos y una taza mediada con lo que parecía agua de charco.

A Ciaxaros le sorprendió la afabilidad con la que el muchacho contestó.

–Algo es algo –respondió sonriente, mojando el currusco en aquel líquido rancio–. Menos es nada –aseguró, y dio un mordisco tentativo.

No consiguió su bocado, sólo hacerse daño en los dientes. Incluso empapado, lo único que se podía hacer con aquel pan era roerlo. Aun así, Ursicenus no perdía su sonrisa.

–He visto a mis cabras cagar cosas con mejor gusto –dijo, volviendo a mojar el mendrugo.

De buen ánimo, comenzaron a charlar, y el escita contó su propia historia, sazonándola a conveniencia.

–Durante una partida de caza –contestó el celta cuando el otro preguntó–, cortábamos camino para subir hacia la Peña del Lobo. Queríamos rastrear unos rebecos cuando dos patrullas se nos echaron encima.

Ciaxaros asintió.

–Llega carne fresca todas las semanas –explicó el escita–. Abajo en los lavaderos debe haber más de tres mil, y aquí ya somos más de un millar.

Ursicenus se mostró interesado.

–Nos han hecho abrir más galerías en el catorce –aclaró con un gesto vago hacia más allá del barracón–. Y aún no han logrado derribar el trece.

–¿Por qué?

–Ni idea, pero no hay manera de que el trece se venga abajo. No llega suficiente agua, están abriendo nuevos canales...

–No –lo interrumpió el muchacho–. ¿Por qué traen más esclavos cada semana?

El escita revolvió los hombros.

–No hacen falta razones...

Apareció Druso. Traía el látigo enrollado y lo golpeaba contra el muslo a cada paso.

Las piernas se encogieron, las espaldas se pegaron a la pared, las manos taparon las raciones y las miradas cayeron hasta el suelo. Sin embargo, el legionario tenía claro su destino. Fue directamente hasta el rincón donde Ursicenus charlaba con el escita.

Tarvus, desde otra esquina mugrienta de los barracones, también lo vio y dejó su propia cena en el suelo para estirar el cuello y prestar atención, pero estaban demasiado lejos para poder escucharlos.

La mano que no sostenía el látigo recogió la mejilla de Ursicenus y obligó al muchacho a alzar la barbilla.

Druso dijo algo más.

El miedo se abrió paso en el rostro del jovencito, y su sonrisa tropezó.

Ursicenus se puso en pie, con la cabeza gacha, y caminó hacia la salida arrastrando los pies.

Tarvus se levantó también, pero no pudo dar un paso. Una mano callosa lo retuvo con fuerza. Cuando se volvió, encontró un rostro que reconoció, aunque no conociese a su dueño, un rostro demacrado, sucio, consumido por la mina, y bañado en súplicas.

El látigo enrollado empujaba al muchacho por la espalda.

El viejo calor de un fuego conocido prendió en el pecho de Tarvus. La sed de sangre regresó a casa, y fue bien recibida.

Intentó zafarse. Pero aquella mano, endurecida por el pico, tiró con fuerza y negó.

Un mentón sucio, con barbas salpicadas de arcilla, bajo labios cuarteados a la sombra de profundas ojeras. En un ruego desesperado, el mentón negó.

Tarvus miró a ambos lados y descubrió cientos de ojos asustados que suplicaban.

Y resultó que el fuego no era más que rescoldos. Se había apagado. Las minas se lo habían tragado. Y el odio llegó como una riada.

Abandonando los barracones, Druso acarició con delicadeza la espalda del muchacho, apenas con las yemas de los dedos. Desde ese instante, Tarvus se odió a sí mismo.

Atestada de vibrantes colores, rebosante de lujos, la estancia presumía de su gloriosa historia.

Había una mesita taraceada, traída de los bazares de Tingis, repleta de copas con vino narbonense acompañadas por una bandeja de plata repujada rebosante de enormes cerezas. En los pebeteros, de bronce, ardían cedro, sándalo e incluso mirra; y las lámparas, de yeso de las minas de Segóbriga, eran tan finas que la luz se derramaba como una caricia.

Un intrincado mosaico blanquinegro, de diminutas teselas, adornaba el suelo. Las paredes, estucadas, se habían pintado con bermellón hispano y decorado con frescos grandiosos que esbozaban aquella gloriosa historia, como aquel que, con más de diez pies de ancho por otros tantos de alto, retrataba el infame rapto de las sabinas con el que Roma consiguiera sus primeras mujeres.

Pero era el mármol el que lo ocupaba todo. Grandes zócalos bajo el rojo intenso de las paredes, columnas labradas, frisos cargados de florituras; incluso bustos y estatuas, como la del mismo César Augusto, que, en lugar de disgustarse por la escena, mantenía ese rictus imperial y severo tan suyo y miraba al horizonte cargado de confianza, sin pestañear siquiera por los escandalosos gemidos y las risas nerviosas.

Dos muchachas, desnudas, se perseguían alrededor del lecho. Una llevaba una pluma de ganso, y la otra escapaba para evitar las cosquillas. Y, entre los almohadones, tapizados en sedas brillantes, un hombre miraba cómo saltaban los pezones y vibraban las nalgas. Su lengua se

asomó con lascivia y lamió los labios, pintados de un rojo tan intenso como el de las paredes.

Iba maquillado para entrar en escena, pero los abusos habían derretido la lanolina bajo el estaño que le blanqueaba las mejillas. La grasa se escurría y estropeaba los coloretes, marcados con raíz de lirio y aleña.

Todo en él era así, grotesco. Sus orgías, su aspecto, e incluso sus gestos, siempre exagerados.

Así era Nerón Claudio César Augusto Germánico, el emperador de Roma. De barriga prominente y piernas flacas. De rostro abotargado, fosco pelo rojizo y nariz ancha. Lo menos malo que podía decirse era que carecía del regio porte de su tatarabuelo, el mismo que había servido de modelo para aquella estatua junto al lecho.

Sin embargo, caricatura o no, Nerón era el hombre más poderoso del mundo conocido, incluso con el rostro cubierto por ridículos manchurrones.

Podía permitirse cualquier capricho. Y ese capricho tenía una boca que maniobraba entre sus piernas lechosas.

Nerón miraba a las muchachas con lujuria, corcoveaba, y, cuando no gemía por el placer que le producía la felación, desafinaba entonando una égloga que él mismo había compuesto.

Cuando el orgasmo se acercó, emitió una seguidilla de gritos, y las muchachas dejaron sus carreras para aplaudir. Una de ellas incluso ovacionó su virilidad.

Él sujetó la cabeza de su amante, y los dedos no se enredaron en una melena sedosa arreglada con las revueltas trenzadas de un moño, como peinaban las dos muchachas. Lo hicieron en un pelo más bien corto, más masculino.

–Ni se te ocurra escupir –ordenó con un gruñido.

Con un largo bufido, tembló en el placer de vaciarse en la boca de su amante. Y las muchachas corrieron al lecho para continuar con sus alaridos mientras saltaban de un lado a otro. Al momento cambiaron la pluma y las cosquillas por embestidas con los almohadones.

Cuando sus manos dejaron de apretar, un joven asqueado se echó para atrás. Abochornado, intentaba controlar las arcadas.

–Y menos aún, vomitar –añadió Nerón.

Sonó jovial, casi divertido, pero plagado de grietas por las que escapaban amenazas.

El joven siguió reculando hasta caer al suelo. En sus ojos había algo más que asco: miedo. Buscaba la salida.

–¿Ya te vas? –preguntó una de las muchachas masajeándose un pezón–. Si acabamos de empezar... –remarcó, llevándose la otra mano a la vulva y abriendo los labios.

–Que se vaya –ordenó el emperador.

–Oh, eres muy rudo con él –protestó la otra muchacha, y, como castigo acorde a la reprimenda, propinó un papirotazo al pene imperial que arrancó un extraño en aquel rostro redondo, un gesto a medio camino entre el placer y el dolor–. Aún puede sernos útil, acabamos de empezar.

–Es cierto, eres muy severo con Aulo –concordó la primera–. Podría castigarte... Va a ser tu padrastro...

–Por eso mismo debe irse, ha de darle un recado a mamá...

De las sombras de la enorme habitación surgieron dos pretorianos impasibles que lo levantaron por las axilas para arrastrarlo hacia la puerta.

–No dejéis que se bañe ni que se vista. Y que no beba –ordenó entre risas–. Llevádselo a mi madre... Y que le dé un beso. ¡Un beso enorme!

Antes de contestar, antes incluso de pensar una excusa, siguieron más gritos.

–¡Rena! ¡Ven aquí!

Todas en la playa se volvieron hacia el escándalo.

–¿Es así como pagas cuanto hemos hecho por ti?

Era Isna, la rotunda esposa de Abulus. Actuaba con la autoridad que correspondía a su posición. Vestía telas extrañas, compradas a los «hombres rojos», y de su cuello colgaba un torques con pomos que eran grandes bolas de coral azul. Cambiando el pelo revuelto por tentáculos, su aspecto hubiera sido el de una colorida ortiguilla.

–No puedes estar aquí –reprochó una vez más a Breo con el ceño fruncido–. ¡No tienes derecho! Ya se lo he advertido a Abulus muchas veces. Se te da la mano y coges el brazo...

Se detuvo, comprendiendo que no era apropiado airear enredos conyugales, pero se recobró rápidamente.

–... Sólo puedes mariscar cuando no lo hacemos los del castro, lo sabes –chilló, echándose encima de él.

Hasta el lobero dio un paso atrás, intimidado por la mujerona, que parecía a punto de tragarse a Breo de un bocado y escupirlo masticado.

–¿Es así como pagas la hospitalidad que te hemos brindado?

No supo qué decir. Cada palabra le dolía como un lanzazo, pero no podía rebelarse. Sin alzar el rostro, miró al mar, al norte, hacia el horizonte que escondía las islas. Lejos. Como si el océano pudiese ayudarlo.

Y sus dudas dieron tiempo a la viuda a llegar hasta donde estaban. Y tras ella venía también Niske, interesada por el griterío.

–¿Qué sucede? –preguntó, dirigiéndose a su madre.

–Este ingrato –protestó Isna–. Estaba robando las cestas de los almuerzos. –Y, como si acabase de tener una ocurrencia, añadió algo más con una orden tajante–. Vacía ese morral...

Breo, conteniendo un suspiro, apartó sus ojos del mar y se descolgó el zurrón del hombro. Sus manos dudaron un instante más, y su mirada regresó al océano antes de levantar la tapa raída para enseñar el interior.

–Está vacío –anunció la viuda.

Y era cierto, no había nada. Ni siquiera un pedazo de cordel o unos anzuelos. Ni unas migas.

Rena, encorvada, señalaba con una mano y mantenía la otra en sus cansados cuadriles. Miró con dudas a la mujer del jefe cuando Isna le ordenó que abriese su propio cesto.

–¡Vamos! ¡Ábrelo!

A la viuda se le subió el color a las mejillas. No se había abochornado así desde el día en que perdiera su virginidad durante el festival de primavera, tras danzar alrededor del árbol con el hombre que le daría sus dos únicos hijos.

Breo captó la indecisión de la viuda, pero sólo podía callar. Niske también lo hizo, y ella sí iba a intervenir, pero su madre no le dio oportunidad.

–¡Vamos! –urgió Isna–, ¿a qué esperas? Ábrela. Comprueba si este desagradecido ha cogido algo...

Antes de que pudiera hacerlo, de carrerilla, pasó a hablar a Breo.

–... Se lo diré a Abulus y llamaremos al consejo –amenazó, malcarada–. Tendrás que irte. ¡Y buena será la hora! Debió haberte echado a patadas cuando el loco de Suntus murió. Es demasiado bueno –dijo, quejosa, molesta con su esposo–. Le puede su buen corazón...

Su lengua volvía a perderla, y urgió con las manos a la viuda para que abriese de una vez el condenado cesto.

–Madre –intervino Niske moderada, haciendo una seña de calma hacia Rena–, madre, no creo que...

–¡Tú no crees nada! –la cortó Isna–. ¡Abre ese cesto de una vez!

Niske pasó entre las otras dos mujeres, frente a Breo. Dejó con descuido una caricia en la cabezota de Cerno y abrió el cesto. Miró en su interior, sonrió y lo inclinó para que los demás vieran el interior.

Había dos pequeños tentáculos de pulpo seco. Una ración magra y escasa. Nadie hubiera dado una moneda por ellos.

Isna bufó tan fuerte que se le revolvió el flequillo, y aquel aspecto de ortiguilla azotada por la marea se acentuó.

No advirtió la sorpresa que desenredó el entrecejo de la viuda. Niske sí lo hizo. Ella sí vio cómo Rena miraba llena de incógnitas a Breo.

–Parece que he llegado a tiempo de evitarlo –mascó la mujer del jefe, más disgustada por la falta de pruebas que contenta por evitar el robo–. Pero esto no quedará así, ¿me oyes?

Breo, arrollado, sólo pudo asentir.

–Me encargaré de que Abulus lo sepa y de que actúe en consecuencia. Ya va siendo hora de que Fazouro se libre de sus pordioseros –afirmó con desprecio–. Hemos postergado este asunto demasiado tiempo.

Los pretorianos, a saber si por respeto o por hastío, no se burlaron de las lágrimas del joven Aulo. Ya no era el galán del que se prendara Agripina, de buena planta y mejor apostura; de pronto era sólo un guiñapo bueno para fregar el suelo.

Verlo arrastrado como un fardo hubiera chocado a la mayoría, pero no a Quilón, acostumbrado como estaba a los excesos y tan concentrado mordiéndose las uñas que apenas advirtió la humillante escena.

Frente a él, un mensajero desfallecido intentaba resollar sin escándalo, preguntándose si su caballo seguiría con vida o habría reventado al pie de la colina, a las puertas del recinto imperial.

Quilón conocía a su señor. Era de los pocos que podía afirmar algo así y continuaba con vida, y el rollo que tenía en sus manos le provocaba escalofríos, incluso a él, un espartano de pura cepa que había acabado como esclavo por preocuparse más de estudiar a los sabios que de pagar sus deudas.

Del otro lado de la enorme puerta, remachada de oro y molduras, llegaban los gritos de las muchachas y risas atolondradas. Y, tras enjugarse la frente, llegó a la conclusión de que pocas veces encontraría a su señor de mejor humor.

–Antes de que te vayas... –dijo finalmente al mensajero–, ¿cuándo has llegado?

Perplejo, el interpelado tardó en responder.

–Hace un momento, partí antes del alba...

Quilón chasqueó los dedos con brusquedad.

–No, tú no has llegado. Tú –lo señaló– no has estado nunca aquí... –Y alzó una ceja.

–No, claro que no –respondió el mensajero, que sólo necesitó un parpadeo para hacerse cargo–. Yo voy camino a Herculano, tengo una dispensa para visitar a un primo tintorero que ha caído gravemente enfermo.

Tras asentir, el esclavo lo despidió con un gesto vago. Resopló, releyó el mensaje y encaró el portón. Y los pretorianos lo dejaron pasar sin preguntas; todos conocían a la mano que limpiaba el culo del emperador.

–Mi señor...

El tufo a vicio le abofeteó el rostro. Descubrió que acababa de interrumpir una reñida competición en la que el dueño del mundo se esforzaba, con ambas manos, en colar cerezas en las bocas abiertas de las muchachas. Todos reían en la habitación hasta que él entró.

–Mi señor –repitió–, un mensaje urgente de Hispania.

En el rostro de Nerón se cruzó un relámpago de terror. Súbitamente, la arrogancia desapareció de los ojos vacunos, y la papada quiso echarse a temblar.

–No, no, mi señor, nada que ver con ese sucio traidor de Galba. Viene de la Gallaecia, del prefecto de Lucus Augusti.

Tan pronto como se había desvanecido, regresó la soberbia.

–¿Y era necesario que nos interrumpieras? –preguntó, malhumorado.

–Me temo que sí –respondió con vehemencia, tendiendo el rollo con el mensaje.

Nerón lo cogió como si fuera un hierro al rojo y, antes de leerlo, tuvo una ocurrencia:

–No será otra protesta por rebajar el denario... Estoy hasta la coronilla de ese asunto –protestó–. No había otra solución. ¿Qué más quieren esos viejos? Se han olvidado de la donación que hice de mis propias reservas...

El esclavo negó, y Nerón se decidió a desplegar el rollo. En cuanto lo leyó, se enfureció.

–¿Y me molestas por esta sandez? ¿Qué me importa a mí semejante miseria? Esos bárbaros son todos iguales... Como si no tuviera ya bastante a lo que atender.

Quilón respiró hondo y, con delicadeza, tomó el brazo del emperador para alejarlo de los oídos de las muchachas y de los pretorianos. Lo llevó hasta los pies de César Augusto y, recordando al tataranieto lo mucho que había costado a su abuelo apaciguar aquel territorio perdido en el extremo del Imperio, le susurró algo.

El rostro de Nerón se contrajo de un modo extraño.

–¡No! ¡Eso no!

Y empezó a dar grandes zancadas de un lado a otro, sacudiendo el rollo con el mensaje como si espantase molestos mosquitos.

–¡Noooooo!

Siguió con aquel patear y bracear, hasta que, de golpe, su mirada se iluminó.

–¿Y qué haremos si Galba se entera? –preguntó, asustado–. Podría aprovecharlo...

Pero el miedo dio paso a una nueva rabieta infantil, y los alaridos volvieron a subir de tono.

–Desgraciados. ¡Sucios bárbaros! Barbudos malolientes, mequetrefes, desgarramantas, follaovejas...

Llegó hasta uno de los pebeteros y allí, fascinado por las brasas, se calmó y pareció olvidarse del mensaje. Quilón se acercó a él.

–¿Qué queréis hacer, mi señor? –preguntó sosegado.

Ensimismado, el emperador tardó en reaccionar. Lo primero fue rascarse las hirsutas patillas, casi pelirrojas, y luego advertir su completa desnudez con sorpresa.

Siempre le había avergonzado su cuerpo, y el rubor de sus mejillas hizo inútil el gesto de meter tripa.

–Enviaremos a las legiones, ¡a todas! –exclamó, reuniendo tanto aire marcial como fue capaz.

–Quizá no sea necesario desproteger las fronteras orientales...

–¡No! ¡Hay que arrancar el mal de raíz!

La histeria había regresado, y el esclavo se pasó la mano por el rostro.

Las muchachas habían encontrado el modo de espantar el aburrimiento, se habían enzarzado en un combate que provocó arrugas en la túnica de Quilón. Pero los pretorianos seguían en las sombras, junto a la puerta; y el esclavo no dudaba de que pronto contarían a Sexto Afranio lo que entresacasen de la conversación. Y entonces habría que preocuparse.

–Mi señor –dijo, turbado, mirando a las jovencitas–, ¿no convendría sopesar la situación?

Las pobladas cejas del emperador colisionaron antes de que una idea le iluminase el rostro.

–No, es mejor tratar todo esto con discreción –sugirió triunfante–. Galba tiene espías en todas partes. Es mejor hacerlo bajo cuerda...

Y se llevó un dedo regordete a los labios.

–Brillante, mi señor, brillante. Creo que es una gran idea.

–Ya sé que es una gran idea –repuso, ufano–. Es una idea... imperial –rio su propia gracia–. Pero ¿quién...?

Quilón contuvo la respuesta como un regüeldo después de una comida con mucho ajo. Y, antes de contestar, sus dedos jugaron con la placa que llevaba al cuello.

–No tengo idea, mi señor.

El dedo empezó a tamborilear sobre unos labios regordetes. Aún quedaba algo de maquillaje rojo en ellos.

–Ordena que llamen al sirio. Nos sirvió bien cuando nos ocupamos de esa rata de Británico.

El esclavo asintió, complaciente. Su barbilla casi tocó la placa con su nombre completo, el de su señor y la enorme recompensa que se ofrecía si se devolvía su cabeza fría y sin vida a quien lo hubiera detenido en su huida.

–Nadie prepara mejores venenos, pero, me pregunto, ¿es el veneno la mejor solución para el asunto que nos traemos entre manos?

Las dudas del emperador aletearon apenas en su boca pintarrajeada.

–¡No! Claro que no –aseguró después de carraspear–. Podemos dejar que el sirio se ocupe de mi madre y de ese Aulo... ¡No! Haz que

busquen a Sila, que se olvide de Sexto Afranio por el momento, ya habrá ocasión de encargarse de esa víbora del Viminal.

–Jamás se me hubiera ocurrido –concedió, halagador–, pero acertáis. Sila es la clase de hombre que mantiene la boca cerrada y el puñal afilado.

Nerón miró hacia el lecho, donde las muchachas entrecruzaban las piernas y escondían las manos.

–Esta noche, que venga esta noche –dijo el emperador.

Tarvus había perdido su sonrisa años atrás.

Un crujido podía convertirse en un derrumbe. El suelo podía volverse de pronto un abismo. Un desliz con la maza podía aplastar un pie. El último golpe de pico podía desmoronar la pared y escupir podredumbres que envenenaran los pulmones. O, sin más, uno podía perderse en aquel laberinto de oscuridades para no ser encontrado jamás. Y, si nada de eso sucedía, quedaba el látigo.

Las minas vaciaban la tierra y vaciaban el alma.

Sin embargo, para incredulidad de Tarvus, aún había quien conservaba ilusiones.

–Y yo me quejaba cuando mi padre me obligaba a arar...

Era Ursicenus el que mascullaba entre labios fruncidos por una sonrisa.

–Eh..., ¿cómo llamarías a dos romanos encadenados a una roca en el fondo del mar?

Había sido un susurro, para cuidarse de oídos indiscretos que se tomasen a pecho esas bromas. Y el continuo tintinear de los picos se lo tragaba todo. Así que, ante el ceño fruncido, Ursicenus repitió la pregunta:

–¿Cómo llamarías a dos romanos encadenados a una roca en el fondo del mar?

El pico de Tarvus tartamudeó. Un día más, como el anterior, como el siguiente, habían sido engullidos por el dédalo de galerías del dieciocho, que, como un tumor en el hígado de un moribundo, crecía sin parar.

–¿Qué demonios...?

Estaba cubierto de esa arcilla rojiza que se pegaba hasta en el cielo del paladar y que convertía un trago de agua en un mordisco a un charco. Y, aunque había llegado unas semanas antes, el hambre ya le asomaba entre las costillas. Pero, de algún modo, Ursicenus se las apañaba para no perder el buen humor.

–Vamos, ¿cómo los llamarías?

Tarvus echó un vistazo por encima del hombro. Tras ellos estaba otro veterano. Un ibero que, con una pala, llenaba la esportilla que un cuarto mantenía abierta. Más atrás había otra pareja, y más allá, otra; eslabones de una cadena que sacaba al exterior las migas de la montaña. Y también aquel tracio que había acabado al otro lado del mundo tras encabezar una rebelión fallida y que sólo tenía un brazo; el otro lo había destrozado el pisotón de un elefante. Aun manco, era capaz de perforar cada pocos pasos hornacinas en las que su ayudante, un muchachito de las montañas astures, colocaba lucernas. El último era el guarda que vigilaba el tramo. Recostado contra la pared, luchaba contra el sueño dando cabezadas esporádicas.

Ante la expresión pícara de Ursicenus, no le quedó otro remedio que resoplar.

–No, no lo sé –dijo, fingiendo hastío–. ¿Cómo?

–Un buen comienzo –resolvió el muchacho con una sonrisa radiante.

A costa de esforzarse, Tarvus logró no reírse.

–Sigue picando o nos quitarán la ración de la noche –advirtió, severo.

Entonces el muchacho decidió tomarse algo en serio.

–Para mí será la última –aseguró en un susurro.

Esta vez el pico no tartamudeó, se quedó mudo.

–¿De qué estás hablando? ¿Cómo que la última?

La respuesta fue un mero gesto de la barbilla.

Con el pico apoyado en la pared, Tarvus rumió aquello.

–No. Te lo prohíbo –tascó tajante–. Conseguirás que te maten... Y contigo a otros diez.

Una sombra triste apagó el brillo en los ojos de Ursicenus.

–He hablado con los míos. –Agachó la mirada hacia su pico–. Los mayores se han ofrecido, saben que no durarán mucho. Prefieren morir

a cambio de darnos una oportunidad...

–¿Daros? ¿Quiénes sois? –Antes de que le contestase, Tarvus añadió más preguntas–: Ese escita con el que tanto hablas, ¿ha sido idea de él? ¿Qué vais a hacer? –Y, sin dar tiempo a que el muchacho respondiese–: No saldrá bien –espetó con rabia–. Os matarán...

–Saldrá bien –aseguró Ursicenus, repleto de confianza.

Una mano sucia hurgó bajo el sayo y sacó algo de entre los andrajos: un punzón hecho a partir de un pico roto.

–Estoy harto. Esta noche lo mato. Me marcharé pisando la sangre de ese malnacido.

Algo en el pecho de Tarvus tironeó de sentimientos oxidados. El orgullo en la voz, el arrojo en la mirada, ambos contaban lo que no hacían las palabras.

No habían hablado de lo que sucedía por las noches. Alguna mañana, Ursicenus aparecía con un ojo morado; otras, con el rostro hinchado. Pero el joven jamás había emitido una protesta. Hasta ahora.

–Sé que Druso...

Buscaba las palabras cuando los interrumpieron. El guarda había logrado sacudirse el sueño de encima.

–¡Silencio al frente! ¡Gandules! ¡A trabajar!

No les dio tiempo. Dos legionarios entraron a trompicones, poco acostumbrados a caminar agachados por túneles mal iluminados.

Traían la seriedad del deber por cumplir y apartaron a todos a empujones. Unos cayeron. Otros se echaron al suelo aterrorizados. Eran dos de los perros de Druso, y todos habían aprendido a temerlos.

Sin más palabras que los estacazos que Tarvus recibió al levantarse, prendieron a Urcisenus. Se lo llevaron a rastras y, desde el suelo, perdiendo el sentido, con la ceja abierta y dos muelas flojas, Tarvus los vio marchar.

Patas arriba, se contorsionó como una lagartija para rascarse la espalda y, al concluir tan importante tarea, Cerno resopló con fuerza y se acostó.

Era una agradable tarde de cielo limpio y mar en calma. Las garcillas perseguían a los cangrejos por la arena húmeda, sembrada de relucientes conchas. Las gaviotas graznaban esperando su oportunidad para robar una ración. Y un alcatraz, orgulloso, surcaba el aire mirándolas con desdén; planeaba en manos del viento y buscaba destellos en las olas mansas, listo para lanzarse en picado.

Era fácil antojarse una siesta a la sombra.

Sin embargo, la impaciencia no dejaba al lobero acomodarse. Apoyó la cabeza en las patas, se dejó caer de costado, cambió de lado, se rascó una oreja y se relamió. Nada funcionó. Estaba harto de esperar.

Se alzó, se estiró con un gruñido y trotó hasta la montonera de varillas de mimbre, junto a la lona arrugada. Robó uno de los recortes y se acercó con el palo entre los dientes y el rabo dudando.

–Luego –dijo Breo, alargando las sílabas con paciencia–. Tenemos que terminar esto...

Le costó hablar por culpa del esfuerzo de tirar de la soga.

El tronco labrado de un castaño servía de quilla y soportaba el armazón. En ambos extremos, encajaban dos maderos escogidos por su curvatura y, atravesando el conjunto, había asegurado verdes ramas de higuera sujetas gracias a los baos que cruzaban de costado a costado.

El casco lo había hecho entrelazando, durante dos lunas, incontables varillas, como el recorte que el lobero tenía entre los dientes, y toda ella

apestaba como una condenada, porque las pieles que envolvían los mimbres habían sido tratadas con brea recocida.

Allí al lado, a un reojo de distancia, estaban los fiascos del pasado: cuadernas rotas, baos agrietados, varas rotas y el recuerdo de un susto. La anterior intentona dormía ahora con las vieiras y los lenguados, tras hacer aguas al poco de echarse a remar.

Pero aquel nuevo intento, en el que arrastraba desriñonándose por la arena, pese a los manchurrones pegajosos en las manos, pese a los incontables arañazos y pese al dedo aplastado y a que la uña seguía negra como el carbón, aquella nueva barca le inspiraba confianza.

Al mirarla, sonreía. Aunque fuera un adefesio, pesado, frágil y con pinta de volcar al primer coscorrón que el mar le sacudiese.

–Esta vez funcionará –aseguró entre resuellos mirando al perro, que cabeceaba contra sus piernas ofreciéndole el palitroque.

Su pueblo llevaba siglos navegando. Pero Breo no tenía, ni había tenido, a nadie que lo enseñase. Las únicas oportunidades de aprender algo que no le dictase su intuición se producían cuando algún bote recalaba allí mismo. Especialmente los que venían del cabo más allá de Foxos para comprarle sardinas para la importante industria de salazón que, desde allí, comerciaba con buena parte de las costas al norte y al sur.

Esta vez, sin embargo, tenía la certeza de que lo conseguiría. Estaba convencido de que, al fin, había construido una barca fiable, por horrorosa que fuese.

Y, cuando el agua le mojó los pies y el bote estaba sólo a unos pasos de flotar por primera vez, no pudo contenerse más.

–¡Nos vamos! –exclamó, enrollando la soga en la proa y tomándose un respiro–. Nos vamos –insistió, al borde de la carcajada–. ¡Nos vamos!

Cerno malinterpretó aquella alegría y se preparó para jugar. Pero Breo lo ignoró y rodeó la barca, dispuesto a empujarla por popa y meterla en el mar. Y el lobero, desconfiado, se quedó en la arena seca, sin abandonar el palitroque.

Cuando el agua le llegó por los tobillos, animó al perro a unirse a la prueba.

–¡Salta! ¡Vamos! A bordo.

El perro revolvió el palo entre los dientes y miró desconfiado hacia el mar antes de dar dos pasos atrás.

–¡Cobarde! Eres un cobarde.

Pero el lobero no se tomó a mal el insulto. Reculó algo más y se tumbó en la arena a mordisquear el recorte sin quitar ojo a la barca.

Breo, herido en su orgullo, no se dignó a pedírselo de nuevo y saltó a bordo. La barca se bamboleó peligrosamente, echando de menos una quilla de más enjundia, pero él guardó el equilibrio y se hizo con el remo que descansaba en los baos.

Aquel alcatraz, desde las alturas, graznó con disgusto. Como si temiese que el artilugio le espantase la pesca. O como si quisiera dejar bien claro que aquel tipo estaba loco si confiaba su vida a semejante trasto.

Pero Breo lo ignoró, como había ignorado a Cerno. Y, atento al comportamiento de la barca, dio las primeras paladas, mintiéndose a sí mismo para ganar seguridad, pero con la fe de un tartamudo que se echa a dar un discurso.

–Esta vez lo conseguimos, ya lo verás, descreído –gritó despechado al lobero–. Esta vez nos vamos para siempre. ¡No! Me voy yo sólo, ¡traidor!

Cerno resopló sin soltar el palo.

A no más de veinte brazadas de la playa, su confianza había borrado cualquier temor. A punto de echarse a reír, Breo bogaba entusiasmado, maniobrando con torpeza la pesada barca y haciendo lo posible por convertirse en patrón de la noche a la mañana. Hasta las islas del norte tendría cuatro días en el mejor de los casos. Cuatro días en los que habría de confiar su vida a aquel trasto.

Y realmente albergaba esperanzas. Parecía marchar bien, mucho mejor que la vez anterior.

Hasta que se dio cuenta de que el agua se filtraba entre las pieles y empezaba a acumularse en el fondo.

–¡No!

No pudo contener ni las quejas ni las maldiciones, y no tartamudeó al jurar por todos los dioses. Y en la orilla el lobero alzó las orejas y se puso en pie de inmediato. Incluso escupió el palo.

Breo miró a su amigo. Podía nadar fácilmente, casi podía vadear. No estaba en riesgo de ahogarse, como mucho de pisar una faneca. Pero no podía abandonar la barca. Era el trabajo de dos años. Y las esperanzas de nueve.

Y el nivel del agua subía.

En la inmensa habitación a oscuras, sólo se oía una risilla nerviosa.

La única luz provenía de una lucerna de bronce. Un lujo caro y de dudoso gusto en el que se mezclaban un león, un macho cabrío y una bestia alada cuya cola, enroscada, servía de asa.

Escupía una tímida llama que engañó a una polilla. El animalillo, incapaz de resistirse, revoloteó por los alrededores hasta que, con un último aleteo, se posó en la mesa donde estaba apoyada la quimera. Y quedó destrozada al instante, desparramada entre los cadáveres de las pioneras en aquel territorio enemigo. El pequeño dardo le había dado de lleno y ya se deslizaba por la mesa hasta caer al suelo.

Y no hubo centurión, antes o después, que celebrase con tanto fervor una victoria en el campo de batalla.

Desde el otro lado de un escorpión en miniatura, de apenas un palmo de largo, las manos regordetas del emperador se fundieron en un aplauso entusiasta. Y aquella risilla nerviosa se convirtió en carcajadas.

La maqueta estaba provista de todo detalle y, con la salvedad del tamaño, era una réplica de los engendros mecánicos que las legiones empleaban en los asedios.

–Buen disparo, mi señor –dijo, solícito, Quilón.

–¿Bueno? ¡Ha sido un prodigio!

Y el esclavo supo que iban a regañarlo por su tacañería en los cumplidos, pero se libró cuando llamaron a la puerta.

–¿Es él?

–Imagino que sí, no esperamos a nadie más...

La mirada de Nerón calibró cuánto pesaba la insolencia.

–Enciende las luces, trae el vino –ordenó tajante–. Lo haremos esperar...

Quilón dudaba de que el invitado aceptase de buen grado, pero sabía lo que convenía a su cuello y obedeció.

Entretanto, Nerón corrió hasta una mesita auxiliar y se roció de la cabeza a los pies con perfume de nardo. Mientras se olía los sobacos para comprobar los efectos, las sombras se deshicieron y los frescos de las paredes cobraron vida.

Se desveló un precioso estanque de aguas calmas junto al que crecía un jardín rebosante de fruta madura. Los pájaros cantores iban de árbol en árbol. Las flores entre la hierba derramaban sus colores. Había incluso un limonero con ramas rendidas a una brisa que no podía sentirse, sólo verse. Y uno de los limones parecía temblar entre las hojas, a punto de caer al suelo.

Eran las más bellas pinturas de todo el Imperio. Sin embargo, el hombre que entró tras Quilón no quedó impresionado.

Cargaba cincuenta como si no fueran más de treinta. Pero no eran sus años los que contaban su historia, eran sus maneras. La toga impecable, la apostura e incluso lo patricio del rostro. Paseando por el foro habría pasado por un senador cavilando sobre su último voto.

–¿Has disfrutado del teatro? –preguntó Nerón, sentándose a la mesa–. Es una de mis mejores creaciones –declaró, ufano.

El esclavo se apuró a retirar la lucerna, los restos de las polillas y el aparatoso juguete. Solícito, sirvió vino de Falerno en copas de vidrio y olivas de Corinto en un platito a juego.

–No especialmente –contestó el invitado tras examinar los frescos–. Encuentro desagradable que se abuse de la tramoya. –Arrugó la nariz, molesto por la mezcla de sudor rancio y nardos–. Ya no importa el texto, sólo el aderezo con que se disfraza. Así no se superarán los clásicos de Plauto o de Terencio. Además –añadió, recalcando la indirecta sin tapujos–, prefiero los juegos de gladiadores. Es una lástima que apenas se celebren...

El emperador carraspeó y se tragó aquel desdén.

–Por supuesto, el diálogo debe mandar, pero la grandeza no se consigue sólo con palabras –dijo con falsa seguridad, obviando la mención a los combates.

El otro hombre se sentó, observó la mesa, las delicadas copas de vidrio. Y dejó caer su vista sobre el emperador.

Iba maquillado y vestía una toga púrpura; pero todo el exceso empequeñecía ante las zapatillas que calzaba: tenían los costados bordados con hilo dorado, un hilo que engarzaba perlas.

–Una delicia, ¿verdad? –preguntó, haciendo girar uno de sus pies para que la extravagancia se apreciase–. Eran del tío Calígula. Siempre tuvo algo con los zapatos...

La brillante sonrisa no fue correspondida, y el invitado atajó:

–¿Setas de nuevo?

Nerón, con la boca ocupada por un puñado de aceitunas aliñadas, negó con la barbilla.

–Ya, ése era más el estilo de tu madre –apuntilló Sila–. Y del sirio –añadió con intención–. ¿Un accidente, entonces?

Antes de contestar, el emperador apremió a su esclavo para que le acercase una petaca de suave gamuza que le arrancó de las manos en cuanto estuvo a su alcance.

Le costó desatar el cordelillo que la cerraba y acabó usando los dientes para aflojarlo. Cuando lo consiguió, se quedó observando el contenido un instante y, al cabo, la volteó como si pudiera romperse. Bajo sus manos sonó el repicar de algo que caía, extrañamente similar a una jugada de dados trucados con plomo.

Cuando apartó aquellas manos regordetas, con uñas demasiado largas y sucias de maquillaje, en lugar de polillas despanzurradas, ahora había sobre la mesa dos pequeños lingotes. Ambos marcados con el número seis y, pese a ser un trabajo tosco, sin desbarbar y manchados de hollín, brillaban con intensidad.

Incluso el flemático Sila tuvo que espantar la admiración.

–Oro.

Nerón se levantó entonces.

–¡No! ¡Es más que eso! Es solaz para nuestra gente, porque paga los juegos –explicó, melodramático–. Es comida para los pobres, porque paga el grano que se dona a los ciudadanos –continuó, demostrando que no era un gran actor–. Es la cuerda que ata al Senado –alzó la voz–. El oro da de mamar a Roma. ¡El oro! –declamó con dramatismo, señalando los pequeños lingotes.

El tal Sila no se impresionó. Y el emperador, más afectado por sus palabras que su invitado, siguió hablando:

–¿Sabes de dónde viene?

–Supongo que de donde esté acantonada la Sexta –dijo, refiriendo los números en los lingotes.

–Hispania –asintió el emperador–. Es oro galaico.

–Por lo que sé –repuso, sardónico–, viene a valer lo mismo, venga de donde venga.

El emperador volvió a gesticular, y el fiel Quilón, atento, se apresuró a buscar entre sus ropas hasta dar con el mensaje y tendérselo a Sila, que lo aceptó con hastío.

–¿Y cuál es el problema? –preguntó tras leerlo.

A Nerón sólo le faltó tirarse de los pelos.

–¿Cómo? ¿No lo entiendes? ¿Qué le pasó a Quintilio Varo en Germania? ¿Y al propio César en Gergovia? No quiero otro Arminius, otro Vercingetorix, otra Boudica... El padre ya lo intentó. No podemos consentir que al cachorro se le antoje cubrirse de gloria. Esas minas de Astúrica son las únicas que producen oro, ¡las únicas!

–Para eso están las legiones, ¿no?

El emperador agitó uno de sus dedos con vehemencia.

–Ya hemos tenido suerte de que este mensaje no haya sido interceptado. Las legiones tienen la mala costumbre de hablar demasiado. –En el rostro de Nerón sus ojos pasaron a ocuparlo todo–. El oráculo de Delfos dijo que me guardase del setenta y tres... ¿Y sabes cuántos años ha cumplido Galba? –No esperó respuesta y se contestó a sí mismo–: ¡Setenta y tres!

Se detuvo un momento, agachó el rostro y añadió algo más que sorprendió a su esclavo. El miedo o quizá los nervios le habían soltado

la lengua a Nerón.

–Creo que lo apoyarían en el Viminal... Los pretorianos no están contentos, echan de menos las luchas de gladiadores –aclaró con pesar–, no aprecian el teatro como yo –añadió desconcertado.

–¿No convendría entonces que termine lo que ya se me encargó?

Nerón negó, haciendo retemblar su papada.

–Antes o después habrá que ocuparse de él. Aceptaría a Galba como nuevo emperador, y, si Sexto lo hace, sus hombres lo seguirán... Pero este asunto es más urgente. ¡Mucho más!

Nerón se volvió a sentar, se retrepó en su asiento, recolocó su túnica y se pasó las manos por los cabellos pelirrojos, intentando arreglar el desaliño de la excitación previa. Tras suspirar, señaló el rollo que descansaba sobre la mesa.

–¡Mátalo!

El dolor lo despertó.

Sólo pudo abrir un ojo, el otro no obedeció. Aun así, comprendió enseguida dónde estaba. Era uno de los pozos de registro, probablemente el dieciocho. Lo habían tirado allí y habían cubierto la boca con las riostras que usaban para apuntalar los túneles, y a los maderos les habían puesto encima pedruscos. Un gesto inútil, porque no podría salir de allí a no ser que alguien se apiadase de él y echase una cuerda.

Era apenas un hueco para bajar con un pico. Ni siquiera podía tumbarse, sólo sentarse.

Escalar era imposible. No sólo por las abruptas paredes o por el riesgo de que a medio ascenso se quedara sin otro agarre que un puñado de blanda arcilla, sino también porque tenía una pierna rota, el cuerpo lleno de moratones, las dos cejas abiertas y, como poco, un par de costillas hechas añicos.

Le dolía respirar, e incluso le dolía seguir vivo.

Y de poco le sirvió el consuelo de saber que no le quedaba mucho. Lo habían condenado a morir lentamente, y el verdugo podía ser el hambre, la sed o cualquiera de las lesiones.

Iba a pagar su rebeldía con el precio más alto posible.

Los estacazos de los legionarios no lo habían librado del trabajo. Aquella jornada hubo de terminarla, picando hora tras hora. Y, al acabar el turno, no se lo habían llevado a los barracones; lo habían obligado a descender hasta la enorme explanada de los lavaderos.

Allí aguardaban muchos hombres. Demasiados.

La guarnición, armada, al completo y en pie; todos firmes, con las lanzas formando un bosque tupido sobre sus cabezas. Los esclavos que se encargaban de los lavaderos, cubiertos de barro. Los que picaban en las galerías.

Y once hombres más.

Todo allí era un laberinto de canales. El agua traída de las montañas arrastraba la tierra arrancada a los montes, y el oro, pesado y perezoso, quedaba prendido en los vellocinos tendidos en el fondo. Era el corazón de las minas. Un corazón atravesado por cientos de postes y estacas que mantenían la pendiente de los canales.

Y atados a once de aquellos postes estaban aquellos once hombres.

Y junto a ellos, pero desatado, su miedo.

De la mano de Druso.

Su abuelo se había llamado Medghassen. Pese a la loriga, el casco o el grana de su uniforme, Druso provenía de una larga y orgullosa estirpe de bereberes que habían acogido con agrado la caída de Cartago. Había nacido a las puertas del gran desierto, en la ciudad de Timgad, donde bastaba alejarse una milla para encontrarse en las «tierras que sólo sirven para ser cruzadas». Un infierno donde la arena, el sol y el viento mataban al menor descuido.

Aquel abuelo había sido comerciante de esclavos en aquel desierto y conocía los secretos de las grandes caravanas de camellos. Allí se buscaba a los infelices para condenarlos a las minas de sal. Allí no había oro. Sólo sed. Y su abuelo le había enseñado qué hacer con los rebeldes. Se lo había contado en las noches en las que la nostalgia arrastraba al anciano a acampar entre las dunas con un fuego de bosta de camello por única compañía.

–La muerte puede ser un alivio –le había dicho el viejo Medghassen–. Todo depende del camino que te lleve hasta ella.

Y por eso, antes de empezar, Druso había hablado con el tribuno Didio Severo, al cargo de la mina. Para pedirle permiso. Quería despachar a esa tanda a su manera.

–Haz lo que se te antoje –le había respondido el tribuno–, pero asegúrate de que aprendan la lección –remachó, mientras limpiaba la

navaja de afeitar en la palangana de su tienda.

Y eso era precisamente lo que el nieto de Medghassen quería darle a Ursicenus: una lección. A él y a todos esos malparidos barbudos.

Pese a que el verano regalaba días largos, las antorchas ya se habían prendido. Y una gran hoguera ardía entre dos de los canales. Ardían viejas vigas y postes desechados de las galerías, y a su lado, entre los guijarros, habían clavado un ánfora.

Druso había elegido cuidadosamente a los diez que lo acompañarían. Hombres con los que había llegado a las minas. Y le disgustó ver aquellos rostros cargados de resignación. Hasta ahora no había habido una sola protesta.

A su orden trajeron las estacas, diez de ellas: abedules jóvenes, tiesos como el tajo de una espada y afilados. Las puntas se habían endurecido al fuego y, a media altura, se habían clavado travesaños.

Hicieron falta cuatro legionarios por cada uno de los cautivos.

Arrancaron sus andrajos y los desnudaron. Los obligaron a tumbarse de costado y a doblar una rodilla. Y, uno a uno, los empalaron.

Les atravesaron las entrañas.

Como perdices a punto para asar.

Todo delante del muchacho.

Luego levantaron las estacas, las hincaron en agujeros en el suelo y las aseguraron amontonando piedras, y los travesaños se ocuparon de que la tortura se prolongase.

Sólo habían fallado con uno de ellos. Quizá la estaca había rozado el corazón, o quizás algún dios benevolente se había apiadado. Los otros nueve seguían vivos cuando las estacas quedaron en pie.

Y, con aquellos diez listos, Druso caminó en la luz cimbreante de las antorchas hasta ponerse frente a Ursicenus, que aún seguía atado a los postes.

Como a los otros, le arrancó la ropa. Y quedó allí, frágil y asustado, luchando contra las arcadas que provocaba el olor a entrañas abiertas. Apenas había un borrón de hombría en aquel pecho lampiño. Era un crío.

El brazo del nieto de Medghassen se alzó, y otro legionario acercó el ánfora que había estado junto al fuego. Tenía que sujetarla con las manos protegidas por retales de ropa.

Tarvus vio la mueca de horror en el rostro del muchacho. Todos la vieron. Y el terror se contagió como la peste.

Todos supieron lo que iba a pasar.

Druso se inclinó y susurró algo que demudó el rostro de Ursicenus. Y aquel terror corrió por los muslos del muchacho y se encharcó a sus pies. Entonces, Druso se apartó y gritó la orden.

La grasa hirviendo brillaba a la luz de las antorchas, y la piel empezó a freírse como tocino al fuego.

Ursicenus no pudo contener los alaridos.

Sin embargo, Tarvus no fue capaz de gritar. Sólo de mirar horrorizado cómo Druso, con lentitud exasperante, caminaba hasta una de las antorchas y regresaba junto al cautivo con ella en la mano.

Los más afortunados tuvieron tiempo de cerrar los ojos. Tarvus, no.

Druso lanzó la antorcha a los pies del muchacho. Y prendió como yesca. Un fogonazo iluminó la noche y se tragó el aire con un bramido que alentó las llamas.

Y la muerte no se apiadó de él. La grasa ardió hasta consumirse, entre alaridos. El muchacho quedó derrengado a los pies del poste, renegrido y chamuscado, vivo aún.

No murió hasta al amanecer, cuando los capataces repartían las tareas de los esclavos, y el horror, persistente, aún lo envolvía todo con un suculento tufo a asado. Fue entonces cuando Tarvus vio cómo Druso se acercaba a Ciaxaros y le ordenaba hacerse cargo del odre y la escudilla de los aguadores.

Intentaron retenerlo, hubo manos que lo sujetaron, pero Tarvus embistió como un toro.

Pasó como una exhalación, tumbó a Druso con el hombro y se lanzó encima de aquel cagajón de mierda para echarle las manos al cuello.

Apretó y apretó hasta que los ojos de aquel malnacido se salieron de sus órbitas. Soportó los golpes en las costillas, las patadas de los legionarios, los latigazos de Druso. Apretó y apretó. Y volvió a apretar.

Para cuando dejó de respirar, hicieron falta tres hombres para abrir el cepo en el que se habían convertido sus manos.

Recibió una paliza allí mismo, a la salida de los barracones, y despertó en aquel pozo de registro, sabiéndose muerto de antemano.

Había crecido hasta convertirse en una pequeña ciudad. Modesta, pero abonada de esfuerzos por emular a joyas como Tarraco, Lutecia o Vindobona.

El foro, en obras, era un remedo con cuatro columnas que apenas tenían otras filigranas que las que dejaban los críos en los zócalos. No había hojas de acanto o laureles tallados por un cantero competente; en esa tarea se afanaban cuatro marmolistas que se rascaban el cogote estudiando las piedras.

Por el momento, el templo dedicado a César Augusto atraía a menos peregrinos que a perros callejeros ansiosos de aliviarse en sus esquinas, que no tenían otra pintura que esos mismos orines. Y ni siquiera había biblioteca pública. Aunque los topógrafos estaban buscando un segundo manantial para trazar un nuevo acueducto que garantizase el suministro en caso de desgracia. E incluso había tramos de alcantarillado, más de una calle adoquinada y el rumor de que unos nuevos baños públicos iban a levantarse en el extremo norte.

Sin embargo, pese a los ilusos y a los mercaderes con ganas de hacer dineros, encerrada entre bosques eternos y montes salvajes, rodeada por clanes que no comprendían aquel asunto de la paz de Roma, Lucus Augusti seguía siendo, en lo práctico y lo cotidiano, lo que había sido desde su fundación: el campamento de una legión.

Había más putas que artesanos.

Y pocos echaban en falta que aún no hubiera comercios dedicados a importaciones delicadas, como sedas traídas de más allá de Tracia o perlas del mar Rojo.

Aun así, a Sento le impresionó. Y a Sila le provocó un mohín de disgusto.

Ambos llegaron al tiempo. Uno, por la puerta que se abría a poniente; el otro, por la de levante. Uno cargado de grilletes; el otro montando un semental blanco. Uno humillado. El otro gallardo.

Sento llegó con otros dos cautivos, un par de desdichados con los que había compartido encierro en Brigantium y que no habían cometido falta alguna; simplemente se habían dejado atrapar cuando llevaban pescado de un poblado a otro. Estaban tan asustados que no ofrecían consuelo. Aunque a Sento de poco le hubiera servido. La culpa le pesaba tanto que le costaba caminar. Aun así, colmado de arrepentimientos, le impresionó ver aquella monstruosidad. Ninguno de los castros de sus gentes, ni siquiera los más grandes y renombrados, se podían comparar.

A Sila, sin embargo, aquel villorrio de provincias se le antojó ridículo.

Le dieron el alto en la puerta y, cuando mostró el salvoconducto que portaba, al centinela, un actuario al que por lo bruñido de la loriga y la buena planta se le intuía la ambición de ascender, poco le faltó para que se le cayese el escudo y le desgraciase un pie. En un parpadeo estaba dando gritos para ordenar que escoltasen a tan importante visita hasta la tienda del prefecto, en el centro del antiguo campamento, no lejos de donde se había levantado el pobre foro y donde los marmolistas continuaban estrujándose la cabeza para sacar lustre de donde no lo había.

Ése fue también el destino del bardo. Aunque no montando un espléndido corcel enjaezado, sino como un perro, a rastras, a tirones de la cadena en su cuello.

Y, como al traspasar la muralla, a cada uno de ellos lo metieron en las dependencias del pretorio por puertas distintas.

A Sento lo obligaron a empujones a entrar en un antiguo corral de mulas donde ya había otros prisioneros.

A Sila, que fue recibido con honores, por algún lugar corría un corneta buscando su latón para soplar unas notas, le informaron de que tendría que seguir camino, porque el prefecto estaba junto al río, al sur

de la ciudad, tomando un baño en unas termas de buena fama por las surgencias de aguas sulfurosas.

Y a ambos se les escapó un suspiro. A Sento, de pura desesperación; a Sila, de hastío.

Las paladas rendían cada vez menos. El agua, por encima de los tobillos, hacía la barca más pesada y menos maniobrable y, pese a que se estaba desriñonando, Breo apenas conseguía avanzar.

–No, no, ¡nooooo!

Lo repetía como si negar lo evidente pudiera ayudar. Pero parecía imposible que aquel remedo no acabase por hundirse a menos de un tiro de piedra de la playa.

Y, en aquella orilla, tan cercana como inalcanzable, Cerno paseaba arriba y abajo entre gemidos.

Desde el último fiasco, habían pasado casi dos años. Había sido justo después de la muerte de Suntus, cuando, espoleado por la pena, había intentado echarse a la mar y había fracasado estrepitosamente.

Desde entonces, infatigable al desaliento, no había parado de trabajar. Todo para salir de aquel maldito lugar y no volver jamás la vista atrás.

Había esperado pacientemente hasta que la marea arrojara a la playa los maderos para la proa y la popa. Había tardado una semana en cortar el castaño que servía de quilla y lo había dejado secar durante un año completo antes de emplear un mes entero para darle forma.

Había recogido las ramas de higuera en la única que había podido encontrar, a medio día de marcha hacia el sur en un valle escondido en la serranía, en pleno bosque sagrado, donde sólo se podía acceder si uno era miembro de la Orden, sabiendo que se jugaba el pescuezo. Pero aquella madera de olor dulzón y blanca savia era la más flexible y versátil para las cuadernas, tal como le había explicado uno de los patrones que venían desde Gades para comerciar.

El otoño anterior, bajo la lluvia y el frío, había buscado desesperadamente las matas de mimbre más vigorosas para escoger, con todo cuidado, las mejores ramas, parejas, largas, delgadas y flexibles. Y, pese a los tropezones y a las espinas de las zarzas, las había cortado en menguante sin más luz que la de la luna. Después, las había pelado y trenzado, en una maraña interminable, durante largos días, pasando por delante y detrás de aquellas cuadernas de higuera hasta formar el casco.

Luego había conseguido las pieles.

Vetado para comprarlas en el castro, se había dejado sus pocos ahorros regateando con los cazadores por las de peor calidad, las que no tenían salida en los poblados. Y no habían sido suficientes. Una más se la regaló un pobre rebeco que se había despeñado, por raro que fuera, entre los roquedos de los montes. Y el bueno de Akuius, quizá su único amigo desde la muerte de Suntus, le había permitido quedarse con la delicada piel de un potrillo muerto en el parto. Ésa había sido la última.

Sin embargo, como con las varillas de mimbre, conseguirlas sólo había supuesto una parte del trabajo. Antes de usarlas para forrar el casco, había tenido que ejercitar la paciencia manteniéndolas en un apestoso baño de corteza de roble, para luego descarnarse las manos rasurándolas, repasándolas y batiéndolas hasta que pudo, al fin, cubrir el entramado de mimbre, haciendo que cada piel cabalgase dos pulgadas sobre la contigua.

Por último, había tenido que preparar la brea, lo que había sido aún más apestoso que aquella chapucera curtiduría con la que tanto había trajinado.

Incansable, había recorrido los montes una y otra vez, en busca de pinos tronchados por los vientos costeros y dejándose hasta el alma para arrancar los tocones y picarlos menudos. Entonces había cocido la resinosa madera con largas algas parduzcas recogidas durante muchas mañanas en la franja de pleamar y había añadido a la mezcla incontables raspas de rodaballos y lenguados, porque otro patrón, un viejo que había conocido los últimos coletazos del comercio con los «hombres rojos», le había explicado que eran las mejores para conseguir, después de largas horas al fuego, la mejor brea.

Y eso no había sido todo.

Después, obligado a tapar cada día la barca con la lona para que ojos indiscretos no supieran a qué dedicaba tantos esfuerzos, había tenido que calafatearla. Con esparto para darle cuerpo a la brea y sebo para adelgazarla, quemándose con cada caliente y apestoso pegote.

Y no había sido suficiente.

La barca hacía aguas, empeñada en ahogar sus esperanzas.

Cerno y la orilla estaban tan cerca. Se conformaba con hundirse a unos pocos pasos, los suficientes como para que una marea baja le permitiese sacarla a seco.

Pero le dolían las manos, la espalda, el cuello, y cada nueva palada servía de menos que la anterior.

Más fácil que conseguirlo sería echar los pulmones por la boca o reventarse el hígado.

El Minius era un río con temperamento. Había que ser un arquero hábil para enviar una flecha de una orilla a otra. Y estaba poniendo en apuros a los ingenieros de la legión, porque, por el momento, sólo se podía cruzar a través de un puente de barcazas que flotaban a merced del caudal y que, a buen seguro, pese al dique de contención que había más abajo, necesitaba reparaciones con las crecidas invernales.

Aunque, como en toda la ciudad, los esfuerzos por mejorar eran notables.

Aguas arriba del dique, varios botes iban y venían en continuo trajín. Aprovechando el remanso, los zapadores intentaban vencer a la corriente y levantaban empalizadas que explicaban los tornillos de Arquímedes que se veían en la orilla. Una vez acabados los cercos de madera, aquellos ingenios servirían para achicar el agua y empezar la cimentación de un puente de más enjundia.

A Sila, sin embargo, lector de Heródoto, la condescendencia le torció la sonrisa. Él sabía de aquel proyecto del gran Jerjes en el que cientos de trirremes se habían anclado, atado y asegurado para que los ejércitos persas cruzasen el Helesponto.

Llevaba apenas una semana lejos, pero añoraba Roma.

Aquel insignificante lugar en el extremo del Imperio le producía la sensación de necesitar un buen baño. Y no le disgustaba visitar las termas, aunque, por lo que veía, y estaban sobre la orilla del mismo río, no eran gran cosa.

Pese a ser un desconocido, sus ropas y su montura atrajeron de inmediato a un esclavo solícito. Un antiguo pirata cilicio, avejentado y

cojitranco, inclinó el rostro con respeto y se llevó el semental a los establos; pero la visita no empezaba como debiera. Aquel despojo distaba mucho de las ilirias habituales en las termas que levantara Agripa a tiro de piedra del panteón, sus favoritas en Roma.

Tampoco en la entrada mejoró el asunto. Otro esclavo paupérrimo, un númida manco, le pidió de mala cara diez denarios, tarifa que no incluía la comida ni lavar el polvo del viaje de sus ropas.

–¿El prefecto? –preguntó, poniendo las monedas en el mostrador.

–En la palestra –respondió lacónicamente el númida, con una segunda intención que Sila no comprendió hasta abandonar la entrada.

En el patio central, se ejercitaban algunos oficiales, pero el hombre al que buscaba resultó inconfundible.

Había allí cuatro que jugaban con una pelota de vejiga de cerdo, pasándola al través de una línea trazada en la arena del suelo. Otro par ejercitaba los brazos con pesas de bronce. Marco Lucio, sin embargo, no necesitaba uniforme para dejar claro que era el hombre al cargo de las tropas de la ciudad. Vestido únicamente con un faldellín, su cuerpo brillante de sudor no tenía que envidiar a las pomposas estatuas que el mismo Nerón había mandado plantar en los baños que, con su patrocinio, se estaban construyendo en Roma para competir con los de Agripa en lujo y esplendor. Lo único que estropeaba sus grandes músculos eran las cicatrices que la guerra había dejado.

Aparte del faldellín, unos guanteletes le protegían las manos de los terribles golpes que descargaba en el saco que, lleno de harina, colgaba de una viga. Cada puñetazo parecía el choque de un ariete en el portón de una ciudad sitiada. Y los dientes apretados daban al prefecto una salvaje expresión que arredraba a todos menos al que sería su rival: otro legionario correoso que, también con guanteletes, saltaba sobre las puntas de los pies para entrar en calor antes del combate.

En lugar de presentarse, Sila se dispuso a ver el espectáculo. Sentía curiosidad.

Se acodó entre los puestos en los pórticos, en un poyo de piedra que ni siquiera se había pintado, entre un perfumista de baratillo y un tingitano que vendía carne en brochetas. Del perfumista, el olfato le

chivó que cuanto se ofrecía allí se fabricaba con pobre aceite de sésamo; lo que no estaba ya rancio se estropearía en pocos días. Y del otro, el abuso del romero y el abundante humo de vides verdes en el brasero no disimulaban que el cordero era más bien carnero y que la carne se había echado a perder en tiempos de César Augusto.

Sila añoraba Roma, donde desgracias semejantes sólo eran posibles en los bajos fondos de la Suburra, no en termas donde se relajasen los oficiales. Y echaba aún más en falta su coqueta villa de Pompeya. Para pagarla se había metido en las alcantarillas de la política.

–¿Listo? –rugió Marco Lucio tras descargar un último directo portentoso.

Su rival miró con aire desdeñoso la enorme abolladura en el saco y, moviendo la cabeza de un lado a otro para estirar el cuello, contestó lleno de confianza:

–Hace rato que espero a que la señorita termine de empolvarse...

Sila no era el único que deseaba ver el combate: la pelota rodó hasta una esquina y las mancuernas quedaron en el suelo. Supuso que entre aquellos dos habría alguna rencilla.

Los púgiles empezaron a girar el uno en torno al otro. Y en las miradas de ambos se captaba el filo de quienes han avanzado pisando las tripas de sus enemigos. Eran hombres bragados, lobos de Roma.

Marco Lucio recibió un rápido juego de tres puñetazos, lanzados con sorprendente agilidad. Pero ni siquiera se inmutó. Los bloqueó con facilidad con sus fornidos antebrazos mientras su rival seguía danzando, listo para esquivar cualquier golpe, moviendo los hombros de un lado a otro.

Uno era una serpiente. El otro, un oso.

Volaron otros tres puñetazos. La misma combinación rapidísima de dos izquierdas y una derecha, y la última alcanzó la ceja del prefecto, que se abrió al momento para verter sangre. Pero no hubo un solo gruñido de protesta.

Se intuía que, poco a poco, picando sin cesar, la montaña se derrumbaría.

Sila, sin embargo, supo que no sería así cómo acabaría el combate. Y lo supo porque se dio cuenta de que, con un reojo de tanto en tanto, el prefecto estaba pendiente de las monedas que corrían de mano en mano. Entre los jugadores de pelota se cruzaban apuestas, y uno de ellos lamentaba la suerte del oficial como sólo hubiera podido hacerlo un mal actor.

El resto de los presentes no pareció captarlo. El vendedor de carne incluso amagaba, moviendo las caderas y alzando la guardia, tan metido en el combate que sus brochetas empezaban a quemarse.

El prefecto aún se dejó hacer por un rato, incluso fingió que uno de los rapidísimos puñetazos lo hacía flaquear.

Sin embargo, cuando las monedas detuvieron el trajín, el pie de Marco Lucio se asentó en la arena y, desde el tobillo al hombro, pasando por la cadera, el puñetazo reunió el impulso que todos y cada uno de los poderosos músculos podían proporcionar. Bastó un único golpe para finiquitar el combate.

Un instante después, Marco Lucio relajaba la guardia. Y su contrincante, inconsciente, babeaba sobre la arena.

Sila vio su oportunidad cuando el prefecto se volvió hacia los jugadores de pelota y advirtió el gesto cómplice entre el mal actor y el propio Marco Lucio.

–¡Doble o nada! –desafió.

Todos se volvieron. Todos menos el vendedor de carne, que sacó las brochetas renegridas del brasero entre maldiciones.

La sonrisa que apareció en el prefecto dejó a la vista dientes de oro.

–¿Cómo?

–Digo que doble o nada. Digo que, si también eres capaz de tumbarme a mí, te pagaré el doble de lo que hay en ese monto –aclaró, señalando los sestercios en la mano del jugador de pelota.

Había entre ellos un largo trecho. Al menos diez años, un palmo de estatura y, como poco, treinta libras de peso que eran puro músculo.

–Ni siquiera tienes que noquearme –añadió, señalando al caído, que seguía inconsciente sobre la arena–. Gana el primero que hinque la

rodilla. –Y acudió a su propia bolsa para que todos oyeran el tintineo de las monedas.

Marco Lucio, de origen ubio, no había ascendido en la legión por ser un idiota y supo, desde el primer instante, que alguien había encerrado a un gato que maullaba con desesperación.

–Escucha, forastero...

–Apio Decula Sila –se presentó con una floritura.

–Escucha, forastero: las gallinas no van a la zorrera. Toma un baño, relájate y conserva los dientes –advirtió con otra sonrisa de reflejos dorados.

–El triple –se apresuró a proponer cuando el prefecto ya se volvía.

Los jugadores de pelota intercambiaron miradas, al perfumista se le escapó una risilla nerviosa, y Marco Lucio negó con una sacudida del mentón. Pero las miradas de sus hombres le robaron la elección que le dictaba la razón. No podía dejar que un forastero enclenque y vestido como un repollo pusiera en duda sus capacidades.

–El primero que hinque la rodilla...

–Se lleva el triple –completó Sila, tentador.

–Está bien –aceptó–. Cámbiate, si lo deseas...

–Oh, estoy bien así –aclaró con expresión divertida.

Al prefecto le pareció aventar un dejo de burla.

–Te vas a arrepentir...

–No lo creo.

La ira desnudó un colmillo de oro.

–¡Vamos! –gruñó Marco Lucio, dirigiéndose al centro de la palestra.

El jugador de pelota al cargo de las apuestas respondía al nombre de Nicon. Era un isaurio que había aprendido que más valía amamantarse de las tetas de la gran Loba que seguir rebelándose contra ella. Prefería los sestercios a los pellejos de cabra con los que comerciaban los suyos en aquel agreste territorio de Asia. Y no tuvo dudas de que su prefecto pulverizaría a aquel pisaverdes. Enseguida empezó a abuchear al forastero, y sus compañeros lo alentaron con entusiasmo.

Sila los ignoró como si estuviera sordo. Caminó, derramando confianza, hasta ponerse frente a su rival. No lo hubiera hecho de otro

modo de dirigirse al templo de Marte en la misma ciudad imperial.

–Sólo una cosa más antes de empezar –dijo con expresión santurrona–. Una nadería.

–¿Qué? –gruñó Marco Lucio, impaciente.

Con los guanteletes no resultó fácil recoger el rollo que le tendió. Y el ceño fruncido del prefecto se desató a trompicones al leer el encabezado.

–Me cago en los huevos de los toros de Gerión.

Otro párrafo más.

–Y en el gañán que enculó a Venus.

La retahíla de rúbricas y sellos.

–Y me cago también en la polla tiesa de Caco.

A un pelo estuvo de arrugarlo para tirarlo sin más.

Y, para colmo, cuando alzó la vista del documento, se encontró la cara, perfectamente afeitada, brillante de bálsamo incluso, de aquel cagafino, que sonreía como una vestal delante del condenado fuego sagrado.

–Maldito cabrón –masculló entre dientes.

Los jugadores de pelota, incluido Nicon, desconcertados, intercambiaron preguntas mudas con cejas levantadas. La curiosidad los azuzaba, pero todos conocían el temperamento del prefecto.

Horrorizados, vieron con sus propios ojos lo que nunca antes había visto nadie.

El prefecto hincaba la rodilla en la arena.

Había casi tanta agua dentro como fuera. Un par de dedos más y se habría hundido sin remedio. Pero allí estaba, sobre la arena húmeda, con las olas lamiendo la borda. Aquel armatroste, la menos marinera de las naos, había conseguido llegar a la orilla.

Y algo más allá, junto a un gurruño de algas por el que correteaban pequeños cangrejos, derrengado, tirado en la misma playa, con la cabeza apenas en la arena y las olas llegándole hasta la cintura, había quedado su dueño, sonriente y feliz.

Había conseguido salvarla.

Y aún tardó un buen rato en lograr incorporarse, tanto como necesitó para recuperar el resuello. Cuando lo hizo, gateó hasta donde estaba el perro, con otro dichoso palitroque entre los dientes y la que le pareció la más cínica de las expresiones.

–Como digas una sola cosa te tragas el palo –soltó Breo entre jadeos, tomando asiento junto al animal en la franja de arena seca.

Los hombros le dolían horrores, y algo se le había roto en el costado, porque ahí, bajo el costillar, le dolía aún más. Sin embargo, se daba por satisfecho: había logrado salvar la barca.

Aunque su consuelo duró poco. Al inspeccionar el bote advirtió brechas en el calafateado, en las uniones entre las pieles. Y tener explicaciones a lo sucedido no hizo menos amargo el momento.

–Tendremos que parchearla –anunció sin mirar al lobero.

Pasó las yemas de los dedos por los lugares más dañados, notando las fisuras, sin poder evitar una mueca de disgusto.

–Sí, ya lo sé... Pero no es lo único. También habrá que preparar más brea. Con más pino, para que tenga más resina. Y meter esparto.

El lobero ladró una pregunta. Y Breo, masajeándose los hombros, resopló con fastidio.

–Lo sé, ya te he dicho que lo sé.

Aquello pareció satisfacer a Cerno, que empezó a abrir y cerrar la boca, haciendo que el palitroque saltase entre sus dientes.

–¿No puedes tomarte nada en serio?

Y no podía. Ahora que su amo había vuelto, lo único que parecía preocuparle era ponerse a jugar.

–¿No lo entiendes? Tenemos prisa. Hay que aprovechar el buen tiempo, debemos terminar antes del otoño. ¿O quieres meterte en el mar para cuando empiecen los temporales? Si no salimos antes de la siega –admitió, quejoso–, no podremos hacerlo. Habrá que esperar todo un año.

La única contestación fue otro ladrido ansioso. Pero a Breo no le hacían falta más explicaciones. Sabía que llevaba razón. Intentar el viaje más allá del otoño sería una locura. Los vientos, las olas, la mala mar podían sorprenderlo en cualquier momento y enviarlo al fondo.

Tenía que reparar la barca cuanto antes y zarpar. Pero la brea y la estopa no serían suficientes. Debía parchear las fisuras.

–Ya no es buena temporada de caza, y tú no le seguirías el rastro ni al más apestoso de los jabalíes –dijo, acariciando la cabezota gris.

Como si le doliese hacerlo, Breo miró hacia el promontorio del castro.

–Ya sé que es mala idea –reconoció–, pero no queda otra. Habrá que intentarlo, quizá Kalakotum esté dispuesto. A quien hay que evitar es a Isna.

El lobero inclinó la cabeza a un lado.

–No, Abulus no me inquieta...

Con los ojos llenos de curiosidad, como si en verdad pudiese entender lo que le decían, Cerno inclinó la cabeza al otro lado.

–Tú no te preocupes, no dejaré que te hagan daño...

Volvió a mirar hacia el castro. Pero el lobero no le dejó tiempo para más tribulaciones y volvió a ofrecerle el palo. Y a la mirada suplicante y al incesante vaivén del rabo se unió un gañido lastimero. Incapaz de enfadarse, Breo sonrió.

–¡Está bien! ¡Está bien!

Y el lobero salió como una centella tras el dichoso palo.

No se cansaba. No importaba lo lejos que cayese. En cada ocasión volvía a echarse a correr con tanta ansia como la primera, y allí, en la playa, bajo el cielo azul, acariciados por la brisa, con el rumor de las olas de fondo, los dos se dejaron acunar por la reconfortante felicidad de compartir algo conocido. Fue como arrebujarse bajo una pesada manta en una fría noche de invierno.

–No –negó al fin resignado–. No mantendrá la boca cerrada. ¡Es un bardo! –le dijo al perro–, pero, ¿a quién va a contárselo?

Y después de lanzar el palo una vez más, prefirió pensar en asuntos más urgentes.

–A lo mejor puedo hablar con ella...

Ni el lobero ni su amo podían imaginar que sus vidas estaban a punto de hacerse añicos.

El lugar no estaba concurrido, y a los pocos que se interesaron por la más caliente de las salas, los descubrió su calzado.

Las suelas de las sandalias, de madera gruesa para no abrasarse en el piso caliente, armaban tal escandalera que Sila, precavido, tenía tiempo a callar en cuanto oía pasos.

Y los que entraban, al ver entre el vapor a aquellos dos, sentados en los bancos bajo el agua, se daban la vuelta y regresaban a la sala templada o a la fría. Todos intuían que aquellos negocios tenían espinas.

Aun así, harto de las interrupciones, bajo el lino empapado que se había echado sobre el rostro, Marco Lucio gruñó.

–Puedes hablar sin apuros –aseguró–. Me pasé diez años como especulador. Te aseguro que aquí sólo hay gente de mi confianza, nadie se irá de la lengua.

Sila lo ignoró y aguardó hasta que el rotundo sonido de las pisadas se alejó.

Normalmente, un baño caliente en una sala vaporosa relajaba los ánimos y templaba los músculos recién ejercitados, pero el prefecto parecía hecho de alambre. Evidentemente incómodo con las preguntas.

–¿Qué sabes de ese tal Turainos?

El oficial se dejó escurrir en el banco, sumergió la cabeza, volvió a sentarse, rescató el paño, lo escurrió y, tras una mirada de desprecio, se cubrió de nuevo y abrió los fuertes brazos para dejarlos en el borde de la piscina, justo sobre el nivel del agua.

Sila rumió aquel silencio malhumorado.

–¿Puedes conseguirme algo de tenca decente en este lugar?

La pregunta descolocó al prefecto, y la manaza retiró el paño de lino.

–¿Tenca?

–Sí, asada al horno con un poco de hinojo y acompañada de nabos. –Entonces otra idea le iluminó los ojos–. O lirón... ¿Hay algún establecimiento limpio del que puedas traerme un par de raciones de lirón? Aromatizado con miel y adormidera, por supuesto; al lirón lo que mejor le sienta es la adormidera...

Incluso a través del vapor espeso, la ira del prefecto refulgió. Las mandíbulas se le tensaron y las venas del cuello palpitaron.

–... De hecho, es un poco más complicado: el secreto del buen lirón –explicó con pasión– es el engorde. Varro lo detalla en sus escritos sobre los asuntos campestres. ¿Has leído a Varro? –preguntó con una ceja levantada–. Pues deberías leerlo, resulta instructivo... Su carne resulta óptima cuando están listos para hibernar. Deben conservarse en un ánfora especial, fabricada con corredores que imiten sus madrigueras –añadió, moviendo la mano, como si la introdujese por una guarida en un tronco podrido–. Luego debe taparse bien, guardarse en un lugar oscuro y proveer a los animalillos de los mejores alimentos, como castañas dulces de Córsica o buenas bellotas de la Bética... Supongo que algo así sería imposible...

Sila hizo una pausa y miró detenidamente al prefecto.

–Tienes pinta de ser un labrador –espetó sin complacencias–. No has recibido la educación adecuada. No creo que entiendas semejantes delicadezas...

Uno de los párpados del prefecto empezó a temblar.

–¡Por las Furias! Algún día te sacarán ese mandato imperial de ese culo estrecho, ¡a tirones! Y ese día –alzó un dedo calloso–, te juro por Júpiter que yo mismo me encargaré de que conozcas a la perfección otro culo: ¡el de Plutón! –Se puso en pie, y el agua le chorreó por los músculos y por un enorme miembro que quedó justo frente a las narices de Sila–. Si quieres coños de cerda, te los consigues tú.

Y lo que sucedió a continuación, pese a sus años en la legión, sorprendió a un hombre tan bragado como el prefecto.

Más silencioso que Ulises huyendo de la cueva del cíclope, aquel mequetrefe se puso en acción. En un abrir y cerrar de ojos se colocó a su espalda. Sin más que un remolino de agua y un gesto que dejó trazos oscuros en el vapor blanquecino.

Y, de pronto, algo metálico le rozaba el escroto.

La voz de Sila en su oído fue el siseo de una gorgona.

–¡Paleto!

Dejó que el insulto calase.

–Ahí fuera te he dado la oportunidad de conservar la dignidad delante de tus hombres –continuó–. Pero, si lo quieres por las bravas, podemos hacerlo por las bravas. ¡Mira abajo!

El prefecto titubeó.

–¡Mira abajo!

En el agua de la piscina se diluía una mancha carmesí. Su propia sangre.

–Podía haber cortado más profundo. Te estarías desangrando, o podría haberte privado de esta cosa desproporcionada –aclaró, apretando aún más el filo y obligando al prefecto a ponerse de puntillas–. Y estarías chillando como un gorrino...

El prefecto no se atrevió siquiera a toser.

–Las cosas se van a hacer a mi modo, contigo o sin ti, ¿está claro?

El asentimiento fue apenas perceptible y, con la misma rapidez con la que había empezado, todo terminó. En un parpadeo, Sila estaba de nuevo sentado en el agua caliente, y Marco Lucio no llegó a saber de dónde diantres había sacado el cuchillo.

El corte, en la delicada piel entre el muslo y su hombría, era superficial. Y, como legionario, no pudo dejar de admirar la habilidad tras algo así.

Rompió el paño de lino que había estado usando para el rostro e improvisó un vendaje.

–Me encargaré de que alguien vaya a Emérita a por tenca. He oído que de allí vienen las mejores.

–Y lirón, no te olvides del lirón.

El prefecto, aún perplejo, logró asentir.

–Bien, y ahora, ¿qué sabes de ese Turainos?

Aún necesitó unos instantes el prefecto para sosegar su respiración.

–Era un símbolo de esos barbudos –dijo, mientras repasaba un nudo en el vendaje–. Ya sabes, hijo de, nieto de... –Revolvió los dedos en el aire–. Llamado a unir a los clanes... Una memez de ese estilo.

Asintió.

–¿Y está muerto?

–Él y todos los suyos. No quedó nadie con vida.

–No es eso lo que dice el bardo...

–No –reconoció a regañadientes–. Ese cagarro dice que los muertos andan...

Sila inclinó el rostro y miró al prefecto bajo sus cejas.

–Es una majadería –continuó con un bufido–. El hijo de uno de los grandes jefes, el heredero de las tres crines blancas –recitó en un falsete burlón– convertido en un descastado. ¡Un pescador –exclamó, incrédulo–, preocupado por sardinas y lenguados! ¿Cómo va a ser posible? ¿Si fueras hijo de César Augusto te dedicarías a secar pulpos? –preguntó, zumbón.

La mano de Sila se revolvió en el aire, salpicando pequeñas gotas. Y Marco Lucio suspiró.

–Siempre ha habido rumores de que el menor de sus hijos sobrevivió –admitió, como si se arrancase una astilla enterrada bajo la uña del pulgar.

Aquella mano impoluta insistió en sus vuelos testarudos, pidiendo más.

–¡Bona Dea! Son sandeces –aseguró el prefecto, enfadado–, ¡sandeces! Allí sólo quedaron cenizas. Todo ardió. Ese cagarro miente. No saben cuándo han sido conquistados. ¡Por la lanza de Marte! Yo ni siquiera quería haber enviado el mensaje, lo hizo uno de mis actuarios sin avisar –rechistó–. Se puso nervioso.

–¿Y cuáles son exactamente esas sandeces? –preguntó la mano con otro revolotear.

–¡Por los huevos peludos del mismo Júpiter! Dan pábulo a esas memeces para sentir que aún queda algo de lo que fueron. ¡Las puertas

de Jano están cerradas! ¡La guerra terminó!

Sila arqueó una ceja y no se molestó en señalar que al templo del dios con dos rostros le habían sacado los colores en más de una ocasión; a miles de millas, el Senado decidía cerrar aquellas puertas, pero nunca se molestaba en explicar a los conquistados lo que el gesto significaba. Allí en la Gallaecia o en el Helesponto.

Renuente, Marco Lucio se tragó el silencio del enviado imperial hurgándose el colmillo de oro con la uña del meñique, intentando retrasar la inevitable respuesta.

–Lo buscamos –acabó por reconocer–. Algún burócrata aburrido mandó la orden desde el Palatino. Lo buscamos, pero no apareció –aseguró–. ¡Todo ardió! ¡Son sandeces!

Sila clavó sus ojos, tan oscuros como carbones, en el legionario.

–¡Fantástico! Eso son buenas noticias –celebró, sorprendiendo al otro–. Me vuelvo a Roma y le aseguro al emperador que es un imbécil –prometió, sereno–. Porque sólo un imbécil daría pábulo a una sarta de mentiras... Y le explico que el mismísimo prefecto Marco Lucio me ha dado su palabra de que puede dormir tranquilo. ¡Todo ardió! El resto son rumores...

El paño de lino volvió a cubrir el rostro, y entre dientes apretados resonó una escabrosa maldición. Al cabo, a regañadientes, el prefecto terminó por claudicar:

–Cuentan que de allí, de entre las llamas, salieron el hijo de Turainos y un cachorro de lobero.

El lobero no respondió.

Revolvió la piña entre los dientes y la dejó caer sobre la arena, unos pasos por delante de Breo. Pero su amo pasó de largo, y Cerno la recogió de nuevo, infatigable en su esperanza de que, antes o después, hubiera tiempo para jugar.

–A lo mejor sí –se contestó a sí mismo–. Quizá, si se lo preguntase, vendría con nosotros...

Caminaban por la playa hacia el promontorio del castro. Y, como se acercaban, Breo se desprendió de sus sueños y retomó el asunto que importaba.

–Ya te advertí de que no tendríamos suficiente –regañó al perro.

Y palpó la bolsa con sus monedas, colgada al cinto. No había mucho que contar.

A Cerno no le preocupaban la muchacha, la barca o lo magro de la bolsa; lo que le interesaba era la piña. Y volvió a intentar la triquiñuela de dejarla al paso.

Breo ni siquiera le dio una patada para que pudiera perseguirla.

No había camino. Sólo Breo se movía de su choza al castro, y no lo hacía a menudo, así que, cuando abandonaron la arena, tuvieron que sortear los tojos que servían de zócalo a los robles y dar un rodeo para llegar a la entrada. Y, en cuanto se adentraron en el bosque, una sombra cruzó a lo lejos, y el lobero, con las orejas tiesas, abandonó la piña de una vez por todas.

–¡Quieto! –riñó Breo–. Ni se te ocurra.

Se oyó el rumor de ramas agitándose. Y Cerno obedeció, se quedó quieto, pero le temblaba hasta el pelaje.

–No lo hagas –insistió, severo–. Ya tenemos suficientes problemas...

Cerno soltó un suspiro resignado y se tumbó, sin dejar de mirar hacia la espesura, ansioso, pero obediente.

–Eso es, buen perro.

Pero no todos en el bosque estaban de acuerdo con Breo.

Sonó un relincho, y aquellas siluetas más allá de las ramas se convirtieron en caballos. De poca alzada, de crines revueltas y pelaje hirsuto, recios como los montes en los que vivían. Eran los caballos del clan que, asustados, echaron a galopar. Y Cerno salió disparado tras ellos.

–¡Te voy a despellejar! –amenazó, enfadado–. No nos hará falta comprar una sola más. Me quedaré con la tuya.

Y echó a correr tras el perro.

–¡Vuelve aquí!

Había que esquivar las ramas, saltar las raíces, evitar las zarzas y no quedarse atrás. Y Breo estaba en desventaja. Frente a caballos criados en aquellos montes y frente a un perro con ganas de jugar a ser lobo.

De tanto en tanto, oía a lo lejos un relincho preocupado, y Breo murmuraba algo funesto para sí mismo.

–Abulus no dejará que compre una sola piel...

Las quejas se le escapaban entre los resoplidos.

–Kalakotum me despellejará a mí... Isna me hervirá para hacer caldo...

Pero no dejaba de correr. Incluso tuvo el ánimo de apurar el ritmo cuando oyó los ladridos.

–No, otra vez, no –protestó entre jadeos.

Miró atrás, y al menos se llevó la alegría de comprender que se alejaban del castro. Más difícil sería que alguno de los guerreros viera a su perro persiguiendo a la manada del clan.

Salió a un claro, y allí estaba Cerno, ladrando, esperando a que Akuius le lanzase un palo.

Breo se dobló, apoyó las manos en las rodillas e intentó recuperar el aliento antes de acercarse.

–Gracias –logró decir cuando estaba a pocos pasos.

Cerno pasó como un rayo en busca del palo, y el pastor lo miró sin perder la sonrisa.

–Tienes que hacer algo con este loco –le aconsejó Akuius, más divertido que enfadado.

–Nunca los mordería, sólo quiere correr con ellos, jugar –se excusó en tono paternal–. Pero nunca los mordería.

–Ya lo sé, pero mi padre, no. Y no hace falta que muerda...

Tenían la misma edad. Pero el uno era el hijo de un jefe y el otro un descastado.

Cerno volvió con el palo y lo dejó a los pies de Akuius, que lo lanzó de inmediato.

–Si uno de los caballos se hace daño...

Consternado, Breo miró al pastor.

–Lo sé, lo sé... –Se alzó–. Te traeré unas sardinas, de ésas saladas que tanto te gustan.

Akuius echó un repaso a las ropas remendadas y la bolsa escasa. Él llevaba buenos pantalones con el tartán del clan, una túnica ligera, un cinto con engastes de bronce y, lo que era más importante, una espada que delataba la casta de su dueño. Cualquiera de sus prendas valía más que todo lo que Breo llevaba encima.

–No tienes que traer nada. Sólo basta con que no vuelvas a meterme en problemas –dijo con afabilidad–. ¿Y qué tripa se te ha roto? ¿Vas al castro?

Tuvo que lanzar otro par de veces el palo.

–¿Podrás reunirlos con facilidad? Si quieres lo atamos –propuso, señalando al perro–, y te ayudo. Hace tiempo que no hay robos, pero a lo mejor...

–No, no te preocupes, estarán bien. Las manos de los últimos que lo intentaron siguen clavadas en una viga de la choza del viejo –aseguró sin preocupaciones–. Él siempre me está danto la lata con eso. Pero los tiempos han cambiado. Los clanes... –suspiró–. Hay...

Dudó un instante y echó un reojo a la manada.

–Hace tiempo que los clanes no se roban unos a otros –concluyó con resignación, sin mentar sus miedos, y volvió al asunto de los caballos que se habían escapado–. Tranquilo, luego lo hago yo. ¿Qué te trae por aquí?

–¿Seguro?

Akuius lo miró con el ceño fruncido.

–Los dos sabemos que lo tuyo son los pulpos –dijo con una sonrisa, recogiendo una vez más el palo–. Y con los caballos no sirven los anzuelos...

Breo también sonrió y se rascó el cogote.

–Necesito un par de pieles... que ya estén curtidas.

Akuius señaló aquella bolsa que colgaba de un cinto que no era otra cosa que el cabo de una soga.

–Es todo lo que tengo –aseguró Breo, intentando disimular su apuro.

Y el pastor prefirió cambiar de tema.

–Sabes que no puede ir contigo –comentó, señalando con el palo a Cerno, que lo miraba como si fuera un delicioso trozo de tocino–. Mi padre dijo que lo haría salchichas si volvía a verlo...

La vergüenza se abrió paso en el rostro de Breo.

–Estaba pensando que podría quedarse aquí contigo... Te traeré esas sardinas que te gustan...

Akuius volvió a lanzar el palo.

–¿Sabes? No me gustan esas apestosas sardinas saladas –respondió con una enorme sonrisa.

Y Breo no supo si el otro bromeaba o simplemente había tenido un ataque de sinceridad.

–Tranquilo –siguió el pastor–. Con sardinas o sin ellas, yo me quedo con este trasgo.

Y, en cuanto terminó de hablar, pareció recordar algo.

–Será mejor que te apures. Esta mañana pasó por aquí ese buhonero lusitano en su carro.

La alarma abrió los ojos de Breo.

–¿Y compró pieles?

–Y yo qué sé. Sólo lo vi pasar, no le pregunté. Pero imagino que sí; es como una urraca: si brilla se lo queda –remató, pícaro.

La alarma se convirtió en auténtica preocupación.

–Necesito esas pieles.

–Pues date prisa –lo urgió Akuius–. ¡Ve!

Fue a decir algo.

–Yo me ocuparé de Cerno, tranquilo.

Fue a decir otra cosa.

–Trae las sardinas...

Y Breo salió corriendo.

Ditalco era de esa clase de hombres capaz de caer en un montón de estiércol y agradecer el calorcillo en una fría mañana de invierno.

Presumía de tener un abuelo que había afeitado las barbas a los lobos de Roma en las guerras lusitanas, y todos sabían que no podía ser cierto, porque tal abuelo debería haber empuñado la espada antes de echar los dientes. Pero todos se lo perdonaban, porque Ditalco vestía siempre aquella sonrisa, tan cargada de optimismo como su propio carromato de cacharros.

Los tiempos no eran los que fueron, ni tampoco los que serían.

–Y, sean cuales sean los tiempos –recitaba cuando le daban cuerda–, la gente vive y muere. Pero también come y caga. Incluso folla de vez en cuando –aseguraba con un guiño–. Y a todo el mundo le hace falta algo de tanto en tanto, sean cuales sean los tiempos.

Y dejarlo hablar no era lo más aconsejable, porque su lengua era incapaz de estarse quieta, siempre dispuesta a engatusar a cualquiera.

Enjuto, de piel cetrina, más bien poca cosa, lo único que destacaba en él cuando estaba callado eran sus vivarachos ojos del color de las avellanas; no paraban de moverse de un lado a otro, como los de un ratón desconfiando del gato a la puerta de la ratonera.

–Antes tenía que pagar a los jefes de los clanes, ahora a los romanos, pero el negocio sigue siendo el mismo –salmodiaba.

Y viajaba a donde le llevaba un jamelgo testarudo con tendencia a morder. Aquel caballo con mal genio tiraba del carro, y él compraba poco, vendía mucho, y, cuando no, trocaba, si el trato le favorecía.

Sabía moverse como una anguila en el barro y, como los gatos que llegan a viejos, Ditalco caía de pie.

De ahí que, al ver al espléndido semental, se le erizase el pelo del cogote, porque no supo si le convenía o no. Y Ditalco solía fiarse de lo que le decían sus tripas. Sin embargo, el camino era sólo una cicatriz en el bosque, dejada por el ir y venir de las gentes. No había donde esconderse. Así que refrenó al jaco, y éste, acorde con su mal carácter, relinchó con disgusto.

–Te veo, amigo, buen día tengas –saludó el lusitano, ensayando una sonrisa que puso su bigote a hacer equilibrios.

–Buen día, ¿han sido provechosos tus negocios?

Ditalco se extrañó. Se extrañó porque el romano apenas tenía acento y hablaba bien la lengua.

–Podían haber sido mejores... O incluso peores...

–Así son los caprichos de Mercurio –concedió el jinete, como si supiera en qué jardín se había metido–. Hay días que está de buen humor y otros en los que se le atraviesa el primer bocado de la mañana. Yo lo he sufrido en mis propias carnes.

Ditalco repasó el espléndido caballo y se fijó en la capa que cubría al jinete. Todo el borde estaba rematado con una cinta cosida cuidadosamente. Incluso las sandalias parecían hechas con el mejor cuero de anca de potro, nada que ver con las botas recias que él mismo calzaba.

–Si hay algo bueno en estas tierras –empezó animoso–, son los caballos. Cuidan más a sus jacos que a sus esposas...

El otro, divertido, alzó una ceja.

–... Siempre tienen a buenos guerreros al cargo de los rebaños –continuó Ditalco grandilocuente–. Incluso pasean entre ellos con ramas de escobizo, para espantar a los tábanos y que las bestias no se molesten. Si no lo sabías, ahora ya lo sabes. No hay bestias más mimadas en toda la Gallaecia. Puedes estar seguro.

–No lo pongo en duda, algo he oído.

–Sí, así es, sólo hay una pega –puntualizó, guiñando un ojo cómplice–. Son unos bastardos muy desconfiados. No se fían ni de su sombra. Y es

rara la ocasión en que están dispuestos a mercadear con sus bestias. Ni siquiera se las comen, ¿puedes creerlo? Con lo sabroso que resulta un buen costillar de caballo.

–Cierto, cuesta creerlo.

–Pues ya puedes creerlo. Sólo matan alguno de vez en cuando, si es que se ha roto una pata o si ha nacido deforme. Pero no se da el caso a menudo. Es una pena, porque no hay mejor cuero que el de potro...

El jinete se quedó perplejo sólo un instante. Enseguida reaccionó con una sonrisa.

–Por supuesto –concedió, y se hizo el distraído echando un vistazo a sus propias sandalias.

–Precisamente –recalcó el mercader, señalando también–, eres un hombre de gustos elevados, y por eso sabrás apreciar lo extraordinario de la mercancía que he conseguido esta misma mañana –lo incitó, echándose atrás sobre el pescante para rebuscar en el interior del carro–. Tengo aquí mismo las espléndidas pieles de tres potros de la mejor calidad, insuperables –aseguró, esforzándose por levantar un fardo hasta ponerlo en sus rodillas–. Y también cuatro de vaca y otras cinco de cabra.

Sila usó los talones para acercar el semental al carro.

–Me temo que sólo me interesarían las de potro –aseguró, metido en el papel.

Aquello no desanimó a Ditalco, que ya deshacía el nudo del fardo.

–Claro. Un hombre de tu categoría..., no podía ser de otro modo. Y empeño mi palabra a que no las encontrarás mejores en ningún otro lugar, ni siquiera en la propia Roma. Y el precio... ¡Una nadería! De hecho, no debería, pero para un hombre con tus gustos y tu presencia... –recalcó, adulador–. Voy a perder con este negocio, lo sé, pero eres el único por aquí que sabrá apreciar la calidad. Me voy a arrepentir... –aseguró, ofreciéndole la primera de las pieles–, pero te las puedes quedar por... por cien denarios cada una.

–Quinientos por las tres, si incluyes algo más.

Preparado para regatear, a Ditalco se le atragantaron las palabras.

–Me interesa el pulpo seco –informó Sila antes de que el mercader se recuperase–. He oído que abunda en estas costas. Estaba pensando en hacer buenos envíos a Gades.

Desconcertado todavía, el lusitano no respondió, y Sila insistió.

–He oído decir que aquí es abundante y de buena calidad.

–Eh... Sí, lo era, de la mejor calidad. Había un viejo medio loco que conseguía mucho y lo dejaba a buen precio –explicó–. Vivía en la playa, a poniente del castro –explicó con un vago gesto de la mano–. Pero murió hace años, y su hijo no ha mantenido el negocio. Es un muchacho extraño...

–¿Su hijo?

–Bueno –Ditalco se hurgó una oreja–, hay quien dice que lo adoptó. Yo no conozco la historia. He oído varias versiones. Incluso que escapó de una guerra entre clanes –comentó sin darle importancia–. Pero lo que sí sé es que hace años que sólo vende lo justo para salir adelante...

–¿Y cómo se llama el muchacho?

–No lo sé, el viejo se llamaba Suntus, pero no sé cómo se llama él. Lo encontrarás en la misma choza. No tiene pérdida –aclaró, gesticulando–. Y lo reconocerás, no tengas duda, siempre anda con un perrazo enorme.

–Un perrazo enorme...

Y, dando por concluido el asunto, Sila hizo amago de rebuscar en los pliegues de su sayo, como si fuese a sacar los denarios prometidos.

–Yo... –empezó Ditalco, aún examinando lo que había pescado en su oreja– podría encargarme de comprar el pulpo a buen precio y llevar el cargamento hasta Lucus. Estoy acostumbrado a tratar con estas gentes bárbaras... Quizá te convendría un socio por la zona... Te ahorraría esfuerzos.

–Ésa es una fantástica idea –repuso Sila con una enorme sonrisa–. Entre comerciantes, podemos entendernos. –Y se inclinó hacia el carro, a punto de entregar las monedas.

Al pobre Ditalco no le dio tiempo a contestar. Ni siquiera el jamelgo tuvo motivos para encabritarse.

Sila limpió el cuchillo en las ropas del lusitano.

Era una hoja extraordinaria. Un escalpelo forjado en hierro persa, la única herencia que le dejó su padre, uno de los cirujanos griegos que acompañara a la Segunda Augusta cuando las legiones de Claudio invadieron Britania.

Cuando lo guardó, miraba hacia el camino tras el mercader muerto.

Las gallinas, regordetas, de plumas pardas y gruesas crestas rojas, cacareaban felices. Se estorbaban unas a otras mientras picoteaban los hierbajos entre las losas y los tablones del suelo en busca de semillas o, si había suerte, de alguna lombriz.

Y, en cuanto apareció, se espantaron. Aletearon escandalizadas en todas direcciones, como si hubieran aprendido de repente a volar. Y Breo, que pasó como una exhalación, a punto estuvo de tropezar con una y dar con sus huesos en el suelo.

Había echado a correr en cuanto los centinelas le franquearon el paso; hacia el taller de Kalatokum, hermano del jefe y único del pueblo que sabía lo que se hacía cuando se trataba de curtir pieles.

A punto de llegar a la gran casa de Abulus, había girado para escurrirse entre otras dos más humildes y, tras él, quedaban ahora las molestas señoronas, escupiendo cacareos irritados.

Sólo aminoró al ver su destino.

La curtiduría estaba fuera del castro para evitar malos olores, pero en el frente de la vivienda había un pórtico donde Kalatokum refinaba las pieles y vendía sus productos.

No sólo las curtía, también las trabajaba. De sus hábiles manos salían polainas, petos, guarnicionería, correas y cualquier cosa que pudiera ser útil.

Y, mientras Kalatokum recosía unas cinchas, como la marea estaba alta y no había ocasión de mariscar, su sobrina Niske se acercaba para visitar a su primo recién nacido.

Breo sacó del sayo el regalo que había preparado.

Con un alambre caliente, había vaciado la médula de una rama verde de sauco. Luego había rellenado el hueco con conchas machacadas y, con resina de pino, había taponado los extremos. Por último, había tallado la madera con un abigarrado patrón. Un sonajero para el hijo de Kalatokum.

Lo examinó, sabiendo que era una fruslería. Y, de golpe, todos sus nervios se tensaron.

Niske entabló conversación con una comadre que llevaba sobre la cabeza un cesto cargado de judías verdes, y Breo se quedó quieto, sin poder hacer otra cosa que mirarla.

Hasta que, harto de las protestas de sus damas, el gallo cacareó con fuerza y Breo reaccionó. Se alisó la túnica, se pasó las manos por el pelo y se sacudió de los pantalones las hojillas de una zarza, prendidas allí desde que persiguiera a Cerno.

Iba a dar el primer paso cuando la oyó.

–Tu pueblo te necesita.

Se volvió y la descubrió. En el mismo paso donde las gallinas se habían asustado. Un momento antes, sólo había cacareos, y ahora estaba allí, vieja como el tiempo, envuelta en mechones escapados de su trenza.

–Tu pueblo te necesita –insistió con aquella voz que salía del fondo de una cueva–. Ha comenzado. Ha llegado el momento.

–¿De qué hablas? –preguntó, sobreponiéndose.

El cuervo posado sobre su hombro graznó.

–Escucha al bosque. Escucha a tu corazón –rogó Tana con agonía–. Tu tierra está pidiendo ayuda. Tu sangre, la de tus antepasados...

El cuervo salió volando cuando Breo alzó la vista, pero la meiga no se arredró.

–Ella no se irá contigo –aseguró la anciana.

Una réplica airada le quemó en la garganta. Y alzó la mano con agresividad. Pero no se le ocurrió qué decir. Sólo fue capaz de agitar el sonajero.

–Solo o con ella. No puedes irte –insistió Tana.

–¿Cómo sabes...?

–Estás construyendo una barca...

Breo quiso protestar. Boqueó. Y las palabras huyeron de nuevo.

–... Y sé que llevas toda tu vida huyendo...

El primero en avanzar fue el largo bastón de fresno. Ella lo siguió hasta plantarse frente a él. No era más que una mujeruca, pero imponía más que una galerna.

–No puedes seguir huyendo. –Clavó sus ojos en los de Breo–. Tu pueblo te necesita.

Negó sacudiendo el mentón con fuerza. La rodeó y siguió su camino. Y a cada paso el sonajero emitía su tintineo.

–Yo no soy nadie –escupió sin volverse–. Y nadie me necesita.

Su choza no tenía la opulencia de la gran casa de Abulus. Era un lugar humilde. Pero a ella no le hacía falta demostrar su posición en el clan. No necesitaba escudos arvernos o manos cortadas, sino hierbas, hongos, piedras y, más que ninguna otra cosa, conocimiento. El que se adquiría tras largos años de comunión con el bosque, con el mar, con la roca, con el río. Con la piedra y el agua.

–Hay que estar listos –dijo al cuervo sin mirarlo.

El pájaro, apoyado en una cruceta del techo, estaba más pendiente de acicalarse las plumas que de las palabras de su ama. Parecía tranquilo. Ella, no.

El hatillo debía ser pequeño. Sin embargo, no lograba decidir qué llevarse y qué no. El manojo de llantén seco que tenía en la mano había entrado y salido varias veces. Y, tras dudar un último instante, decidió que le convenía más algo poco asequible en el camino, como polvo de cornezuelo seco.

Y estaba rebuscando entre sus trastos, intentando encontrarlo, cuando las brasas del hogar chisporrotearon.

Apenas un leño de aliso ardía lánguidamente. Durante el verano unos pocos rescoldos servían para calentar sus magras comidas. Pero, tras aquel crepitar, Tana se acercó aprisa y echó los sarmientos que tenía en un cubo, allí mismo. Resecos, prendieron con facilidad y se convirtieron en brasas que pintaron filigranas brillantes sobre la ceniza.

Su rostro se llenó de sombras.

–Debemos darnos prisa...

Sólo ella comprendió. En el castro, la vida continuaba ajena al vaticinio.

Una casa más allá, Geria, a la que todos conocían por las manchas del color del vino de sauco en su rostro, se esforzaba con el molino. Con la frente perlada, se movía adelante y atrás, obligando al rodillo a machacar el grano para preparar al día siguiente pan de farro. No podía ser trigo, porque ni ella ni su esposo tenían antepasados entre los guerreros; ella y su esposo se encargaban de los cultivos.

Apenas tres pasos más allá, tras un estrecho canal que desaguaba de la calle principal cuando el invierno se deshacía en las lluvias de primavera, a la entrada de su casa, para que todo el mundo lo viese, el viejo Garrius afilaba su puñal con un canto rodado.

A más distancia, cerca de la muralla, en un claro formado años atrás, después de que ardiera la que había sido la casa de Firmius, a quien nadie echaba de menos, tres críos jugaban con espadas de madera; y la más pequeña del castro, la preciosa Drisa, haciendo caso omiso del escándalo de los varones, arreglaba los cabellos de una muñequita hecha con atadillos de mijo. A su lado estaba su hermano menor, el niño Cirrius, que miraba con envidia el combate. Al contrario que su padre, tenía los ojos sanos, pero, tres veranos atrás, las fiebres le habían consumido las piernas y ahora sólo podía caminar con muletas. Aun así, no perdía la sonrisa. El chiquillo, animoso, se imaginaba cómo sería luchar con los otros niños, pero no se dejaba vencer por la amargura y estaba dispuesto a hablar con su hermana sobre el peinado que más convenía a la muñequita.

No lejos de la puerta, a la vista de los centinelas si se hubieran asomado al interior, dos hombres sin brazaletes, vestidos con túnicas pardas de la lana basta que había servido para rellenar colchones, retorcían esparto para hacer una soga.

Fuera de murallas, a un trecho del castro, los caballos de Akuius pastaban en el sotobosque, a la sombra de los viejos robles.

Hasta que Breo regresase, no tenía sentido reunir a la manada. No mientras aquel atolondrado siguiera dando vueltas de un lado a otro buscando un palo que, por puro cansancio, Akuius había escondido en

el tojal a su espalda, tras la piedra donde se había sentado para masajearse el brazo.

–Pero, por los cuernos de Cernunus, ¿qué te dan de comer?

Por toda respuesta, sabiendo que le hablaban, el lobero alzó la cabezota, deseoso de retomar el juego.

El pastor sonrió con indulgencia. Sabía que el escaso momento de paz acabaría pronto. El olfato del perro lo llevaría hasta los tojos, y a Akuius no le cabía duda de que aquella bestia testaruda se metería de cabeza entre las espinas con tal de hacerse con el maldito palo, descascarillado ya por tanto trajín.

Sin embargo, para su sorpresa, Cerno no volvió a echar el hocico a la hierba. Se giró e inclinó la cabeza a un lado y a otro, haciendo que sus grandes orejas bailasen de forma cómica.

–¿Qué sucede?

El lobero alzó el hocico y venteó el aire. Tenía ahora toda la atención centrada más allá del bosque. Hacia el camino que conducía al castro.

–Si son perdices, las compartimos –propuso con una sonrisa–. La carne para mí y las plumas para ti, ¿qué opinas?

Se levantó y miró hacia donde lo hacía el perro. Y dio un respingo.

Sin previo aviso, unos cuantos arrendajos alzaron el vuelo entre dos álamos gemelos que crecían como si cada uno de ellos no se tuviera en pie por sí solo. Salieron hacia poniente, hacia su izquierda, y los reconoció no sólo por sus graznidos malhumorados, sino también por los obispillos blancos y la inconfundible pincelada de azul brillante de sus costados.

Akuius sabía que los arrendajos eran pájaros escandalosos, los mejores aguafiestas de una partida de caza.

Quizás había sido uno de los caballos. Sin embargo, Cerno no agachaba los hombros y no movía el rabo, preparado para jugar. Se mantenía en su sitio. Firme. Y una de sus patas se alzó para recogerse sobre su pecho.

Tenía un rastro. Y algo le contó la brisa, porque arrugó los belfos s y un gruñido sordo surgió del fondo de su pecho.

Akuius lo miró, sorprendido, y se volvió de nuevo hacia el camino.

–Alguien viene...

Como artesano, a Kalatokum le bastaron un par de vueltas para apreciar el buen trabajo del sonajero. E incluso tuvo el buen gusto de no mencionar que, para el sobrino de un jefe, aquello era poca cosa.

–Gracias, muchas gracias –dijo, apagando su condescendencia.

Inquieto aún por la anciana, cohibido por Niske, que seguía allí, Breo tardó en responder.

–Os deseo lo mejor a ti, a tu familia y al menor de tus hijos –ofreció ritualmente–. Y os deseo a ti y a los tuyos que vuestro linaje perdure y sea recordado.

En un solo día había hablado más que en meses. Lo suyo no era la gente; aun así, sabía que hubiera estado fuera de lugar preguntar sin más por las pieles.

–¿Qué tal la pesca? –intervino afable Kalatokum, devolviendo la cortesía–. Deberías traerme un par de esos pulpos secos.

Estaba dispuesto a contestar, a prometer un buen precio y a aguantarse los nervios. Aunque no pudo hacerlo. Niske se acercó.

–A ver...

A la sombra de una sonrisa, ella tendió la mano, y Kalatokum dejó el sonajero entre aquellos dedos largos y finos, marcados apenas por las durezas del telar.

No pudo evitarlo. Imaginó qué sentiría si danzasen sobre su pecho. Breo se olvidó de los pulpos y casi de las pieles.

Verla era regresar al hogar después de un largo viaje.

El rostro, delicado como una caricia. Y los ojos..., los ojos eran un laberinto donde merecía la pena perderse, aun a costa de la vida misma.

Tenían el color intenso de la miel de brezo.

–¿Lo has hecho tú?

Quizá la ilusión le hizo entreoír admiración en la pregunta.

–Traje unos sargos a la viuda Rena y escuché lo del nacimiento...

–¿A la viuda?

–Sí. Cuando puedo –le costaba encontrar las palabras, la candidez en el rostro de Niske le nublaba el juicio–, intento...

No logró terminar. Se acercaba alguien más, con la boca llena de gritos.

–¿Qué hace este desperdicio aquí?

Todos se volvieron.

Eran dos enormes salmones, ensartados en varas de avellano. Los sostenían las manos de Reburrus. Las trenzas del guerrero estaban recién arregladas, su pelo brillaba aceitado y su sayo, como mucho, habría salido del telar una semana antes.

–No pertenece al castro y no es un mercader autorizado por Abulus –protestó, dirigiéndose al hermano del jefe–. ¡Es un descastado! –remató con asco.

Kalatokum estaba obligado por las apariencias. Pero Niske no tuvo reparos en intervenir.

–Siempre se le ha permitido entrar y salir, o vender lo que pesca.

–Porque ya se le consentía al viejo Suntus. Abusa de la confianza del clan –renegó–. Pero no tiene quien responda por él, no debería estar aquí –remató tajante–. No puede estar aquí –repitió, y entonces se volvió, recordando algo–. ¿Y dónde está esa mala bestia? ¿No se te habrá ocurrido traerla?

Breo sabía cuál era su lugar. Dio un paso atrás, con el rostro gacho, avergonzado por el rubor en sus mejillas.

Reburrus, satisfecho, se acercó. Depositó los salmones en el murete que cercaba la entrada, y sus brazaletes brillaron al sol.

–Son los primeros de la temporada –aseguró, señalándolos con el mentón.

Los peces, tintados con plata robada al mar, salpicados de pecas oscuras, se veían magníficos, cada uno de al menos veinte libras.

–Los pesqué en el gran pozo, donde cayeron los fresnos el invierno pasado –explicó ufano–. Ése al que hay que bajar por el roquedal...

Se inclinó y apoyó la mano junto a los salmones.

–He oído que te gustan ahumados –le dijo a Niske con una galante sonrisa–. Puedes quedártelos...

Kalatokum no vio la mueca de indignación en el rostro de su sobrina. Sólo tenía ojos para los peces. Era tan glotón como su hermano y ya imaginaba un par de tajadas tostándose a las brasas.

El propio Reburrus tampoco advirtió el gesto airado, demasiado atento a cómo los pechos, rotundas promesas, arrugaban el frunce del vestido.

–Si me apetecen salmones –dijo ella sin levantar la voz–, puedo ir yo misma a por ellos.

La carcajada no tuvo pudor alguno.

–Los salmones no son como las truchas. Hacen falta buenos brazos para sacar a estas bestias del agua.

Y, obviando la mala cara de Niske, volvió a dirigirse a Breo.

–¿No te he dicho que te vayas?

El descastado no contestó.

–Todos sabemos que no tienes donde caerte muerto –continuó, poniendo la mano sobre el pomo de su daga–. ¿Tampoco tienes sesos? Márchate.

Dos zancadas pusieron a ambos frente a frente.

–¡Fuera!

Y, para remarcar la orden, le dio un empellón que obligó a Breo a dar un paso atrás.

Niske usó el codo para llamar la atención de su tío, pero Kalakotum, aunque apartó los ojos de los salmones, no dijo nada. Y su rostro se lo contó sin palabras. Aquellos dos eran un paria y uno de los guerreros del clan.

Ella insistió con un gesto de apremio. Y su tío prestó toda su atención a los cueros en su regazo.

–¡Fuera! –gritó Reburrus una vez más.

Y Niske se apartó de su tío.

–¿Qué necesitabas? –preguntó.

Reburrus se giró. Breo alzó los ojos.

–¿A qué has venido? –insistió ella, mirándolo directamente.

Breo tardó en asimilar que le hablaba a él. Y Reburrus, indeciso, intentó tragarse la ira.

–Me preguntaba...

–¡No tiene derecho a mercadear aquí!

Nadie le hizo caso. Ella animó al descastado a seguir con un gesto.

–Me preguntaba si podría comprar un par de pieles, necesito... –titubeó–. Bastan un par de codos. –Rescató la bolsa de su cintura–. Tengo con qué pagar.

–Lo dudo mucho –apuntilló Reburrus con desprecio.

Niske y Breo se miraron. Y, antes de que ella empezase a hablar, él supo que algo iba mal.

–Llegas tarde. Ditalco se lo ha llevado todo.

–Es cierto –afirmó Kalakotum, encogiéndose de hombros con fatalismo–. Me quedan algunos retales, para hacer riendas o apañar un remiendo, nada más. Ha sido una buena mañana.

Fue como añadir una pesa en el platillo de la balanza. La apostura que perdió Breo la ganó Reburrus. El primero se vació, y el segundo se llenó.

–¿Nada? –preguntó con un último rescoldo de esperanza.

Kalatokum negó, y sus largos bigotes bailaron de un lado a otro.

–¿Y conseguirás más antes de la cosecha?

Era una pregunta con pocas luces.

–No, la época buena para la caza es el invierno, ya lo sabes. La nieve ayuda con los rastros...

Los ojos de Breo se cerraron como si acabase de recibir un puñetazo.

–Si muere uno de los bueyes, o alguno de los caballos, curtiré la piel, por supuesto.

El joven asintió.

–Pero será difícil que esté lista antes de la cosecha.

Aquellos hombros, pesados y grandes, volvieron a encogerse.

–¡Lárgate ya, basura! No pintas nada aquí –insistió Reburrus.

Sus sueños eran ahora un charco a sus pies. Quería sentarse, pero no había dónde, a no ser en el murete, junto a los salmones. Aquellos magníficos animales también habían luchado por remontar el río. Un viaje de meses que había comenzado en algún lugar del océano y que no culminaría hasta llegar a las aguas limpias de los afluentes. Y su viaje se había roto a medio camino. Millas y millas de esfuerzos arruinadas.

Habían perdido. Breo y los salmones.

Reburrus parecía dispuesto a desenvainar y sacarlo de allí a punta de espada. Y Breo se hubiera dejado hacer.

–Se marchó poco antes de que tú llegases.

No comprendió que le hablaban hasta que Niske insistió.

–Con ese carro suyo no puede haber llegado muy lejos –le explicó ella.

–¿Cómo? –logró balbucir.

–Ditalco, el mercader –repuso la muchacha con el rostro lleno de luz–. Quizá lo alcances –lo apremió.

La comprensión tardó en calar. Como el fuego del hogar al regresar de la nieve, hizo falta tiempo para que el calor espabilase los dedos entumecidos. Y la emoción que llenó aquellos ojos azules talló una sonrisa franca en Niske; le gustó ver algo tan inocente.

Él la miró.

Ella asintió. Y su sonrisa creció, y un mechón de su cabello se deslizó por la mejilla.

Y él salió corriendo.

En las prisas, un agradecimiento rodó por su hombro y cada uno de los que quedó atrás lo vio marchar. Reburrus, con desprecio; Niske, con comprensión, y Kalatokum, como si nada de todo aquello tuviera la menor importancia, volvió a encogerse de hombros.

–Será mejor destripar esos salmones antes de que apriete el calor –aconsejó, cachazudo.

Para cuando se levantó, Breo ya estaba cerca del portón de entrada, corriendo. Corriendo como si escapase del fuego.

Sus pies subían y bajaban, su pecho clamaba aire, pero no flaqueó. Corrió, como tantas otras veces; corrió porque más adelante, allí, en el mañana, tenía que haber algo mejor, tenía que haber algo mucho mejor que el ayer.

Bajó del promontorio, abandonó el camino y se internó en el bosque para atajar. El camino subía hasta el castro serpenteando, para evitar un ataque directo, y él quería ganarle un trecho.

Saltaba por encima de las zarzas, atravesaba los tojos sin importarle los arañazos.

Corría.

Casi negro, un garañón oscuro, el semental, lo vio acercarse y piafó nervioso.

Era un animal orgulloso y fuerte que conocía su obligación: defender a la manada. Y, como no tenía miedo al hombre, se alzó sobre los cuartos traseros con un relincho de disgusto. Las crines se agitaron, y los cascos golpearon el aire. Lo vio acercarse y lo vio pasar de largo, sacudiendo la cabeza a un lado y a otro, desconfiado. Sólo se dejó caer cuando no quedó otra cosa que ramas meciéndose. Entonces resopló. Y aún tardó un rato en volver a pastar.

Corrió.

Un par de torcaces, que se hacían arrumacos entre las hojas de un castaño, salieron volando, cosiendo pespuntes en el aire. Y un topillo se escondió a toda prisa en su madriguera, al pie de un fresno entre cuyas raíces brotaban senderuelas.

Corrió.

Saltó sobre el arroyo donde abrevaba la manada. Ya estaba cerca, en cualquier momento volvería a las rodadas del camino. Y no aflojó. Tenía que correr para alcanzar su pasado y cambiarlo.

Y, cuando lo oyó por primera vez, no se dio cuenta. Se agachó para pasar bajo una rama caprichosa y siguió corriendo. Corriendo.

Se repitió de nuevo.

Una de las zancadas perdió el ritmo.

Volvió a suceder.

Entonces, sí. Se detuvo en seco.

Ladridos.

Los hubiera reconocido en cualquier parte. Cerno ladraba con fuerza. Ladraba entre gruñidos furiosos.

Y las pieles dejaron de importar. El carro de Ditalco y sus mercancías dieron lo mismo.

Apretó el paso.

Volvió a escucharlos.

Allí estaban aquellos dos álamos que crecían el uno junto al otro, con sus troncos tan pegados que apenas cabía una mano entre ellos.

Cerno ladró de nuevo.

Había llegado.

Y había llegado tarde.

Akuius estaba en el suelo, boca arriba. Como si, cansado del pastoreo, hubiera decidido echarse una siesta. Junto a la mano, laxa, había un palo; un palo descascarillado, cubierto de rasguños.

Un tajo le abría la garganta de parte a parte.

Y a sus pies, envuelto el hocico en espuma, lanzando dentelladas, ladraba Cerno.

Y a distancia segura, en el límite de aquellos mordiscos, un forastero. Con un brazo envuelto por un sayo donde relucían las babas del perro. En la otra mano sostenía un cuchillo.

Se probaban el uno al otro. Medían fuerzas. El hombre temía aquella bocaza. El animal temía el hierro. Si uno se movía a un lado, el otro cortaba el paso. Y ninguno de los dos se atrevía a atacar.

Breo los vio retarse. Amagaron dos veces, se arrepintieron, volvieron a empezar. Miró al pastor, a su amigo, a aquel extraño.

–¡Cerno! ¡Aquí!

El perro levantó una oreja, pero no se volvió. Mantuvo el aplomo, no ofreció su costado al asesino, reculó sin dejar de lanzar bocados.

Breo se acercó, dejó atrás los álamos.

El romano, girando apenas el rostro, miró hacia el joven.

–¡Aquí! –volvió a llamarlo.

Vio en el lobero el deseo de lanzarse al ataque.

–¡No! ¡Quieto! ¡Ven!

Y el animal obedeció. Echó una última mirada para guardarse las espaldas y salió disparado para rodear a su amo y quedarse a su lado. Con el hocico lleno de espumarajos y los colmillos listos.

Ahora eran dos contra uno. Pero dos no habían luchado en su vida, y uno tenía en la mano sangre fresca.

Se miraron.

Y Breo advirtió la sorpresa en el desconocido. La confusión.

Aquel romano, tenía que ser romano, pasó los ojos del uno al otro varias veces. Del muchacho al perro. Del perro al muchacho, pasando por Akuius. Con el ceño fruncido.

–¿Es tuyo?

Breo no comprendió hasta ver aquel extraño cuchillo. La hoja, oscura, larga y afilada, señalaba. Apuntaba hacia el perro.

–Contesta –ordenó–. ¿Es tuyo?

Y no contestó.

Vio a su amigo, muerto. No había tenido tiempo a desenvainar. La sorpresa había sido su último gesto. Ya nunca podría darle aquellas malditas sardinas.

Cerno ladró.

Y, de nuevo, Breo se fijó en el palo descascarillado. Había quedado abandonado junto a la mano de Akuius.

Nunca una ola le había golpeado tan fuerte. Sintió dolor. Pena. Culpa. Las piernas quisieron fallarle.

El lobero volvió a ladrar. Aunque, por una vez, no quería jugar. Breo logró deshacer el nudo en su garganta. Pero no contestó.

–¿Por qué? –preguntó–. ¿Quién eres?, ¿qué quieres?

El romano tampoco contestó.

Ni las torcaces. Ni el topillo. Sí lo hizo aquel garañón oscuro. De algún lugar entre los árboles llegó con fuerza un relincho. Había olido la sangre y alertaba a la manada. Cumplía con su deber.

Cerno sintió el dolor de su amo. Y avanzó, sin miedo al cuchillo, dispuesto a morder, a destrozar. Dispuesto a entregar su vida si aquello deshacía el mal.

–¡No! –le ordenó con angustia.

Y la mano de Breo agarró aquella pelambrera gris por el pescuezo. Y aquel gesto dio la respuesta.

–Es tuyo...

No dijeron nada más. Y no hizo falta. Ambos habían comprendido. Ambos sabían quién era quién.

Sila se adelantó. Breo dio un paso atrás y obligó a Cerno a hacer lo mismo.

Sila continuó avanzando. El hierro preparado, buscando muerte.

Ladró. Se echó hacia delante, con tanta ansia como si alguien hubiera lanzado un condenado palo.

La mano de Breo se cerró en el aire.

–¡Noooooo!

OceanofPDF.com

«... los bardos cantaron los hechos
valerosos de los hombres ilustres...».

Amiano Marcelino, en *Historias*



La muerte hubiera sido un consuelo.

Morir con la espada en la mano, luchando. Ganarse un lugar en la memoria del clan.

Morir hubiera sido un regalo. Incluso allí encerrado. Pero la fortuna era la más puta de las rameras, y hacía mucho, demasiado, que Tarvus no la cataba.

A los dos días lo sacaron del pozo, ardiendo de fiebres, roto como un pelele. Y Tarvus había pensado que alguno de los legionarios se apiadaría de él, que lo descabellaría allí mismo. Pero le negaron esa misericordia. Druso se había ocupado.

Lo sacaron del pozo y se lo llevaron al griego.

Después de comprobar que ninguna de las costillas rotas perforaba los pulmones, se limitó a envolverle el torso con un vendaje. La pierna se la recompuso mal; cojearía de por vida, si es que vivía. El resto de las heridas las limpió de barro con una esponja empapada en agua con vinagre.

Al quinto día, con una palmada y una muleta, el galeno dijo que estaba listo, y Druso, con sonrisa lobuna, había ido a buscarlo.

En las minas, el infierno tenía matices.

No era lo mismo cavar en las galerías que atender a las mulas en los establos. Había un trecho entre deslomarse en los canales de las montañas y reparar las compuertas de esos mismos canales en la carpintería. Porque, en las minas, la miseria hacía malabares.

Y el peor de todos los destinos, el más horrible, eran las letrinas.

No lejos de los lavaderos, las letrinas de los esclavos eran dos grandes zanjas con tablones encima, agujereados cada pocos palmos.

Una rústica copia de lo que podía encontrarse en cualquier ciudad, pero, a no ser en lo más crudo del invierno, durante las grandes crecidas, los lavaderos consumían casi toda el agua. Arrancar el oro de las ruinas de los montes era mucho más importante que la mierda, y las letrinas se atascaban a menudo con lo que miles de almas evacuaban allí cada día.

Así que, casi a diario, alguien tenía que encargarse de palear.

Algunos perdían el conocimiento sin más; en cuanto bajaban, se desvanecían y se ahogaban en excrementos. Otros enfermaban y se

consumían entre terribles diarreas. Unos pocos aguantaban, lo suficiente para que algún rasguño empezase a supurar y las fiebres se los comieran.

Los legionarios se subieron la bufanda para taparse las narices y, entre risas, levantaron la trampilla.

Dos de ellos sostenían a Tarvus, que vomitó en cuanto el tufo lo abofeteó.

–¡Qué delicado!

Era Druso, a su espalda. Y le sacudió una patada en las costillas. Dejó la huella de los clavos sobre los magros vendajes y tuvo el buen juicio de no asomarse mientras el celta caía.

Cayó en un montón de mierda maloliente, quedó sucio de la cabeza a los pies y le costó alzarse para respirar aquel aire viciado.

–Si cavas –gritó Druso–, te sacaremos esta noche. –Hizo una pausa antes de rematar, en tono burlón–: Para que puedas volver mañana.

Y por la misma trampilla cayó una pala.

–Si no cavas, esperaremos una semana, y ya meteremos a otro.

Y cerraron la trampilla.

No había más luz que la que entraba unos pasos más allá, por los agujeros que servían para acuclillarse. Era una galería, como las que tenían que excavar en los montes. No había sido hecha con el pico, sino apuntalando hormigón y guijarros. Pero venía a ser lo mismo.

La entrada, los cagaderos; la salida, media milla de mierda abajo, en el río, por debajo de los lavaderos. Arrastrarse hasta allí, por muy impensable que fuese, sería su única esperanza si un día reunía las fuerzas.

Si vivía para intentarlo.

Le dolía todo el cuerpo, la pierna aún le fallaba, la patada bien podía haberle roto otra costilla más.

Sin embargo, tomó una decisión.

Agarró la pala y empezó a trabajar.

El lobero no obedeció. Se abalanzó para destrozarlo a dentelladas, pero el hombre, como una centella, se apartó a tiempo. Y no sólo se libró del mordisco, sino que consiguió clavar el cuchillo en la pelambrera gris.

La hoja entró y salió con rapidez endiablada, y silbó al prepararse para apuñalar de nuevo. Pero el lamento del perro puso en marcha a Breo.

–¡No!

Se tiró encima, envolviendo a su amigo en un abrazo, y salieron los dos rodando lejos del afiladísimo acero.

–¡Vamos! ¡Corre!

Ni se le pasó por la cabeza pelear. Sólo quería escapar, y hacerlo con el lobero.

Sila no lo dudó. Montó de inmediato en su caballo, sacudió las riendas e hincó los talones. Pero el bosque no era lugar para echarse al galope; los árboles cerraban el camino y había que vigilar para no dejarse la sesera en una rama.

Por unos momentos, los fugitivos cobraron ventaja.

Cerno cojeaba. El cuchillo había entrado entre el costado y una de las ancas, pero seguía echando la cabeza atrás para mirar a su perseguidor, tentado con la idea de plantarle cara.

–¡Vamos!, ¡vamos! –lo refrenaba Breo.

Se acercaban al arroyo, y tuvo una idea. Pero en su carrera el bosque era una sucesión de borrones, de manchas que quedaban atrás rápidamente. No lo encontraba, y sabía que tendría una sola oportunidad, una sola.

Entonces, tras agacharse para evitar las ramas de un espino, lo vio. Oscuro e imponente. Y aminoró el paso, y alzó las manos pidiendo calma.

–¡Ni se te ocurra! –susurró a Cerno–. ¡Ni se te ocurra!

Y no se le ocurrió. Por una vez, Cerno se comportó.

–Tranquilo –intentó apaciguarlo–, tranquilo...

Los grandes ojos dudaron. Miraban al perro llenos de desconfianza.

–Calma –repitió, zalamero.

La voz, entrecortada por el esfuerzo, no era tan serena como hubiera querido.

–Tranquilo...

El garañón, desconfiado, resopló y dio dos pasos nerviosos a un lado. Piafó.

–Cálmate...

Recelaba de Breo, recelaba del lobero, pero recelaba aún más de aquel olor a sangre y hierro, del golpear de esos otros cascos en el suelo, del susurro del bosque al apartarse.

–Por favor –rogó Breo, acercando las manos.

Los ollares se abrieron. Dejó escapar un resoplido. Pateó con una mano. E inclinó la cabeza.

–Gracias –le susurró, agarrando las crines y apoyando la cabeza en su cuello.

El asesino se acercaba, oyeron el crujir de leña al partirse.

–¡Vamos! –gritó pasando la pierna por la grupa.

No dio con sus huesos en el suelo por pura suerte. El garañón, poco acostumbrado a un jinete tan torpe, no hizo concesiones. Salió al galope por el único hueco entre los árboles, con Cerno a su lado.

Sujetaba las crines con nudillos blanqueados. Se aferraba al animal como a las rocas cuando mariscaba. Le aterraba caerse. El semental, hecho al lugar, sorteaba los obstáculos y saltaba sobre las piedras.

Corría como un verdadero «hijo del viento». Los cascos retumbaban, levantaban terrones que salían disparados. Y Breo se dio cuenta de que se lo llevaba hacia las tierras altas, a la montaña, a bosques aún más profundos de los que él no sabía nada.

Tras ellos, el caballo blanco se esforzaba por no perder distancia.

Cerno ya no ladraba.

Y Breo, que no había vuelto a montar desde que era un niño, intentó hacer que el caballo virase, pero sólo consiguió un relincho enfadado.

Echó un vistazo sobre su hombro. El romano acortaba distancia. Sabía lo que hacía, manejaba las riendas con soltura con una sola mano; en la otra aún sostenía aquel extraño cuchillo.

–Hacia el mar, ve hacia el mar –imploró, echándose sobre el cuello del garañón.

No obedeció. Empezó a ascender.

Y volvió a hablarle, con el tono más dulce del que fue capaz. Tiró de las crines, apretó con la rodilla, se inclinó a un lado.

Poco a poco, como una bisagra oxidada, el semental viró.

Sin embargo, acercarse a territorio conocido no solventaba la situación. Antes o después, aquel asesino lo alcanzaría. Y, pese a sus esfuerzos, Cerno se quedaba atrás.

El lobero miraba a su amo buscando respuestas, pero Breo no las tenía. Todo sucedía demasiado rápido. Y la angustia del animal alimentaba la que él mismo sentía.

Salieron del bosque y entraron en la franja donde las rocas y la arena se peleaban con los árboles para rendirse ante el océano. Allí, toda la ventaja que el garañón había logrado reunir se desvanecería pronto. El otro caballo, más alto, más estilizado, de trancos más largos, tendría las de ganar.

Con otro reojo, vio a Cerno internarse en el bosque, y un nudo le apretó la garganta. Las tripas le pedían parar aquella locura, ir en busca de su único amigo.

Y, mientras, el garañón no desfallecía, pero su galope era más corto que el de su perseguidor.

Se acercaba.

A lo lejos, Breo distinguió los roquedos de los acantilados, y una idea acudió en su socorro. Hincó los talones en los ijares. El animal aceleró.

Allí el terreno ganaba altura, la orilla se fundía en rocas que trepaban unas encima de otras. Tuvo que forzar al animal para que se pegase a la

cornisa y galopase a unos palmos de la caída. Una caída que, según avanzaban, se convertía en precipicio.

El garañón relinchó. Sus cascos caían sobre las piedras a pulgadas del abismo.

–Ya casi está, tranquilo...

El olor a tierra y bosque quedó eclipsado. Una ola bravía, deshecha contra las rocas, los salpicó. El mar no se mostraba tan plácido como la mañana. El océano batía con su fuerza acostumbrada, rabioso y enfebrecido.

El garañón resbaló peligrosamente, por un instante uno de sus cascos quedó en el aire.

Pareció que todo iba a terminar.

Y consiguió rehacerse pateando con fuerza, y al mar cayó un puñado de grava. Se salvaron, pero perdieron ventaja. Y el desmañanado jinete no ayudaba, botaba sobre la grupa con cada tranco, incapaz de mantener el equilibrio.

Otro resbalón los echaría al mar a los dos. Acabarían escachados contra el roquedo. Y, entretanto, su perseguidor no se arredraba, galopaba sin miedo al abismo.

Estaba más cerca.

Breo podía distinguir los detalles en las riendas y las hebras de musgo prendidas en las crines blancas.

Demasiado cerca.

Sila ganó confianza. Casi lo tenía. Hincó los talones y su montura, con el pecho cubierto de sudor, apretó el galope.

Muy cerca.

Un poco más y usaría el cuchillo. Sólo un poco más y podría regresar a Roma y olvidarse de aquellos palurdos, y de sus bosques y sus ríos y su mar enloquecido.

Alzó el brazo, a punto de ponerse a la par. Rajaría el pescuezo a aquel malnacido.

Llegaron a un repecho punteado de hinojos. Breo escuchó el resollar del otro caballo, incluso le pareció oír una maldición. Y supo que no tendría otra oportunidad.

Se alzó sobre la grupa y mantuvo el equilibrio, como lo hacía en las rocas cuando las olas batían.

El romano se inclinó en su montura.

Los caballos relincharon. El abismo los miraba. El mar rugía, hambriento. Otra ola rompió con estruendo, y los empapó.

Y Breo saltó al vacío.

El garañón siguió camino, galopando más rápido, libre del peso del jinete.

Sila tiró de las riendas con tanta fuerza que se despellejó los dedos. Los cascos de su caballo se detuvieron a un palmo del abismo. Tan cerca que, para descabalgar, lo tuvo que obligar a echarse atrás. Y entonces desmontó y se asomó al precipicio.

Lo único que vio fueron las olas batiendo contra las rocas con la descomunal fuerza del norte.

Ni rastro del celta.

No se rendía. Jamás.

Durante generaciones, desde mucho antes de que el abuelo de Abulus ganase su combate singular, el mar había esculpido aquellas rocas a su antojo.

Y en la base del precipicio, justo donde batía con más fuerza, había un saliente. Y, bajo él, oculto para quien mirase desde la cima, junto a las lapas, los mejillones, los cangrejos y los percebes, había un animalejo más, aferrado a la roca húmeda con uñas y dientes, intentando evitar que aquellas olas que no se rendían se lo llevasen mar adentro.

Breo esperó hasta que los antebrazos le ardieron. Hasta que pensó que algo en sus manos se rompería. Entonces tomó aire, lentamente, para llenar sus pulmones varias veces y dejarlo escapar luego entre labios fruncidos, con los ojos cerrados, procurando calmar su corazón, que seguía galopando como aquel garañón.

Cuando la siguiente ola golpeó, se sumergió con ella, tan profundo como pudo, pateando con fuerza para impulsarse hacia el fondo mientras el mar lo zarandeaba.

Y aguantó hasta que su pecho amenazó con estallar.

Cuando salió a la superficie, aspiró una gran bocanada, echó un reojo hacia la cima del cortado y volvió a sumergirse de inmediato.

No vio a nadie. Aun así, buceó para salir diez brazas más allá y volvió a ascender para cerciorarse de que el romano no estaba.

Tampoco Cerno.

Entonces comenzó la auténtica lucha. Contra el océano.

La marea alimentaba corrientes que lo arrastraban lejos de la costa, y las olas lo vapuleaban sin misericordia. Tenía que luchar para que el mar no se lo llevase para siempre, y, si se atrevía a acercarse, corría el riesgo de acabar destrozado en los roquedos. En breve, ya no se trató de fuerza, o de aguante, sino de pura voluntad.

Tenía que cubrir una milla. Una milla donde la orilla no ofrecía otra cosa que rocas bravas. Y procuró mantener la calma, con un ritmo constante y pausado. Pero la distancia no era su único enemigo. La mar era una amante celosa y voluble.

En la siguiente brazada, algo le acarició el brazo. Fue un roce como el de un arbusto al borde del camino, pero el dolor lo sacudió de inmediato. Un dolor intenso y frío, profundo como el azul que tenía bajo él. Un dolor que le cerró el puño, le desbarató las brazadas y le hizo tragar agua.

Y el brazo empezó a arder con tal fuerza que no podía mantener los ojos abiertos, menos aún seguir nadando.

A punto estuvo de irse al fondo. Consiguió mantenerse a flote a duras penas. Y supo lo que debía hacer, aunque no quisiera hacerlo. Porque, si no lo hacía, no podría seguir avanzando. Y volver atrás significaba una muerte segura, despanzurrado como un cangrejo.

Con los ojos entrecerrados, se dejó hundir, temeroso de volver a sentir otro de aquellos latigazos. Y, en tanto el dolor en su brazo iba en aumento, alcanzó a ver el problema al que se enfrentaba.

Mar adentro, a más de diez varas, una enorme medusa se mecía en el agua azul. Más de dos codos de una vejiga hinchada sobre un montón de esparto empapado y retorcido. Su prodigioso tamaño explicaba que uno de sus tentáculos, larguísimo, lo hubiera alcanzado.

Había tenido suerte. Debería estar agonizando entre terribles dolores. Un monstruo de ese tamaño lo hubiera matado con facilidad. Con sólo una pizca más de veneno, podía estar muerto. Pero ahora tendría que retroceder. Debía dar un rodeo.

Y el brazo era un martirio. Y la angustia crecía. Cuanto más tiempo tardase, más oportunidades tendría aquel malnacido de adelantarlo. Ahora su única esperanza era reunir sus cuatro cosas y huir. Aquella

barca era cuanto tenía. La parchearía a toda prisa y se marcharía para no volver.

Al norte, a las islas.

Fue una eternidad, pero el sol apenas había pasado el mediodía cuando hizo por fin pie en las aguas de la playa. Tiritando, dolorido, con un brazo inútil, caminó hasta la misma marca del oleaje y se derrumbó. Para ponerse en pie de inmediato, o intentarlo, al menos.

Llegó tarde.

Debería haber salido corriendo. Como tantas otras veces. Darlo todo por perdido y salir de allí sin mirar atrás. Pero no podía abandonar al lobero.

Una columna de humo señalaba el lugar.

Ni siquiera tuvo el acierto de buscar un palo o una piedra. Estaba agotado, y desesperado.

Intentó correr, pero sólo pudo trotar. Y, a medida que se acercaba, comprendió.

No era la choza que heredara del viejo Suntus la que ardía. Ni la pila de nasas. Lo que ardía, con humo negro y espeso, era la barca, su barca.

Eso sí lo comprendió. Que todas sus esperanzas, una vez más, se convertían en cenizas.

Lo que no comprendió fue qué estaba haciendo ella allí.

Y Cerno.

El lobero, tumbado sobre la arena, jadeaba, con la lengua fuera, y la miraba con gesto amable, a ella y al atadillo a sus pies. Estaba allí, sentada en el cepo que tantas veces había usado para cortar los mimbres de la barca.

Al verlo, el lobero se levantó de un salto y corrió a saludarlo, sacudiendo el rabo con fuerza.

Breo lo recibió de rodillas. El animal le cubrió la cara a lametazos, tan contento que gañía como un cachorrillo. Cayeron los dos sobre la arena, se lastimó el brazo herido, y no le importó. Lo único por lo que se preocupó fue por la herida del perro. La descubrió cubierta por un emplasto; ya no sangraba, y el propio Cerno no le daba importancia.

Se bastaron el uno al otro.

–¿Lo has visto? –preguntó, aún rascando las orejas del lobero.

Tana, enfrascada en hurgarse una oreja con el meñique, no le hizo caso.

–¿Dónde está? –insistió.

Ella inspeccionó su captura y contestó con el mismo desprecio con el que sacudió el dedo.

–¿Quién?

–¿Quién va a ser? El malnacido que le ha prendido fuego a mi barca.

–Ah, ése... Lo tienes delante. He sido yo.

Aquello le dio fuerzas para ponerse en pie y caminar hacia ella.

–¿Cómo...? –balbució–. ¿Por qué? ¿Qué te he hecho yo?

Incrédulo, sacudía la cabeza y se le caían las preguntas. La angustia, el dolor, el cansancio, todo se aliaba para impedirle pensar.

Ella se puso en pie, como si hubiera concluido una visita a un pariente especialmente desagradable.

–No podía dejar que embarcases.

–¿Por qué? –insistió, señalando el fuego con un solo brazo.

Ella giró una pizca el rostro para contemplar los restos en llamas y, como si estuviese escupiendo un gargajo, contestó:

–No puedes seguir huyendo.

Desconcertado, no supo qué decir.

–Nada te espera en Éren.

–¿Cómo lo sabes? –preguntó, desconcertado.

Ella rechistó, y volvió a encontrar algo que hacer con el dedo en la oreja, como si le hubiese quedado tarea pendiente.

–Porque eres un cabeza hueca –tascó sin ambages–. Al sur están los lobos de Roma, al oeste el océano, y al este aún se recuerda el nombre de tu padre. Eres tan tonto que piensas que sólo puedes ir al norte, a Éren o a cualquier otra de las islas, incluso hasta donde los hielos no se funden. Pero eso es sólo porque eres tan tonto como para creer que puedes huir. Y eso no es cierto. Vayas donde vayas, tú estarás allí...

Quizás el perro entendió mejor la parrafada que su amo, porque se acercó hasta la meiga y se tumbó a sus pies para lamerse el emplasto de la herida. Entretanto, Breo sólo fue capaz de cerrar la boca y disimular su asombro.

–No puedes huir de ti mismo.

Él quiso intervenir, pero ella lo detuvo alzando una mano.

–Vayas donde vayas, seguirás siendo quien eres.

Breo consiguió reaccionar. Se enderezó y reunió coraje. Esta vez, la mano de la meiga no lo detuvo.

–Pero no habrá nadie que me lo recuerde –refutó airado.

–Tú mismo lo harás. Tu sombra irá donde tú vayas –insistió Tana, señalando con su vara la arena a los pies del joven.

No supo qué decir.

–No puedes irte sin la barca –prosiguió la anciana–. Y, si te quedas, él te matará –añadió sin remisión.

–Tú has quemado mi barca...

Ella suspiró, de mala gana.

–Eres aún más tozudo que tu padre –soltó con hastío–. Yo puedo ayudarte. Hay quien te está esperando.

El lobero percibió las tribulaciones de su amo, se incorporó y se puso a su lado. Como Breo no le hizo caso, lamió los dedos de la mano sana; la otra seguía recogida contra el pecho.

–Te matará. No por lo que has hecho, sino por lo que podrías hacer. Te matará por lo que eres.

El silencio aconsejó cambiar de asunto.

–¿Una medusa? –preguntó la meiga.

El joven reaccionó.

–¿Quién es?

El entrecejo de Tana se frunció con una avalancha de arrugas.

–Roma –contestó.

–¡Vieja loca! –repuso, cansado y de mal humor.

Dando la conversación por terminada, renqueó hasta la barca para observar de cerca sus esperanzas arruinadas. Pero no perdió el tiempo. Tenía práctica en renunciar a sus sueños. Se dio la vuelta y se dirigió a la choza.

–No importa su nombre. Tiene muchos. Porque es uno y son muchos.

La miró desde el umbral y entró para arreglarse un cabestrillo con una red colgada en unos maderos junto a la puerta.

–Te seguirá, te encontrará. Y nada lo detendrá –profetizó–. Porque, si lo matases, enviarían a otro, y a otro, y a otro más. Eso es lo que hacen.

Eso es lo que han hecho siempre. Desde antes de que nacieras, desde antes de que tu padre naciera...

Breo ya había conseguido empaquetar un par de cosas, pero se detuvo.

–¿Mi padre?

–Sí, tu padre. Un gran hombre y un mejor amigo.

–¿Lo conocías?

Ella asintió con un gesto del mentón. Y Breo se olvidó de lo que estaba haciendo.

–Sí, lo conocía. Estaba allí el día que murió...

–El día que lo asesinaron –la interrumpió él con inquina.

Volvió a asentir.

–Él me pidió que fuera. Quería mi consejo...

No acabó la frase. Del cielo descendió un aleteo negro. Y el cuervo aterrizó en su hombro.

–Se acerca –dijo sin más.

Breo comprendió, pero antes de que pudiera añadir algo, ella echó a caminar trabajosamente, dispuesta a marcharse.

–No puedes irte. –La vara señaló las brasas–. Y, si te quedas, te matará.

Breo echó en su atadillo el cuchillo que tenía en la mano. Miró al lobero y lo descubrió pendiente de la anciana, deseoso de seguirla.

–Estáis locos, ¡los dos! –exclamó con un último vistazo a los rescoldos de la barca.

La meiga se internó en el bosque, y el lobero fue tras ella.

–Espero que tengas razón.

Y no supo si se lo dijo al animal o a la meiga, pero hizo lo único que podía hacer para seguir con vida.

El mar era implacable. Pero también sincero.

Del mar, Breo conocía las olas, las triquiñuelas de las mareas. Suntus le había enseñado a distinguir los sutiles cambios de color en el agua, las revueltas en la brisa, lo que significaban. Sabía dónde buscar a los escurridizos pulpos, dónde echar cebo para los congrios, cómo emplear corteza de alcornoque para sostener un aparejo a la profundidad adecuada para los sargos. Distinguía cuando los cangrejos habían terminado las mudas o habían puesto los huevos, sabía cuándo su carne estaba en el mejor momento. Conocía los mejores lugares para recoger los sabrosos erizos, e incluso cómo deshacerse de las incómodas púas cuando se le clavaban en los dedos y se infectaban.

Breo conocía el mar. Y el mar se abría para invitar al que tuviera el valor de enfrentarse a él. Más aún: recompensaba al valiente.

En el bosque, sin embargo, se sintió encerrado. Atrapado e inútil.

–Debemos evitar las calzadas romanas –había dicho ella–. Refugiarnos en las montañas. En el bosque.

Tana caminaba con seguridad, por las trochas de animales salvajes, empleando senderos revirados. Y se internó sin apuros en una auténtica selva en la que los árboles lo cegaban todo. Breo, por el contrario, tropezaba con las zarzas rastreras o las ramas caídas. En la playa sabía dónde pisar para evitar las fanecas, aquí trastabillaba a cada paso.

El olor rotundo, a tierra, a hojas, a musgo, a los frutos que maduraban en las ramas, le resultaba agobiante, confuso frente al limpio salitre del océano.

Si miraba al cielo, no veía nubes que le hablasen del viento, sólo un enredo de hojas. Y, si miraba a los lados, la interminable sucesión de troncos parecía bloquear cualquier camino.

Incluso echó de menos a las escandalosas gaviotas. Las melodías de los herrerillos y el animado canto de los mosquiteros le resultaban extravagantes.

Además, el brazo le dolía. Estaba mojado, tenía frío. Y un brutal cansancio le pedía regresar a su choza y tumbarse en el camastro.

–Al menos el perro sabe lo que hace –soltó Tana con desdén, sin ni siquiera volverse.

Él no lo entendió. Y ella se detuvo.

–Mira –le dijo cuando la alcanzó, señalando a Cerno–. Presta atención.

Bajo unos manzanos silvestres crecían grandes helechos, y el lobero rastreaba algo entre ellos. Apenas podían distinguir la pelambrera gris. Pero estaba allí. Las enormes hojas se movían a su paso.

–¿Qué?

Ella señaló a sus espaldas. Y él siguió sin comprender.

Con un suspiro resignado, la anciana alzó un pie y pisó el tallo de una alta dedalera, punteada de flores púrpura. Dio entonces un paso resuelto y apuntó con la vara, para enfatizar cómo, tras ella, quedaba la planta rota. Y, cuando Breo abrió la boca para preguntar, ella se lo impidió con un ademán brusco.

–Debes pasar a través. Sin pisarlos. –Silbó para llamar al lobero.

El perro, obediente, salió de entre las matas y trotó hacia ellos. A sus espaldas, los helechos seguían en pie. En cuanto se aquietaron, no quedó rastro de los esfuerzos por localizar a la ardilla que poco antes se había aprovechado de las manzanas maduras.

–Deberíamos ponérselo un poco más difícil, ¿no crees?

Echó un vistazo al sendero por donde habían venido, y ella tenía razón. Podía distinguir su paso a través de la maleza: ramillas rotas, huellas claras en la hierba, tallos quebrados. Sin embargo, entre sus pies y los de Tana era difícil, si no imposible, adivinar que alguien había pasado por allí.

–Estás en el bosque. Debes ser como el bosque –concluyó ella, enigmática.

Y, al ver que Breo se sujetaba el brazo herido, añadió algo más:

–No tenemos mucho tiempo, ese lobo intentará seguirnos el rastro –rechistó–. Pero habría que curarte eso.

Lo tomó del brazo para examinarlo, y Breo dio un respingo.

–No seas quejica –lo riñó sin soltarlo, moviéndole el brazo para verlo bien.

Estaba hinchado, mucho, apenas se distinguían los nudillos o la muñeca. Y, desde el hombro, se extendían franjas de aspecto doloroso en las que habían brotado ampollas enrojecidas.

–Me ha pasado antes y no hay mucho que pueda hacerse –dijo Breo resignado–. Frotarlo con cuidado para quitar los restos...

Ella lo miró frunciendo el ceño, y él calló.

–Repito –insistió con hastío–, menos mal que el perro sí sabe lo que hace. Él se dejó ayudar. Y no protestó una sola vez –apuntilló.

Sin dar explicaciones, rebuscó por los alrededores. Machacó entre dos piedras unas cuantas hojas de sauce y un puñado de flores de milenrama. Pronto obtuvo una pasta grosera y verduzca que mezcló con el contenido de un tarro que sacó del petate.

–¿Qué es eso? –preguntó Breo, asombrado, al notar el olor punzante.

–Vinagre.

Para aplicar el emplasto utilizó hojas del helecho y, con manos acostumbradas al trabajo, remató el vendaje con tiras de lino que salieron también de aquel atadillo que parecía no tener fondo.

El alivio fue inmediato.

–Venga, en marcha –ordenó ella, tras asegurar el último nudo en torno al brazo–. Y mira por dónde pisas –advirtió.

Breo, impresionado, examinó el trabajo de la meiga y flexionó el brazo para poner a prueba el vendaje. El lobero se interesó de inmediato, lo olió con curiosidad, estornudó sorprendido y empezó a lamerlo.

–¿Adónde vamos?

Ni la anciana ni el cuervo se dieron la vuelta para contestar.

–Ya te lo he dicho. Nos esperan.

–¿Quién? ¿Para qué?

–Ha llegado la hora de que cumplas con tu obligación.

–¿De qué hablas? Estoy harto. Dime la verdad –le ordenó, con menos ímpetu del que hubiera querido.

–Si lo hiciese, no vendrías conmigo –le confesó ella con desgana–. Y debes venir...

Como ella no se detenía, Breo hubo de ponerse en marcha. Y al momento volvió a tropezar; a punto estuvo de caer de bruces.

–Mira por dónde pisas... –le advirtió, olvidándose de la conversación anterior–. Eso de ahí son ortigas.

Y miró en derredor, sin saber a cuál de las muchas plantas y arbustos se refería. Todo estaba cubierto de verde. Las hojas tenían todas las formas imaginables. Había florecillas de múltiples colores. Y no tenía idea de qué eran o cómo se llamaban. Suntus le había enseñado a contar las olas, no a distinguir hierbajos.

–Son todas iguales –bisbiseó con un reniego, sin atreverse a alzar la voz, no fuera a llevarse otra reprimenda.

Y, como ella seguía andando, se quedó solo.

Cerno, que iba tras la meiga, se paró y gañó preocupado.

Y su amo refunfuñó. Le dio una patada a algo que no supo si era ortiga o brezo. Lanzó otro reniego. Maldijo a los dioses. Y, cuando se esfumó la rabieta, dio un amplio rodeo, mirando con desconfianza a las plantas.

Aún humeaban.

Y Sila se pellizcaba el mentón. Incluso intentaba disimular su desconcierto pese a estar solo. Era obvio que los restos sólo podían ser el esqueleto renegrido de una barca. Sin embargo, por más que se estrujaba los sesos, no podía comprender por qué aquel mentecato le había echado lumbre.

–Locos barbudos –murmuró para sí, palpando con disgusto el afeitado que ya le hacía falta.

Entonces, sin darse la vuelta, llevó la mano al pliegue donde siempre escondía el cuchillo.

–La meiga también se ha ido...

El tono era afable, casi suplicante.

Sila se dio la vuelta, preparado para matar, y se encontró con otro de aquellos apestosos celtas.

–¡Salve! –saludó en un latín macarrónico–. Mi nombre es Reburrus.

El romano cató a aquel hombre con la mirada y sacó la mano de entre sus ropas, vacía.

–Buen día te regalen los dioses –le respondió en su propio idioma–. ¿Quién se ha ido?

–Nuestra sacerdotisa, nuestra curandera...

–¿Vuestra druida?

Las cejas se fruncieron.

–No las llamamos así...

La mano de Sila desechó el asunto con un ademán.

–De acuerdo, se ha ido. ¿Y a mí qué más me da?

El desprecio en la pregunta ocultaba la intuición de que la noticia podía resultar útil.

–Creo que se han ido juntos.

Las manos pidieron explicaciones sin que el romano abriese la boca.

–Tana, se llama. Llegó hace ocho o nueve temporadas, y ese Breo lo hizo poco después –añadió, enfatizando el nombre–. Siempre se ha rumoreado que fue ella la que pidió al viejo Suntus que lo adoptase –explicó, señalando vagamente la choza–. Ella siempre se ha mostrado muy interesada en ese descastado. Estoy seguro de que fue ella la que convenció a Abulus de que lo dejara comerciar en el castro...

–Y suponiendo que todo eso sea cierto...

–Pues que sé a dónde han ido.

–¿Tú sabes dónde está el hijo de Turainos?

–¡Qué va a ser ese palurdo el hijo de Turainos! Eso son rumores estúpidos. Breo no tiene clan. Es un sin nombre. No conoce el rostro de su padre –apuntilló con desprecio amargo–. Pero sí, sé a dónde se ha ido ese cagajón de caballo.

Sila entrecerró los ojos.

–Y me lo vas a contar porque eres más honorable que el mismo Catón...

Desconcertado, Reburrus dudó, y el romano advirtió que no era el momento de oratorias.

–¿Qué quieres a cambio?

Reburrus se acercó. Irguió el mentón y compuso su rostro más orgulloso.

–Yo te ayudaría..., si tú me ayudas.

Algo crujió al aparecer la sonrisa, como una grieta abriéndose en la pizarra durante una noche de helada.

–¿Y en qué podría ayudarte yo?

–Quiero ser el jefe –soltó sin tapujos, señalando a lo lejos, al promontorio del castro–. Y quiero un permiso para mercadear. Para mercadear en paz.

El silencio le pareció amable, y el celta continuó.

–Podemos ofrecer pescados, pieles, caballos...

Como no se dijo nada que lo hiciera callar, Reburrus subió la oferta:

–... Incluso esclavos. Si nos dejáis en paz, podríamos capturar a gentes de otros clanes –añadió como si regatease en el mercado.

Sila fingió valorar la oferta con toda seriedad. El sol estaba a punto de alcanzar el mediodía.

–¿A qué día estamos?

Y al momento de preguntar se dio cuenta de que la respuesta no le serviría de mucho. Aquellos melenudos no tenían un verdadero calendario. Seguían viviendo acorde a los ciclos lunares. Así que sacudió una mano para despreciar la contestación antes de que el otro abriese la boca.

–Deberías leer los trabajos de Sosígenes de Alejandría. Fue él quien ideó la reforma del calendario en tiempos de Julio César.

Aun escuchando palabras en su propia lengua, Reburrus no entendió una sola de ellas.

Sila volvió a mirar al horizonte y, a lo lejos, oyó un tintineo familiar que, esta vez, sí le hizo aflorar una sonrisa sincera.

Entonces, él también acortó distancias y quedaron a menos de un paso, cara a cara.

–Los lobos no hacen tratos con las ovejas.

Y, agarrando a Reburrus de un hombro con fuerza inesperada, lo obligó a volverse.

–Mira –ordenó.

Aquel tintineo se transformó en un barullo creciente. Y la brisa incluso ayudó: trajo en una revuelta la inconfundible mezcla de hierro, cuero, sangre y violencia.

A lo lejos, en el camino al castro, al comienzo del ascenso al promontorio, fuera ya del bosque, aparecieron los primeros destellos.

Tal y como había ordenado en las termas, los legionarios de Marco Lucio llegaban puntuales. Hombres escogidos de la primera cohorte; capaces de rematar un trabajo y, lo más importante, capaces de mantener la boca cerrada.

Reburrus tuvo que hacer un esfuerzo para no echarse a temblar.

–Y ahora, dime, ¿a dónde han ido?

Como no respondió, añadió algo más:
–Si lo que me cuentas es útil, a lo mejor sales con vida de aquí.

Ascendieron pendiente arriba. Bosque arriba. Montaña arriba.

Y el bosque empezó a ralear, temeroso de las alturas. Los robles, los castaños y los alisos se transformaron en arces y abedules que luego se volvieron pinos. Y éstos terminaron achicándose en escobizos, tojos, brezos, matas de boj y acebos de hojas puntiagudas. Incluso juncales, cuando había agua cerca.

Breo se sintió mejor al recuperar un horizonte más abierto, pero no tenía idea de cuál era su destino. Sólo que el sol había hecho buena parte de su camino y ya se tendía por poniente, a su derecha. Y eso significaba que iban al sur, siempre hacia el sur.

Caminaron todo el día. Y las preguntas de Breo sólo recibían enigmáticas respuestas. Aun así, continuó tras la anciana y el cuervo. No sabía qué otra cosa podía hacer.

–¿Cuándo llegaremos?

Ella resopló, y el pájaro, que no le llevaba la contraria jamás, graznó con disgusto.

–Cuando lleguemos...

Pasaban entonces junto a un claro. Allí afloraba una mole de granito cubierta de parches de musgo. Como si un gigante le hubiera dado una puñalada al monte con un cuchillo de piedra.

Estaba rodeado por viejos pinos, de gruesa corteza parda, tan anchos que un hombre sería incapaz de abrazarlos. Sus troncos, heridos por el tiempo, estaban salpicados por muñones resecos, restos de ramas vencidas por las nieves o los vientos. Sus copas parecían enfermas de sarna, con agujas verdes allí y calvas marchitas allá. Y el sol se colaba

por el amplio hueco entre ellas; derramaba un manto dorado sobre la enorme piedra y se escurría hasta la pinocha, que acolchaba el suelo y tenía el color del óxido.

Escucharon un relincho lejano y nervioso. Un semental, inquieto por la visita, intentaba alejar a la manada.

Tana, con un crujido de huesos, se agachó para recoger una piedra entre las raíces de uno de los pinos, tan inclinado que parecía incapaz de aguantar la siguiente ventisca.

La meiga se acercó entonces a la enorme roca y la rodeó. Allí, sobre otros parecidos, dejó aquel guijarro, coronando una enorme montonera de ofrendas similares que descansaban en una repisa. Y, bajo la repisa, antes de la pinocha, había algo más. Los líquenes parduzcos se habían hecho cargo, pero aún se distinguía. Era el trabajo de una vida anterior. Una espiral rodeada de pequeñas estrellas decoraba la piedra que señalaba el lugar sagrado.

Breo dudó. Aunque percibió la gravedad cuando, tras depositar el guijarro, ella inclinó la cabeza y murmuró un ruego a los dioses.

–¿Qué es este sitio?

Ella refunfuñó. Y la trenza bailó de un lado a otro al compás del mentón.

–¿Es que no sabes nada? –preguntó, con los brazos en jarras.

Breo no supo cómo defenderse. Abrió la boca para decir algo que no se le ocurrió y guardó silencio.

–Es piedra –contestó Tana al fin–. Piedra.

El tono seco le aconsejó dejarlo estar. Las palabras de la meiga decían mucho menos que sus silencios, aunque Breo no entendía ni lo uno ni lo otro y supo que era mejor callarse. Pero su orgullo herido le impidió hacerlo.

–No soy un zoquete –espetó a las espaldas de la anciana.

Ella dejó escapar un largo suspiro rebosante de duda.

–Es suelo sagrado –explicó en un derroche de paciencia–. En este lugar se reunían los miembros de la Orden. Debes poder sentirlo... Es tu pasado. Es tu futuro. El de todos nosotros –añadió–. Éste es el legado de tu padre, y del padre de tu padre, y del padre del padre de tu padre.

Esto es lo que somos. Esto es lo que nos diferencia de ellos. –Sus dedos recorrieron la espiral–. Esto es lo que somos –repitió, pensativa.

–Yo prefiero irme a Éren –refunfuñó como un crío.

–¿Nadando?

–¡Fuiste tú la que convirtió mi barca en una hoguera! –le reprochó, airado.

Ella lo miró con aquellos ojos del color de las nubes cuando se vacían de lluvia.

–Escoge una piedra –le ordenó de mal humor.

No había mucho donde elegir y, a desgana, Breo paseó por la pinocha hasta encontrar un trozo de cuarzo blanquecino, muy distinto al resto de piedras del humilladero.

Lo dejó encima de las demás, con poco cuidado, y tuvo que recogerlo cuando cayó y repetir el gesto.

La anciana volvió a bufar.

–Vienes en paz y te vas en paz. Y pides a los dioses que protejan tu camino –recitó Tana.

De mala gana, Breo repitió la fórmula.

–¡Vámonos! Ya estamos cerca –espetó, aún enfadada, dando por imposible el asunto.

Y la desilusión de Breo fue descubrir que no estaban cerca de su destino, fuera cual fuese, que seguía sin saberlo, sino simplemente de un alto en el camino.

Habían llegado a la cima de la sierra. Allí el viento soplaba con fuerza y espantaba el calor del día. Todo eran campos de verdes pliegues en los que, de tanto en tanto, despuntaban las matas oscuras de los juncales. La tierra por la que pisaban era esponjosa, indecisa.

En lo alto, mucho más allá de hasta donde se atrevía a llegar el cuervo, planeaba un busardo, que cruzaba el cielo en busca de gazapos poco atentos.

Un rebaño de corzas los observó con curiosidad desde una loma y, cuando se acercaron, los animales se espantaron en una carrera llena de brincos. Más allá, una manada de caballos los ignoró; sólo el semental,

un alazán greñudo de pecho ancho, los vigiló, atento por si decidían acercarse.

Siguieron un arroyo de aguas pardas bajo árboles tímidos, que no se atrevían a crecer donde el invierno castigaba a los atrevidos.

El regato ganaba fuerza poco a poco, envalentonándose a medida que se ensanchaba. Botaba de poza en poza con la alegría de su juventud. Al llegar a los grandes valles perdería las prisas y engordaría, se haría viejo y lento, pero allí, en la montaña, aún era joven e iluso; aún creía que podía seguir en esa alocada carrera hasta el mar. Y tras un puñado de tropezones en las rocas reunía fuerzas para dejarse caer en una cascada.

Un manto de agua y espuma, como un paño de niebla colgado en el telar, caía durante más de diez varas. Se precipitaba con fuerza en un pozo donde se acumulaban las ramas y las hojas que traían las riadas, y también la quijada blanquecina y sobada de un caballo que, quién sabía cuándo, había tenido un mal resbalón.

Como una puerta, la cascada escondía un hogar.

Tras ella, para sorpresa de Breo, había una estancia labrada en la roca, sin más inquilinos que unas pocas ranas pardas. Animalillos que se preguntarían el significado de los símbolos que también allí habían grabado los antiguos, porque, como en la roca votiva por la que habían pasado, aquellas tallas acusaban el paso del tiempo. Estaban cubiertas de verdín, como si tuvieran frío.

En la parte más alejada de la cascada, a sus buenos diez pasos, había paja fresca, una hogaza de pan, mantas, un caldero con lo que sólo podía ser un estofado frío e incluso leña, preparada junto a un cerco de piedras que ya se había usado antes para prender lumbre.

Y Breo comprendió de inmediato.

–¿Cómo sabías...?

–Era tu única opción –dijo, escueta–. Come algo, descansa. Aún nos queda un largo camino.

Breo volvió a sucumbir a la tentación.

–¿Adónde vamos?

Tana volvió a acunar uno de sus escépticos silencios.

–Aquí no nos encontrará –aseguró–. Come algo, descansa.

La muñequita se había perdido. Y Drisa no era capaz de contener sus sollozos.

Habían entrado en tromba, a gritos, chillando órdenes en una lengua extraña, con espadas en la mano y la muerte a rastras.

Y su muñequita no estaba.

De un empujón la enviaron al suelo. Con un pisotón evitaron que se moviera. Y, para arrastrarla, tiraron del cuello de su vestido, aquel que mamá le había cosido, del mismo del que había aprovechado un retal para hacer otro igual a la muñequita. Tiraron del cuello de su vestido hasta que las costuras crujieron. Y ahora le ataban las manos, como a los demás.

Como a los que aún respiraban. Al resto no hacía falta. No volverían a pelear.

Los habían reunido en la calle principal, la que subía desde el portón de entrada hasta la gran casa de Abulus, donde el jefe yacía muerto, bajo el escudo que su abuelo colocara en el dintel. Aún tenía el hacha en la mano y la sangre de sus heridas cerraba la puerta de su hogar para siempre.

–¿Qué hago con el crío?

Drisa seguía mirando a todos lados. Pero ella no lo veía. Era más importante encontrar a su muñequita. Aun así, frente a ella, en aquel camino tantas veces recorrido, en aquellos tablones, donde su muñeca había bailado tantas veces, en la calle principal, la que llevaba ahora a un dintel con un escudo que ya no significaba nada, había un legionario.

Un hombre hecho de roca que hubiera cobrado vida; un tipo rudo, grande, con media cara estropeada por horribles cicatrices como zarpazos. Un hombre que sostenía por el pescuezo al pobre niño Cirrius, como un gato con un ratón recién cazado.

Daba miedo. Y no encontraba a su muñequita.

El sol quería ponerse. Les había llevado el día barrer el pueblo, matar a los que alzaron la voz y atar a los demás.

Y aquel legionario preguntaba a otro, a uno con la pechera llena de condecoraciones y un casco adornado con plumas. Drisa no lo veía, porque seguía buscando a su muñequita, pero estaba allí.

Estaba allí, aunque ella siguiera buscando con desesperación.

No se iba.

–¿Lo ato también?

Y la niña no advirtió el desprecio de aquel otro hombretón al mirar las piernas tullidas de su hermano.

Lo que Drisa había visto era lo que su padre hacía cuando un potrillo nacía con una pata más corta, o cuando algo salía mal en el parto. La pequeña sabía más de lo que hubiera querido, y no quiso reconocer la mirada torva en aquellos hombres. No los vio, buscaba a su muñequita.

–De algo servirá –adujo–. Los críos siempre son útiles para cavar en las galerías...

El del casco emplumado terminó por asentir.

–No, no hace falta que lo ates –concluyó al fin.

Y el niño Cirrius cayó al suelo. Y los dos legionarios gritaron algo a otro de los suyos. Y se movieron calle abajo, repasando a otros cautivos, con los hierros desenvainados, dispuestos a rebanar el pescuezo de la primera queja.

Y la muñequita no aparecía.

Cuando los legionarios se alejaron, los oyó hablar. Sabían que el día se acababa, el sol se refugiaba en el mar. Y los lobos discutían. Iban a meterlos así, maniatados, en la casa de Abulus.

A la mañana siguiente se pondrían en marcha.

Y la pequeña Drisa también oyó a su padre hablar. Llamó a su hermano. Y su hermano, obediente, se acercó, luchando como siempre

con la torpeza de sus piernas.

Y oyó a papá hablarle. No quería, ella buscaba su muñequita, pero lo oyó.

–Ve –le ordenó–. ¡Rápido! Sé un hombre...

Drisa no quería oír. No quería ver. Y no veía. No oía. Sólo quería encontrar a su muñequita. Justo antes de que aquellos brutos llegasen le había hecho unas preciosas trenzas.

–... Busca una espada...

Unas trenzas que había sujetado con preciosos hilos rojos. Los que había recogido junto al telar de mamá.

–... Un puñal...

Una a cada lado. Con cuidado de no romper el mijo. Dos bonitas trenzas con lazos rojos.

–... Lo que sea...

Había quedado muy linda. Tanto, tan linda que corría para enseñársela a mamá cuando aquella tormenta irrumpió.

–... Matarás a tu hermana. Matarás a tu madre. Me matarás a mí...

Se rompió la voz. La voz que tantas veces había cantado para ella. La voz que espantaba los malos sueños que la despertaban por la noche.

–... Y te quitarás la vida.

Y Drisa no vio que su hermano componía un rostro serio. Como si acabase de volver de las montañas y ya se hubiera convertido en un hombre. Como si ya hubiera cazado su primer jabalí. Como si ya hubiera encontrado el rastro del gran venado. Como si ya hubiera galopado a lomos de uno de los hijos del viento.

Buscaba a su muñeca, pero vio al hombre en el que su hermano se habría convertido. Un guerrero orgulloso y fuerte. Un hombre de su clan. Un hombre que jamás olvidaría el nombre de su padre.

Le dolían las manos, la soga apretaba demasiado. Le dolía el cuello, donde el vestido había dejado una marca. Y seguía intentando encontrar su muñeca.

Su hermano se escabulló renqueando.

Su hermano obedecía.

Y la muñeca no estaba.

Quería llorar. Pero eso no era lo que querían papá y mamá. Orgullo en la mirada, barbilla en alto. En el clan, a la muerte se la miraba a los ojos. En el clan, había que reírse de la muerte. Porque los valientes no mueren, los valientes viven. A los valientes los recuerdan los bardos, a los valientes se les canta.

Quería encontrar a su muñeca.

Supo que no podría hacerlo.

Lo que sí podía hacer era prepararse, porque ella era hija del clan, ella no iba a olvidar el rostro de su padre.

Cuando los encerraron en la casa de Abulus, apretados, unos encima de otros, ahogados por el olor de quienes no habían podido aguantar más, Drisa se sintió orgullosa de su hermano.

El niño Cirrius había encontrado el cuchillo de matarife. El que usaba su padre para sacrificar a los potros. Un aguijón largo y afilado que llegaba al corazón y arrebataba la vida de inmediato. Y Drisa lo miró con orgullo.

La duda sólo cimbreó por un momento en los ojos del niño Cirrius. Y esa duda hizo que se pareciesen a los de su padre. Miró las ataduras, miró la puerta.

Fuera dormían cientos de lobos hambrientos. Y aquel cuchillo serviría de poco.

O de nada. Y un niño y una niña, dos hermanos, se enfrentaron con entereza a algo que no deberían conocer.

Drisa asintió, alzó la barbilla y ni siquiera pestañeó. Estaba dispuesta.

Cirrius, frente a ella, de rodillas, levantó el cuchillo, demasiado grande para sus manos. Apenas se notó el temblor de sus dedos. Y el orgullo asomó en el rostro de su padre. Y en el de su madre. Y Kalakotum, más allá, asintió con admiración. Y el tuerto y viejo Garrius escupió bajo el colmillo, y echó una carcajada.

El niño Cirrius estaba preparado.

Apoyó la punta del cuchillo en el pecho de su hermana.

Bastaba empujar. Un golpe con el talón de la mano. Había visto a su padre hacerlo.

–¡Quieto!

Todos se volvieron, sobresaltados.

Era Niske.

–No lo hagas.

El padre quiso intervenir, pero ella antepuso la razón a la tradición y habló sin darle oportunidad.

–Si morís hoy, no lucharéis mañana.

–No hay lucha posible en las minas –protestó la madre de los niños.

–Eso no lo sabrás hasta mañana. Quizá no nos envíen a las minas...

–El honor...

–El honor importa poco si estás muerto. Y hoy ya han muerto muchos, demasiados.

El bizco se esforzó por cubrir su rostro de serenidad. Por aparentar lo que se esperaba de él. Incluso enderezó la mirada.

Había encontrado en las palabras de Niske la excusa que buscaba. Aun así, se debatió. En su interior, dos osos peleaban con salvajes zarpazos. No supo qué hacer hasta que su esposa apoyó una mano en la suya.

–Guarda el cuchillo –ordenó a su hijo.

Estaba empapado. Tenía frío y quería dejarlo, pero no podía, aunque sólo fuese para cerrar la boca a aquella arpía.

–¿Lo ves? Eres un zoquete...

A lo lejos oyeron el relinchar de un caballo. Quizás aquel alazán que habían visto. En aquellos montes corrían los hijos del viento. Más cerca, un verderón cantaba en la rama de un abedul. Breo callaba los insultos que se le ocurrían, y ella insistía.

–Inténtalo otra vez.

–Hubiera sido más fácil dejar unas liñas cebadas ayer por la noche –protestaba él.

Y Tana lo descartaba de mala gana.

–Inténtalo...

Y Breo miraba el agua con aprensión.

La noche anterior, en cuanto terminó su ración de estofado, que resultó ser de liebre con cebollas silvestres, echó en falta el arrullo de las olas. Pensó que no podría dormir. La cascada protestaba con un traquetear sordo que espantaba el sueño, hurgaba entre las orejas como un topo. Pero se había equivocado.

Se durmió antes de acabar la primera protesta y no despertó hasta poco antes del amanecer, cuando Tana echaba un leño al fuego. Al abrir los ojos, la vio agachada sobre las brasas, soplando como un fuelle para insuflar valor en los tímidos rescoldos.

Iba a incorporarse, a saludar, a preguntar por el desayuno. Pero la gravedad en el rostro de la meiga le dio mala espina. Pensó que sería mejor guardar silencio. Incluso disimular que aún seguía durmiendo.

No sirvió de nada.

–Vendrían bien unas truchas antes de seguir camino –dijo ella sin mirarlo, pendiente del fuego.

Aquello arrancó una sonrisa confiada en Breo.

–Eso es pan comido.

Pescar era algo que sabía hacer, y sabía hacerlo bien. Lo suyo era el mar, pero en aquel arroyo tenía que ser, a la fuerza, más fácil.

–¿Tienes anzuelos? –preguntó–. Puedo cortar unas ramas de avellano y preparar aparejos en un momento.

Ella dejó escapar una risa rancia.

–Ya te he dicho que te falta mucho por aprender...

Escamado, optó por ignorarla y se fijó en los huesos de la liebre.

–No hay problema. Puedo preparar unas púas con ellos, afilarlas. –Señaló las finas costillas–. El truco es hacerlas más pequeñas que la boca del pez y asegurarse de que queden bien escondidas por el cebo... Estaría bien si encontrásemos unos grillos.

Gesticulaba como si tallase los huesos, pero Tana ya salía por el hueco entre las rocas y la cascada.

–Si no tienes liñas, podemos arreglarnos con la corteza verde de unas ramas de sauce...

Tuvo que callar al quedarse solo, porque Cerno también salió.

Fuera, la meiga se ataba el sayo por encima de sus nudosas rodillas y, sin preocuparse por si el agua estaba fría, se metió en la poza al pie de la cascada.

–¿Qué haces?

–Me convierto en agua. –Fue su enigmática respuesta.

La trenza le caía por encima del hombro y rozaba la superficie, como un vencejo echándose a beber. Metió las manos en el arroyo, murmuró algo entre dientes y, en apenas un suspiro, hizo algo que a Breo le pareció propio de oscuros nigromantes.

Sacó del agua una trucha de un palmo, la desnucó, para ahorrar sufrimientos al animal, y con una sonrisa se la tiró a Cerno. El lobero la cazó al vuelo y se tumbó dejándola hábilmente entre sus patas

delanteras. Sólo echó un vistazo desvaído a Breo antes de empezar a comer con ansia.

Tana remontó el arroyo, tan despacio como una garza, atenta a lo que sucedía bajo la superficie, y, en rápida sucesión, sacó otras dos truchas.

–Ahora te toca a ti...

Ya en la orilla, pellizcó el nacarado vientre de los peces para abrirlos y limpiarlos de entrañas.

Breo iba a preguntar, pero ella se explicó antes.

–A mis años, me bastan dos para desayunar. Tú puedes ser más generoso si quieres. Pero no mates más de las que vayas a comer –advirtió muy seria–. Éstas son aguas frías, aquí les cuesta crecer.

Limpios los peces, partió una ramilla de saz y los ensartó.

–Será mejor que te apures –añadió con sorna–. Deberíamos ponernos en marcha cuanto antes.

Y volvió a la cueva para arrimar el espetón al fuego.

–Una pena no tener algo de tocino –dejó tras de sí cuando desapareció tras la cortina de agua.

Breo miró al lobero, suspiró y trató de convencerse de que, si una vieja podía hacerlo, él también.

Se metió en el agua, incapaz de evitar un respingo cuando el nivel le alcanzó la cintura y, tras esperar a que se asentase el limo, miró con atención.

Aunque tenía el color oscuro de una infusión, era transparente. El fondo, que hubiera podido alcanzar con sólo agacharse, era de piedras sueltas y arena, y vio a bichillos que se apuraban, disgustados por el revuelo de sus pies. Pero a ninguna trucha.

–¿Cómo lo ha hecho?

Se giró para ver lo que Cerno respondía, pero el lobero ya se encaminaba a la cueva, con la esperanza de comerse también las raspas.

–Traidor –masculló.

Poco después, cuando ya se sentía un completo imbécil, una truchilla de medio palmo apareció de pronto y se colocó tras una piedra. Aleteaba suavemente en la corriente tras el obstáculo, y salió como una

flecha a un codo de distancia para tragarse de un bocado uno de aquellos bichillos.

Cuando el pez regresó a su apostadero, Breo no se atrevió a dar un paso. Se agachó lentamente, como si tuviera miedo a romperse por la mitad. Metió la mano en el agua aún más lentamente y, conteniendo la respiración, avanzó sus dedos poco a poco, como si el pez pudiera volverse y arrancarle media mano de un bocado.

Le faltaban unas pulgadas. No alcanzaba. Se echó un poco más hacia delante, con todo su peso en los dedos de sus pies. Ya casi podía tocar la nerviosa cola.

Pero no llegó a rozarla siquiera. La trucha se escapó arroyo arriba y él perdió el equilibrio. Cayó al agua, y salió aún más aprisa, boqueando por culpa del frío.

–¡Zoquete!

Y allí seguían cuando el sol ya se había alzado sus buenos tres dedos sobre el horizonte.

Empapado. Frío. Harto. Y atrapado por su cabezonería y las burlas de la meiga.

Acababa de llevarse otro baño. Seguía con el agua por las rodillas, y los otros dos se divertían a su costa.

Breo se enjugó el rostro y, por primera vez, ella compartió algo más que pullas.

–No te hacen falta anzuelos, liñas ni varas –explicó mientras acariciaba a Cerno tras las orejas–. Basta con que te conviertas en parte del arroyo.

El joven la miró como si estuviera loca. Y ella rio con un ronquido cínico.

–Debes ser como las piedras del fondo, como las plantas que crecen en el río.

–Y qué tal si soy más bien como una vieja bruja loca y me busco a un idiota que haga el trabajo por mí.

Tana lo ignoró y le habló en tono grave. Como si recitase una plegaria. Incluso el perro la miró absorto.

–Eres tojo. Eres pizarra. Eres roble y aliso. Eres nieve en la cumbre, sal en el mar. Eres piedra. Eres agua.

Breo, cabizbajo, intentaba evitar que los dientes le castañeteasen.

–Eres piedra. Eres agua.

Otra trucha se colocó entre dos cantos. En uno de ellos, como una pelusa bajo la rueca, una madejilla de algas vibraba en el flujo del regato, y el pez se situó justo debajo, listo para aprovecharse de lo que trajese la corriente.

–¿De qué conocías a mi padre? –preguntó, cansado, sin alzar los ojos de la trucha–. ¿Qué quieres de mí?

Ella abandonó sus reniegos. Incluso dejó de acariciar al perro.

–Tu padre fue el que lo empezó todo. Él se dio cuenta de que un montón de piedras no son una muralla. Y él pidió la ayuda de la Orden para extender su mensaje –confesó con gravedad–. Tu padre sembró las semillas.

Se miraron.

–Y tú debes recoger los frutos –sentenció la meiga.

La trucha capturó algo en la corriente. Breo se enjugó el rostro.

–¿Qué semillas? –inquirió hastiado–. ¿De qué hablas?

Ya no había rastro de ira en su voz. Sólo una pena honda y amarga, la clase de pena que se cobija en el pasado. En aquellos ojos azules no había tormentas; eran aguas después de la galerna, cuando en las mansas olas ya sólo quedan las gaviotas picoteando los restos del naufragio.

–¿Qué fue lo que él comenzó?

–Una rebelión.

Pensativo, Marco Lucio se rascó la coronilla.

–Señor, ¿está a su gusto?

El tono meloso, suave como la seda traída del corazón de la Serica, sólo podía ser de un amante goloso o de alguien con tanto miedo como para necesitar una visita urgente a las letrinas.

El cocinero dudaba hasta de la leche que había mamado. Era un tipo bragado que había preparado marmitones con rancho cuartelero durante años. En más de una ocasión había tenido que emplear los puños para resolver disquisiciones culinarias sobre la calidad de sus recetas. Y esa mañana había vivido lo que nunca había esperado vivir.

De haberle preguntado, hubiera jurado por las Furias que aquel cabrón de Marco Lucio era capaz de comer piedras y cagar balas para las hondas de los baleares. En una ocasión lo había visto ventilarse en dos mordiscos el corazón de una cabra por una apuesta. Y, sin embargo, esa mañana Marco Lucio había entrado en sus cocinas para preguntar si había modo de conseguir lampreas para la cena.

–Es muy pronto para la lamprea –había contestado el cocinero–. Necesitan el frío del invierno para engendrarse en los estuarios. O eso es lo que he oído...

–Pero dicen que en Roma se pueden comprar en cualquier época.

El cocinero se frotó y refrotó las manos en el paño cuajado de pegotes que le colgaba del cinto, preocupado por tener que enmendarle la plana al prefecto.

–Sí, hay quien puede. Los ricos pagan por ellas vivas y las conservan en los estanques de sus mansiones, pero aquí...

–¿Y qué tenemos? –lo había interrumpido bruscamente.

El trapo sufrió un buen estrujón.

–Supongo que podría hacerme con anguilas –aventuró con dudas–. Aún estamos en temporada. Las hay hasta que empieza el otoño; entonces desaparecen. Hay quien jura que se van al mar, pero yo no tengo idea de si...

–Anguila, entonces –había ordenado el prefecto.

Y en ésas estaban ahora, en los fogones, con la cuchara en la mano tras haber probado el guiso.

Todavía tenía en el paladar el regusto lodoso del estofado, y Marco Lucio hubiera preferido unas simples gachas. Pero necesitaba saber si el guisado disimularía el sabor o no.

–De acuerdo. Sírvelo para la cena.

Unas horas después, en sus aposentos personales, cuando la tarde ya decaía, un esclavo colocó en la mesa central una amplia bandeja con el dichoso potaje de anguila, entre otros platos que jamás se habían servido en aquel lugar. Manzanas asadas con la única pizca de canela que sus hombres habían sido capaces de encontrar en la ciudad. Castañas hervidas en leche de burra, aderezadas con anís silvestre y aliñadas con una mezcla de vino y miel, hervida hasta convertirse en dulce sirope. Crujientes topillos fritos en manteca de cerdo. Pan abundante de la mejor flor de harina, sin arenillas que rechinasen en las muelas, e incluso las primeras peras de la temporada, cocidas en sidra.

Nunca antes Marco Lucio se había inclinado por semejantes caprichos. Y tampoco nunca antes el prefecto se había preocupado por si sus ropas eran adecuadas. Lo suyo era mantener la espada afilada. En lugar de recostarse y picotear de lujosas fuentes, prefería sentarse a la mesa en un banco, junto con sus hombres, y dedicarse a las bravatas o a recordar lances de la batalla.

Despidió al esclavo y, cuando se quedó solo, se acercó a la fuente de las anguilas y sacó de entre los pliegues de la toga las dos bolsitas de cuero. Aún dudando, abrió ambas. En una había láminas secas; en la otra, pequeñas semillas negruzcas. Las olió con desconfianza, como un

sabueso tras un rastro. Al cabo se decidió por la cicuta y devolvió los hongos a su escondite.

Salpicó las semillas en el guiso y lo revolvió con la mano.

Se estaba limpiando en una palangana de agua aromatizada con rosas y limón cuando Sila entró.

–Salve –saludó.

Y Marco Lucio, secándose con un paño de lino, devolvió el saludo y se interesó por su invitado.

–¿Qué tal el viaje?

–Mal –se quejó–. Apenas tenéis carreteras decentes aquí.

El prefecto no estaba muy seguro de cómo tomarse aquello, así que hizo un gesto animando a Sila a reclinarse y disfrutar de la cena.

–¿De qué querías hablar? –preguntó, manteniendo el tono cortés.

Antes de tumbarse, el enviado imperial echó un vistazo a lo que se le ofrecía, y el ceño arrugado demostró que los esfuerzos en las cocinas no le complacían.

–¿Habéis acomodado a los esclavos?

Marco Lucio se sentó en el triclinio, y tuvo que recordarse a sí mismo que no era un gesto apropiado.

–No hemos podido conseguir lampreas –anunció, tumbándose como se suponía–, pero yo mismo me he ocupado de poner un cepo en los huevos del cocinero para que preparase guiso de anguilas.

La mano de Sila, impecable, planeó por encima de las fuentes. Hizo ademán de tomar algo, pero, en cada ocasión que los dedos descendían, se arrepentían en el último momento. Al final, se limitó a un trozo de pan. Y lo cogió con aires dubitativos.

–¿Los esclavos? –preguntó, husmeando el pan con recelo.

–Pierde cuidado, lo haremos en cuanto lleguen. Les has sacado un par de días de ventaja.

–Bien –admitió de mala gana, e inspeccionó una de las peras para devolverla al cacharro con un mohín–. Mientras tanto, quiero que destaques patrullas en la sierra que va al norte, la que llega a la costa. Que lo busquen, que pregunten a cualquiera con el que se encuentren. A cualquiera.

Aquello hizo que Marco Lucio cambiase de posición. Y un silencio espeso se acomodó entre las fuentes.

–¿A quién?

Sila no se dignó a contestar. Se limitó a clavar en el prefecto aquellos ojos oscuros como simas.

–Entiendo –acabó por asumir Marco Lucio, intentando que su rostro no reflejase la íntima satisfacción que sentía–. El gato no siempre atrapa a todos los ratones...

No se atrevió a llevar más allá la insolencia y disimuló el reojo que echó al guiso de anguilas.

El enviado imperial fue al grano.

–No ha podido avanzar mucho. Lo acompaña una vieja loca. Que lo busquen –ordenó con voz neutra, sin permitir que sus emociones se reflejasen–. Que lo busquen incluso bajo las piedras.

–No tenemos muchos hombres disponibles –se excusó el prefecto, e intentó que no se notase lo que hervía en su pecho al recibir órdenes de aquel metiche–. Pero haré lo que pueda.

–Si hace falta, deja la ciudad sin guarnición.

Se miraron intensamente, calibrando sus fuerzas.

–Una rata me ha dicho algo interesante –anunció Sila, sereno–. He oído que hay por ahí un grupo de..., ¿cómo lo diría?, de rebeldes, de renegados...

El desagrado por aquella espina clavada en el talón estrujó la expresión del prefecto.

–¡Claro que no! –exclamó Sila con un divertido cinismo–, ¡qué tontería! Eso significaría que el prefecto de Lucus no ha hecho bien su trabajo –apuntilló–. La provincia está pacificada –aseguró con un falsete, y examinó un pequeño platillo con aceitunas aliñadas, escondidas entre las otras fuentes–. Y los hombres enviados a las minas no han levantado una sola ampolla –siguió, al tiempo que se comía una de las olivas–. Aquí no hay otra cosa que mansas ovejas, por supuesto. No hay grupos rebeldes. Y ésas son las noticias que llegan a Roma. No queremos contrariar al emperador. Su garganta podría resentirse; los disgustos no son buenos para mantener la voz afinada.

En silencio comió otro par de olivas que estuvieron a punto, sólo a punto, de arrancar un gesto de aprobación.

–Pero –puntualizó, alzando una aceituna–, un militar de carrera, buen conocedor de su oficio... El mismísimo prefecto de Lucus Augusti se habrá planteado, con toda seguridad –apuntilló con un tono tan falso como un denario de corcho–, dónde, en el caso de producirse un disparate semejante, se escondería un grupo de ilusos irredentos.

Y su mano empezó a revolotear sobre la mesa.

–En la costa, cerca del mar –expuso, deteniendo sus dedos sobre la fuente con las castañas–. En las llanuras del noroeste. –Colocó la mano sobre la bandeja con los ratones fritos–. O quizás en las montañas de levante –sugirió, deteniéndose sobre las anguilas.

La respuesta del prefecto, pendiente de aquel guiso, tardó en llegar y, cuando habló, lo hizo como si cada palabra fuese una patada en los riñones:

–En las montañas de levante...

La mano de Sila empezó a descender y casi rozó un pedazo de anguila.

–... Son un laberinto de riachuelos, picos, quebradas y precipicios. Si hubiera rebeldes, que no los hay –aclaró intentando recobrar firmeza–, ése sería el mejor lugar para refugiarse.

El romano asintió y tomó un trozo.

Marco Lucio se retrepó en el triclinio, sin quitar los ojos al trozo de pescado que, sometido a escrutinio, giraba como una moneda entre los dedos de aquel cagafino.

–Cerca del paso hacia las minas –continuó el prefecto–, en la carretera a Astúrica. Si hubiera rebeldes, que no los hay, ése sería un buen lugar para que les llegasen suministros, y también para atacar las caravanas de esclavos.

Marco Lucio no podía ver nada malo en aquel trozo de pescado, pero el brillo de la grasa en los dedos era prueba suficiente de que la salsa no se había ligado correctamente. Aun así, se lo acercó al rostro como si fuera a darle un mordisco, y el prefecto se tironeó de la túnica.

–Suena razonable –observó Sila, usando una vez más sus narices para catar la comida–. Supongo que tendré que... hacer algunas preguntas

cuando esos desarrapados lleguen.

Y la expresión en su rostro inquietó incluso al prefecto.

–No hay ningún grupo de rebeldes –insistió, aunque el tono resultó menos convincente de lo que hubiera querido–. Pero, de haberlo, estaría allí.

Sila asintió.

–Lo averiguaré.

Y, finalmente, tras olisquearlo de nuevo, devolvió a la fuente el pedazo de anguila.

–¿No tienes apetito? –preguntó el enviado imperial–. Es una pena, yo sólo como a gusto en Roma –aseguró–. Encuentro que en provincias se aliña en exceso, ¿no te parece?

Por un momento, bajo aquellos ojos, de un pardo tan oscuro que parecían negros, Marco Lucio se sintió encerrado en un callejón de la Suburra, acorralado por tipos de mala fama, de los que hacían encargos para las mafias del Aventino.

La miel funcionaba bien, aunque hacía falta demasiada, y, al terminar, los más tacaños albergaban el disgusto de haberla desperdiciado. La salazón resultaba aún mejor, pero la sal resultaba un capricho caro; no todo el mundo se podía costear el lujo. También se podía ahumar y, con paciencia, incluso secar al sol. Sin embargo, para disponer de pescado o carne fresca, lo mejor era sacrificar al animal a las puertas mismas de la ciudad.

Había media docena de vacas, al menos una treintena de ovejas, un tipo con jaulas llenas de perdices, un muchacho con un rebaño de cabritos, dos gemelos con escandalosos patos lazados a una vara, un gordo al frente de una recua de mulas con ánforas llenas de peces traídos desde los criaderos de la costa y, por último, dos antiguos legionarios, sonrientes y felices, que llevaban una docena de gorrinos criados en las pocilgas que habían montado tras licenciarse.

Y todos hacían fila. Hombres y bestias.

Esperaban a que los centinelas les dieran permiso para usar una de las mesas de piedra que había allí mismo. Algunos entrarían a los mercados con los despieces; otros ya tendrían compradores, como los que, junto a las murallas, esperaban de buen humor, jugando a los dados o contando anécdotas.

Y, como tantas otras de las cosas que había visto en esos días, a Breo le resultaba imposible creer lo que sus ojos le mostraban.

Tal cantidad de animales. Ni siquiera podía adivinar qué más habría en los puestos intramuros. Costaba imaginar cuántos vivirían allí. Cientos. Miles. Y aún sobraría sitio.

Siempre hacia el sur, alejados de las rutas romanas. Tana, Breo y el lobero habían atravesado un monte tras otro, resguardados por espesos bosques, hasta que, el día anterior, se detuvieron cerca de las fuentes del río Támaris, donde la meiga había querido enseñarle uno de los lugares sagrados.

–Un lugar al que, en los viejos tiempos, todos debíamos peregrinar –le había relatado de inusual buen humor, sin una sola pulla–. Aquí pasé la primera de las pruebas para entrar en la Orden. Aquí se me permitió usar por primera vez el hongo matamoscas.

–Pues me alegro –había respondido él, cínico.

En los días que había durado el viaje, Breo había dejado claro su plan. En cuanto llegasen al Minius buscaría quien lo llevase río abajo. Navegaría hasta la costa, lejos, muy lejos de allí, aunque tuviera que hacerlo en la chalana de un molinero. Descender por el río era el medio más rápido para poner tierra de por medio y, una vez en el mar, volvería a empezar, construiría otra barca, y se marcharía a Éren, que era donde quería estar.

Lo había repetido hasta la saciedad.

–Hasta el Minius, ni un paso más...

Sin embargo, infatigable, la meiga no había tenido problemas en seguir esculpiendo laboriosamente la voluntad del joven.

–Es uno de los lugares más bellos que verás jamás –le había explicado con una ensoñación impropia–. Hay un viejo roble, grande como una montaña. Hermoso –había añadido con brillo en sus ojos–. Entre sus ramas crece una de las pocas matas de muérdago que puede encontrarse por aquí. Debes recordar que el muérdago es más abundante en levante –incluyó una inevitable lección para un pupilo que no quería escuchar.

–Y mi padre y el padre de mi padre y el padre del padre de mi padre ya veneraban el lugar...

Ella había ignorado el sarcasmo.

–Varios arroyos se unen en un pedregal con una preciosa poza. Allí grandes hombres han entregado su espada.

–Menudo desperdicio. Con una espada podría comprar tantas barcas como quisiera...

Con tanto insistir, la paciencia se había colmado. La vara de fresno le había propinado un coscorrón.

–No desprecies el poder de las ofrendas a los dioses. Cuando lo veas, lo entenderás –le había asegurado.

Pero no lo había visto. Ni nadie lo vería jamás.

El bosque moría de pronto. Habían cortado los árboles. Todos. Habían desbrozado el monte. Por completo.

Era un erial. Y aquel roble estaba siendo troceado para hacer leña.

Un destacamento de al menos mil hombres había traído a Roma hasta allí. Y lo habían arrasado todo.

Tuvieron suerte de que no los apresaran allí mismo. Los lobos estaban demasiado ocupados para prestar atención a las dos figuras que aparecieron de pronto en el linde.

Algunos cavaban un enorme foso que no tenía fin. Otros empezaban a asentar los gigantescos troncos de una empalizada. Unos pocos arrastraban piedras con la ayuda de mulas. Otro, de pie en un otero, manejaba un extraño instrumento, un tubo apoyado en largas patas; miraba por un extremo y, después, comprobaba algo en un lado del chisme y tomaba notas con un estilo en un cuadernillo de cera.

Cocinaban, despellejaban conejos, apilaban leña, montaban tiendas, acicalaban caballos, entrenaban con las lanzas, practicaban la lucha. Había tantos que mareaba verlos. Al viento ondeaban las insignias. Y bajo el sol brillaba el estandarte del águila.

En las fuentes del Támaris, además de despedazar aquel inmenso roble, apilaban piedras y levantaban un cerco destinado a contener el agua.

Donde no ardía un fuego había una letrina.

Era un monstruo de lana roja, bronce y hierro. Un monstruo insaciable.

Sólo tuvieron ánimo para dar dos pasos atrás y dejarse envolver por las sombras del bosque. Incluso Cerno gañó preocupado.

Tana, sintiendo que le flaqueaban las piernas, se apoyó en su vara, y la desesperación de su rostro arrancó de raíz todo el sarcasmo con el que Breo había rechazado sus consejos.

–¿Cómo pueden...?

Ambos miraban sin creer. Lentamente, como si los años la hubiesen oxidado, Tana negaba.

–¿Es que nunca tienen suficiente?

Y no fue Tana la que respondió. Fue la propia Roma. El Imperio gritó a los cuatro vientos que no, que Roma no tenía suficiente. Lo hizo al día siguiente, cuando llegaron a las afueras de Lucus.

Lo que habían visto en las fuentes del Támaris no era más que un juego de niños. Lucus hacía palidecer a aquellos mil legionarios que se calentarían con la leña de un árbol sagrado.

Allí estaban ahora, boquiabiertos.

Al Minius le habían robado su orgullo. Habían cortado el río con un puente de barcazas, una inmensa estructura como jamás habían visto. Ahora se podía caminar sobre las aguas y por allí cruzaba una patrulla de legionarios. Tras ellos, otro más a caballo con un zurrón al hombro, y dos más con mulas tan cargadas que renqueaban.

Por la ladera, desde la orilla, ascendía un amplio camino. Más de cuarenta varas de ancho despejadas y desbrozadas, sin un solo árbol, sin una zarza. Y el firme, de grava fina, elevado sobre cimientos de guijarros, un tajo que llevaba hasta la gigantesca empalizada, que tenía un grueso zócalo de piedras, y, a cada cien pasos, torres defensivas por las que pululaban legionarios con lanzas al hombro.

En la puerta que podían ver, la del oeste, la que daba al puente, estaban aquellos que esperaban para sacrificar a sus animales. Pero había más gente en los alrededores, mucha, moviéndose de un lado a otro, atareados con un sinfín de trabajos. Y más habría intramuros. Las columnas de humo eran como estrellas en el cielo nocturno, incontables.

Hasta donde estaban ellos, al menos a diez flechas de distancia, llegaba el barullo. Era un inmenso avispero. Y lo que imaginaban horrible se hizo peor.

A las puertas había postes, altos como árboles, y en las cimas, ensartadas, cabezas. Cabezas con barba y pelo largo; algunas, con trenzas. Eran celtas.

Era el mes del espino. Los días en que sus pequeñas flores blancas atraían a las abejas. Andando el tiempo, cuando el otoño asomase, de aquellas flores blancas cuajarían frutillas de un rojo intenso, y los niños las comerían a puñados, escupiendo las diminutas pepitas y sonriendo con dientes manchados.

Era el mes del espino. Pero, mirasen donde mirasen, no quedaba un solo espino en pie.

–En tiempos –dijo Tana cabizbaja–, aquí hubo un castro. Y un rey poderoso. Un hombre que no había olvidado el rostro de su padre –bajó la voz para finalizar–: Éste fue el castro de Mil.

Breo la miró.

–¿Mil?, ¿el Mil que...?

Ella no necesitó escuchar el final.

–Sí, el nieto del Grande. El nieto de aquel que logró unir a las tribus. Mil «el Blanco», que navegó hasta las islas del norte. Mil, el que conquistó las tierras extrañas de Éren. Ese Mil –remarcó.

No sólo habían talado los bosques, cortado sus montes, robado su libertad. También destruían su historia. La memoria de los clanes, los cantos de las tribus.

Roma era dueña de su mañana. Y Roma borraba su ayer.

–No deberíais quedaros aquí –aconsejó una voz a sus espaldas.

Una mujer, una criatura asustada y vestida con andrajos. Poco más que pellejo y huesos bajo un rostro triste y cansado. Intentaba reunir un atadillo de leña en el linde del bosque.

–A veces hay patrullas fuera de la ciudad. A ella la dejarán en paz... –dudó, indecisa, sin atreverse a señalar a Tana–. Pero a ti te llevarán a las minas –concluyó mirando a Breo.

–¿Cómo? –preguntó él–. ¿Por qué?

El hambre había hecho de ella una sombra. En el pelo tenía pegotes de resina. Las uñas estaban sucias y rotas. Las uñas y el alma, y sus ojos eran los de una gallinita que hubiera visto el hacha en el cepo. Y entre sus pies correteaba lo que sólo podía ser un chiquillo de pocos años, vestido, si era posible, con harapos más miserables que los de su madre.

–Es de lo poco que aún respetan –explicó–. No sé lo que durará, pero no se atreven.

Vio la confusión en el rostro de Breo.

–Ella es...

La mujer, respetuosa, cohibida, no se atrevió a continuar.

–Lo siento, no debería... Pensé que era mejor advertiros.

Breo se impacientó.

–¿Qué quieres decir?

Tana suspiró; un largo suspiro cargado de resignación.

–Eres un zoquete –espetó a Breo–. Tranquila –dijo a la mujer con dulzura, acercándose–. Puedes hablar, no te preocupes.

–Sería –bajó la vista avergonzada–, sería una falta de respeto...

La mano que no estaba ocupada con la leña señaló la larga capa. Estaba sucia y ajada, pero aún se intuía que se habían escogido los vellones más blancos y suaves. Los que se reservaban para la Orden.

–Yo sólo soy vieja –acotó Tana, restándole importancia, ahorrando el sufrimiento a la cuitada–, y no sé si estás en lo cierto –añadió, señalando la ciudad–. Creo que también me apresarían. Aunque no serviría de mucho en las minas –concluyó con un triste amago de sonrisa.

La mujer asintió y, mientras los adultos hablaban, aprovechando que nadie le prestaba atención, el criajo se había acercado a Cerno, que, sin abandonar su lugar, barría el suelo con el rabo.

–Me llamo Siara –se presentó–, hija de Sintus, hijo de Osintus. Del castro de Viladonga... Y él –añadió señalando al crío– es mi hijo, Furnus.

Al mirarlo, Breo advirtió, entre la mugre, que le faltaba el brazo izquierdo, desde el codo. El pequeño, temeroso como un animalillo, ardía en deseos de acariciar al lobero, pero no se atrevía.

Breo sí lo hizo, entre las orejas, y empujó la cabezota peluda. Cerno supo que tenía permiso para jugar y estiró el cuello para que el pequeño alcanzase.

Entre la suciedad y la miseria, incongruente, bajo aquellos ojos llenos de miedo, apareció la felicidad.

–No tengo mucho, pero lo que tengo lo compartiré a gusto con alguien..., con alguien de la Orden –ofreció tímida–. Hace mucho que no veía a una de las hermanas... Mucho.

Tras husmearse, Furnus y el lobero ganaban confianza. El perro cabeceó contra el escuálido pecho, y al crío se le escapó una risa, una risa sincera. Y, aun siendo risa, una risa infantil, llena de inocencia, resultó tan solitaria que sonó triste.

Breo vio lágrimas bailar en los ojos de la madre. Y recogió un palo que había en el suelo. Y le enseñó al niño que podía tirarlo tan lejos como quisiera, que el lobero se lo traería.

Y el pequeño Furnus volvió a reír.

–Me siento honrada –dijo Tana, conmovida–. Compartiremos pan, si lo hay –continuó con gravedad–; compartiremos cerveza, si la hay, y, si no hay pan, si no hay cerveza, compartiremos techo.

El uso de la fórmula ritual abochornó las mejillas de la mujer.

–No soy de casta noble –admitió con vergüenza.

Cerno y el chiquillo se perseguían de un lado a otro, lanzando aquel palo, recogiéndolo, revolcándose juntos. Incluso el cuervo se había unido y volaba sobre ellos.

–El que comparte cuanto tiene es el más noble entre nosotros –recitó la meiga con una dulzura que Breo no había oído antes.

No era más que un chamizo de ramas. Pero, como descubrieron mientras comían tripa asada en la hoguera, Siara y otros cuantos como ella vivían de las sobras de la ciudad. Por las noches se acercaban a las piedras donde se sacrificaban los animales y aprovechaban lo poco que perros y cuervos habían dejado de las vísceras.

Cerno y el pequeño Furnus estuvieron jugando hasta que se quedaron dormidos el uno junto al otro, y de tanto en tanto Siara los miraba con ojos radiantes de felicidad.

Perdió el hilo de la conversación tantas veces que, poco antes de que el sueño apremiase también a los mayores, hubo de admitir la verdad.

–Hacía mucho que no lo oía reír –reconoció acongojada, mirando a su hijo.

Fijándose en aquel muñón, aprovechando el buen humor, Breo quiso satisfacer su curiosidad.

–¿Qué...?

No pudo acabar la pregunta. La vara de fresno le sacudió un estacazo en el empeine.

–¿Qué sucedió en Viladonga? –se apresuró a preguntar Tana por encima de las palabras de Breo.

Desde ese momento hasta que se echaron a dormir, mientras escuchaban cómo Viladonga había sido arrasado con sal, cada vez que Breo intentó hablar recibió el mismo tratamiento aderezado con miradas furibundas.

Tana despertó a Breo antes del amanecer, cuando sus anfitriones aún dormían.

Le mandó guardar silencio y lo instó a salir. Incluso regañó al pobre Cerno cuando se atrevió a bostezar ruidosamente.

Echó leña al fuego y, tras hurgar en su petate, dejó junto a la fogata una bolsa de castañas secas, un trozo de tocino y varias manzanas, recogidas en el camino desde el norte.

Salieron al relente de la amanecida y Breo se despidió.

–Me voy al río, encontraré a alguien que me lleve.

Cerno, sentado a los pies de la meiga, no se movió.

–¡Vamos!

Hubo un gañido lastimero. Dudas, incluso, pero el lobero obedeció. Y el joven y el perro empezaron el descenso hacia el río. En la otra orilla, las luces de la ciudad no permitían olvidar dónde estaban.

El cuervo, sobre el hombro de la meiga, graznó.

Los pasos de Breo eran lentos, indecisos. Aun así, se alejaban poco a poco ladera abajo.

El carbón en el cielo nocturno cubría sus vergüenzas con hilachos de nube. Y las estrellas se volvían tímidas, porque, a levante, al otro lado de las murallas de la ciudad, el sol se esforzaba por nacer una vez más.

–¿Por qué no me preguntas a mí?

Breo se detuvo.

–¿Qué?

–¿Por qué no me preguntas a mí lo que ibas a preguntarle a ella?

El cuervo graznó otra vez, y el reniego de Breo sólo lo oyó Cerno, que alzó la cabeza rozando la cadera de su amo.

–Y tú cómo vas a saberlo –reprochó.

El largo y cansado suspiro de Tana sí que se oyó.

–Sé que eres un condenado zoquete con menos sesos que una lagartija... ¡Pregunta!

Aún de espaldas, sin volverse hacia la meiga, la cabeza de Breo cayó sobre su pecho.

–¿Y qué más da? ¡Ya no importa!

–¡Pregunta!

El cuervo echó a volar y graznó de nuevo. Entre los árboles, algún pariente le contestó. Cerno gimió cuando su amo empezó a caminar de nuevo.

–Has olvidado el rostro de tu padre...

Se volvió. Brusco. De golpe. Y en sus ojos, una vez más, se desató una tormenta. La señaló con el dedo. Empezó a hablar. Calló. Resopló exasperado y volvió a alejarse.

–Has olvidado tu propio rostro –le reprochó ella, alzando la voz–. El de tu gente. El de tu pueblo... Ya lo sabes. No necesitas preguntarlo. ¡Lo sabes! Pero eres tan zoquete, tan egoísta, que prefieres mentirte.

El cuervo volvió a graznar. El lobero aulló hacia las tímidas estrellas.

–¡Pregúntamelo!

Una piedra en el suelo recibió una patada. Al aullido del perro siguió un grito desesperado. Y las tormentas se hicieron galernas, vendavales. Tempestades furiosas. Y Breo siguió gritando para contestar:

–¡Ella se lo cortó! ¡Ella lo hizo!

Chilló entre espumarajos, echado hacia delante. Tan fuerte como para que su pasado escuchase. Como para borrar sus recuerdos, para demolerlos.

Y su furia se consumió. Se agotó.

Breo cayó de rodillas.

–Ella se lo cortó... Tenía miedo. No era respeto, era miedo. No se atrevía a mirarte, tenía miedo de que se lo echases en cara. –Ahora hablaba en un susurro–. Si una de vosotras lo hubiera hecho, el muñón

sería pulcro. Ella no supo hacerlo de otro modo –explicó derrotado–. Lo cauterizó con un hierro al rojo.

Tana asintió. Dio unos pasos, usó la vara para obligarlo a levantar el mentón. Aquellos mares eran ahora peligrosos bajíos plagados de resaca.

–¿Y por qué una madre haría eso a su hijo? –escupió–. ¿Por qué una madre convertiría a su hijo en un tullido? –exigió–. ¿Por qué ese pobre crío no podrá jamás sujetar una espada?

El rostro quiso humillarse de nuevo. La vergüenza era mejor compañera que la verdad. Era cálida y reconfortante. Huir era más fácil que luchar. Escapar ofrecía esperanza.

–¿Por qué? ¡Contesta!

–Para...

–¡Contesta!

–Las minas...

–¡Dilo!

Y el orgullo convirtió su voz en un trueno.

–¡Para que no se lo llevasen a las minas!

El cuervo graznó. El lobero aulló. La mujer sonrió. El joven lloró.

Tana dejó caer la vara y se acercó. Abrió los brazos, y su capa flameó como las alas de un pájaro que se echase a volar. Y lo recogió en su vuelo y lo arropó.

Al este nacía el sol. Las tinieblas huían hacia poniente.

Breo lloraba. Breo era un niño otra vez.

–La reconoció porque la amaba –balbució entre sollozos–. No importaba que fuese una loba. La reconoció porque la amaba. Se lo dijo su corazón...

La vieja asentía. Y aquel rostro de arrugas y piedra también se conmovió. Donde había pedernal nació pasto fresco.

–¿Y qué te dice tu corazón?

El cuervo graznó. El lobero aulló.

–Recuerda el rostro de tu padre... ¿Qué te dice tu corazón?

Breo se puso en pie. Se enjugó los ojos con el talón de la mano. Clavó la vista en la ciudad, en las luces vacilantes de sus fuegos. Alrededor

todo era oscuridad, bosque, montes.

–Soy Breo, hijo de Turainos...

El lago Nemorensis, a tres pasos del corazón de Roma, era un lugar de incomparable belleza rodeado de verdes montes y dotado de un clima bonancible. Razones más que poderosas para explicar que, además, fuera un lugar sagrado. Donde se adoraba a Diana y donde, bajo ningún concepto, se podía navegar, porque cualquier barco, grande o pequeño, estaba prohibido en las plácidas aguas de la laguna.

A no ser que se tratasen de las naos del emperador.

Entonces, las leyes se diluían en la misma agua del lago. Entonces, a la virgen protectora de la naturaleza y la luna, a la misma diosa, la ponían a trabajar en un burdel barato. Porque el poder de los hombres respeta las creencias si no estorban; cuando lo hacen, resulta más práctico fabricarse otras nuevas.

Así que, donde estaba prohibido navegar, había dos barcos.

Uno pretendía ser un templo para alojar las devociones de los más ricos, los únicos que podían permitirse una villa a orillas del lago. Se hacían sonar unos pocos platillos, algún cascabel y, si alguien se acordaba, se hacía un sacrificio. Y entonces se encontraban cosas mejores a que dedicar el tiempo, como, por ejemplo, embarcar en la segunda nao.

Y esta segunda nao ni siquiera se preocupaba por las apariencias. Era, simplemente, un despropósito construido con el único fin de que el emperador en persona pudiera concederse sus más alocados caprichos.

En sus cien pasos de eslora, disimulando los lujos como si aquello se tratase de un templo a Isis, cabía un palacio: dormitorios, baños, sala de juegos, cocinas bien provistas, jardines plantados con árboles exóticos e

incluso un bestiario en el que había dos grandes panteras negras que, para disfrute imperial, eran alimentadas, única y exclusivamente, con carne de aquellos condenados cristianos, gentes molestas de aquella perniciosa secta que incordiaba como un forúnculo en las posaderas.

Había filas y filas de enormes remos que apenas servían para mover el inmenso barco de aquí para allí en la pequeña laguna. Tan grande era que, al verlo maniobrar, semejaba un pato nadando en un vaso.

Y aquella noche sin luna, de cielos despejados, el lago aparecía tan plácido como un espejo. Al mirar la superficie, parecía que el firmamento nocturno se hubiese caído al agua, que las estrellas estaban al alcance de la mano, que bastaba mojarse los dedos para guardarse una como recuerdo.

En las orillas, entre las copas de las hayas, los incansables ruiseñores aderezaban la noche. Y tanto porfiaban los cantores que apenas se oía a los grillos, inmersos en sus pequeños amoríos.

Era una gustosa noche de verano. Con su suave brisa, que mecía las flores de la ruda, la corregüela y el armuelle. Con la temperatura justa para que un baño resultase refrescante.

En el mayor de los barcos, sin embargo, nadie disfrutaba de la velada. Ni siquiera el propio emperador, cuya hombría no respondía al espectáculo.

La del emperador seguía flácida. No así la del mulo castaño que acababa de cagarse sobre los complicados mosaicos del suelo. El animal rebuznaba nervioso mientras el mamporrero seguía masajeando el enorme miembro, y la muchacha, tan desnuda como asustada, intentaba aguantar la copa en posición, para que no se derramase ni una sola gota.

Aquella aberración hubiera escandalizado a alguno de los senadores de las viejas familias, pero para Nerón era sólo un adorno.

Tras el mulo, había un estanque donde nadaban anguilas. Y otras tres jovencitas intentaban capturar, precisamente, tres de ellas, porque se suponía que debían jugar con los escurridizos animales hasta que el emperador se cansase del espectáculo.

Al otro lado, una pareja de efebos se masturbaba mutuamente, cada uno con una máscara distinta, como las empleadas en el teatro. Otra

muchacha hacía de fuente y, de pie en un gigantesco barreño de oro, vertía, con una jarra del mismo metal, vino entre sus pechos para que cuatro compañeras libasen de su vientre.

Tres más tocaban la lira en un pequeño estrado, y un cireneo, con un colgante casi tan grande como el del mulo, sacudía sin mucha fe un sistro. Intentaba que los pequeños platillos del instrumento marcasen el ritmo; y demostraba que los dioses lo habían dotado con grandes dones, pero no con el de la musicalidad. Poco más allá, luchando entre cojines, dos muchachitas competían. Intentaban averiguar cuál de las dos era capaz de sostener en el secreto entre sus piernas el mayor número de uvas.

Y, en el centro de la enorme estancia, entre los mármoles, los mosaicos, los almohadones de plumón, los frescos espectaculares, en un lecho tan grande como un circo para las carreras de cuadrigas, el emperador, completamente desnudo, con sus pequeñas piernas lechosas y su barriga regordeta, estaba tumbado, con una plancha de plomo en el pecho, intentando cantar las notas más agudas de su última composición.

No estaba afinado, y él lo sabía, aunque jamás lo hubiera reconocido. Y el fiel Quilón, que veía el ceño fruncido de su señor, se mordisqueaba las uñas.

El mulo, entre portentosos rebuznos, llenó hasta rebosar la copa que sostenía la muchachita, y el mamporrero se apartó a tiempo para no recibir una coz. La jovencita se acercó con aquello entre las manos, contenida para no derramar una sola gota, y esperó a que, entre escala y escala, el emperador le diese la orden de bebérselo de un trago.

Sin embargo, para alivio de la chiquilla, una pizpireta lilibea con bellísimos ojos negros, la temida orden no llegó.

En lo más agudo de la escala, a Nerón se le quebró una nota en un horrible gallo. Y, con aquellas patas de ponedora clueca, se puso en pie de un salto, tirando de cualquier manera la plancha de plomo, y gritó de frustración, sin siquiera una mera consideración a la musicalidad de su chillido.

–¡Fuera! ¡Todos fuera! –berreó, agitando los puños y sacudiendo la cabeza–. ¡Fuera!

Obediente, Quilón animó con las manos las carrerillas apresuradas y, fiel a su deber, apenas perdió el tiempo. Sólo un inevitable instante en contemplar el delicioso rebotar de las nacaradas nalgas de una de las jovencitas que había estado compitiendo por aquello de las uvas.

Y cuando el mulo, con un último rebuzno, mostró su indignación porque se acababa la fiesta tan pronto, mientras el mamporrero tiraba de las riendas, Quilón dudó de qué hacer. No siempre era fácil interpretar las órdenes de su señor.

Se quedó mirando una de las uvas, que había caído al suelo, envuelta en el brillo húmedo del interior de la muchacha. Y encogió los hombros, temiendo un grito del emperador por no haberse marchado.

–¿Por qué no han llegado noticias aún? –preguntó Nerón, plantándose ante el esclavo.

Quilón dudó.

–¿Noticias?

–De Hispania –bramó el emperador con frustración–, noticias de Hispania...

–Es pronto, mi señor –repuso el esclavo, endulzando la voz como un panal–. Sila ha de encontrar una aguja en un pajar.

Nerón bufó, rabioso, y rebuscó entre los cojines para encontrar su túnica. Quilón se apresuró a ayudarlo.

–¡Pues ya debería haberlo hecho! –protestó el emperador con tono infantil–. Las cosas se hacen cuando yo lo digo, ni antes ni después. Mi voluntad es la voluntad de Roma... Sila debe acabar su trabajo ¡cuanto antes! ¿Tan difícil es matar a uno de esos palurdos? Además –añadió, cambiando de la rabia a la angustia–, Sila podría sernos útil de vuelta aquí, en Roma. Creo que esa rata de Pisón trama algo...

Quilón no supo si preguntar respecto al mercader, menos aún mencionar que Pisón era uno entre muchos. Permaneció callado y ayudó a su amo a ceñirse la túnica.

Una vez vestido, el emperador sacó pecho e intentó alisar la tela sobre su estómago, mirando con envidia una réplica del gran Apolo del

templo del Palatino. Pero aquella apostura duró sólo hasta que hubo de tomar aire para volver a hablar y su barriga cedió.

–¿Y si no encuentra a ese palurdo? ¿Y si ese bárbaro se ha escapado? –preguntó de pronto, al borde de la histeria.

–Nunca nos ha fallado...

–¿Y si lo hace ahora...?

La zozobra hacía palidecer tanto el imperial rostro que sus pelirrojos cabellos parecían arder.

–Hay que mandar a más hombres –chilló Nerón súbitamente–. Además de cerrar la puerta –añadió, relajando su histriónica voz, procurando sonar marcial–, hay que cerrar las ventanas...

Quilón tragó con dificultad.

–Mi señor –dijo, toqueteando la placa de su pecho–, si así se decide, así se hará, pero me temo que Galba lo sabrá.

Nerón rechistó, pateó aquella uva que había quedado sobre el lujoso mosaico y refunfuñó un rato.

–Mandemos a los nuevos, a los que están reclutando para la Primera –dijo al fin con el rostro iluminado, abandonando aquellas angustias y adoptando un tono tan alegre que sonó infantil–. Son hombres que se han alistado por mí, para servirme a mí, su emperador –recalcó, sacando pecho como un palomo–. Mantendrán la boca cerrada.

–Oh, claro que sí, se ha reclutado a los más fuertes y los más altos. La Itálica será una legión temible, sin duda, y os será fiel hasta la muerte...

El esclavo conocía al señor, y el señor conocía al esclavo. La pausa iba cargada de intenciones y el emperador animó a Quilón a continuar, aun a sabiendas de que no le gustaría lo que iba a escuchar.

–Aunque sean los legionarios más leales de nuestra gloriosa historia, me temo que no les hará falta hablar. Basta con que se presenten en la Gallaecia...

–Esa rata se olerá que algo anda mal... –concedió el emperador con un agudo susurro.

–Me temo que así será.

Nerón volvió a patear aquella uva, que, con tanto rodar, se había cubierto de pelusillas.

–¡Pues hay que hacer algo! –chilló, sacudiendo el puño–. Mi arte se está resintiendo. No logro concentrarme –protestó.

–Habrá que buscar un subterfugio.

Se volvió con brusquedad, con el rostro abochornado por la ira.

–¡No me hables como Séneca! –amenazó Nerón.

Quilón se atragantó. Dio dos pasos atrás y se apresuró a bajar el rostro.

–No se me ocurriría mi señor, no pretendía.

–Viejo loco lleno de consejos inútiles... –refunfuñó–. Que si la razón, que si el sentido... ¡No vuelvas a hacerlo!

–Lo siento, mi señor. No era mi intención...

No supo cómo formular la excusa e inclinó el rostro, sumiso, a lo que Nerón respondió con un asentimiento hecho de bufidos.

–¡Hay que hacer algo!

Los ojos de Quilón bailaban. Buscaba palabras para formular el consejo.

–Las guarniciones de Astúrica y Lucus tienen hombres suficientes, pero el tribuno Severo siempre se queja...

En esta ocasión, Quilón sembró su silencio de intenciones y esperó pacientemente a que brotase.

Nerón tarareó, se mordisqueó el labio inferior, y, tras unos instantes, espachurró la uva de un pisotón.

–Las cohortes que ya estén listas... que las envíen a Hispania.

Temiendo que las advertencias no hubieran calado, Quilón estuvo a punto de intervenir. Pero el emperador alzó la mano.

–Y las envías a las minas, ¡a las minas! Las minas son lo que importa. Y en las órdenes escribes algo así como que se envían para satisfacer al tribuno...

–Didio Severo.

–... Al tribuno Didio Severo y –añadió alzando un dedo– para que reciban una instrucción apropiada antes de regresar y partir hacia Armenia. Ya sabemos que es un militar de carrera ilustre, un orgullo para Roma –exageró con grandilocuencia–, que desempeñará una labor

encomiable enseñando su deber, el sagrado deber de proteger al Senado y al pueblo, a los recién reclutados de la Itálica...

Revolvió la mano en el aire, dando a entender que el resto era fácil de imaginar, y Quilón se apresuró a asentir.

–Por supuesto, es brillante, mi señor, sencillamente brillante. Galba no sospechará.

El emperador sonrió con suficiencia.

–¿Podemos fiarnos de ese tribuno? ¿Y de quien está al cargo de la guarnición de Lucus...?

Quilón rebuscó en su memoria.

–El prefecto de la Sexta... Marco Lucio...

–¿Podemos fiarnos de ellos?

El esclavo consideró sus palabras.

–Cerrar dos bocas siempre ha sido más fácil que cerrar cientos...

El emperador asintió.

–Pues, además de las órdenes, que se harán públicas, escríbeles también a esos dos mensajes cifrados y personales, muy personales... Y a quienquiera que sea que esté al cargo de Astúrica. A esos tres, y sólo a esos tres.

–¿Y qué se les ordena en esos... mensajes personales?

Nerón se detuvo para limpiarse con disgusto la planta del pie.

–Les prometes lo que quieran, un consulado si hace falta, pero que despellejen a cualquiera que se acerque a las minas –dijo con una sonrisa salvaje–. Que lo despellejen, que lo descuarticen, que lo crucifiquen y que quemen los restos.

Quilón asintió con gravedad, pero Nerón no se dio por satisfecho.

–¡A cualquiera! Que redoblen las guardias, que las tripliquen, que finjan que son maniobras o que se inventen lo que les dé la gana. Pero que nadie, absolutamente nadie, se acerque a las minas.

Ningún bardo contaría aquella historia. Jamás.

El héroe era poco más que un saco de huesos. Hambriento, deshecho y enfermo de sarna.

No vestía graciosas lanas teñidas de vibrantes colores. Sólo harapos. No tenía una hermosa espada forjada por alguno de los herreros que habían dado fama a las fraguas en las montañas del este. Sólo una pala desastrada.

No cabalgaba un hermoso semental. Sólo se arrastraba. Se arrastraba por un interminable túnel lleno de mierda.

Además, los héroes no huían. Los héroes corrían hacia el enemigo con el codo tinto de sangre y la espada en la mano.

Tuvo que parar y vomitar una vez más. Las arcadas lo patearon, y de sus labios sólo salió bilis espumosa y verduzca. Pero echar lo que ya no tenía en sus entrañas no sirvió de alivio. Cada bocanada de lo que debería haber sido aire fresco era un trago de aquella pestilencia, salida de las tripas de miles de enfermos de miseria. Cada paso era un paso más en aquella mierda. Pero un paso más cerca de la libertad.

No sabía si lo conseguiría.

Esos cabrones tenían buenos rastreadores. Los mejores. Especialmente aquel traidor vendido al oro de Roma, ese celta renegado que disfrutaba cazando a los suyos.

Lo encontrarían, casi con toda seguridad. Pero un solo instante de libertad valía la pena. Uno solo. Ahora lo veía. Ahora lo entendía. Ursicenus, pobre muchacho, había tenido razón. Tenía razón.

Tarvus se apoyó en un lateral y descansó la frente, cubierta de pegotes oscuros, en su antebrazo. Tosió. Carraspeó. Consiguió escupir algo repugnante.

Reunió al fin los redaños que le hacían falta y siguió arrastrándose, paso a paso, codo a codo, vara a vara. En aquella oscuridad hedionda. Hasta perder la conciencia del tiempo que llevaba en aquella condena. Una mano, una rodilla; otra mano, otra rodilla. Un poco cada vez. Hasta que la irrefrenable necesidad de vomitar volvía a detenerlo.

Llevaba tanto tiempo allí metido que llegó a dudar de si avanzaba en la dirección correcta. Y tenía que regañarse a sí mismo para recordar que aquello no era más que un largo desagüe, no el interminable laberinto que el héroe de un canto tuvo que sortear para rozar la gloria.

Una mano, una rodilla; otra mano, otra rodilla.

En aquella humedad viscosa, sofocado por el hedor, intentando espantar los demonios que le susurraban al oído que diez morirían por su culpa, continuó. Hacia delante. Camino a la esperanza.

Una mano, una rodilla; otra mano, otra rodilla.

A través de la porquería. Pese a ella.

Y, cuando lo vio por primera vez, no lo creyó. Allá, a lo lejos. Un diminuto punto de luz le hizo pensar que alucinaba por culpa de las miasmas.

Los ojos le lloraban y no podía dejar de moquear. Pero siguió avanzando. Y aquella estrella creció, cobró fuerza.

Una mano a través de aquella plasta. Una rodilla que salió de la suciedad con el sonido de un puñal escapando del costado de un enemigo. Otra mano. Otra rodilla.

Era la salida. La luz se abría más y más, como la boca de un amante ansioso por entregarse.

Ya le llegaba el rumor del río.

Y no, ningún bardo contaría jamás aquella historia. No se compondrían versos. Nadie querría escucharlos al amor de la lumbre en las noches de siega. Porque nadie querría escuchar la historia de un héroe que llora como un niño.

Tuvo que llegar hasta el final. Porque la esperanza es testaruda, porque uno de los trabajos de la esperanza es mentir.

Lo vio mucho antes, pero continuó. Incluso apuró. Sacó fuerzas de flaqueza, escupió, mordió con fuerza. Y siguió. Ya lo había visto, pero siguió. No quiso creer a sus ojos.

Una mano.

Reprimió una arcada.

Una rodilla.

Empezó a toser.

Otra mano.

Le costó mantener el equilibrio.

Otra rodilla.

Siguió. Gateando en aquel montón de mierda. Y una mano agarró el barrote con la desesperación con la que un niño asustado agarraría la falda de su madre.

Era cierto. Habían cerrado la salida con una reja por la que apenas cabía el brazo.

No había salida.

De haber tenido sus armas, Tarvus se hubiera abierto el vientre.

Tuvo que ser Niske de nuevo.

Aquella manaza sujetaba la pequeña túnica, y el legionario sólo esperaba la orden. Tenía el puñal listo. Aquel criajo tullido retrasaba la marcha, y los lobos tenían prisa por llegar.

Estaban al borde del camino, bajo un enorme álamo, junto a un rosal silvestre que se empeñaba en contradecir la macabra escena con sus flores. Ante ellos desfilaba todo un pueblo, con sogas de cuello a cuello, como ganado. Sin otra esperanza que aguantar un día más.

La única duda del legionario era si le reprocharían que maltratase la mercancía. Le había dado una voz a otro compañero, y pronto llegaría, a caballo, alguien con autoridad para decidir. Aunque, si de él dependiera, ya habría ventilado el asunto.

–Mucho no se va a perder –había dicho al otro.

El niño Cirrius sabía lo que iba a pasar. Pero recordaba los cantos del bardo junto a la hoguera, y no intentaba escapar. Con el zarandeo, las muletas se habían perdido, y las piernas le dolían como condenadas, porque la manaza lo obligaba a aguantar de puntillas, pero de su boca no salió un solo lamento.

Sus padres seguían caminando, allá a lo lejos, en cabeza de la macabra procesión. Y volvían la mirada, llenos de angustia, pero cada vez los legionarios los obligaban a renunciar y seguir la marcha. Cirrius tenía una ceja abierta, un brazo le colgaba inútil y sangraba profusamente.

La pequeña Drisa llamaba a su hermano con la voz rota. Y los demás agachaban el rostro, avergonzados. Nada podía hacerse salvo seguir arrastrando los pies.

Todos habían visto lo sucedido nada más empezar, aquella mañana. La viuda Rena había sucumbido pronto. Y uno de los jinetes había desenvainado.

Había ensartado el pescuezo de la viuda sin siquiera desmontar y, para retirar el filo, le había dado una patada en el pecho.

La mujeruca se derrumbó allí mismo. Todos los cautivos la vieron al pasar. Los primeros, agonizar, llevarse las manos al cuello, intentar respirar. Los últimos, quieta. Antes de que el polvo se asentara, dos urracas ya se habían posado en la hierba aplastada.

Niske lo entendió todo con un simple vistazo. Todos lo entendieron. Pero sólo ella tuvo el coraje de hacer algo.

No se atrevió a abandonar su lugar. Tampoco a detenerse. Pero se ofreció de inmediato.

–Yo lo llevaré –gritó.

El legionario chistó. Otro intervino, uno que revolvía los dedos mientras jugueteaba con un par de dados.

–Métete en tus asuntos, ¡zorra! –Y cambió los dados de mano para apoyar la buena en el pomo de su espada.

Niske ni siquiera se preocupó por la mirada lasciva que lanzó un tercero. Uno alto y moreno con el rostro picado.

–A hombros –volvió a gritar–. Yo lo llevaré. Los niños son útiles, caben en las galerías más pequeñas...

La marcha no se detenía, pasaban bajo el álamo, junto al rosal. Era una ola que avanzaba sin remisión. Y también Niske siguió caminando, pero estiró las manos atadas. En sus muñecas había sangre seca y rozaduras; en su rostro, ojeras y preocupación.

El legionario miró a ambos lados. Los suyos también marchaban, escoltando a la recua de esclavos. No había rastro de los jinetes. Quizá se habían adelantado para explorar.

A él sólo le preocupaba llegar a Lucus a tiempo para acercarse a El Bebedor. Allí había comida pasable, vino decente y camareras que no lo eran tanto.

Soltó al crío con un empujón malhumorado.

–Si os retrasáis, os corto el pescuezo, a los dos –rezongó.

Y el niño Cirrius cayó al suelo. Se levantó e intentó correr, pero no pudo. La procesión seguía adelante. Los que venían detrás de Niske tropezaron. Y en la última fila llovieron bastonazos.

–¡Vamos! ¡Moveos! –gritó una voz.

–¡En marcha, gandules!

De haber estado en casa, Niske se hubiera sentido orgullosa. Cirrius volvió a caerse. Y volvió a levantarse. Nunca había cubierto un trecho tan largo, pero lo consiguió.

Y Niske lo subió a hombros, aunque su espalda protestó y supo que tendría suerte si aguantaba hasta el mediodía.

La marcha continuó.

El niño no dio las gracias. Le habían metido en la cabeza demasiadas historias sobre el orgullo de su pueblo, pero sintió el calor de las pequeñas manos enlazándose bajo su barbilla. Y el pecho, desbocado, apretado contra su nuca. Ella alzó la mano, aferró uno de los tobillos escuálidos y le dio un apretón.

En más de una ocasión, Niske pensó que caería y que sería incapaz de levantarse. Pero no fue así. Aguantó, hasta que, entrada la tarde, les ordenaron detenerse y se montó el campamento.

No les dieron de comer. Sólo posca para beber, y el sabor agrio de la mezcla tibia de agua y vinagre apenas palió la sed, especialmente porque dejó que el chiquillo se bebiera la mitad de su ración.

Aquel infierno duró tres días más. Cada uno más largo que el anterior y todos interminables.

Al menos otros diez de los habitantes de Fazouro se quedaron en el camino. Apenas cincuenta consiguieron llegar a Lucus.

El niño Cirrius fue uno de ellos. Pero el consuelo de Niske duró un suspiro, hasta que los encerraron en un recinto miserable donde, no cabía duda, habían mantenido al ganado. El olor, los mechones prendidos en clavos de la tablazón y las bostas resecas lo confirmaban.

Esa tarde les sirvieron la primera comida: gachas aguadas de farro preparadas con grasa rancia. Sólo el hambre las hizo comestibles.

–¿Qué va a pasar? –preguntó el niño Cirrius.

Ella intentó sonreír.

–No lo sé –contestó con sinceridad.

La expresión del niño estaba tan cargada de desesperación que Niske se sintió obligada a añadir algo más:

–Tranquilo. Tú sólo preocúpate por una cosa...

Los grandes ojos del niño la miraron llenos de incertidumbre.

–Si caes –dijo sonriendo–, levántate.

Iba a abrazarlo, para consolarlo, cuando oyó jaleo a su espalda.

Alguien se abría paso sin miramientos. Ansioso, volvía el rostro a un lado y a otro. Buscaba entre los cautivos.

Kalatokum lo miró, extrañado, y Reburrus, que recibió un codazo, se dio la vuelta, hecho una furia.

Niske, al fijarse en los bigotes, reconoció a aquel hombre. Y el bigotudo también la reconoció a ella. La llamó por su nombre y apuró el paso. Y ella se levantó, obligando a Reburrus a guardarse su indignación.

–¡Sento! –exclamó ella.

Nada quedaba de sus ropas de buena factura y brillantes colores. No había rastro de su zurrón. Menos de sus joyas. Ni siquiera tenía ya arillos en los bigotes.

Estaba demacrado. Su rostro era un revoltijo de colores, desde el morado intenso al amarillo bilioso. Se sujetaba el brazo derecho en un cabestrillo andrajoso, y entre los hilachos se veían dedos destrozados; aun así, traía tanto ímpetu que el pobre Cirrius se agarró a la falda de Niske.

–¿Está bien? –preguntó en cuanto llegó junto a ella.

Le fallaron las piernas y tuvo que arrodillarse.

–Dime, ¿está bien? –insistió entre jadeos.

Niske no sabía de quién hablaba. Supuso que preguntaba por su padre.

–Lamento ser portadora de malas noticias –dijo ritualmente–. Pero el gran Abulus, Abulus hijo de Abulus y nieto de Abulus –la congoja la obligó a tartamudear al repetir los nombres–, jefe del castro de Fazouro, fue asesinado cuando...

Recuperado el aliento, se veía en Sento el ansia de interrumpir y la cobardía de no hacerlo, y Niske se lo puso fácil:

–¿Por quién preguntas?

–Por el hijo de Turainos –repuso como si fuera obvio–. El hijo de Turainos –repitió apresurado–, ese loco que sacaba percebes de las olas... ¿Está bien? Dime, ¿ha venido con vosotros?

Ella se armó de paciencia ante aquellos nervios.

–Eso son sólo rumores. Te refieres a Breo...

–Sí, ése –interrumpió, histérico–. El que vive en una choza en la playa...

Ella se extrañó, pero continuó:

–No creo que sea el hijo de Turainos. Breo es... –Se dio cuenta de que no sabía qué decir–. Breo es sólo un desdichado con mala suerte –concluyó en tono maternal.

Tras ellos, otros también cuchicheaban. Se escuchaban lamentos, y Niske se dio cuenta de que Reburrus se acercaba para poner el oído.

–¡Es el hijo de Turainos! Ella me lo aseguró. Y yo conozco la leyenda. La he cantado –afirmó, convencido, escupiendo las palabras con prisa–. El crío que salió de las llamas de Lagouzos con un lobero a sus talones. Es el hijo de Turainos. ¿Dónde está? ¿Está bien?

La joven comprendió que no merecía la pena discutir.

–La última vez que lo vi salía del castro. No está con nosotros. No sé qué ha sido de él.

–¿No está con vosotros? –insistió, atacado–. ¿No está? No... –Y se llevó las manos al rostro–. Es culpa mía. ¡Culpa mía! Tana no me dijo que sería así. Me mintió. Yo confié en ella.

Niske se apiadó de él y se inclinó, sin reparar en aquella mención a la meiga.

–Sea lo que sea lo que crees, estoy segura de que no es así –lo consoló ella.

El bardo empezó a sollozar.

–Todo es culpa mía. Yo se lo dije, ¡yo se lo dije!

No entendía lo que Sento mascullaba. El hombre, presa de los nervios, convulsionaba.

–Fue culpa mía –insistió–. No pude aguantar, ¡no pude!

El brazo, las heridas, los moratones explicaban mucho, pero no todo. De pronto, Niske no sólo debía cuidar de un niño, también de un hombre hecho y derecho.

El bardo había abandonado los sollozos y lloraba abiertamente.

–Fue mi culpa –repetía una y otra vez.

–No sé lo que dijiste ni a quién se lo dijiste. Pero no eres tú quien ha matado a mi padre, ni a la viuda Rena. –Hizo una pausa–. No eres tú quien nos ha sacado de nuestro hogar. Han sido los lobos de Roma.

El bardo no se consoló.

–Pero, si tienes razón –continuó ella–, si Breo es el hijo de Turainos, quizás haya esperanza...

Allí, donde incluso el verano sembraba lluvias, la mayoría de los despachos que llegaban o salían de las oficinas eran finas tablillas de roble que, por un lado, llevaban el texto y, por el otro, los datos del destinatario. Había que ser cuidadoso con lo que se escribía, pero las notas en los cuadernos de cera se estropeaban fácilmente, el papiro era difícil de conseguir y se arruinaba enseguida, y los pergaminos resultaban un lujo excesivo para un campamento militar.

Así que, sobre la mesa de Marco Lucio, había una buena montonera de aquellas tablillas. Del custodio del armamento, reclamando más puntas de flecha para las torres de las murallas. Del portaestandarte, que solicitaba una compensación económica. E incluso una del zapatero avisando de que se le terminaban los clavos.

Ésas le importaban muy poco.

Algo más de gracia le hacían las que traían noticias de otros puestos. El de la cabecera del Támaris avanzaba a buen ritmo, y la calzada hacia Brigantium sería pronto segura. E incluso más aún los cordiales mensajes de los veteranos de Emérita.

Pero la que parecía pesar diez libras, la que le había alegrado el día, era la que había llegado desde su enlace en las minas. Por fin tenía noticias de su espía entre los rebeldes.

Ante su mesa, con las sandalias llenas de arcilla roja, apestando a sudor de caballo, estaba el que había escrito aquella tablilla.

–¿Seguro?

El legionario, el mejor de sus especuladores, alzó las cejas.

–Señor, no lo hubiera dejado por escrito si no lo estuviera –repuso, marcial.

–Repítemelo, palabra por palabra.

El especulador, un tipo bragado, sólo necesitó un instante para calibrar tanta insistencia. E hizo lo que le pedían.

–La sanadora les aseguró que todo había comenzado, que había llegado el momento, que pronto vendría el hombre que habría de liderarlos, el hijo de, el nieto de...

–Sí, ya sé, ya conozco a esos barbudos apestosos.

En ese instante, Sila entró como una tromba, sin llamar o pedir permiso. Tan alterado que no parecía él.

–No hay nada en los archivos. ¿No tenéis un censo? ¿Qué clase de guarnición es ésta?

Antes de que Marco Lucio pudiera contestar, preguntó algo más:

–¿Han descubierto algo las patrullas?

Al especulador no se le escapó el brillo dorado en la sonrisa del prefecto. Marco Lucio se echó atrás en su silla y suspiró.

–Tenemos un censo de los habitantes de la ciudad, no de esos barbudos. El cobro de impuestos todavía es algo... –buscó la palabra adecuada–, todavía es algo incipiente por aquí.

Hizo una pausa para beber un trago de la copa junto a las tablillas y aprovechó el gesto para dejar sus manos sobre una de ellas.

–Y no, las patrullas no saben nada.

–¿Y esos ojos y oídos de los que presumes?

Marco Lucio hizo un ademán al especulador para que se marchase. Y, al instante, su subordinado se llevó el puño al pecho y salió.

–Aún no he descubierto nada que te pueda ser de utilidad –dijo cuando quedaron solos.

Sila rechistó.

–Y del castro de ese tal Turainos, ¿qué sabes?

–No mucho, no era un castro muy grande. Pero puedo indicarte dónde está.

–Pues que ensillen los caballos. ¡Vámonos! Hay que aprovechar la luz.

Nunca había visto a un negro. Le costó refrenarse para no frotar aquella piel oscura y comprobar que no se trataba de suciedad. Porque, para asombro de Breo, aquel risueño Shabako tenía la piel como si acabase de rebozarse en hollín.

–Así es, negro como el sobaco de un grillo. –Fue lo primero que había dicho, con una amplia sonrisa de dientes impolutos, acostumbrado al desconcierto que causaba su aspecto.

Con una rápida retahíla, explicó que había nacido en el país de Kush, más allá de la cuarta catarata del Gran Río, padre de todas las cosechas.

Aunque no había resultado fácil entenderlo. Pese a los años entre los celtas, y aún vestido con los vivos colores de los clanes, su acento seguía lleno de chirridos y chasquidos.

Él les había dado el alto después de sortear un pedrero al pie de un risco. Y él había saludado a la meiga y a su cuervo como a viejos amigos. Tana incluso se había dejado abrazar.

Luego, con dos silbidos había avisado a otro de los centinelas, escondido entre las ramas de un tejo. Y, tras cruzar unos gritos con su compañero, Shabako se había ofrecido a guiarlos.

En el trayecto, entre piedras y tojos, al abrigo de pinos y algún ciprés, el negro relató cómo había acabado allí, a miles de millas de su tierra.

–Fueron esos puercos bereberes, que son peores que chacales –protestó rijoso–. Se dedican a capturar esclavos y los venden en la costa.

Era alto, tan alto que le sacaba una cabeza a Breo, y la meiga apenas le llegaba al pecho. Y fino como una espiga, de largos brazos y piernas que movía con inusual elegancia. Tenía mucho de gato y muy poco de ratón,

y costaba comprender cómo podía hablar con tan buen humor de tan terrible pasado.

–A mí me vendieron en Tingis –explicó–. Pasé un tiempo en Corduba, trabajando para un curtidor en los pozos de orín.

La apestosa labor de patear pieles en grandes bañeras llenas de meados había espoleado a Shabako a fugarse, pensando que no habría nada peor que aquello. Pero descubrió su equivocación cuando lo capturaron.

Tras un escarmiento a base de rebenque, lo vendieron a un fabricante de salsa de pescado de Baelo. Y la pestilencia de los baños del curtidor le pareció ambrosía cuando hubo de enfrentarse a los enormes tanques donde las agallas, la sangre y las vísceras de los atunes se transformaban en una pasta espesa y maloliente de la que, finalmente, con mucha sal, filtrados y paciencia, se obtenía aquella salsa que tanto gustaba a quienes podían pagarla.

Volvió a escapar.

–Estuve tres meses sin poder andar –aclaró, después de contarles cómo lo habían colgado por los tobillos para azotarlo en las plantas de los pies.

Fue entonces cuando acabó en las minas de Astúrica. Y allí, al intentar escapar de nuevo, había sido castigado a limpiar el canal de las letrinas.

–Tuve que arrastrarme por un río de mierda durante media milla –contó sin perder la sonrisa–. Pero, después de los meados y el pescado podrido –se le escapó una risilla pícara–, no fue difícil.

Los perros lo habían perseguido durante días. Tuvo que buscar refugio en las montañas y, como un animal salvaje, vivir de bellotas y castañas crudas, bebiendo en los arroyos, corriendo todo el día con el temor a los ladridos clavado en el cogote.

–Me arrinconaron contra un cortado que caía a pico –reconoció, caviloso.

Y, antes de permitir que lo capturasen de nuevo, se lanzó por el precipicio.

–Pfiuuuu... –ilustró, haciendo descender su mano–. Y, por una vez, ¡la primera!, Ptah, bendito sea él y su larga barba, me sonrió...

Las ramas de los árboles, una tras otra, a base de golpes y arañazos, de los que daban fe las cicatrices que les mostró, frenaron su caída.

–Debería haber muerto –reconoció sin darle importancia con aquella enorme sonrisa de dientes blancos.

Pero la suerte lo había acompañado por una vez en su vida y, aunque magullado y malherido, acabó en una gravera del gran río de la sierra, el Navia.

–Allí me encontraron y, cuando pude mantenerme en pie, me uní a la causa –concluyó de buen humor.

Sortearon un foso con estacas, cubierto con ramas y hojas, una precaución para visitas no deseadas.

–No hay mucho que podamos hacer –explicó–. Pero jodemos lo que nos dejan. Interceptamos suministros, incordiamos a los centinelas y, sobre todo, si hay ocasión, ayudamos a los esclavos.

La pausa ensombreció su tono jocoso.

–Los ayudamos a escapar y, a veces, si lo descubrimos a tiempo, asaltamos las caravanas. Para liberarlos antes de que lleguen a las minas.

–¿Y el oro?

La pregunta volvió a levantar el buen ánimo de Shabako.

–Oh, no, el oro ni de cerca. No nos atrevemos a meter tanto la mano en la boca de la Loba. Hasta ahora, lanza algún mordisco ocasional y hemos ido librando, pero, si tocásemos el oro...

La advertencia quedó en el aire, y el negro siguió camino. Sostuvo en alto una rama para que los otros dos pasasen y volvió a adelantarse para guiarlos.

Así fue como Breo, Tana, el cuervo y el perro entraron en el campamento rebelde. Y para Breo fue una bofetada.

No hubiera podido explicar lo que había esperado, pero no era lo que se topó al doblar aquel recodo.

Escondido en un meandro de uno de los afluentes de aquel Navia, accesible únicamente si se conocía la trocha de cabras que serpenteaba entre castaños y cerezos, había allí apenas veinte hombres y dos gallinas a medio desplumar que cacareaban afónicas.

Unas pocas chozas y más hambre que esperanza.

La única buena noticia fue que allí había un herrero.

Los herreros eran nómadas que vivían de su arte. Abandonaban sus castros de niños, si algún maestro los elegía por sus cualidades, y, tras un duro aprendizaje que podía durar veinte años, se establecían por su cuenta, viajando de un lugar a otro para forjar las armas por las que recibían su paga. No eran jefes, no eran guerreros, pero todo el mundo los respetaba.

Alejado de los chamizos, Elasus encarnaba su profesión. Grande como un buey, con manos como jamoncillos y brazos capaces de tronzar el espinazo a cualquiera, tenía el pelo tan negro como la piel del propio Shabako, y su enorme delantal de cuero estaba plagado de los chispazos del oficio. Con la ayuda de otros dos, trabajaba en un fuego preparado para reducir mineral de hierro.

Cubierta por una estructura de ramas que dispersara el humo, se alzaba una chimenea improvisada con piedras y barro, tan alta como un hombre. En su base, en un hueco en la tierra, con una pequeña galería a un lado y alimentada por dos grandes fuelles hechos con pellejos de cabra, ardían carbones y rocalla. El herrero vigilaba a sus ayudantes, controlaba el color de las brasas a través de la galería y daba gritos para que los fuelles no dejasen de soplar. Necesitaba temperaturas altísimas para que la grava escogida, punteada de óxido, se redujese.

–Hace mucho que te esperábamos –saludó a Breo.

Y, si el abrazo hubiera derribado a un oso, el palmetazo en el hombro que siguió, para que avanzase y conociese al resto, hubiera rematado a la pobre bestia.

Fue mucho más delicado cuando inclinó su enorme cabeza de gigante para saludar a Tana.

La meiga conocía todos los nombres, incluso preguntaba por dolencias pasadas. Todos le hablaban con respeto, y a Breo le asombró ver cómo aquellos hombres bragados, acostumbrados a las armas, trataban con tanta consideración a la viejuca, que, a su vez, los miraba como una clueca a sus pollos.

Aunque no hubiera motivos para que estuviera orgullosa, eso parecía.

Entre los árboles había ropa puesta a secar. A un lado, un ahumadero con una parrilla donde la carne, de tan estrecha y magra, sólo podía ser de ardilla o de liebre canija. Y casi a la vez que uno regresaba del río con un cubo de agua, otro salía de entre las jaras arreglándose los calzones y alisándose la túnica.

El de los calzones se puso colorado y el resto dejó lo que estaba haciendo, trenzar cuerdas, emplumar flechas, filetear manzanas para secar o moler grano. Todos se pusieron en pie para recibirlos. Todos querían conocer a aquel a quien Tana les había prometido.

Entre ellos, destacaba Flavio, un tipo hosco que no dijo una palabra. Apenas se llevó el puño al pecho y estiró el brazo, al modo romano.

–Es un renegado –explicó el negro mientras seguían caminando entre las chozas–. Un bátavo destinado en Vindolanda que fue trasladado aquí –resumió–. Lo trajeron porque es un zapador excelente, sabe más de excavar que los topos –aclaró, como si confesase un secreto–. Pero, mientras estaba en las minas, se enamoró de una muchacha del valle. Su centurión se enteró, las cosas se torcieron, y a ella acabaron por crucificarla. Entonces desertó y se unió a nosotros.

El antiguo legionario los miró al pasar y continuó practicando; con envidiable destreza, lanzaba un puñal contra el tronco de un abedul, y las marcas, de tan juntas, demostraban la puntería.

Seguía llevando el pelo corto y el rostro afeitado, y Breo tuvo de inmediato la impresión de que no le gustaba. Más aún cuando, como despedida, el legionario volvió a lanzar la daga con diabólica precisión. Le resultó tan desapacible como el día, que había cambiado de opinión y, tras un amanecer luminoso, había decidido abrigarse y amenazaba chaparrón.

Justo al contrario que el siguiente a quien le presentaron: pequeño como un ratoncillo, de greñas pelirrojas y bigotes erizados, Plandus lo recibió entre sonrisas.

–Bienvenido seas, por Lug y todos sus portentosos cuescos, bienvenido seas –saludó y, de inmediato, se señaló la oreja, deformada, a la que le faltaba un trozo–. Uno de esos legionarios cabrones tenía hambre y me mordió –explicó sin perder la sonrisa–. Yo le corté los

huevos –añadió con una carcajada–, y con su polla me hice un amuleto –concluyó, sacando del cuello de su túnica una cinta de cuero de la que pendía un pellejo reseco que, de hecho, podía haber sido la hombría de un legionario–. Y lo del pelo –añadió, señalándose la mata pelirroja–, eso es culpa de los potingues que prepara esta arpía –sonrió entonces a Tana–. Yo tenía el pelo negro, tan negro como ese condenado cuervo; pero agarré unas fiebres, ella me dio no sé qué leches y desperté así...

Menos el negro y el desertor Flavio, todos eran celtas. Cada cual de un clan distinto, algunos incluso de tribus enemistadas desde tiempos ancestrales. Lo único que tenían en común eran pasados turbulentos y un profundo odio a Roma. Porque, como al traidor Flavio, Roma les había arrebatado lo que amaban: su tierra, su país, sus costumbres e incluso sus dioses. Y todos querían cobrarse venganza. Todos querían ver muertos a los cachorros de la Loba.

El último en presentarse fue el jefe.

Era el tocón de un tejo hendido por el rayo. Tenía pinta de desayunar cuchillos y escupir esquirlas hasta el almuerzo. Ni siquiera ofreció la mano.

–Los dioses te vean por muchos años, sanadora –saludó a la anciana, despreciando a Breo.

Sus ojos, verdes y oscuros, inquietantes, punteaban un rostro blanco, tachado por bigotes del color del nogal aceitado. Y con ellos miró a Breo de arriba abajo.

Cuando terminó, chistó antes de hablar. Y le habló a la meiga, aunque miraba a Breo.

–¿Tiene algo más que el nombre? –chistó.

–Estoy convencida –repuso, seria.

Alrededor, todos comprendieron que algo iba mal. Incluso los ayudantes del herrero detuvieron sus esfuerzos con los fuelles.

–Éste es Segilus...

Breo no pudo evitar un respingo y miró a Tana incrédulo.

–El hijo de Segilus –aclaró ella.

El propio Segilus negó a Breo la ocasión de preguntar qué hacía allí el hijo del que se había vendido a Roma.

–Creo que saldríamos mejor parados si hubieras traído una libra de mantequilla –masculló el jefe rebelde–. Está verde.

–Mejor. Cuando sople el viento se doblará –repuso Tana, animosa–; de otro modo se tronzaría.

Y la reacción fue un escupitajo bajo el colmillo.

–No voy a seguir las órdenes de un mocoso que no sabe limpiarse el culo –tascó Segilus con desprecio–. Esperaba –se corrigió–, todos esperábamos otra cosa cuando nos explicaste tus planes. Esta piltrafa no es un guerrero.

–Es el único que conseguirá que los clanes se unan –intentó Tana, conciliadora.

–A mí no me basta con lo que hizo su padre –espetó desairado. Más que hablar, esculpió cada palabra en piedra–. Si quiere que mis hombres y yo le sigamos..., tendrá que demostrar lo que vale.

En desacuerdo, percibiendo el malestar, Cerno gruñó. Y su amo le acarició una oreja, sin percatarse de que, en realidad, buscaba recibir consuelo más que darlo.

Tana iba a intervenir, pero Segilus no lo permitió.

–¡Kilius! Trae un par de ésas de madera. Las que llevaban aquellos pimpollos.

No tenía idea Breo de lo que hablaban. Pero la primavera anterior, de camino desde Cesaraugusta, se había mandado un carretón con equipo para la dotación de Lucus. Túnicas, lorigas, algunos cascos y unos pocos escudos. Lanzas, jabalinas. Montones de sandalias, espadas y, curiosamente, también armas de entrenamiento.

Dos de aquellas espadas de madera fue lo que trajo Kilius, un fortachón de bigotazos rubios y manos como palas.

Dio una a Segilus, y la otra se la tendió a Breo con un susurro.

–No te levantes.

Breo no entendió. Pero no tardó en hacerlo.

Empezó a llover. Un chaparrón veraniego que cesaría pronto, pero que descargaba con fuerza, como si los cielos estornudasen.

El peso sorprendió a Breo. Al moverla de un lado a otro, intentando acostumbrarse, tuvo la sensación de que la espada tartamudeaba en su mano llena de titubeos. Costaba sostenerla, y comprendió que, entrenados con aquellos armatostes, los legionarios usarían con pasmosa facilidad las auténticas. Los cachorros de Roma practicaban con pedruscos para matar con guijarros.

Muy al contrario, en cuanto Segilus tuvo la suya entre sus dedos, comenzó a voltearla con soltura. La hacía silbar junto a sus hombros y lanzaba veloces estocadas al aire.

Pese al aguacero, nadie quiso perdérselo. A su alrededor se formó enseguida un corrillo, e incluso el herrero y sus ayudantes desatendieron la chimenea.

Resignada, Tana se inclinó sobre su vara para descansar las piernas, y el cuervo, molesto por el agua, se buscó una percha en la rama de un aliso, bien pegado al tronco. Cerno, menos sibarita, se tumbó al lado de la meiga y empezó a lamerse sin pudor.

Todos vieron las dudas de Breo con aquel chisme en la mano. Y, antes incluso del primer lance, el descarado Plandus puso voz a lo que todos pensaban.

–Vamos, déjalo –se dirigió a Segilus–. No merece la pena.

Pero la respuesta fue un gruñido, y, para enfatizarla, silbó en el aire una nueva floritura.

Shabako se acercó a la meiga.

–Pero ¿no se supone que es el hijo de un gran guerrero? –preguntó con un gesto del mentón hacia las vacilantes habilidades de Breo.

Ella no se volvió para responder.

–Lo es. El menor de los hijos de Turainos –repuso con algo que se pareció al orgullo–. Y los bardos aún cantan las hazañas de su padre.

–Ya, ya –asintió el negro–, cuando venció al traidor Segilus, la gran batalla, la lucha que parecía no tener fin –recitó, como un bardo, engolando la voz–. Cuando venció al padre de ése –bajó el tono y señaló al jefe de los rebeldes.

Tana se encogió de hombros.

Shabako cruzó los brazos en el pecho, cambió los pies de posición, empezó a hablar, cayó, echó un largo vistazo a Breo y dijo algo más:

–Y, si se supone que es el hijo de un gran guerrero, ¿por qué, en nombre de Ptah, coge la espada como si fuese un áspid a punto de morderle el culo?

La meiga no respondió. Pero el negro no se desanimó:

–Siempre se os llena la boca diciendo que los guerreros aprenden a montar antes que a andar –soltó con grandilocuencia–, que entrenan con la espada desde que levantan un palmo del suelo...

–No sabía que quisieras convertirte en uno de nuestros bardos –lo interrumpió ella, cínica–. Si quieres puedo hablar con las hermanas de la Orden, quizá te acepten pese a ser extranjero.

Una sonrisa deslumbrante se abrió en el rostro del negro como un rayo de sol entre las nubes.

–Yo desafino como un gato al que le pisan el rabo –reconoció–. Pero sé de qué pasta está hecho un guerrero. Mis abuelos lucharon al sur de la quinta catarata. Mi padre llegó hasta la sexta. Y ése de ahí –señaló a Breo– no tiene idea de lo que está haciendo. ¡No es lo que nos prometiste!

Las últimas palabras restallaron en tono serio. Rozaron la amenaza.

–Dicho con todo respeto –aclaró Shabako.

La lluvia arreciaba, y las ropas calaban el agua tibia del chaparrón. Cerno, concluido su aseo más íntimo, acostó la cabezota sobre las patas delanteras.

Los combatientes empezaron a girar uno en torno al otro, trazando un círculo que marcaba el lugar donde se disputaría el combate.

Y el negro esperó a que la meiga se sincerase.

–Se crio con un pescador –reconoció al fin.

La carcajada de Shabako sonó tan falsa que recordó a las hienas en las noches sin luna.

–Pues, si queremos salir de ésta con vida, se me ocurren mejores tácticas que tirar merluzas a los romanos...

En esta ocasión, Tana sí se volvió, para mirarlo con aquellos ojos tan claros como agua de manantial.

–Es del linaje de los antiguos caudillos –repuso, seria–. Por sus venas corre la sangre de aquel que unió a los clanes.

Cachazudo, Shabako no pareció impresionado.

–El hipopótamo no come cocodrilos...

Ella entrecerró los ojos.

–Me importa poco quién fuera su padre –aclaró el negro–. Lo que importa es que sabe más de rodaballos que de espadas...

–De percebes –apuntilló ella–. Los arrancaba de las rocas, incluso cuando el mar se enfurecía. Nunca ha habido otro mejor que él.

Al negro le costó tragarse aquello y sacudió el rostro varias veces, incapaz de encontrar las palabras adecuadas. Descruzó los brazos y movió las manos con aspavientos. Pero la seria expresión de la meiga no cedió.

–Estáis locos, locos de remate –dijo entonces, dándose la vuelta–. Si ya lo sabía yo... ¿Para qué te metes, Shabako? ¿Para qué te metes donde no te llaman? –refunfuñó–. En cuanto pueda, ¡me vuelvo a África!

Era un jabalí. Enorme. De aspecto fiero. Con grandes colmillos capaces de desgraciar a un cazador y condenarlo a morir desangrado.

Una niñería al compararlo con el jardín pintado en las paredes de las habitaciones imperiales. Éstos eran simples trazos en la piedra; el tallista había optado por sencillas siluetas, pero contaban una historia.

La terrible bestia había destrozado las cosechas, escapado a las jaurías de los cazadores e incluso matado a un joven guerrero. Y todos en el lugar, aterrorizados, habían rogado la protección de los dioses.

Ante la desesperación de su ruego, desde el oeste, del mismo mar, acompañado de sus perros, acudió el héroe.

Un gran halcón le decoraba el casco. Manejaba la espada con la derecha, el puñal con la izquierda y no usaba escudo. Además, no conocía el miedo, porque el suyo era un linaje de grandes guerreros.

Y se enfrentó a la bestia en el bosque.

La persiguió durante una luna completa. La rastreó, la cercó. La acosó. Los perros la azuzaron. Y, cuando el menguante completó el ciclo, el héroe dio muerte al engendro de enormes colmillos, allí mismo, en el lugar donde se levantaba el castro, con sus propias manos, después de que la espada se rompiese en una embestida y el puñal quedase clavado en el monstruo.

Al mirar las piedras de bienvenida, Sila guardó silencio, pero Marco Lucio dejó escapar un gruñido.

–Estos barbudos...

Y su caballo piafó, incómodo por el mal humor de su jinete.

Sila, pie a tierra, tenía una mano ocupada con las riendas, y con la otra repasaba el último grabado. Un grupo de guerreros honraba al gran cazador. Una de las pequeñas figuras soplaba el cuerno; otras levantaban las espadas al cielo. Dos hincaban una rodilla y se dejaban enlazar con brazaletes de espinas, para jurar lealtad al salvador.

Los colmillos ya no estaban en el dintel de castaño, derrumbado y roto. La maleza amenazaba con tragarse las dos grandes piedras. Las que advertían al forastero y aconsejaban al amigo que allí se respetaban las viejas costumbres.

–¿Y César? ¿Era descendiente de Eneas? –preguntó, enarcando una ceja–. O el propio Eneas..., ¿te crees que la mismísima Venus estaba en su linaje?

El prefecto, sorprendido, tardó en encontrar respuesta.

–Sí, claro –rebatió, indeciso–. O... Bueno, no puedes comparar a estos bárbaros con...

–¿Es Júpiter el hijo de Saturno? –porfió Sila.

Empezó a llover. Un chaparrón de verano descargaba su rabia, y Sila miró al cielo e ignoró al prefecto. Le dio la espalda a lo que hubiera podido contestar y tiró de las riendas para adentrarse en la fortificación.

Todo era desolación. Apenas un par de casas se tenían en pie. El resto eran carbones y ceniza. Y las zarzas se habían comido lo que quedaba.

El prefecto, desconcertado, encontró qué decir cuando se fijó en algo que, hasta entonces, se le había pasado inadvertido.

–La muralla...

Sila no entendió a qué se refería, y su rostro lo reflejó.

–Fíjate. No está derruida –insistió.

Los ojos de Sila relampaguearon.

–No fueron legionarios –reconoció con expresión cómplice.

–No, no lo fueron –admitió Marco Lucio–. Si hubieran sido los nuestros, la habrían derribado. Nunca se abandona una plaza si el enemigo puede volver a ella. Esto fue un asunto entre primos.

–O entre hermanos –apuntilló Sila.

Soltó las riendas y giró sobre sí mismo para leer más allá de la maleza, escudriñando los escombros. Y caminó por aquellas ruinas sin

importarle que la lluvia arreciase.

Desperdigadas, rotas por el tiempo y el olvido, frente a una de las casas, había innumerables varillas carbonizadas y, a medio quemar, un capazo inacabado.

Poco más allá, el retrato chamuscado de un árbol aún se mantenía firme en el suelo, pero de sus ramas sólo quedaban muñones tiznados. Y entre el hollín brotaban pequeños manzanos.

Unos pasos más lo llevaron hasta una construcción que no era una vivienda. El frontón consistía en una inmensa piedra labrada, partida en dos por el calor. La grieta corría desde una abertura en la parte inferior, apenas justa para colarse, hasta las florituras que decoraban el arco superior con un entramado de curvas y espirales. El fuego había sido muy intenso allí, como si hubiera encontrado algo con lo que entretenerse. Cuando se agachó para ver el interior, oscuro y tenebroso, descubrió que había asientos en torno a un rebaje lleno de agua sucia.

Encontró lo que no podía ser otra cosa que el almacén de sal. Aún había bloques cubiertos de carbonilla que el fuego no había sido capaz de consumir.

Estaba acostumbrado al horror de la guerra, pero no pudo evitar un respingo cuando, algo más allá, entre largas varas de gordolobo, descubrió los pequeños huesos. Tan pequeños como los de un pajarillo. Entre las brillantes flores amarillas, yacía lo que sólo podía ser el esqueleto de un niño.

Siguió camino.

Hasta la que, a la fuerza, debía ser la casa del jefe. La más grande, donde los machones de la entrada mostraban también el trabajo de los canteros, como en las piedras sagradas de la entrada, como en la casa de vapor.

Había más huesos, desperdigados por los carroñeros. Un establo derruido. Y en el suelo, entre la ceniza, en una desesperación que había echado raíces, un estandarte.

Sucio y desmañado. Tres crines que una vez fueran blancas se arrastraban por tierra bajo el orgulloso jinete fundido en bronce.

Aún sobre su montura, Marco Lucio no se sentía impresionado por lo que pisaban los cascos de su caballo. Él había desatado calamidades semejantes. La piedad, para él, era un lujo destinado a dar excusas a los cobardes.

–Ahora entiendo lo de la barca –murmuró Sila de modo inconsciente, con apenas un hilo de voz.

–¿Qué? –preguntó el prefecto en mal tono.

Sila no contestó.

–Quiere marcharse –susurró como para sí.

Y se echó de nuevo a caminar, con ánimo resuelto, mirándolo todo con nuevos ojos.

–Fue un asunto entre clanes –afirmó, convenciéndose a sí mismo de lo que interpretaba–. Uno de los suyos apuñaló por la espalda a ese Turainos.

Marco Lucio se encogió de hombros. Le venía a dar lo mismo una cosa que la contraria.

–No huye de nosotros –continuó Sila, cubriéndose con la capucha–. Huye de los suyos. No se fía de su propia gente.

Y Sila recordó los insultos por ser el hijo de un médico griego. Los abusos. Las palizas. Su mano rebuscó entre sus ropas hasta encontrar aquel bisturí que siempre llevaba escondido. Había sido forjado con acero nórico en aquel fuerte de Lentia, no tan distinto a este castro, una fortaleza en medio de ríos y montañas, rodeada de salvajes clanes. Aquel niño se había llamado Solón. Se había criado entre legionarios. Y aquel niño ya no existía. Aquel niño había sido la primera víctima del asesino que, años después, se haría llamar Sila.

Y Sila no quería recordar nada sobre aquel niño.

Entonces añadió algo más, para sí mismo:

–Volvamos, tengo preguntas que hacer.

–¿A quién? –preguntó Marco Lucio.

Sila ya montaba en su caballo y sacudía las riendas. No contestó.

La primera estocada pasó a través de la guardia.

De haber estado afilada, hubiera entrado bajo las costillas y, al salir, hubiera tirado de las entrañas hasta esparcir las tripas de Breo en la hierba mojada.

Hubiera muerto tras una lenta agonía, o descabellado si acaso Segilus se hubiese apiadado.

Afortunadamente, la espada era de madera.

No le abrió el vientre, pero le robó el aire. Lo obligó a doblarse sobre sí mismo. Y Segilus se aprovechó. Le pateó el hombro con brutalidad, como un ariete. Y Breo acabó rodando por la hierba mojada.

Se le escapó la espada de la mano y el arma se escurrió sobre las gotas recién caídas.

Quedó tirado, intentando recuperar el aliento. Y, cuando apenas había logrado incorporarse sobre las manos, Segilus le dio otro puntapié, en la boca del estómago. Tan fuerte que lo levantó, lo volteó y cayó de espaldas.

En un abrir y cerrar de ojos, tenía a su oponente encima y el extremo romo de la espada apuntaba al cuello.

En dos lances, Breo pudo morir dos veces.

Segilus lo miró y el hijo de Turainos vio el odio vibrar. Y su oponente ni siquiera jadeaba.

También oyó el gruñido. Cerno se había puesto en pie; tenía el pelo erizado y arrugaba los belfos.

Segilus levantó su espada, asentó los pies y descargó otra estocada. Inhumana, directa al cuello.

Los únicos demasiado ocupados para prestar atención eran los ayudantes de Elasus. Abrían la base de la chimenea con ayuda de picos y las goteras del cobertizo siseaban en las brasas. Entre ellas, tan brillantes que dolía mirarlas, encontraron, al rojo vivo, el hierro reducido. Más de tres libras de arrabio listo para la forja.

Ellos dos fueron los únicos que no cerraron los ojos; se volvieron hacia el combate justo en el momento en el que Segilus descargaba su brutal golpe. Y ambos se encogieron.

En el corro de espectadores, a Plandus se le escapó un silbido. El negro Shabako abría las manos y miraba a la meiga recalcando lo dicho. El herrero Elasus, cabizbajo, se mordisqueaba la barba. Y Flavio, el renegado, seguía con su daga en las manos, aunque sus ojos estaban puestos en el combate. Entre los demás, refugiados bajo los aleros de las chozas, corría de boca en boca la admiración hacia su jefe.

Con un restallar como el de una vela rajada por el vendaval, la espada se incrustó en la tierra hasta la mitad de la hoja, a menos de una pulgada del cuello de Breo.

Se había hecho a un lado justo a tiempo.

A nadie se le escapó que, incluso siendo un arma de madera, hubiera acabado con él. Y más de uno animó a su jefe para que rematase la tarea.

Breo rodó hacia un lado, cubriéndose con un brazo, intentando recuperar su arma con el otro. Y su grito sorprendió a todos:

–¡No! ¡Quieto!

Los rostros se volvieron. Y comprendieron.

Cerno quería ayudarlo y, de no haber sido por la orden, se hubiera lanzado al cuello de Segilus.

–¡No! –repitió.

El lobero gruñía. Le caían espumarajos de la boca, danzaba sobre sus patas delanteras, conteniéndose a duras penas.

Segilus supo que había cometido un error y se enfureció. Hizo rodar los hombros y movió la cabeza de un lado a otro, y los huesos del cuello crujieron. Apenas Breo se puso en pie, se lanzó de nuevo al ataque, aunque esta vez sin perder de vista al perro con un reojo.

La finta engañó a Breo. Se libró del golpe que hubiera llegado con el filo, pero no pudo esquivar el giro con el que Segilus concluyó su ataque.

En cuanto el arma pasó junto al costado de Breo, el rebelde detuvo el brazo y echó atrás el codo, que le impactó de lleno en la mejilla.

El pómulo de Breo se abrió y empezó a sangrar de inmediato.

Cerno dio unas zancadas, acercándose a la pelea, gruñendo. Dispuesto a pelear.

–¡No! –aulló Breo, justo antes de caer de espaldas.

Bajo los aleros, algunas bocas se cerraron. Ya no se escuchaban tantos vítores.

Breo se removió en el suelo, aturdido. Segilus, llevado por el impulso del codazo, acabó por girar sobre sí mismo y se preparó para atacar de nuevo.

Pero su oponente ya no era rival.

Dio dos pasos y le pisó la muñeca, hasta que los dedos se abrieron y la espada se humilló en la hierba. Entonces le dio una patada, echó un último vistazo a aquel iluso, y lo abandonó bajo la lluvia.

–No podrá liderarnos jamás –gritó a Tana con rabia, soltando espumarajos como los del lobero.

La meiga rindió la frente, y su cuervo graznó.

–Es nuestra única opción –repuso sin mirarlo, bajo los mechones empapados que habían escapado de su trenza.

Shabako, más práctico, preocupado por el muchacho, decidió acercarse a ayudarlo.

–¡Entonces, moriremos! –chilló Segilus.

–Nunca te seguirán –se revolvió Tana, alzando su rostro arrugado–. Mira lo que has conseguido hasta ahora...

Y la vara trazó un amplio círculo para señalar a aquella pandilla de miserables desesperados. Y, bajo los aleros, ya sólo había dudas. Algunos incluso señalaban al pescador y cuchicheaban.

–No te seguirán –repitió.

Segilus escupió bajo el colmillo. Sus dedos se abrieron y se cerraron en la empuñadura de su espada. Alguno llegó a pensar que, después de

haber despachado al hijo de Turainos, iba a abrirle la cabeza a la meiga.

Nadie se dio cuenta de que Shabako se había detenido.

–Eh...

Y, bajo los aleros, el asombro abrió muchas bocas. Todos miraron. A excepción del jefe rebelde y la meiga. Esos dos seguían trabados.

–¡Eeeh!

Cuando Segilus se volvió, la sorpresa le revolvió los bigotes.

Breo estaba en pie, con la espada en la mano. Apenas capaz de alzarla. Con piernas temblorosas. Cubierto de sangre. Parecía un espectro.

–¡Vamos!

La espada se movió, invitando a Segilus a pelear. Un gesto flojo, sin fuerzas, que hizo saltar pequeñas gotas del filo de madera.

Segilus advirtió las miradas y los susurros bajo los aleros. Entre sus hombres crecía la admiración por aquel intruso, y no tuvo piedad.

Breo consiguió esquivar la primera embestida. Al jefe de los rebeldes le había podido la ira y había fallado; aun así, la espada resbaló por las costillas de Breo y dejó tras de sí un crujir de huesos.

Fue suficiente. Breo cayó como hierba al paso de la guadaña.

El lobero ya no gruñía, gemía lastimero. Empezó a ladrar. Pero no desobedeció. Se quedó donde estaba, esperando una orden.

Breo intentó levantarse, pero resbaló. Sólo ayudándose con la espada logró auparse hasta ponerse de rodillas. Y, entonces, recibió una patada en la mejilla y volvió a caer de espaldas, salpicando en todas direcciones.

Desde los aleros, una voz queda, sin fuerza, pidió que se detuviera aquella salvajada. Pero nadie hizo caso.

Segilus, resollando, volvió a escupir, se enjugó el rostro con la mano libre y esperó a que su rival se alzase para acabar con él de una vez por todas.

Breo lo intentó de nuevo. Cayó de bruces.

El rebelde esperó, con el arma lista, con el golpe definitivo aguardando en su interior como un cepo listo para saltar.

Y aquel simple pescador se puso de rodillas de nuevo.

El lobero dio unos pasos hacia delante, acercándose a su amo. Y se detuvo. Arañó el suelo con las patas, nervioso, como si lo hubiesen

atado a un poste e intentase escapar.

–No –insistió Breo desde el suelo, alzando una mano–. ¡No! ¡No!

Su voz llegó sin fuerzas.

Y Segilus se cansó de esperar. Antes de que Breo se pusiese en pie, descargó un puñetazo que impactó con la fuerza de una estampida.

Con el golpe, la cabeza se ladeó, los hombros se hundieron y la espada volvió a salir despedida. Y, apenas consciente, entre los murmullos de incredulidad bajo los aleros, Breo se puso a gatas para ir a buscarla. Para seguir luchando.

No hizo falta una patada. Segilus le apoyó su bota en un costado y empujó.

Breo cayó despatarrado. El lobero ladró.

–¡No te muevas! –tascó entre dientes Segilus.

Pero la advertencia fue desoída.

Se arrastró, arrancando hierba empapada, tirando con las manos. Pulgada a pulgada. Clavando las uñas en la tierra húmeda. Estirando el brazo para alcanzar la espada.

–¡Para! –ordenó rabioso–. ¡No lo hagas!

Flavio, el renegado, lanzó su puñal contra el abedul y lo dejó allí. Plandus, con las manos en la nuca, movía los pies como si le hubieran puesto ortigas en los pantalones. Bajo los aleros alguien gritó el nombre del pescador.

Y los dedos del pescador sujetaron el pomo, tiraron del arma con agonía. Pero la espada se escurrió sobre la hierba, negando a su dueño.

–¡Para!

No hizo caso. Volvía a tener el arma en la mano e intentaba levantarse. Y lo hacía tan despacio, con tantas vacilaciones, que Segilus tuvo tiempo de volverse hacia Tana.

–Mira lo que nos has traído: ¡un loco!, ¡un maldito loco!

Alguien más habló. Sin embargo, apenas lo escucharon. Fue sólo un eco lejano. Más allá de los ladridos, la lluvia, el fragor.

–Vamos...

Con las piernas de un espantapájaros, bañado en sangre, empapado por la lluvia, allí estaba, en pie.

–Vamos...

Segilus negó, incrédulo.

–Vamos...

Apenas las puntas de los dedos eran capaces de sostener la espada. Y bajo los aleros hubo manos que se alzaron para señalarlo.

–Vamos...

Aquel loco no se rendía.

Y tuvo que ser Elasus.

Fue Elasus el que desobedeció. Y, al verlo, Cerno se lanzó a la carrera. El herrero fue hasta él y lo recogió en un abrazo de oso. El lobero intentó lamerle las heridas.

–Es suficiente...

Y a Kilius lo siguieron otros dos que salieron de la protección de los aleros para, entre todos, ayudar al herrero a cargar con aquel loco.

Tana también se apresuró, pero el negro la detuvo.

–¡Habéis perdido el juicio! ¡Todos! –exclamó al borde de la risa–. Aunque tengo que admitirlo: si traes más pescadores, puede que esta locura salga bien.

Conocían el hambre.

Habían vivido inviernos avariciosos, capaces de arañar con zarpas heladas la primavera. Habían conocido sequías que arruinaban las cosechas. Dependían de la bondad de la tierra; de las lluvias, del humor de los dioses. Así vivían.

Pero nunca antes habían pasado por algo semejante. Encerrados en un corral. Roma trataba mejor a sus mulas que a sus cautivos. Porque allí habían estado las mulas de la legión. Bastaba dar una patada al suelo para comprobarlo; el polvo que se levantaba todavía apestaba a estiércol. Pero los animales habían tenido el lujo de unos establos, para los celtas esos establos habían sido cegados.

En los días que llevaban allí, los saltamontes que brincaban por los hierbajos y los escarabajos que rondaban los postes se habían vuelto apetecibles.

–¿Puedo comer un poco más? –susurró el niño Cirrius con timidez, mirando la escudilla vacía que tenía entre las manos.

Y a Niske se le abrieron las carnes. En su cacharro aún quedaban unas cucharadas y se las apañó para sonreír.

–Claro, yo estoy llena –respondió, ofreciendo las gachas.

La escudilla de Sento, apoyada en el suelo junto a él, estaba llena.

–Y tú deberías comer algo –lo instó, poniéndole una mano en el hombro.

–Dáselo a la pequeña –bisbiseó el bardo sin levantar la cabeza.

Drisa estaba entre ellos y su madre, sentada en el suelo, como todos, apoyada en las estacas que delimitaban aquel corral, como todos.

Sujetaba entre las rodillas su nueva muñeca, la que Niske había hecho con un atadillo de hierbas.

La niña alzó la mirada de su propio cuenco al oír su nombre, con esa expresión fruncida de los más pequeños frente a un plato que les disgusta. Un gesto de la hija del jefe la urgió a seguir comiendo.

–Ella ya tiene sus propias obligaciones –dijo, volviendo a mover la mano para animar a Drisa–. Y tú debes comer –insistió.

El bardo obedeció como otro niño más y se llevó la escudilla a la boca con el brazo bueno.

–¿Cuándo volverá? –preguntó el pequeño Cirrius, tras terminar su segunda ración.

Niske dejó de prestar atención al bardo y cruzó una mirada cómplice con la madre del pequeño. No sabía qué contestarle. No sabía si mentir o si decirle la verdad. No sabía si debía protegerlo.

Pero no tuvo tiempo.

El corral se había reforzado con tablones entre los postes principales, para encerrar a los prisioneros, y habían atrancado el portón a los establos, el mismo por donde debían haber entrado las mulas. Aquel portón se abrió con un chirrido, y la respuesta llegó a rastras: dos legionarios tiraban de sus brazos y, entre ellos, pendía la cabeza derrotada de Cirrius, el mejor de los jinetes de Fazouro.

–¡Papá!

Niske lo detuvo. Y lo consiguió únicamente porque el crío tenía las piernas tullidas. Porque el crío se debatía en sus brazos, tratando de liberarse, intentando quitarse de los ojos la mano que ella había puesto allí.

A duras penas, forcejeando, pudo acercarlo a su madre, que lo abrazó de inmediato y lo recogió en su pecho. Sento reculó hasta las estacas, presa de un miedo desatado. Y todos los que allí había hicieron algo parecido. Todos se alejaron del horror.

Tras los legionarios entró aquel otro romano, el que no vestía uniforme.

Su túnica, blanca, lucía impoluta, inmaculada. A excepción de una diminuta mancha en la costura. Una pequeña gota de sangre.

Dejaron el cuerpo allí, entre los hierbajos y los saltamontes. Cubierto de cortes, los brazos quebrados, las piernas dislocadas. Y estaba empapado, como una pradería una mañana de verano, pero aquello no era rocío en la hierba, era sangre.

Era como si se hubiera enfrentado a una legión al completo.

Aquel hombre de gestos elegantes, el que parecía un actor y hablaba con la voz melodiosa de un bardo, sostenía un largo y afilado cuchillo. Y lo usó para señalar el cadáver.

–¿Dónde está el campamento rebelde?

Sólo Niske se dio cuenta de que Reburrus se encogía de hombros como si le hubieran dado un pellizco y que, pese al calor, se cubrió el rostro con la capucha del sayo.

–¿Dónde está el campamento rebelde?

Para enfatizar la pregunta, un legionario le dio una patada al cadáver, como si no fuera más que un fardo lleno de algo podrido.

Aquel romano suspiró con hastío y miró en derredor para observar a los cautivos, uno por uno.

Un escalofrío recorrió el espinazo de Niske.

El cuchillo terminó por señalar a Kalakotum. Y los legionarios se pusieron en acción de inmediato. Sus lorigas tintinearon y sus pasos revolvieron aquella peste a mierda de mula.

Protegiendo a su bebé entre los pechos, la voluminosa Idra miró a su esposo con ojos anegados en lágrimas. Él correspondió el gesto. Y ella, que conocía su lugar, asintió.

Kalakotum, el hermano del jefe, aquel que podía presumir de linaje, el que podía señalar a cada uno de sus ancestros hasta aquel que fundara el castro de Fazouro, se irguió con orgullo. Mentón arriba y mirada limpia.

Idra no protestó, no dijo una sola palabra. La cabecita del pequeño despuntaba entre los harapos con los que su madre lo había envuelto, y se limitó a ponerle la mano encima, protegiéndolo.

Niske no pudo evitarlo.

Se levantó también, como si la hubieran empujado. Como si no le quedase otro remedio. Ella, la hija del jefe, también podía señalar a cada

uno de sus ancestros. Y ella también alzó el mentón y miró con orgullo.

–¡No lo sabemos! –gritó–. ¡Ninguno de nosotros lo sabe! Y, si lo supiéramos –añadió–, no te lo diríamos.

Sila la miró.

–Pagarían bien por ella en Roma –intervino uno de los legionarios, y su voz sonó como la de un chiquillo eligiendo dulces recién salidos del horno–. Muy bien.

No agachó la mirada. Se quedó allí, en pie, sin miedo. Con los ojos brillantes y la expresión serena. Con un arco entre las manos, hubiera pasado por la misma Diana cazadora. La brisa juguetona le revolvió los cabellos y apretó la tela basta contra sus curvas, y ambos legionarios clavaron los ojos en ella. Demasiado ocupados, ninguno de ellos captó la peste a estiércol que la ventolina levantó.

Sila, tras estudiarla con pensamientos bien distintos, terminó por inclinar el rostro.

–Puede ser buena idea –concedió al poco, antes de volver a lo que se traía entre manos–. ¡Ahora traedme a ése!

Se llevaron a Kalakotum.

Entre sus dedos, bajo la capucha de los sayos, todos lo vieron. Y se sintieron orgullosos. El hermano del jefe mantuvo la compostura.

–¡Demuéstrales de qué pasta estamos hechos! –gritó Reburrus, alzándose y recobrando el valor de pronto.

E iba a decir algo más, pero Niske lo hizo callar. Le cortó la lengua con una mirada que fue una de aquellas heladas tardías de primavera.

Volvió a sentarse, amilanado, con las mejillas ardiendo. Y le faltó capucha para cubrirse.

Y Niske se olvidó pronto de él. Se colocó los mechones sueltos tras las orejas. Comprobó que la madre se ocupaba de los dos hermanos que habían quedado huérfanos. Y, como ninguno de los hombres lo hizo, fue ella la que se acercó a donde dormían y tomó una de las pocas mantas que allí había.

La sacudió para deshacerse del polvo y las pulgas y la llevó al centro del corral.

No sirvió de mucho. Poco después la sangre empezó a empapar la basta lana. Y llegaron las moscas. Y algo que no era estiércol de mula los obligó a arrugar las narices.

Y, mientras aquella manta apolillada cubría el cuerpo de Cirrius, a unos cuantos pasos, más allá del establo, más allá de una calle en la que un fontanero se peleaba con el codo de una tubería de plomo, más allá de donde unos muchachos jugaban con canicas, estaba la prefectura.

Y, en la prefectura, Marco Lucio recibía de manos de un actuario una tablilla de roble.

–Está a las puertas, señor, no ha querido ni desmontar –urgió el actuario–. ¿Voy a buscar a Sila? Creo que está con los prisioneros.

El prefecto se hizo cargo. Pero, pese a las prisas, prefirió meditar bien lo que haría. Por un momento, sus ojos se perdieron en las revueltas de bronce que decoraban el estandarte de la cohorte. Luego, en sus propias manos. Y, por fin, en aquel pequeño saquito de cuero donde había guardado las semillas de cicuta. Aún seguía sobre su mesa.

Le dio tiempo al actuario a brincar de un pie a otro, como si necesitase visitar las letrinas.

Finalmente, Marco Lucio cogió uno de los pocos pliegos de pergamino que tenía y escribió algo.

–Yo mismo se lo diré a nuestro ilustre visitante. Será un placer dar las buenas noticias al enviado imperial –dijo solícito–. A lo mejor se le endulza el carácter –añadió con aires cómplices.

Y el actuario sonrió indeciso. Perplejo por aquellas palabras.

El prefecto escribió aquella respuesta urgente en uno de los pocos pergaminos que tenía y se tomó la molestia de calentar lacre en la llama de la lucerna que mantenía junto a aquel saquito de cuero. Dejó caer unas gotas y usó su anillo para sellar el mensaje. Sólo rompiéndolo podría leerse.

Cuando se lo tendió al actuario ya se estaba levantando.

Despidió a su subordinado con un saludo desganado y salió tras él de la prefectura.

El actuario corría hacia la puerta este y él marchó en la otra dirección.

A lo lejos, hacia el antiguo corral de las mulas, oyó un llanto infantil, y pasó junto a un fontanero que martillaba una tubería, y unos pasos después al lado de críos que jugaban a las canicas en los huecos de unas escaleras que no llevaban a ninguna parte. La casa se había derruido y sólo quedaban unos peldaños sueltos junto al primer descansillo. Alguien pensaba hacer dinero levantando obra nueva cerca del centro de la incipiente ciudad.

No necesitó más que doblar dos esquinas.

Un enorme cartelón anunciaba El Bebedor, y la felicidad se prometía con un enorme y saludable falo que acompañaba al letrero.

Era un local limpio y amplio, bastante nuevo. Un grupo de pintores trabajaban sobre el yeso fresco de las paredes. Daban vida a escenas que animasen a los parroquianos: jugadores de dados, plácidos borrachos, amigos contando anécdotas. Y, a aquella hora temprana, mucho antes de los servicios de comida, los frescos se veían más vivos que el propio local, vacío a no ser por un grupo de legionarios que, en lugar de a los dados, se apostaban los sestercios a las carreras que unos escarabajos echaban sobre la mesa.

El tabernero, un veterano que había invertido sus ahorros en dar de beber a sus antiguos compañeros, lo saludó respetuoso después de llevarse el puño al pecho. Casi al mismo tiempo, sus hombres también se levantaron, y Marco Lucio inclinó el mentón, pero señaló a Marco Septicio, con quien no sólo compartía el nombre, sino toda una vida luchando por el Imperio. Se habían conocido en el examen médico que les había permitido acceder a la legión, ambos bajo el ceño fruncido, y cubierto de pobladas cejas, de aquel griego que les ordenó que saltaran, que corrieran y que mirasen entre las estrellas para contar a las siete hijas de Atlas y asegurarse de que no fuesen un par de cegatos.

Septicio era el portador del águila. Y alguien por el que el prefecto hubiera puesto la mano en el fuego. No hicieron falta explicaciones para que lo siguiera hasta el fondo del local.

Una vez allí, Marco Lucio habló en voz baja:

–Necesito dar una lección a un desgarramantas venido del mismo Tíber.

–¿Ese estirado cagafino?

–Puede...

No hizo falta más para recibir un asentimiento.

–Si sale bien habrá recompensa –añadió, cuidándose de no levantar la voz–. No sé lo que le van a pagar, pero ha de ser mucho, y podría ser nuestro.

Septicio, siempre con un trozo de regaliz colgado entre los labios, asintió.

–Quiero que tengas a los muchachos listos. Debe salir bien –le advirtió el prefecto.

–Saldrá –aseguró, dejando en el aire el agradable aroma de la raíz–. Sólo dime cuándo, cómo y qué quieres que hagamos.

–Hay que tenderle una trampa. Elige a algún imbécil del que te quieras deshacer y lo mandamos con un mensaje.

El trozo de pico que había tirado desde los retretes, el mismo con el que Ursicenus había querido ganar su libertad, lo encontró dos días después, con las manos metidas hasta los codos en aquella inmundicia. Y necesitó otros diez para soltar la reja de sus soportes. Pero lo había conseguido.

Cubierto de mierda, maloliente, famélico y desesperado, cuando ya parecía que llevaba toda una vida gateando entre excrementos, logró al fin desmontar la reja que protegía el desagüe.

Tarvus era libre.

Y pronto empezaría la caza. En cuanto fueran a buscarlo y no lo encontrasen.

Aun así, no salió del río de inmediato. No fue capaz.

Se quedó en el agua, restregándose con arena del fondo, sumergiendo la cabeza una y otra vez, intentando desprenderse de la mugre. No salió hasta que el frío lo obligó, con los labios azules, pálido como la barriga de un pez y con los dientes castañeteando. Y suspiró con melancolía, porque no podía tumbarse tranquilamente en un bancal y secarse al sol.

Se sacudió como un perro, arrugó la nariz ante su propio olor, persistente pese al baño, y se echó al trote. No podía ganar en velocidad a hombres frescos, acostumbrados a perseguir esclavos fugados; tendría que hacerlo a base de resistencia y astucia.

Al poco se había alejado del río y atravesaba un bosque de álamos. Hacia el oeste, a las montañas, a casa. Intentaba pisar sobre piedras y no romper una rama, esconder su rastro, pero sabía que su olor lo delataría. Por eso, cuando encontró los hongos, se detuvo.

No llegaban al palmo, apenas media docena con la forma inconfundible de lo que le cuelga a un hombre entre las piernas, pero el glande, en lugar de un sano tono rosado, estaba recubierto por líquido espeso, verduzco y viscoso que atraía a las moscas como la miel porque apestaba como la más putrefacta de las carroñas. Los deshizo entre sus dedos y se embadurnó con ellos.

No pensaba ponérselo fácil.

La primera noche no tuvo tiempo de temer al oso o al lobo, sólo de aceptar que debía detenerse. Cuando su cuerpo se rindió, incapaz de dar un paso más, se tumbó en un remiendo de musgo que crecía entre los álamos y unas rocas, se cubrió con ramas y hojas lo mejor que pudo y, antes de cerrar los ojos, intentó convencerse de que había recorrido un trecho suficiente. Ya no se oía el retumbar del río.

Se quedó dormido de inmediato, ni siquiera soñó.

Y despertó al relente del amanecer.

Lo primero que hizo fue sonreír. Sonreír como no lo había hecho en mucho tiempo. Miró en derredor, negó por pura incredulidad y tuvo que contener una carcajada.

Tarvus había sido uno de los escogidos por Turainos para servir en su guardia personal. Había hecho el juramento sagrado, y las cicatrices aún eran visibles en sus brazos. Había recibido la bendición de la Orden. Había probado su honor y había demostrado su coraje. Tarvus era uno de aquellos a los que los clanes llamaban «elegidos».

Y había luchado contra las hordas de Segilus, dispuesto a dar la vida por su jefe, dispuesto incluso a quitársela si Turainos moría en combate. Y había arrancado los brazaletes de muchos enemigos y cortado las cabezas de una docena.

Y no había olvidado el rostro de su padre.

Era un hombre forjado en la guerra. Fugado del infierno de las minas gateando a través de mierda, y lloró como un niño.

Lloró.

Y, cuando se tranquilizó, se enjugó el rostro y, para aplacar la sed, chupeteó el rocío prendido en las hojas del único castaño de los alrededores. Incluso abrió con ayuda de una piedra uno de los erizos,

pero los frutos aún estaban verdes. Tuvo que conformarse con las bayas de un majuelo que crecía achaparrado entre dos peñascos; también estaban verdes, pero no resultaron tan amargas como las castañas.

Si no lo habían hecho ya el día anterior, porque la noche se echaba encima, los rastreadores estarían saliendo de las minas en el mismo instante en que él echó a trotar de nuevo.

Hacia el oeste.

Siempre al oeste.

Su pelo y sus barbas aún estaban húmedos, y allí, a medio camino a las cimas de la sierra, al verano siempre le costaba calentar las mañanas. Tenía frío. Y no era su único problema. Diez fantasmas le acosaban la conciencia, le dolían las manos, le ardían las piernas y el estómago protestaba; incluso echó de menos aquellos duros curruscos de pan arenoso cocido dos veces. Pero siguió trotando.

El terreno se olvidó del río y el valle. Las piedras sueltas, lavadas por las crecidas de invierno, se compactaron, los álamos quedaron atrás, y la maleza cobró fuerza con helechos y zarzales. A su paso espantaba delicadas mariposas violetas, y una urraca lo vio pasar con curiosidad mientras el bosque se pintaba con los dorados de la mañana y la luz tejía encajes entre las hojas. Era un lugar bello, lejos de las minas.

Pasó por una pradería descuidada, punteada por altos cardos de entre los que apareció, lleno de miedo, un gran ciervo. Un poderoso macho con una espectacular cornamenta de la que aún colgaban trozos de borra. Con su galope asustado, echó a volar una enorme bandada de estorninos.

Quizás había sido lugar de pasto para las vacas de algún castro, incluso descubrió entre los cardos una enorme piedra que podía marcar un linde. La pradería, inclinada por la pendiente, se extendía hasta que la hierba se detenía en un pequeño arroyo. Al otro lado, el terreno trepaba abruptamente, cubierto de maleza. Y estaba pensando por dónde colarse en la maraña de arbustos, cavilando si no sería mejor remontar por el cauce, cuando los oyó por primera vez: ladridos.

Y un escalofrío le recorrió el espinazo.

Volvió a escucharlos, bruscos como dentelladas. Y echó a correr, aun sabiendo que no aguantaría mucho.

No quedaba tiempo para disimular su rastro. Vadeó el arroyo en dos zancadas, sin fijarse en que el agua bajaba sucia. Iba con tanta prisa que no advirtió el color lechoso del arroyo, ni la pequeña trucha que boqueaba con angustia, intentando escapar de la muerte.

Atravesó la maleza por las bravas. Dejó en las espinas sus andrajos, incluso su propio pellejo. Pero no aminoró.

Como tampoco los ladridos. Los sabuesos tenían su rastro.

Al salir de los arbustos junto al arroyo, fue a dar con un repecho en el que tuvo que trepar, agarrándose a brotes y raíces. Los montes no daban tregua, ascendían hacia las cimas de la sierra.

Y los ladridos se acercaban.

Y a Tarvus le faltaba el aliento.

Encontró las piedras con las que habían machacado el torvisco manchadas de verde. Y encontró también el canto rodado con el que, aguas arriba, habían aprisionado las ramillas para que no se las llevase la corriente. Tras arrancarlas, las habían retorcido, tronchado y molido entre las dos piedras. Por último, las habían sumergido entre dos rocas, donde el agua batía con fuerza y, desde allí, el arroyo se volvía lechoso, como si una bruma espesa se hubiera colado bajo la superficie.

Aguas abajo estaba la represa. Habían amontonado piedras y palos para remansar la corriente y concentrar el veneno.

A partir de ahí, el arroyo corría montaña abajo, intentando deshacerse de aquella sustancia extraña, pero en aquel remanso ni siquiera se podía ver el fondo. Las ranas, los pececillos, los insectos..., todos habían muerto envenenados.

–Aunque fueran veinte hombres –susurró Breo con incredulidad.

Las huellas contaban que apenas habían sido dos con unos cuantos perros. De hecho, Cerno olisqueaba de un lado a otro, levantaba la pata en los arbustos, o rascaba con las zarpas y gruñía.

Junto a los restos de la hoguera, había raspas abundantes de pequeñas truchas.

Dos hombres y cuatro perros podían comer mucho pescado. Aun así, en la misma orilla del arroyo, había un montón de truchas muertas, resecas, cubiertas por moscas.

–No lo entiendo...

Shabako señaló una de las huellas; se podía ver el patrón uniforme de los clavos.

–Apuesto a que son rastreadores. Solían moverse así, un par de ellos con perros. Alguien se habrá fugado...

–Ya sé que son romanos –repuso Breo, airado–. No necesito ver las huellas.

Con un reniego ininteligible en su propia lengua, Shabako se guardó la broma que había estado a punto de hacer sobre fugarse de la mina.

Más perspicaz, Cerno se dio cuenta de sus tribulaciones. Abandonando sus pretensiones de apropiarse de toda la montaña, se acercó para restregar la cabezota contra la pierna de su amo. Y Breo lo acarició de inmediato, pero sin apartar los ojos de aquel montón de peces muertos donde las moscas danzaban.

Aún le dolía respirar, aún le dolía la picadura de aquella medusa. Pese a los esfuerzos de Tana, le seguía siendo difícil encontrar una postura para dormir cada noche. Pero había pedido a Shabako que le enseñase las minas. Tenía que conocer a aquella bestia que se tragaba a su pueblo.

Habían coronado el pico que dominaba la explotación. Enorme, inabarcable. Y lo visto le había amargado el día.

–Dejan la montaña como una manzana infestada por gusanos –le había dicho Shabako, señalando aquellas tierras baldías desde su mirador–. Obligan a los hombres a excavar una galería tras otra, a distintos niveles, y luego las conectan entre sí –explicó ayudándose de las manos–. Entonces abren las compuertas. –El dedo del negro apuntaba a las lagunas artificiales que coronaban los montes, alimentadas por millas y millas de canales–. Y el agua inunda los túneles, hasta la última pulgada, y entonces el monte se echa a temblar...

Las palabras de su amigo no bastaban para explicar la desolación.

Lo que se había encontrado en las fuentes del Támaris era una niñería. Todo Lucus era una niñería. Allí, en las minas, el poder de Roma asfixiaba. Las heridas de los canales cruzaban las montañas como restos de una telaraña. Se veían a lo lejos, cortando los bosques, las piedras. Y eran por sí solas una obra inconcebible y, aun así, también una niñería.

–... Los lagos se vacían como un odre con un agujero. Y el agua se mete hasta el último resquicio de las galerías. –Las manos del negro

culebreaban, imitando el fluir del agua–. Arrastra tierra, guijarros, todo... Siempre hay algún desgraciado que queda atrapado y muere...

Breo conocía el mar. Había probado la fuerza de las olas, sabía lo que el agua podía hacer. Y seguía sin creer lo que veía. Desde aquella atalaya, camuflados por el linde del bosque, veían el valle, el enorme desaguadero de los canales de lavado, los barracones, el campamento militar, las carreteras que llegaban y se iban. Todo era impresionante. Y no era nada. Otra niñería.

–... Y el agua roe la montaña. La mastica. La va deshaciendo... Hasta que la montaña cae derrotada. Ése será el quince o el dieciséis.

Los dedos del negro apuntaban a un monte cortado por la mitad, desgarrado, como una hogaza de pan rota con las manos.

Y un poco más allá estaba el trece, un otero que no se había rendido a los esfuerzos de la Loba. Una loma atravesada por cien galerías que, pese a haber sufrido el embate de las aguas, seguía en pie desafiante. Un patético superviviente rodeado de desolación. Y el negro explicaba que, por el momento, había aguantado, pero que antes o después caería, siempre lo hacían.

–Abrirán otro canal en los montes, cavarán más galerías... Lo derribarán.

El auténtico infierno no eran los bosques talados, los canales abiertos en la sierra, la explanada del lavadero, los barracones, las carreteras. El auténtico infierno era saber que el negro tenía razón. Saber que aquella interminable herida abierta en la tierra seguiría creciendo. Por millas y millas, cuanto abarcaba la vista, sólo había arcilla roja, como si los dioses hubieran jugado igual que un niño con la arena de una playa.

Arcilla que parecía sangrar.

Era inconcebible. Y no se detendría. Llegarían al veinte, al treinta. Roma no sólo había conquistado. Roma engullía sus tierras.

–... Se derrumba, se deshace. Y entonces toca llevársela, palada a palada, carro a carro, hasta los lavaderos.

Cerno gimió. Breo, aún mirando aquel montón de truchas desperdiciadas, volvió a hablar, incapaz de espantar el horror de las minas.

–Son insaciables.

Shabako asintió, pero ya se había acostumbrado a la gula de Roma y tenía otras preocupaciones.

–Debemos irnos –urgió–. Los rastreadores podrían volver.

Y ladridos en la distancia le dieron la razón.

–No están lejos –razonó Shabako consternado.

Pero Breo no reaccionaba, tenía los ojos clavados en los peces. Al escuchar los ladridos, Cerno se puso nervioso y se sumó al coro, regañando a aquellos intrusos.

El negro se acercó a Breo y le puso la mano en el hombro.

–¡Debemos irnos!

Una bandada de estorninos pasó por encima de ellos con escándalo, interrumpiéndolos, y, al momento, Cerno se volvió pendiente abajo y arrugó los belfos.

–¡Alguien viene! –reaccionó Breo.

Shabako desenvainó su arma.

El lobero volvió a ladrar, y su amo le ordenó callar.

–¡Silencio! Sabrán donde estamos...

–Yo no vuelvo a las minas –mascó entre dientes Shabako, volteando la espada con hábiles giros de la muñeca.

Breo no iba armado. Sólo tenía su cuchillo, el mismo que había usado para destripar a sus capturas en Fazouro. Aun así, asentó los pies y se preparó para luchar.

Pegado al arroyo crecía el bosque, y por entre los árboles había una senda paralela, una trocha abandonada que, en tiempos, podía haber sido para el ganado.

Breo imaginó que antes debía haber habido algún castro en la cima y que, más abajo, cerca del río donde desembocaría aquel arroyo, habría quizá praderías.

Oyeron el agitarse de las ramas y el revolverse de las hojas.

Alguien venía a toda prisa. Hacia ellos.

En la distancia, los rastreadores seguían ladrando. Cerno, obediente, se había callado, y también se preparaba para atacar. Los colmillos le asomaban entre belfos arrugados y relucientes de saliva.

Fuera quien fuese estaba cerca, muy cerca.

Demasiado cerca.

Tarvus lo sabía. Podía oírlos, los sabuesos ladraban nerviosos. Se le echaban encima, y a él le fallaban las fuerzas.

Atravesó la maleza y salió en una alocada carrera monte arriba. Sin detenerse, tomó una rama del suelo; estaba seca, y se le deshizo entre los dedos. Y más allá, bajo unos pocos pinos, entre la pinocha, agarró la piedra más grande que vio.

Además de los ladridos ya podía oír los gruñidos. Y una voz dando órdenes.

Sus ojos se revolvían frenéticos, buscando ansiosos una solución, un lugar donde esconderse, un arma mejor; una esperanza.

No la encontró.

Y sus perseguidores estaban cerca, muy cerca.

Demasiado cerca.

Shabako dejó de voltear la espada y se puso en guardia. Breo susurró al lobero que aguantase, que esperase la orden de atacar.

Algo se movió en aquella trocha. Una sombra que agitó las ramas de los alisos y revolvió las sombras.

Surgió de pronto.

Un enorme venado sudoroso apareció por entre los alisos. No mucho antes debía haberse restregado contra algún árbol, de las astas aún colgaban trozos de la borra que protegía sus cuernas durante el verano. Era un animal poderoso, de un pardo oscuro y profundo que brilló al sol.

Vio a sus enemigos, dejó escapar un berrido grave, protestando porque le cortasen el camino, y con un elegante tranco cambió de dirección para saltar a través del arroyo.

Cerno se echó tras él de inmediato.

–¡No! ¡Vuelve aquí! –gritó Breo.

El venado y su espectacular cornamenta se deshicieron con facilidad de su competidor, porque el lobero frenó en seco antes del riachuelo, como si, en lugar de agua, el regato llevase lava salida de las entrañas de la tierra.

Tanto miedo le dio al pobre lobero verse tan cerca que, al querer recular, perdió pie y cayó de forma aparatosa. Para levantarse en un abrir y cerrar de ojos y volver corriendo hacia su dueño con gemidos lastimeros.

–Pero... ¿qué...?

Breo no le dio tiempo para acabar la pregunta:

–De cachorro se cayó en una poza...

La risotada de Shabako la cortaron los ladridos.

–Han debido asustarlo –dijo Breo, refiriéndose al venado–. ¡Vámonos! Yo tampoco quiero volver a las minas.

Y salieron al trote hacia el oeste, echando miradas desconfiadas montaña abajo, preocupados por los ladridos que se acercaban.

No supieron que, más abajo, más allá de aquel mismo regato, alguien necesitaba su ayuda.

Tarvus sí supo que no podía correr más. O se quitaba la vida él mismo o plantaba cara.

Se detuvo bajo las grandes ramas de un roble que, en una horquilla, dejaba crecer una mata de muérdago. No tenía un escudo sobre el que morir, pero aquél también podía ser un buen lugar.

En cada casa se guardaba, de un invierno al siguiente, una ramita de muérdago. Capturaba lo malo durante todo el año y, llegado el momento, se quemaba. Un ritual que siempre le había recordado a su infancia, a su padre recibiendo la ramita de manos de la vieja Uma, a su madre colgándola del techo. No tenía un escudo sobre el que morir, pero podía hacerlo bajo el muérdago.

Se dio la vuelta y alzó el mentón.

–Yo soy Tarvus, hijo de Tarvus, guerrero del castro de Lagouzos. He luchado bajo las tres crines blancas. Hubiera dado mi vida por Turainos.

Fue un gesto inútil.

Era un hombre consumido por la mina, sin otra arma que una piedra.

Consiguió matar a dos de los perros.

Pero lo atraparon fácilmente.

Lo golpearon con saña, hasta que no ofreció resistencia. Y Tarvus no intentó otra cosa que tocar la corteza de aquel enorme roble.

–¿Vivirá?

Estaban allí, a su lado, conteniendo a los perros, que amenazaban con destrozarlo. Y le parecieron lejanos, muy lejanos. Tarvus estaba en casa, viendo a su madre colgar una ramita de muérdago.

–Más nos vale.

Y su padre la quitaba ahora, seca, después de un año colgada, y la acercaba a las llamas del hogar.

–Si la espicha, se lo dices tú a Druso.

–Si la espicha, lo enterramos y nos vamos al sur...

No hablaron durante el camino de regreso.

Ambos tenían en qué pensar, y el único despreocupado fue el lobero, que se contentaba con olisquear aquí y allá. Pero cuando ya estaban cerca del campamento alguien habló por ellos.

–Hemos interceptado a un mensajero.

Flavio y su particular acento habían salido de la espesura de pronto. Vestía aquella vieja túnica de su dotación de legionario, de un rojo desvaído, rosa ya; y debía haber estado haciendo labores de centinela.

–Tana ha convencido a Segilus de que te esperase –dijo en tono cómplice, señalando con el mentón.

Sólo gracias al gesto supo Breo que le hablaba a él. Y no acertó a encarar aquello, pero el renegado los urgió a ponerse en marcha.

Cuando llegaron al campamento, el herrero Elasus y el propio Segilus discutían acaloradamente. Los demás, en un corrillo, guardaban silencio.

Y la meiga lo agarró del brazo y tiró de él en cuanto lo tuvo a su alcance.

–¡Vamos! Debes tomar una decisión.

La brusquedad hizo que sus costillas se resintiesen, y lo único que pudo hacer fue contener una protesta.

–Me importa una mierda lo que diga –protestó Segilus señalando a Tana.

Elasus resopló como un oso y respondió con voz pausada:

–¿Cómo vamos a pedir a otros que hagan lo que nosotros mismos no somos capaces de hacer?

Como Segilus no respondió, el herrero lo hizo:

–La decisión debe ser de él –aclaró, y fue Breo el señalado, justo cuando llegaba a su lado–. Y, si es espabilado, escuchará tus consejos –añadió en tono conciliador.

–Pues veámoslo –se volvió hacia Breo–. Tienen a medio centenar de los nuestros en Lucus. Los van a trasladar. ¡A las minas!

Breo no supo cómo contestar. Y, como los bigotes de Segilus temblaban de impaciencia, intervino el herrero.

–Deberías decirnos qué hacer...

Breo los miró a ambos y luego echó un vistazo a Tana, quien, unos pasos más atrás, junto a la fragua que preparaban los ayudantes del herrero, se había desentendido y le daba migas al cuervo.

–¿Yo?

El hartazgo de Segilus revolvió el flequillo de Breo con un resoplido. Pero el herrero se mostró más cachazudo.

–Sí, tú –lo apuntó con el índice–. Para eso has venido. Tú eres el hijo de Turainos...

Breo titubeó. Intimidado por todos aquellos ojos que, de repente, lo miraban.

El cuervo tuvo que insistir. Los dedos de la meiga no soltaban la miga. Aunque aparentase lo contrario, Tana tenía toda su atención puesta en los tres hombres.

–Yo no sé...

Las palabras quedaron colgadas al borde de un precipicio, y Segilus metió baza.

–Tú estás como una cabra. –Señaló los moratones que todavía cubrían el rostro de Breo, los mismos que él había causado–. Y lo que debemos hacer es atacar la partida, como siempre. No podemos dejar que lleven a más de los nuestros a la mina. ¡Hay que atacar! –gritó, alzando el puño.

–Pero son muchos –se quejó Plandus, rascándose las dudas en su cogote pelirrojo–. No enviarán a unos pocos legionarios, no será como otras veces. Vendrán bien acompañados...

–Nunca hemos hecho algo así...

Segilus buscó entre sus hombres al responsable de la última frase, pero nadie se hizo cargo.

–Pues ahora lo haremos –tascó airado–. Mataremos a todos esos hijos de mala madre y rescataremos a los nuestros.

No todo el mundo compartía su ímpetu.

–Algunos no volverán –insistió Plandus, apocado, y a su alrededor hubo asentimientos que le dieron la razón.

–Pues no volverán. Más vale morir con la espada en la mano que con el látigo en la espalda. Los esperaremos en el paso y emboscaremos la partida. A partir de ahí, que los dioses decidan quién merece seguir en pie.

La vara de fresno golpeó el tobillo de Breo y, cuando se volvió hacia la meiga, Breo vio que agitaba las manos, instándolo a participar en la discusión. Y, tras pasarse la mano por el flequillo, se decidió:

–Quizás estaría bien saber algo más –aventuró–. ¿Cuántos son los esclavos?, ¿cuántos legionarios los escoltarán?, ¿hay otras opciones además del paso...?

Segilus desenvainó su espada, y no era una de prácticas.

–Lo que pincha se apunta hacia esos cabrones, y luego empujas con todo lo que tengas en las tripas –se burló, y lanzó una brutal puñalada al aire.

De nuevo Elasus fue el que puso calma. Y era difícil llevar la contraria a aquellas manazas alzadas.

–No sabemos mucho. Pero lo hemos hecho otras veces. –Señaló a algunos de los presentes, que habían sido rescatados en ataques similares–. En realidad, lo único que sabemos es que los nuestros son los de Fazouro.

Aquella revelación espoleó a Breo.

–¿De Fazouro? ¿Cuántos? ¿Quiénes?

La carcajada de Elasus fue portentosa, como correspondía a su tamaño.

–Estás ridículo –dijo sin parar de reír–. Pareces un niño de teta...

Y el cuervo de Tana graznó su acuerdo. Pero el afectado no se lo tomó de buen humor.

–Esto es una locura, y él... –recalcó, señalando a Breo–, él está como una cabra con una pedrada entre los cuernos –refunfuñó Segilus, palpándose la barbilla con extrañeza.

Lo habían discutido durante buena parte del día y no había servido de mucho.

Ya con la noche encima, en tanto se asaban en espetones unas liebres que había cazado Fraxilus, el más joven del grupo y el único que sabía usar el arco, aún seguían divididos.

Todos estaban de acuerdo en rescatar a los esclavos, y más de uno se había mostrado efusivo ante la posibilidad de pelear contra los romanos, pero no había consenso en cómo hacerlo.

Segilus no tenía dudas, y algunos de los hombres estaban dispuestos a seguirlo a cualquier precio. Sin embargo, los había más reticentes, especialmente la pareja que formaban Plandus y un tipo grandote con pinta de canto rodado que respondía al nombre de Resinus.

Breo se había mantenido al margen, dudoso, hasta que, mientras Fraxilus preparaba los espetos, ella se había sentado a su lado.

–Son celtas –le dijo como si desvelase un gran secreto–. Son tu pueblo.

Breo no supo cómo reaccionar. Pero Tana se encargó de resolverlo.

–Puedes confiar en ellos...

Como tenía por costumbre, el lobero apoyó la cabeza en las rodillas de la meiga y, desentendiéndose de su amo, gimió hasta que la anciana le dispensó mimos.

–Si tú confías en ellos, ellos confiarán en ti –concluyó, antes de centrar su atención en el perro y dar por concluida la conversación.

Para ese momento, aderezadas con cebollas silvestres, unos ramilletes de tomillo y la grasa de una cabra montesa que alguien conservaba en un tarro, las liebres ya estaban arrimadas a la lumbre, y Fraxilus, siempre con el arco cruzado a la espalda, las volteaba para churruscarlas.

–Necesitamos más hombres para algo así –aducía Shabako, intentando aplacar a Segilus–. Hacerlo por las bravas es un suicidio. Puede que manden una centuria entera. O dos. –Abrió los brazos para enfatizar sus palabras–. Como poco, serán más que los prisioneros. Acuérdate de la última vez. –Algunos asintieron y otros abuchearon–. Son romanos, no imbéciles. Ya han aprendido, saben que estamos aquí.

–Lo que hace falta son huevos –protestó Segilus–. Si no fuera por eso, tú seguirías paleando mierda.

–Yo –tascó sulfurado el negro–, yo me escapé de la mina. ¡Yo solo!

–¿Y quién te encontró medio muerto?

Huérfano de las caricias de la meiga, Cerno pedía atenciones a Breo. Ambos estaban junto al fuego, escuchando la discusión, pero preocupados por sus propios asuntos.

–¿Crees que estará bien? –preguntó al perro en voz baja, rascándole una oreja.

El lobero lo miró con grandes ojos llenos de cariño y gimió de pura satisfacción, inclinándose para apretar la oreja contra los dedos que la rascaban.

–¿Y si le ha pasado algo?

Agarró la cabeza del perro entre sus manos, como una abuela a punto de dar un beso a su nieto predilecto.

–Quizás esa vieja loca tenga razón. Y, si la tiene...

El lobero le lamió las manos y, cuando Breo miró por encima de la pelambrera gris, descubrió a la vieja loca más allá del fuego y los espetones, haciendo saltar tabas en un cuenco.

Ella advirtió que la observaban y alzó el rostro. Le devolvió la mirada, serena y rotunda. Y asintió con gravedad, apuñalando con aquellos ojos del color de la niebla.

Y, para disgusto del perro, Breo se puso en pie entre jirones de aquella niebla.

–Suntus me enseñó algo...

Enfrascados en aquella lucha de orgullos, discutiendo, nadie le hizo caso.

Dio una palmada, y entonces todos se volvieron hacia él.

–Suntus...

–¿Quién demonios es Suntus? –gritó Segilus, rijoso.

–Suntus fue el que me crio. Y me enseñó a pescar.

Shabako no pudo contenerse.

–No vamos a resolver esto con salmonetes...

Cuando lo buscó, Breo encontró de nuevo el rostro de la meiga, y más niebla, y un nuevo asentimiento.

–Suntus me enseñó a buscar pulpos entre las rocas –contó Breo, alzando la voz para imponerse–. Son unos bichos muy listos, se camuflan en los recovecos, incluso pueden cambiar el color de la piel y su forma.

–Pero ¿qué sandeces estás diciendo?

Breo dio un paso hacia Segilus, sin dejarse intimidar.

–Somos un puñado de desharrapados. Si atacamos a pecho descubierto, lo más probable es que nos maten. No podemos pelear contra una centuria al completo, ni contra media. Si atacamos la caravana mientras los trasladan, no conseguiremos nada. Shabako tiene razón. Y Plandus. Es un suicidio.

–¿Y qué propones? ¿Nos hacemos a un lado? ¿Dejamos que los lleven a las minas? –preguntó Segilus con sorna.

–No, debemos hacer lo mismo que los pulpos: camuflarnos.

–Claro, y luego los apuñalamos con sardinas... –se mofó el negro.

Se oyó alguna risa. Kilius se animó a protestar, pero Breo no se amilanó:

–Flavio, ¿qué había exactamente en esa partida de suministros que interceptasteis?

Y, cuando el renegado respondió, Breo expuso su idea.

Por eso, a la mañana siguiente, después de desayunar los restos de las liebres, pasaban ahora, uno a uno, por las manos de Tana, que les cortaba los largos pelos y les afeitaba barbas y bigotes.

Y por eso Elasus reía y Segilus se palpaba el rostro, incrédulo.

–Es una locura –protestó de nuevo.

Y Breo, armado de paciencia, habló de buenos modos:

–Sabes que no.

–Pero no tenemos idea de cómo hacerlo, no basta con esquilarnos como a caballos...

–Él nos enseñará –aseguró Breo señalando a Flavio.

El renegado hablaba con uno de los ayudantes del herrero. Entre ambos, forcejeando con ayuda de una azadilla, intentaban sacar una fina tablilla de una rama de roble que habían cortado nada más levantarse.

El negro metió baza:

–Siempre podemos volver al plan de las sardinas...

No tenían más que unos días para prepararse y otro para el trayecto. Así que no desperdiciaron el tiempo.

–La espada es fácil, es como las vuestras –explicaba Flavio mostrando una de las armas robadas–. Dicen que las legiones de «El Africano» fueron las primeras en usarlas, y dicen que la copiaron de los...

Calló, por no echar sal en la herida, y se centró en asuntos con menos espinas: cómo sujetar los correajes, cómo desenvainar sin rebanarle el pescuezo al hombre que luchaba al lado y, en suma, cómo se suponía que un auténtico legionario debía hacer uso de ella. Al frente, sin mandobles o aspavientos, con una sola mano, y pensando más en apuñalar que en cortar.

Y tenía razón. La espada fue lo más fácil.

Porque incluso el casco tenía sus triquiñuelas, especialmente para evitar que el relleno se moviese y dejase metal al descubierto. Siempre había alguna rebaba que terminaba por hacer daño. Y lo mismo sucedía con la bufanda, que no sólo servía para espantar el frío del invierno o enjugar el sudor del verano, sino que evitaba los roces de las correas y la loriga.

Flavio incluso les explicó cómo untar los metales con aceite de oliva mezclado con carbonilla para evitar que se oxidasen. En el poco tiempo del que disponía, se explayó en tantas cosas como se le ocurrieron. Hasta los instó a beber posca.

Pero cada vez que les echaba el ojo encima, se llevaba una decepción.

Pelados, sin bigotes, vestidos con aquellas túnicas coloradas, calzados con sandalias, tenían todo lo necesario y no parecían legionarios.

Eran incapaces de aguantar la formación y, en cuanto alguno se equivocaba en algo, los demás se le echaban encima con pullas.

–¡Orden! –gritaba Flavio desesperado, cuando ya habían intentado el mismo ejercicio media docena de veces.

Y Breo tenía que consolarlo.

–Si nos ven llegar así, no duramos un suspiro –le respondía, exasperado–. Lanzan las jabalinas y nos dejan como erizos.

Intentando menoscabar aquella indisciplina con buena disposición, Breo incluso pidió al renegado que le enseñase a chapurrear órdenes en latín, y también consejos para lanzar una daga con la misma habilidad que él. Se esforzó por aprender cuanto pudo en los días que duró aquella peculiar instrucción.

Además, aunque ya tenían la fragua preparada y al herrero le hubiera gustado convertir el arrabio en armas útiles a la causa, el renegado había pedido a Elasus que participase de la idea. Debía modificar uno de los cascos capturados. Y, concienzudo como siempre, pese al poco cobre y estaño del que disponía, el herrero intentaba convertirlo en algo que llevaría un centurión, con una cimera de crines de caballo. Y ésa no sería su única tarea.

Lo habían pensado todo, pero Flavio seguía sin estar convencido.

–Me pareció una buena idea cuando la propusiste, pero...

No hacía falta que se explicase. Fraxilus y Kilius, vestidos como legionarios, se desternillaban de risa a unos pocos pasos de donde estaban Flavio, la anciana y el propio Breo. Usaban las espadas de práctica para levantarse las túnicas y enseñar las vergüenzas, preguntándose dónde estaban sus pantalones, o qué ratón se había comido sus barbas.

–Ni siquiera consigo que se vistan como es debido –protestó el renegado, y señaló a Fraxilus, que llevaba los correajes de la espada en la cadera contraria–. Si desenvainase en formación, le abriría las tripas al hombre de su izquierda –explicaba, sombrío–. Por eso usamos espadas cortas, por eso es tan importante saber cómo desenfundar.

–Con un poco de suerte, no tendremos que pelear –adujo Breo.

Flavio resopló.

–No, no espero que aprendan a pelear como legionarios, sólo quiero que lo parezcan...

–Y lo harán mejor si lo entienden –completó Breo.

Pero no daba la impresión de que lo quisieran entender. Fraxilus había vuelto a levantarse la túnica y enseñaba su entrepierna otra vez.

–Aquí tienes mi barba, y seguro que nunca has visto una tan larga...

En esos días, el hosco renegado y Breo trabaron amistad. Desmigaron la desconfianza formando un frente común ante la indisciplina de los celtas. Irreverentes incluso cuando lo que hacían podía suponer morir en la cruz.

Eran incorregibles.

Esa mañana, unos cuantos hacían de centinelas, Plandus se había ofrecido a reconocer la ruta que seguirían, y Segilus a acompañarlo, encantado por tener una excusa que lo alejase de los planes de Breo. Otro par estaba de caza. El resto, no muchos, para desánimo de Flavio, bromeaban con desenfreno. Uno de ellos había tenido la ocurrencia de fingirse matrona romana; con unos ramajos en la cabeza a modo de peluca, se contoneaba de un lado para otro ordenando a sus esclavos que le preparasen un baño de leche de burra para el cutis.

Hasta Resinus, al que muchos llamaban «Oso» porque era casi tan grande como Elasus y tan peludo como las bestias, se había unido a las burlas de los otros dos. Habitualmente era un tipo callado. Sólo había protestado por tener que afeitarse, porque tenía la barba tan espesa y abundante que se le juntaba en el cogote con las greñas. Sin embargo, su habitual silencio se había roto con tanta broma. Ahora sugería a los otros dos que aquellos cascos romanos se antojaban una fantástica herramienta si a uno le apretaba una cagalera galopante.

Un tanto taciturnos, consumidos por las dudas que servían a los otros para divertirse, el renegado y Breo charlaban. Cerno dormía tumbado en la hierba, y Tana sonreía con picardía. Hasta parecía que el cuervo sonreía también. Pero la anciana era muy consciente de lo que se jugaban. Más que ninguno de ellos.

Ella había ayudado a Fraxilus a despellejar las liebres que habían servido de cena unas noches antes.

Mientras Fraxilus limpiaba las ramas que habrían de servir para los espetos, Tana había elegido a la más joven de las liebres. En el hígado, tierno y rosado, había encontrado un tumor negro como el carbón.

No había compartido nada con los demás, aunque, habiendo leído lo que leyó en las entrañas de la bestezuela, costaba entender que sonriese.

–Es un alto precio –había dicho al cuervo en su hombro.

Y el pájaro había chascado el pico en un ruido extraño.

–Lo sé, pero no puedo obligar a un río a fluir hacia la montaña.

Luego, pese al funesto vaticinio, había ayudado a Fraxilus a ensartar las liebres y arrimarlas al fuego. Y después se había colocado al lado de Breo para espolearlo a contar sus ideas.

Ahora, mientras Resinus soltaba pedorretas entre risas, amenazando con llenar el casco de Fraxilus, pensó que convenía levantar los ánimos.

–Lo veo capaz –dijo sorprendiendo al renegado y a Breo–. Lo veo capaz de cagarse en el casco del mismísimo Nerón –repitió, señalando al grandullón con su vara.

Y cuando las sonrisas despejaron el cansancio de los otros dos, cambió de tema.

–Lo harán bien –afirmó–. Además, hay otros asuntos de los que ocuparse...

Ambos sabían a qué se refería la anciana. Y Breo fue el que contestó:

–Flavio cree que servirá.

La respuesta no pareció satisfacer a la meiga, que miró al renegado buscando confirmación.

–¿Sirvieron los hongos?

–Sí –contestó Flavio–, la tinta ha resultado bien. Pero sigo sin saber el nombre, no tengo idea de cómo firmar –se quejó–. Y Shabako no se acuerda.

Tana no se desanimó.

–Tenemos cuatro días más, ya se te ocurrirá algo.

Flavio se encogió de hombros, menos confiado. Y Tana, recordando lo que había visto en las entrañas de la liebre, dijo algo más.

–Debéis abandonar la ciudad por la puerta de poniente, la que sale hacia el río...

–¿Para qué? Es un rodeo enorme –arguyó Flavio, pasmado.

El cuervo aleteó, y en aquellos ojos del color de la niebla cuajó algo.

Ambos percibieron el cambio. De la viejuca emanaba una fuerza poderosa; había perdido treinta años de un plumazo.

–Debéis cruzar el río –tascó con firmeza–. Así lo quieren los dioses –aclaró entrecerrando los ojos–. El resto se resolverá –concluyó enigmática.

Se quedaron solos, entre las bromas de los otros y los misterios de ella.

–Pide imposibles –se quejó Flavio buscando consuelo.

–Anda –dijo Breo conciliador–, vamos a ocuparnos de lo que sí podemos, a ver si conseguimos que Resinus se quite el casco de ese culo gordo y peludo y se lo ponga en la cabeza.

–No sé si le cabrá –repuso el renegado con una sonrisa– en ninguno de los dos sitios.

La rabia con la que hincaba el punzón hacía de las letras mordiscos.

La lámina de plomo estaba abarrotada. De un extremo al otro, todo eran garabatos y tachaduras. Quedaba apenas un pequeño espacio en blanco. Y Marco Lucio no se detuvo.

–... Plutón, te ofrezco la sangre de un becerro si ese malnacido muere entre terribles dolores –escupió con desdén–, con el vientre perforado, con la espalda rota, arrastrándose como un gusano, suplicando clemencia, chillando como un crucificado...

Escribió el nombre, y lo tachó con tanta ferocidad que perforó el metal.

–... Escúchame, poderoso Jano; atiende a mis súplicas, Marte, que se le deshagan los intestinos, que se le caigan los dientes –maldijo–, que envejezca de pronto, que lo hagan eunuco, que lo obliguen a comerse sus propios intestinos, que él sufra, que toda su familia sufra...

En su despacho de la prefectura, a la luz de una única lucerna, tras haber dado orden de que no lo molestasen, se desahogaba. Usaba el punzón como si fuera un puñal. Un puñal afilado que podía clavar a voluntad en la espalda de Sila, buscando el corazón.

Lo quería muerto.

–... enseñadle respeto, enseñadle cómo tratar a un prefecto de la Victoriosa, y luego enseñadle sus propias tripas.

Tenía la frente cubierta de sudor y los nudillos blancos. Pero ya no quedaba un solo resquicio en el que añadir otro dios u otra súplica de venganza. Y sus labios se retorcieron en una cínica sonrisa que destilaba satisfacción.

Enrolló la lámina cuidadosamente y, antes de salir con aire decidido, repasó la loriga, los correajes, la bufanda. Se aseguró de mostrar un aspecto impecable mirando en un espejo de bronce y se caló el casco.

Los legionarios con los que se cruzó lo saludaron con el respeto debido, pero percibió los cuchicheos y las miradas huidizas.

Para sus hombres, era una situación incómoda. Aquel recién llegado, con la autoridad del emperador en persona, se había hecho cargo de la guarnición, y no sabían cómo tomárselo.

Pasó junto a las obras del nuevo acueducto y allí había un lupanar que los suyos frecuentaban. A las puertas, con aires cansados y cubiertos de barro desde los tobillos a las orejas, había un grupo de legionarios que siempre le habían servido bien. Uno de ellos era un despensero respetado en la Sexta, porque, pese a su posición, jamás especulaba con lo forrajeado o las compras. Nunca había recibido una sola queja por contrabandear con los suministros, algo aceptable en otras legiones si no se abusaba. Pero ése no era el caso.

–Salve –saludó Marco Lucio cuando el otro se acercó cabizbajo, carraspeando con la cara torcida–, Aurelio.

–¡Salve!

El resto de los hombres se había quedado a la entrada y aparentaban no mirar.

Al despensero se le veía incómodo. Pero Marco Lucio ya se aventaba el problema.

–¿Día duro? –preguntó el prefecto con su mejor sonrisa–. No irás a decirme que ha sido peor que cuando salimos por patas de aquel burdel de Clunia con el gobernador a rastras...

–Seguía pidiendo vino –recordó el otro con una risotada.

Y calló incómodo.

Marco Lucio le puso una mano en el hombro.

–Lo sé, amigo, lo sé.

Aquello soltó la lengua de Aurelio:

–No, nos da descanso, de sol a sol, todos, ¡todos! Ha descuidado las guardias, no hay centinelas en las murallas, hasta los cocineros están patrullando. Y cada día es peor. Nos tiene buscando debajo de cada

piedra, de cada arbusto. Ha mandado a hombres desde las playas hasta los neveros... Ha mandado azotar a...

Marco Lucio lo interrumpió con un gesto.

–Tened paciencia. Ahora mismo estoy de camino para resolverlo.

Aurelio echó un vistazo por encima del hombro a los hombres que se habían quedado a las puertas del lupanar, y se volvió de nuevo hacia su superior.

–Confía en mí –insistió Marco Lucio.

Reticente, el otro acabó por asentir.

Salió de la ciudad por la puerta este y, tras un corto paseo, llegó hasta el afluente del Minius que rodeaba la ciudad por ese lado. Allí había un pequeño templete, un ninfeo modesto con sólo una estatua dedicada a Neptuno y hornacinas vacías que esperaban a las ninfas que le daban el nombre. Apenas unos arcos, frescos que habían salido baratos y un mosaico sin pretensiones.

Contempló el agua remansada y, tras pellizcarla unas cuantas veces entre los dedos, como para infundirle mayor poder, lanzó la lámina de plomo al agua.

–No te tenía yo por un tipo creyente...

Hubiera reconocido aquella voz, ruda y seca, en cualquier parte, pero supo quién era antes incluso de escucharlo. Un intenso aroma a regaliz flotaba en el aire. Y el prefecto fue directo al grano.

–¿Qué ha dicho?

La sonrisa del portador del estandarte mudó de inmediato.

–¿Te fías de él?

Asintió y fue sincero.

–Todo lo que puede esperarse –reconoció Marco Lucio.

–Y, si te fías de él, ¿por qué no le has sacado dónde está el campamento y has acabado con esos desgraciados?

–Porque es mejor lidiar con un moribundo que dejar que alguien con más ínfulas ocupe su lugar –repuso Marco Lucio–. Escucha, de vez en cuando les permito interceptar suministros o rescatar a unos cuantos esclavos. Triscan por las montañas y no causan más problemas que los que yo les dejo.

Marco Septicio asintió.
–Entiendo.
El prefecto también asintió.
–Entonces, ¿qué te ha dicho?
–Ha dicho que cuatro días.

Cuatro días después, en dos columnas, una veintena de legionarios se presentó en la puerta este de Lucus.

Los mandaba un centurión cuajado. Un tipo recio que destilaba veteranía. Y el centinela que les dio el alto a los pies de la muralla, pese a no haber visto en su vida a aquel oficial, sacó pecho y alzó la frente. No fuera a ser que la vara de mando del centurión acabase en sus costillas.

–¡Salve!

Devolvió el saludo con desgana y le entregó una tablilla, que el centinela se apresuró a leer.

Y a medida que lo hizo supo que se acababa de meter en problemas.

–No era esto lo que tenía entendido –tartamudeó, apocado.

La vara de aquel centurión golpeó la palma de la mano. Una, dos veces. Y una tercera, para darle tiempo a reformular lo dicho.

Y el centinela, después de tragar y darse cuenta de que el bocado de miedo era demasiado grande, probó suerte otra vez.

–Se suponía que un destacamento se los llevaría más adelante. El...

No supo qué cargo ponerle, y tardó en acabar la frase.

–... El enviado imperial aún los está interrogando.

La vara volvió a golpear, impaciente.

–Podéis pasar, por supuesto –añadió, solícito–. Estaréis cansados del camino. Hay buenas tabernas en la ciudad, y los baños junto al río están bien. Pero no puedo dejar que os los llevéis sin la confirmación del prefecto...

Dudó un momento y añadió algo más:

–... Y creo que tendría que firmarla también el enviado imperial... –aventuró–. Él es quien se está ocupando de este asunto... Tenía entendido que ya se le había notificado al tribuno Didio Severo.

–Didio Severo –repitió el centurión, como si el nombre fuese importante.

La vara se detuvo. Las dos columnas tras el centurión se revolvieron inquietas, las lorigas tintinearon, los clavos de las sandalias hicieron un extraño en la calzada.

Y el centinela sintió la necesidad de seguir hablando.

–Sería el procedimiento –dijo, y alargó el brazo para devolver la tablilla.

No podía decirse que la mano temblase, pero sí que sus dedos vacilaron. La tablilla se movió como un abanico.

La vara del centurión se alzó de golpe, como si se preparase para golpear.

El centinela no pudo evitarlo, entrecerró los ojos, se encogió, y la tablilla acabó en el suelo. Aun así, el centurión se mostró magnánimo. Aquella vara se posó en la frente y rascó justo donde se apoyaba el casco, decorado con una abundante cimera de crines de caballo, en un estilo tradicional. Como las medallas que le adornaban la pechera, que tenían viejos diseños, pero se veían tan nuevas como recién salidas de la fragua del herrero.

Aquello impresionó al centinela y dio alas a su miedo, porque hacía falta mucha dedicación para mantener el uniforme así de impoluto.

–¿Y cuando te da un retortijón? –preguntó el oficial en un tono tan dulce como frío.

En el rostro del centinela se pintó el desconcierto.

–Cuando se te desbaratan las tripas –dijo, como si le hablase a un niño–, ¿también esperas una orden del prefecto?, ¿firmada?

La vara del centurión viajó de su frente a la nariz del guardia como una centella. Eran dos palmos de flexible madera de vid y empezaron a apretar, hasta que los ojos del centinela lagrimearon.

–Y para limpiarte el culo, ¿para eso también necesitas una orden firmada por ese enviado imperial?

El tono era el de un ama de cría cantando una nana a un niño de pecho. Sin embargo, los compañeros del centinela, ahora sólo se destacaban cuatro hombres en cada puerta, dieron un involuntario paso atrás. Todos habían recibido el zurriagazo de una de aquellas varas. Todos conocían la historia de aquel centurión al que apodaban «Dame otra», porque siempre tenía que pedir una más después de haber destrozado la última en el costillar de algún infeliz.

De tan apretadas, las narices estaban ya blancas, y lo que le caía por las mejillas eran ahora lagrimones como cantos rodados.

–¡Escúchame bien! –tronó de pronto el vozarrón del centurión–. Pedazo de cagajón, cagarro que alimenta escarabajos, desgracia humana... –La vara siguió apretando, y apretando, hasta que el centinela cayó de espaldas con estrépito–. El tribuno de las minas necesita a esos barbudos malolientes. ¿Me has oído?

El centinela intentaba recoger el escudo, recolocarse el casco, atrapar la tablilla y ponerse en pie, todo a un tiempo.

–Esos cabrones se están cagando patas abajo. –Los demás guardias torcían los rostros, como si intentasen avanzar a través de una granizada–. Se nos mueren veinte o treinta todos los días. Y el trece se niega a derrumbarse. Y en los lavaderos hay doscientos carros por palear, batir, filtrar y preparar. Y en los canales hay un atasco que ha jodido el suministro...

Los gritos cesaron, y el centurión se inclinó hacia delante, tenso como un arco. Su rostro curtido, impecable, bien afeitado, era como el pedernal. Y volvió a hablar en aquel tono zalamero con el que empezara:

–Así que, dime, ¿me vuelvo? Claro, me vuelvo y explico al tribuno que debe parar las minas. Que avise al emperador de que tendrá que esperar para el próximo envío. –La voz volvió a alzarse como una tormenta en el horizonte–: ¡Que el oro de Roma ya no corre prisa! Todo porque uno de esos pegotes que se le agarran a uno en la punta de la verga ha dicho que necesita no sé qué mierda de no sé quién cojones que dice ser enviado imperial...

Hubo una pausa.

–Estoy seguro de que el tribuno estará encantado. Lo único que necesito es el nombre y el número de ese pegote asqueroso... Porque no irás a decirme que ese pegote maloliente está en mi verga, ¿verdad? No me habrás recomendado los baños por eso, ¿verdad?

El vistazo que el centinela echó sobre su hombro para consultar con sus compañeros no le sirvió de mucho. Sólo encontró ojos gachos.

Intentaban todos capear el temporal, y ninguno se fijó en que los legionarios que encabezaban las columnas tras el centurión sudaban como pollos. Uno, tosco como una patada en la entrepierna, tenía las mejillas enrojecidas, como si le hubiera sentado mal el afeitado. El otro, de ojos azules y pelo rubio, se tironeaba de la loriga, tratando de encontrarle acomodo.

–Están en un antiguo corral de mulas, junto a la prefectura –explicó, terminando de colocarse el casco–. Creo que el que está al cargo a esta hora es Cayo Décimo –indicó tendiendo la tablilla.

La mano del centinela temblaba, y las órdenes estuvieron a punto de caer de nuevo.

La sonrisa del centurión fue una grieta abriéndose en el hielo.

–Así me gusta.

El tal Cayo Décimo resultó un tipo más acostumbrado a los vericuetos de la burocracia militar. No puso una sola excusa. Ni siquiera advirtió que la tinta de la firma tenía un color distinto al resto de la tablilla. Órdenes eran órdenes, y no era la primera vez que recibía órdenes contradictorias.

Esa mañana, aquel cagafino venido de Roma se había presentado a primera hora para llevarse a uno de los cautivos e interrogarlo, sin intención de enviarlos a las minas, pero lo que sostenía ahora entre las manos era la orden de un tribuno. Y Cayo Décimo se limitó a encogerse de hombros.

–Algunos han muerto aquí –comentó, sin darle importancia–. Y falta uno. Lo tiene el «aquí mando yo» en los antiguos establos. ¿Queréis que vaya a buscarlo?

A lo largo de las columnas, los clavos repicaron en los adoquines, pero el centurión se mantuvo impertérrito.

–¿Quién?

–El mamonazo malparido, ese sibarita que come tetas de camella –reconoció Cayo Décimo en tono cómplice.

El centurión mascó, incómodo, como si algo reptase por su pierna. Pero mantuvo la compostura.

–Ah... Ése no es de los nuestros –dijo, llevado por la intuición–. Un pisaverdes con los sesos llenos de tinta... –añadió con desprecio.

Cayo Décimo escupió y chascó la lengua para quitarse algo atrapado entre los dientes.

–No, no es uno de los nuestros –concedió–, pero créeme: lo suyo no son los despachos. Puede ser muchas cosas, y ninguna buena, pero ese estirado pomposo no es un correveidile manchado de tinta...

El desdén resultaba tan patente como la cautela. Eran hombres de armas y sabían cuánto y cómo se podía despachar al hablar de un superior. Acabaron por sostenerse la mirada hasta que ambos asintieron.

–Pues, si a ese boquifino le apetece encular a uno de los barbudos, que lo encule –animó el centurión con camaradería–. Déjalo estar. Al resto nos los llevamos ahora mismo. El tribuno lleva quince días sin mear...

El tal Cayo Décimo volvió a chascar la lengua y finalmente asintió. Se giró a otro legionario que tenía tras él y le tendió aquella tablilla.

–Llévasela a Marco Lucio –ordenó antes de volverse a los recién llegados–. Por mí, mientras arreglan el papeleo, podéis ir pasando.

Y Cayo Décimo y los otros centinelas se apartaron mientras el de la tablilla marchaba hacia la prefectura.

Cuando el portón se abrió, el hedor reseco del estiércol de mula los abofeteó.

–¡Arriba! ¡En pie, boñigas! Ha llegado la hora de mover esos culos escurridos.

Los cautivos acusaban la falta de libertad, la escasa comida y el miedo. Estaban sucios y demacrados. Había uno con el brazo en cabestrillo, una niña con una muñequita hecha de hierbajos, un crío cojo e incluso una matrona con un bebé. Y a todos les costó ponerse en pie, pero todos obedecieron a los berridos del centurión.

Y sus legionarios aseguraron sogas a las muñecas de cada uno e hicieron lazadas por las que pasar una segunda cuerda, para llevarlos como recuas de ganado.

–¡Nos vamos! –gritó el centurión agitando su vara–. ¡En marcha!

–¡No!

Todos se volvieron.

–Falta uno de nosotros, no nos iremos hasta que vuelva.

Era una muchacha altiva a la que el cautiverio no había hecho mella. En sus ojos brillaba una furia tan intensa que el legionario frente a ella, a

punto de pasar el cabo de la cuerda por la lazada, había dado un paso atrás y dudaba qué hacer.

Desde el portón, Cayo Décimo se asomó con curiosidad, y el centurión supo que debía actuar de inmediato o quedaría en ridículo.

La señaló con la vara.

–Nos vamos.

No gritó. Ni siquiera alzó la voz. Pero su tono estaba calado de frías amenazas.

–¡No! No hasta que vuelva Kalakotum. Se lo llevaron esta mañana.

En el rostro de la matrona que sostenía al bebé se advertía una expresión piadosa. Ella y todos los esclavos miraban a la muchacha. No importaban el polvo en sus mejillas, los cabellos revueltos o las ropas deshilachadas.

–Soy Niske –exclamó con orgullo–, hija del jefe Abulus, del castro de Fazouro. Y no nos moveremos hasta que traigan a nuestro compañero. Ya hemos perdido a demasiados.

En el portón, Cayo Décimo y sus hombres cruzaban cuchicheos. Parecían divertidos por el desplante y con curiosidad por el desenlace.

Todos allí la tenían. El que más, Sento, quien ya se imaginaba cómo cantaría aquella escena al amor de la lumbre. La brava mujer celta alzada contra la tiranía, por su clan, por su gente.

También el viejo Garrius se conmovió, mantenía su único ojo clavado en la muchacha, y una sonrisa de admiración se dibujó entre las arrugas de su rostro. De no ser porque la tos se le había agarrado al pecho, de no ser porque se sentía débil, él también se habría levantado.

Reburrus, sin embargo, no compartía la opinión del viejo guerrero. Veía en todo aquello un gesto inútil, incluso temía represalias.

Todos miraban, y todos se preguntaban qué iba a suceder.

Todos menos ella.

La única que no albergaba dudas era Niske. Que seguía allí, en pie, dispuesta a echar raíces.

–¿Necesitas una mano? –preguntó burlón Cayo Décimo desde la puerta.

El centurión seguía con la vara levantada, pero sin hablar. Y varios de sus legionarios se miraron, indecisos.

–A veces conviene montarlas para poder domarlas –continuó Cayo Décimo, que echó a andar hacia el interior del corral.

Uno de los legionarios perdió la paciencia, aseguró las muñecas de uno de los cautivos y cruzó con pasos resueltos hasta la orgullosa muchacha.

Sento, que no se perdía detalle, vio la transformación en el rostro de Niske.

Ella advirtió que el romano se acercaba y no se arredró. Incluso alzó aún más el mentón. Entonces el romano se plantó ante ella y ella lo miró con desprecio, pero ese desprecio duró un parpadeo.

Sento no supo si el legionario susurró algo que él no oyó, pero la cara de la muchacha se demudó.

El legionario alzó el brazo, y la mano se quedó en el aire un instante. Sólo uno, para reunir coraje o para ganar impulso. Y la abofeteó.

–¡Vamos!

El legionario escupió la orden con desprecio, con tanto que el viejo Garrius sintió un escalofrío.

Ella trastabilló, a punto de caer. En su rostro no había dolor, sólo sorpresa. Ni siquiera se llevó la mano a la mejilla, que empezó a enrojecer.

El centurión reaccionó de inmediato.

–¡En marcha!

Y empezó a moverse, apremiando con la vara a los suyos para que terminasen la tarea con las cuerdas.

–Panda de hijos de mulo. Montón de estiércol. ¡Os hemos preparado un lugar de vacaciones precioso! ¡Os va a encantar! ¡A las minas!

Desde la puerta llegaban las risas.

–Así, con delicadeza –se mofó Cayo Décimo.

–Con mucho cariño –repuso con chanza otro de los guardias.

Aquel legionario que había abofeteado a Niske le aferró las muñecas atadas y pasó por la lazada el cabo del resto de cautivos. Sin

miramientos. Y el bardo advirtió que Niske seguía sin creer lo que sus ojos veían; se dejó hacer como un pelele.

Cuando aquel legionario se dio la vuelta, Sento intentó fijarse en él, pero otro romano se cruzó por medio. Había demasiado ajetreo.

Y cuando tiraron de las sogas el bardo tuvo que echar a andar. Iba en medio del grupo. Aun así, estiró el pescuezo y se puso de puntillas para ver mejor, pero sólo distinguió unos mechones rubios que se escapaban del casco.

Cayo Décimo todavía se reía cuando pasaron de largo.

Los vio alejarse, incluso advirtió que uno de ellos llevaba la espada al costado izquierdo y, cuando doblaron la esquina, llamó a uno de sus compañeros.

–¿Conoces ese ninfeo junto al río pequeño?

–Sí

–Ve allí y busca a Marco Septicio, el portador del águila. ¿Sabes quién es?

El otro asintió.

–Le dices que la gallina sigue empollando, pero que los gazapos han salido de la madriguera.

Ante el desconcierto, Cayo Décimo repitió el extravagante mensaje.

–Él lo entenderá –aseguró–. Lo acordamos hace días. Tú, ve. ¡Y corre! Corre como si el mismo Plutón te persiguiese para darte por culo.

Segilus se estaba despellejando las mejillas. Afeitarse le había dejado la cara hecha un cisco, y el casco lo empeoraba, lo hacía sudar y se rascaba como un chucho sarnoso. Aun así, no pudo reprimirse.

–Por lo que he visto –masculló en un susurro, sin romper el paso–, te lo hará pagar...

Breo no se rascaba, pero tironeaba continuamente de la loriga en un vano intento por acomodársela. Y, cuando no, del cinturón o los correajes. No había conseguido hacerse a todos aquellos trastos.

–¿Quién? –preguntó en voz queda, ocupado también en mantener los aires marciales.

Segilus echó la cabeza atrás para señalar con el mentón.

–Ella...

Tanto se abochornó Breo que sus mejillas quedaron igual de rojas que las de Segilus, y éste tuvo que esforzarse por no reír.

–Vete a tomar por saco...

Dos pasos por delante, más acostumbrado a parecer un legionario, Flavio torció apenas el rostro.

–¡Callaos! –riñó con disimulo.

Afortunadamente, las risillas de Segilus sólo las escucharon en las primeras filas.

–¿Le hacemos caso? –preguntó Flavio poco después, abriendo apenas los labios.

Breo lo consideró, durante tanto tiempo como para que Flavio se volviese a comprobar si lo había escuchado.

–Ese tipo de la puerta este aún se debe estar buscando los huevos. No nos pondría problemas –arguyó el renegado cambiando la vara de mano.

–O ha tenido tiempo de pensárselo y decide amargarnos la vida. Hagamos lo que ella dijo –sugirió Breo.

Un chiquillo ensimismado se entretenía con unas canicas unos pasos por delante. Y estaba pendiente de una jugada peliaguda; además, no entendía de asuntos castrenses, por eso no se extrañó cuando el centurión le dijo a uno de sus subordinados:

–Lo haremos como dices...

Callejearon por la ciudad hacia el oeste y, para quienes los vieron pasar, no eran más que un centurión, veinte legionarios y el doble de esclavos.

Una verdulera, un mercader de vinos que conducía un carromato con destino a El Bebedor, una pareja de jóvenes enamorados que se hacían arrumacos; muchos los vieron pasar. Y nadie tuvo la ocurrencia de preguntarse por qué se llevaban a los esclavos hacia el oeste cuando las minas quedaban al este.

Lo que nadie sabía.

Lo que sólo Tana sabía era que, en el este, en aquel desastrado ninfeo con una mísera estatua dedicada a Neptuno, allí estaba Marco Septicio, mascando regaliz. Y con Marco Septicio había cincuenta hombres escogidos de la primera cohorte.

Pero eso no lo sabía Segilus, ni Breo, ni Flavio. Que siguieron el consejo de la meiga y salieron de la ciudad por la puerta oeste, la que llevaba al Minius y conducía a Brigantium. Y allí no les pusieron ninguna objeción, porque trasiegos como aquél eran cuestión de cada día, y a los centinelas les daba igual si los esclavos iban a las minas o al nuevo campamento en las fuentes del Támaris.

Y tampoco sabían que aquel Cayo Décimo que tanto les había facilitado las cosas estaba ahora hablando con su prefecto.

–¿Reúno a los hombres?

El colmillo de oro destelló.

–¿Y el cagafino?

–En los establos, martirizando a uno de los barbudos.
La sonrisa de Marco Lucio creció como una grieta por una pared.
–¿Y Septicio?
–Le he enviado mensaje.
Los dientes aparecieron, como si fuera a dar una dentellada.
–Reúnelos –ordenó finalmente.

Nadie miró las picotas.

Ya no eran más que desechos, ni siquiera las moscas mostraban interés, pero seguían siendo las cabezas de sus gentes, de su pueblo.

O miraron al frente, al camino hasta el puente sobre el Minius, o encontraron algo que observar en el imponente refuerzo de las murallas. A la enorme base de piedras se añadían palenques, fosos y troncos afilados en medio de un ajetreado trasiego de arena, cantería y hombres que se apuraban de un lado a otro con una eficiencia que, como siempre, asombró a Breo.

–Consiguen más con la pala y el pico que con la espada –dijo a Segilus, que volvía a rascarse las mejillas.

–No matan con el pico y la pala –le respondió con desdén.

Breo lo consideró.

–Te equivocas. Con la espada matan hoy, pero con la pala y el pico matarán mañana... y pasado mañana. Y lo seguirán haciendo dentro de una temporada, de dos. Dentro de un año. De muchos años.

El trabalenguas animó un reojo desconfiado de Segilus.

–Con la espada cambian lo que somos; con el pico y la pala cambian lo que seremos.

–Ya lo he dicho antes y lo vuelvo a decir –repuso Segilus–: ¡estás como una cabra!

Empezaban a descender hacia el río. El camino que pisaban, ancho, despejado, de buen firme, parecía darle la razón a Breo. Aun así, no insistió. Tenía otros asuntos que atender. Se hizo a un lado, aminorando la marcha, y sus compañeros lo fueron adelantando.

El primero, Plandus, que le sonrió exultante, con aquella cara de pícaro que la oreja malograda no estropeaba. También uno de los ayudantes del herrero; el muchacho aún tenía hollín de la fragua tras las orejas, y lo hizo con tanto entusiasmo que hasta el último de sus dientes, desbaratados y escasos, quedó a la vista. Y Kilius, y el gigantesco Resinus, a quien el casco sólo encajaba en la coronilla; la risa que intentó contener sonó como el gruñido de un oso. Y Fraxilus, el arquero, más serio y compuesto, el mismo que le había enseñado por qué puntas de flechas distintas servían para cazas diferentes, le guiñó un ojo.

Se habían hecho amigos. Entre ellos había nacido algo, algo que se había vuelto inquebrantable. Y Breo también sonrió.

El último fue el altísimo Merrius, al que le faltaban dos dedos de la mano derecha porque, de niño, el tajo de una espada romana se los había cortado. Un tajo que había entrado en el costado de una madre que protegía a su hijo. Merrius, taciturno siempre, no sonrió, pero inclinó la cabeza con respeto.

Tras él venían los cautivos. Y Breo agachó el rostro e intentó mirar de reojo a los prisioneros, para que no lo reconociesen. Como había hecho ella.

Pasó Idra, con su bebé, y estuvo tentado de hablarle, para tranquilizarla, pero logró refrenarse. Pasó también la hija de Garrius, la que tenía el don; y, de hecho, ella le lanzó una mirada suspicaz que obligó a Breo a disimular, como si el final de la recua hubiera llamado su atención. Allí caminaba también el incombustible Garrius; refunfuñaba con su boca desdentada y lo miró con su único ojo, con un odio profundo y sereno, tan amargo que Breo se sintió reconfortado al comprobar que aquel viejo fuego seguía ardiendo.

Estaba deseando decirles la verdad.

Descubrió con sorpresa al bardo. Con el brazo en cabestrillo y la derrota estampada en el rostro. Lo vio tan abatido que estuvo a punto de susurrarle algo, pero se contuvo, porque detrás de Sento caminaba Reburrus, cabizbajo y amargado.

La esposa de Cirrius llevaba sobre los hombros a la pequeña Drisa, y algo entibió el pecho de Breo cuando vio al niño Cirrius. El crío, orgulloso, cojeaba al final de la fila, con el pequeño rostro contraído y los ojos cargados de orgullo, como le hubiera gustado a su padre, sin emitir una sola protesta. Detrás de él, caminaba Niske.

Se miraron.

Ella tenía en el rostro la huella de su mano.

Él tuvo que recolocarse el casco para que la visera le dejase ver.

Quiso explicarle que no se le había ocurrido otro modo, preguntar a quién habían perdido, quién se había quedado atrás. Quiso decirle tantas cosas. Tenía tan pocas palabras.

Se miraron.

Y algo sucedió.

A la cabeza de la caravana, Flavio se detuvo en seco, aguzó la vista, masculló una maldición y no supo cómo llamar a su amigo. De frente venía un labriego con dos cestos llenos de lechugas y quería disimular, pero no habían acordado nombres romanos. No se habían imaginado que los necesitarían; y la boca se le hizo un gurruño, como si masticase un ovillo de lana.

El labriego pasó de largo.

Flavio siguió farfullando.

Para cuando consiguió hablar, Segilus también lo había visto. Señalaba incrédulo con una mano que acababa de abandonar su mejilla.

–¡Breo! ¡Breo!

El grito los sorprendió a ambos, y la mirada se deshizo en añicos. Tuvieron que separarse sin llegar a decirse lo que ninguno de los dos sabía cómo decir.

Entre los demás hubo preguntas y cejas alzadas. No creían lo que acababan de oír. Reburrus miraba a todos lados, confuso.

Breo corrió hacia la cabeza del grupo.

Tras Flavio, tanto los falsos legionarios como los cautivos acabaron por detenerse.

Era inconfundible con aquel sayo blanco y raído. Tana estaba en el puente sobre el Minius.

–¿Qué hace? –preguntó Breo, turbado.

La anciana, moviéndose de un lado a otro, hacía aspavientos con la vara. Como si intentase dar caza a una alimaña escurridiza.

–¡No, no! En el río. ¡En el río! –gritó el renegado, poniéndole una mano en el hombro.

Habían tomado las barcas. Las chalanas que usaban los zapadores para ir y venir hasta los pilotes del nuevo puente. El que debía ser el ingeniero aún protestaba en la orilla.

Ocho botes, cargados hasta los topes con legionarios. Ocho botes cruzaban el río.

Incluso se oían las voces de ánimo para los remeros. Y, en la primera chalana, con un pie en la borda, destacaba el que los mandaba, un tipo enorme, un toro, un toro que vestía piel de lobo. La cabeza abierta del animal, lista para soltar un mordisco, le decoraba el casco y, a su espalda, flameaba el pellejo.

No hacían falta explicaciones. Aquel hombre encaraba el combate con una piel de lobo sobre los hombros y, desenvainada, su espada señalaba hacia el lugar donde la plataforma del puente se fundía con la tierra.

–Nos van a cerrar el paso –anunció Flavio.

Y tenía razón. Se desgañitaban a los remos mientras aquel tipo vestido de lobo gritaba como un poseso. Los estarían esperando al otro lado.

Aun así, Breo dudó. Había algo que no comprendía.

–Pero no tiene sentido. ¿Por qué cruzan el río?

Los dos entendieron al unísono, en cuanto acabó la pregunta, y se volvieron agitados.

Allá arriba, la muralla vomitaba otros tantos legionarios.

Ninguno llevaba una piel de lobo, pero el que los mandaba tenía el peto lleno de condecoraciones, y su casco estaba atravesado por una cimera de crines de caballo, una auténtica.

Se les heló la sangre.

Entre los cautivos, alguien gritó.

–Estamos atrapados –se lamentó Flavio poniendo voz a lo que todos pensaban.

–¡Corred!

Breo no sólo aulló. Azuzó con las manos, empujó, cortó con su espada las ligaduras de los cautivos.

Para que escapasen.

Para que luchasen.

Para que fueran libres.

–¡Correeed!

La primera de las chalanas tocó tierra y los legionarios desembarcaron a toda prisa, alguno incluso se echó al agua para vadear los últimos metros. Y el que llevaba la piel de lobo seguía apremiándolos.

Se convirtió en una carrera. O corrían o los cazarían como a ratas en un tonel. Los matarían.

Y, desde el puente, Tana los urgía con las manos y su cuervo graznaba en lo alto.

–¡Coorreeeeeed!

Tras ellos ya se oían los gritos de los otros legionarios, los que salían de la ciudad. Incluso el repicar de sus sandalias. Eran una avalancha. Una avalancha que descendía monte abajo, que tomaba velocidad, que ganaba fuerza.

–¡Corred! ¡Corred! ¡Coorreeeeeeed!

Niske cogió en brazos al niño Cirrius.

Y corrió.

Corrieron.

Todos corrieron.

No quedaba una sola pulgada en el torso de Kalakotum sin un tajo.

Y tampoco una sola de sus uñas.

Ya no respiraba.

Al recibir el encargo, Sila había albergado la esperanza de que lo resolvería en un suspiro. Sin embargo, hacía semanas que tenía a los hombres de la guarnición dando tumbos por la provincia, y hacía días que torturaba a aquellos orgullosos barbudos.

Y el hijo de Turainos seguía con vida.

Abandonó la tenaza en un poste, y una uña ensangrentada cayó al suelo.

–¡Estúpido! –masculló.

Pronto llegaría de Roma algún berrido. Y Sila sabía que, pese a los secretos que conocía, a Nerón no le temblaría la mano para ordenar su muerte. Aquel lunático había exigido asesinar a su propia madre.

Se restregó en un trapajo cubierto de sangre reseca y, como apenas sirvió para algo, insistió en una bacina con agua apoyada en un antiguo pesebre.

Se lavó. Se quitó el delantal de herrero que llevaba puesto. Se colocó la túnica. Se aseguró de que los pliegues por encima del cinturón resultasen parejos y, con una última mirada de desprecio al cadáver, salió de los establos.

Advirtió la mala cara de los centinelas, pero la ignoró.

–Voy a intentar cenar algo decente –informó–. Mañana volveré. Me llevaré a esa muchacha, la rebelde.

Cayo Décimo se encogió de hombros y cruzó una mirada cómplice con el resto de los hombres.

–Sería un desperdicio –dijo insolente–. Menos mal que ya se ha ido.

–¿Cómo?

Los legionarios se pusieron en pie, en formación de ataque. Alguno incluso se llevó la mano a la espada. Y, al frente del grupo, Cayo Décimo sonrió con desfachatez.

–¿Qué has dicho? –insistió Sila.

–Que se ha ido. Ella y todos los demás... Bueno, menos los que tú has matado. El resto se ha marchado.

–Querrás decir que se han fugado... Y, si lo han hecho, es porque vosotros, panda de gandules –no levantó la voz, en su rostro no apareció el menor signo de inquietud–, no habéis hecho vuestro trabajo.

Por encima de su hombro, Cayo Décimo miró a sus compañeros y, después, dio un paso hacia delante.

–No, en absoluto –negó con firmeza–. Hace unos días llegaste cacareando que, a partir de ese momento, tú ostentabas el mando de la guarnición –soltó desdeñoso–. Y ordenaste hacer guardia en este portón de mierda, todo el día oliendo a estiércol de mula. Y ni yo ni ninguno de mis muchachos nos hemos movido –aseveró con vehemencia–. Si se han escapado, será más bien porque las órdenes que diste no fueron, quizá, las más acertadas...

Los ojos de Sila repasaron a todos y cada uno de ellos.

–Así que, ya ves –concluyó el legionario–, has perdido todo un cargamento de esclavos.

Dos de los hombres a espaldas de Cayo Décimo desenvainaron y los hierros sisearon como áspides egipcias.

–Y me temo que también has perdido algo más –añadió burlón–; a ese conejo que andabas buscando...

Por un instante, pequeño, casi inexistente, el ceño de Sila se contrajo.

–¿Cómo puedo haberlo perdido si aún no lo he encontrado?

Desenvainaron los que faltaban.

–Porque nosotros, los hombres de la Sexta, sí lo hemos encontrado –declaró triunfante–. Marco Lucio, nuestro prefecto, lo ha encontrado.

¿No te lo ha comentado?

La mirada de Sila calibraba a los legionarios.

Cayo Décimo se adelantó un poco más, hasta dejar entre ambos dos pasos, la distancia de una espada.

–Va a resultar que los de la Sexta no necesitábamos lecciones sobre cómo hacer nuestro trabajo. Porque, si las cosas se hacen a la manera de la Sexta, salen bien. Si no..., si no, si se hacen a la manera de un mierdas cagafino venido de Roma y cargado de papelitos, entonces me temo que salen mal...

–Entiendo –susurró Sila, llevándose las manos a la cintura.

–Me alegro, porque ahora vamos a apresarte –anunció–. Y enviaremos un mensaje a Roma para explicar que, bajo las órdenes del enviado imperial, se han perdido los esclavos. Pero, por feliz coincidencia, gracias a las habilidades de nuestro prefecto, hemos contenido el desastre. El emperador tendrá al hijo de ese tal Turainos en bandeja de plata... Y todo gracias a la Sexta, a la Victoriosa. A la que nadie tiene que enseñar lecciones...

Sila pareció descubrir que una de las arrugas de su túnica no tenía la curvatura adecuada y la repasó con mimo.

–¿Me has oído, cagafino?

Ninguno de los legionarios había visto jamás algo parecido. Habían peleado en muchos lugares, con muchos hombres. Todos eran veteranos curtidos, pero todos dieron un paso atrás.

Como una centella, la mano de Sila salió de la túnica y cercenó el cuello de Cayo Décimo como en un sacrificio a los dioses. Y tuvo la increíble habilidad de escurrirse a un lado y evitar que una sola gota de sangre lo salpicase.

Desmadejado, perdida la voluntad en el charco a sus pies, Cayo Décimo se derrumbó como un fardo. Su rostro aún sonreía; entre los dientes aún se advertía un rebelde trozo de chacina que llevaba allí atascado desde el desayuno en El Bebedor.

En la mano de Sila estaba aquel bisturí. Y lo movía entre sus dedos con una habilidad prodigiosa, como un malabarista.

–¿Quién me lo va a explicar? –preguntó serio, mirando a los centinelas.

Eran hombres de la Sexta, bregados. Y se lanzaron a por aquel enclenque cagafino.

Sila y su acero bailaron con ellos. Y no llevó mucho.

Poco después, sólo uno seguía respirando. Y Sila lo sujetaba por la loriga para mantenerlo erguido.

–Cuéntamelo –ordenó sin miramientos.

El otro escupió sangre, intentando manchar la impoluta túnica, pero le fallaron las fuerzas y sólo logró mojarse la barbilla.

–No me digas que voy a necesitar las tenazas...

Los ojos del legionario se abrieron llenos de pasmo. Todos sabían lo que aquel cabrón había estado haciendo en el establo. Habían tenido que retirar los cadáveres y mostrar a los esclavos el precio de su silencio.

Y habló.

Ardía.

Envuelto en llamas, el puente ardía.

Y Breo corría. Corría hacia el fuego.

Y, al otro lado de las llamas, Marco Lucio, prefecto de la guarnición de Lucus Augusti, hombre condecorado de la Victoriosa, estaba a punto de matar a una anciana enclenque.

Ya lo hubiera hecho de no ser porque un cuervo enloquecido se le había echado al rostro.

En la cara se veían los picotazos, y un pedazo de las mejillas del prefecto colgaba sobre su mandíbula como una tapa mal cerrada.

Y un amasijo de plumas negras, pisoteadas, estaba a punto de ser pasto de las llamas. Llamas que crecían en ambos sentidos, engullendo la tablazón con tal ferocidad que, donde el fuego había comenzado, de la plataforma ya no quedaba nada, sólo el bote que la había sostenido, y también ardía.

Todo ardía, incluso ardía el entramado de sogas. No quedaban más que unas pocas hebras a punto de romperse, y el río empujaba con su fuerza inmensa, haciendo que el puente se combase más y más a medida que la estructura se debilitaba.

–¡Suéltala! –gritó Breo.

Tana lo miró a través de las llamas. Una manaza la tenía sujeta por el cuello, obligándola a mantenerse de puntillas. Y el filo de la espada del prefecto estaba a apenas un palmo de su esquelético costillar. Pero sus ojos, aquellos ojos claros como la niebla, lo miraron con serenidad, con la serenidad de quien sabe.

Como lo habían hecho antes de que el fuego empezase.

Cuando habían echado a correr.

Cuando todos habían corrido, tan rápido como podían.

A sus espaldas, Marco Lucio y sus hombres se cernían sobre ellos. Al frente, Marco Septicio y los suyos aguardaban.

Pasaron junto a la meiga, que agitaba las manos animándolos a huir, casi empujándolos, y Breo tuvo que retrasarse para ayudar a Idra, que se había caído entre los llantos de su asustado bebé.

Pasaron junto a la anciana. Todos.

–¡Corred!

Y ella no los siguió. Ella se quedó atrás.

Miró la orilla, más allá del tramo que los lobos de Roma habían despejado. Miró a los bosques. Y miró hacia el río, poderoso, ajeno a las miserias de los hombres. Y después estampó su vara contra la plataforma del puente.

Al prefecto de Lucus se le abrieron los ojos por el espanto. Y a Breo le costó creerlo. Sin embargo, cuando Tana hincó su vara en el puente, del extremo surgieron chispas. Y el fuego prendió con hambre insaciable.

No los siguió. La meiga retrocedió hacia la orilla de la ciudad, dejando entre ella y los cautivos al fuego. Y golpeaba cada palmo con su vara, produciendo más chispas, engendrando más llamas.

El puente llevaba años al sol, a la intemperie. Quizás en invierno, con las lluvias, no hubiera prendido. O quizá, contagiado de la humedad del río, tampoco debería haber prendido. Además, de una vara de fresno no deberían haber salido chispas.

Y, sin embargo, salieron. Y, sin embargo, prendió.

Ardió.

Y más allá, tras la meiga, los legionarios que habían salido de la ciudad la alcanzaron. Y Marco Lucio traía la boca abierta en un gruñido rabioso, como un perro de presa, y en ella brillaba un colmillo de oro.

Tana aún pudo golpear dos veces más con su vara, pero el prefecto la atrapó de un zarpazo, como a una mosca revoltosa sobre un plato de sopa. Y el cuervo de la meiga se lanzó en picado desde las alturas.

Tuvo tiempo de ganar otro palmo más, de añadir más fuego al fuego. Tuvo tiempo de salvar la vida a los suyos, porque ya nadie podría atravesar aquel muro llameante, porque el puente estaba a punto de partirse. Y tuvo tiempo de mirar a Breo.

Y el hijo de Turainos intentó pasar a través de las llamas, pero el calor lo sacó de allí a patadas. Y las sogas se partían. Si cruzaba, ya no podría volver.

Y a espaldas de Breo, en la otra orilla, donde el puente tocaba tierra, todos peleaban. Los legionarios peleaban con más legionarios. Unos eran auténticos; los otros, falsos. Unos eran cachorros de la Loba; los otros, celtas.

Breo intentó cruzar otra vez.

Una de las sogas se partió con un latigazo, y el puente se bamboleó, crujió y protestó. El río empujó con toda su fuerza.

No entendió lo que ella dijo. Pero lo comprendió. Lo vio en sus labios, lo oyó dentro de sí.

–Eres agua. Eres piedra. Eres fuego...

La espada de Marco Lucio la atravesó de parte a parte. Y lo que todos oyeron, por encima del rugido de las llamas, fue el grito de rabia del prefecto cuando sacó la hoja y pateó con fuerza aquel sayo blanco.

A Tana se la tragó el río. Un río que parecía arder.

Y Breo no tuvo tiempo de llorarla.

El río no se detenía. Seguía empujando. Y la única soga que aún aguantaba se deshilachó, fibra a fibra, hasta sucumbir. Se rasgó con un estallido. Y la enorme estructura se quejó como una bestia, con un rugido de madera y esparto. Y se partió.

Y el río la arrolló.

La plataforma se arrugó como una tela barata y se deshizo en astillas. Algunos de los botes se desprendieron, otros quedaron aplastados, y pedazos de cuerda saltaron en todas direcciones.

El extremo en llamas se sacudió, vibró, se inclinó peligrosamente y el agua arrancó humaredas de los maderos. El río se coló en las barcas y comenzó a hundirlas. Y los hombres de Marco Lucio, escupiendo maldiciones, tuvieron que salir a tierra firme.

Y cuanto había sucedido en esa orilla fue una mera pantomima comparado con la contraria.

El otro extremo del puente, más largo, más pesado, se retorció, crujió y latigueó. Se arrumbó contra la margen con una fuerza indecible, salpicando agua, escupiendo barro, como un titán perdiendo una lucha a muerte. Y quedó destrozado por el impacto. Los soportes que amarraban la estructura a la orilla se partieron como mondadientes, y las sogas estallaron.

Hubo gritos, miedo, terror. Y no hubo tiempo de lamentarse, porque allí mismo, en la orilla, estaba la partida de legionarios, de los auténticos, dispuesta a acabar con todos y cada uno de ellos.

Marco Septicio había visto a más de uno cagarse de miedo en el campo de batalla, y se tenía a sí mismo por un tipo bragado, pero el enorme

estruendo del puente desmembrándose lo amilanó.

La estructura siguió deshilachándose, deshaciéndose, un trozo quedó prendido en los pilotes del nuevo puente en construcción. Uno de los celtas cayó al agua, y una barca le volcó encima. Dos de los legionarios y otro más de los barbudos se precipitaron al barro de la orilla. La estructura les pasó por encima.

Incluso Marco Septicio se mordió los labios con grima al oír cómo uno de aquellos cráneos crujía.

Era un desastre, y ni siquiera sabía cómo había empezado.

El portaestandarte miró en derredor y valoró la situación.

Algunos huían, intentaban refugiarse en los bosques cercanos. Y Marco Septicio sabía que en la zona sobrevivían desechos de la ciudad, gentes que se arrimaban a las murallas para vivir de desperdicios, y sabía que, si unos y otros se mezclaban, perderían la pista de los cautivos.

Pero tenía asuntos más urgentes entre manos.

Un viejo, demasiado viejo para algo así, estaba a horcajadas sobre uno de sus hombres y lo sacudía con el pomo de su propia espada. Una y otra vez, hasta convertir el rostro del legionario en una pulpa sanguinolenta. Y el viejo no se detenía; tenía la fiera expresión de una bestia salvaje. Estaba disfrutando.

Alguien había liberado a los cautivos de la soga que los mantenía unidos. Muchos aún tenían las muñecas atadas, pero la mayoría luchaba codo con codo con los falsos legionarios. Y eran más que los suyos, aunque la vieja maquinaria de las legiones paría a sus hombres después de una larga instrucción, y la inferioridad no hacía mella en los suyos.

Sus lobos estaban matando, y lo hacían bien. Sin embargo, ya que el plan se había ido al traste, la preocupación de Marco Septicio era reconocer a su objetivo. Matar o capturar a aquellos desharrapados estaría bien. Pero lo que él y el prefecto querían, lo que necesitaban, era robar la presa a aquel cagafino.

Un muchacho mal afeitado, que había perdido el casco por no asegurarse las cinchas del barboquejo, se le echó encima, y Marco Septicio, pese a que el agua le llegaba por las rodillas y el barro le tiraba de los talones, lo despachó enterrándole la espada en las tripas. Lanzó la

salvaje puñalada de abajo arriba, aconsejado por la experiencia, y la hoja superó los anillos de la loriga y entró en la carne con facilidad. Luego retorció el pomo y revolvió la muñeca. Al sacarla, con un terrible chupón, buena parte de los intestinos se desparramaron.

Vadeando en el lodo de la orilla, buscó entre los rostros. Necesitaba que el espía de Marco Lucio, aquellos ojos y oídos que el prefecto había mantenido en el grupo de rebeldes, señalase a su víctima.

Vio que una de las muchachas celtas regresaba a por una chiquilla asustada que, desconsolada, sentada en el barro, lloraba aterrada por la violencia que la engullía.

Al otro lado, dos de los falsos legionarios huían hacia los bosques. En su desesperada carrera iban dejando tras de sí las piezas de su uniforme. Sabían que si lograban alcanzar la espesura estarían a salvo. En los lindes del bosque ya había andrajosos que despabilaban el asombro y ofrecían ayuda con manos extendidas.

Un tipo con el rostro enrojecido, bajo y fornido como un tocón, peleaba contra dos de sus hombres con arrestos. Y Marco Septicio hubo de reconocer que aquel cabrón sabía lo que hacía. Pero aquél no era su hombre.

Otro, ágil y rápido, usaba la espada como si no pesase y se escurría entre los lobos. Intentaba proteger a una mujer caída en el suelo que, a su vez, envolvía con los brazos a un gurruño andrajoso que también lloraba.

Entonces lo vio.

El muy ladino evitaba el combate. Se había escondido entre los trozos de rampa deshechos en la orilla, esperando a que escampase el temporal.

Marco Septicio le cortó el brazo a otro de aquellos falsos legionarios; lo dejó tras de sí, aullando de dolor, y se apuró, tanto que perdió una de sus sandalias en el fango.

Allí estaba aquella sabandija.

Les había salvado la vida. Se había sacrificado por ellos.

Pero no había tiempo para lamentarse. El entrechocar de las espadas le retemblaba en los oídos; sentía el estómago a la deriva y tenía que esforzarse para mantener presentes las enseñanzas de Flavio sobre cómo usar la espada.

Espalda con espalda, el renegado y Breo se defendían. Se las apañaban. Aun sabiendo que eran un cacillo intentando recoger una tormenta.

Con alivio, vio a Niske escapar, cargando con el niño Cirrius. Y, con agonía, la vio volver para llevarse también a la pequeña Drisa.

No tuvo más oportunidades de preocuparse por otros.

–Hay que ganar tiempo –gritó, esquivando una puñalada–. ¡Hay que darles tiempo!

Flavio echó un reojo después de una finta. En las lindes del bosque, los sintecho que vivían en las afueras esperaban a aquellos que lograban cubrir la distancia y les ofrecían ayuda. Y, como estaba demasiado ocupado intentando seguir con vida, sólo pudo responder con un gruñido.

Segilus venía hacia ellos, gritando como un descosido, atacando a diestro y siniestro, manejando la espada como si fuera un garrote y abriéndose paso a base de coraje desnudo. Cubierto de sangre, derrochaba valor o, quizá, locura. Aquél era el momento que llevaba una vida esperando.

–¡Venid, hijos de perra! ¡Venid!

Aunque se había acercado, para hacer frente con Flavio y Breo, cambió de opinión al ver cómo decapitaban al viejo Garrius. El tuerto,

que había conseguido matar a otro legionario, se incorporaba trabajosamente cuando un tajo lo sorprendió por la espalda y le rebanó el cuello y la barba.

–¡Hijo de mil rameras! –rugió Segilus.

Y saltó sobre uno de los lobos para acabar ensartando al que había matado al viejo con una estocada que entró por la nuca, llegó al pecho y salió arrastrando carne con un grimoso chasquido; aquel desdichado empezó a escupir gargajos sanguinolentos y cayó como un trapo.

Y, más lejos, tras un Segilus que bramaba como un dragón malherido, descubrió al líder de la manada.

Breo lo vio erguirse junto a la montonera de palos que había sido la rampa del puente. Lo vio gritar a su espalda, como si ordenase algo a alguien tras él. Lo vio. Como lo había visto a la proa de la chalana.

Sin una sandalia, con el pellejo tinto de sangre flameando a su espalda. Con el odio sin afeitar en el rostro. Lo vio.

Y aquel lobo lo miró a su vez con la ferocidad de una manada hambrienta en lo más crudo del invierno.

Un valiente se interpuso, y aquella bestia lo despachó con facilidad. Le bastó agacharse, esquivar el filo, que pasó a un palmo del casco cubierto de colmillos, e incrustar la espada en aquella valentía.

El celta cayó muerto, bañado en sangre, y el lobo siguió caminando hacia Breo. Inexorable.

No sabía el porqué. Y tampoco le importaba. Pero no le cupo duda de que venía a matarlo.

La espada de Segilus seguía ocupada. Flavio tenía sus propios problemas. Fraxilus intentaba sacar del agua a otro al que la loriga quería arrastrar al fondo.

Había allí cien, doscientos. No lo sabía. Y estaba solo. Porque el lobo venía a por él.

Arremetió con tal fuerza que cayó de espaldas sobre el barro. Y Breo se levantó tan rápido como pudo, pero la espada le buscó el hígado y tuvo que revolverse. Entonces el lodo le atrapó los pies y volvió a caer. Desesperado, poniéndose en pie, fintó como le habían enseñado, pero, cuando empujó con todas sus fuerzas, el filo sólo encontró aire. Su

enemigo giraba sobre sí mismo. y la piel del lobo lo golpeó en el hombro. Pudo oler el inconfundible tufo, como el de Cerno. Su Cerno. Y la espada ya silbaba en el aire buscándole el alma.

Breo no se rindió.

Se reviró en el barro y estampó una patada en aquel pie descalzo. A cualquier otro hombre le hubiera roto el tobillo, pero el lobo sólo gruñó antes de intentar empalarlo contra el suelo.

La hoja se enterró en el lodo de la orilla.

Retrocedió de nuevo, incapaz de contener la arrancada. Y saltó desesperado a una de las barcas en la orilla. Habían quedado allí, desatendidas. Dos ya se las había llevado la corriente y ahora no eran otra cosa que astillas; se las había tragado el desaguadero del dique aguas abajo.

Breo saltó a tiempo de que la espada del lobo se estrellase contra la borda y arrancase un trozo de madera, como un hacha talando un árbol.

Y el lobo también saltó en la barca. Y, con el impulso, sin amarra, el barro cedió y la corriente empujó.

Breo esquivó otros dos intentos de atravesarle las asaduras.

La barca quedó a merced de la corriente.

Y el lobo cometió su único error. Al comprender que el río se adueñaba de ellos, miró corriente abajo, al dique, por donde el agua caía con fuerza, rugiendo más aún que Segilus.

Y Breo aprovechó su oportunidad.

La espada no logró penetrar el peto del portaestandartes, sólo consiguió abollarlo, pero el golpe sirvió para que Marco Septicio perdiera el equilibrio.

Con el ímpetu de la lucha, la barca se bamboleó peligrosamente y besó con la borda la superficie del agua. Y el lobo intentó asentar los pies, pero echó en falta los clavos de su sandalia. Y el agua que había entrado con los bamboleos no ayudó.

Las chalupas se habían usado para cargar arena, y los maderos estaban pulidos como viejas ruedas de molino. El lobo, cruel y feroz, resbaló lleno de ridículo, braceando. Y cayó al agua con estrépito.

Pero era un lobo viejo. Antes de que su cabeza se hubiera sumergido, ya se estaba quitando el pesado peto y el casco, con la piel y los colmillos, para no acabar en el fondo con los peces.

Breo lo admiró por ello.

Al poco Marco Septicio salía a la superficie escupiendo agua y maldiciones por igual, empapado, sin más heridas que el orgullo, y gritó su odio a aquel barbudo de mierda, aunque aquel barbudo se hubiese afeitado.

Gritó y gritó, incluso mientras nadaba; y siguió gritando cuando se puso en pie en el cieno de la orilla.

Pero dejó de gritar cuando volvió a mirar la barca.

Entonces sonrió. Incluso soltó una carcajada que sonó como un aullido.

Breo, desesperado, intentaba remar con las manos. Y no funcionaba. Usó la espada, y tampoco. Ya no había remos. Y la corriente tiraba de él. Y el dique se aproximaba.

El dique se había construido sesgado, para aliviar las enormes fuerzas. Y desembocaba en la orilla contraria, en un desaguadero con grandes compuertas, abiertas para que el agua bajase y facilitase las obras del nuevo puente. El río, obligado, pasaba por allí en apenas dos brazas. Toda su agua y su fuerza se apretujaban, se estrujaban para escurrirse por aquel pequeño espacio entre el dique, la compuerta y la orilla.

Rugía, como Breo había oído rugir al mar durante las tormentas. Y al otro lado esperaban las astillas de los botes que el río ya había desmenuzado.

Y Breo intentaba remar, pero la corriente lo vencía.

Tuvo tiempo de sacarse su propia loriga. De nada más.

El torbellino se lo tragó.

Marco Septicio estaba muerto.

Sucio, medio desnudo, tirado en aquel lodazal apestoso y con el cuerpo enredado en un sinfín de cortes.

Y, cuando su amigo lo vio, supo que también moriría.

El prefecto de Lucus, el especulador que, a base de esfuerzo y disciplina, había logrado escalar en la jerarquía de la Sexta, la Victoriosa, Marco Lucio Severo, nacido en la familia de un respetado ganadero de Liguria, condecorado por el mismo Claudio en persona, iba a morir en una pocilga.

No tuvo la menor duda.

Veteranos con buen olfato para los negocios, los dueños de la porqueriza habían conseguido tierras al norte de la ciudad y habían sido los primeros en traer orondos y hermosos cerdos sicilianos hasta aquel rincón perdido de la Gallaecia. Ahora, rozando ambos los cincuenta, estaban gordos como sus cochinos, vestían caras túnicas importadas desde la mismísima Roma y se cubrían de joyas. El rápido crecimiento de la ciudad les había garantizado una demanda creciente y, cuando el enviado imperial les dijo que necesitaba sus instalaciones, no lo dudaron. Los tiempos de rancho recocido, de dormir en una tienda de cuero, de jugarse el pescuezo habían quedado atrás, muy atrás, y ya no concebían la vida sin las comodidades que sus cerdos les garantizaban.

–Por supuesto –había dicho uno.

–Sin duda –había dicho el otro.

Y a ninguno de los dos les apeteció preguntar por qué, tras el enviado imperial, cuatro legionarios traían al portador del estandarte a rastras.

Tampoco preguntaron cuando, desde las oficinas, arreciaron los gritos. Optaron por imaginar que los gorrinos estaban nerviosos.

Ahora, caída la noche, ya se habían ido a las fastuosas villas en los preciosos bosques donde nacían los manantiales del acueducto.

En el negocio quedaron unos cuantos esclavos, aquel enviado imperial, un puñado de legionarios, el cadáver de Marco Septicio y muchos, muchos cerdos, orondos y hermosos, hijos y nietos de aquellos llegados de Sicilia.

A Marco Lucio, con el rostro todavía tiznado de hollín, con la mejilla abierta y el cuello cubierto de sangre seca, lo habían apresado en sus aposentos de la prefectura, y no había opuesto resistencia. Le dolió que el miedo obligase a sus hombres a obedecer las órdenes de aquel cagafino, aunque llevaba demasiado en la legión como para olvidar que de una rebelión sólo se sale como libertador o con los pies por delante.

Entendió que lo apresasen, incluso que le pusieran grilletes.

Pero no entendió por qué se lo llevaban fuera de las murallas hasta que vio el cadáver de su amigo Marco Septicio.

Entonces supo que iba a morir. Aunque no supo cómo hasta que fue demasiado tarde. De haberlo adivinado, él mismo se hubiera arrojado sobre su espada en la prefectura antes de ser apresado.

La peste tiraba de las narices y costaba respirar. Se oía el ronchar de los cerdos. Y allí estaba aquel condenado mequetrefe enviado desde Roma. Aquella sabandija que, incomprensiblemente, pese a estar rodeado de estiércol de cerdo, vestía una túnica impoluta y unas sandalias a las que no se había pegado ni un trozo de mierda.

Y Marco Septicio estaba allí, en el centro mismo.

Era un gran corral, en la salida de las porquerizas, donde dejaban pacer a los cerdos para que les diera el sol y comieran las bellotas de los robles desperdigados por el lugar. Un vallado de postes que, para aguantar la intemperie, se habían ahumado y aceitado.

El cagafino, acodado en el travesaño más alto, miraba el suelo como si le hubieran prometido una fortuna en perlas.

–Ah, me alegro de que hayas podido acudir –lo saludó con una sonrisa falsa como sandalias de mármol.

–Espero que Medusa te meta la cabeza por el culo, bien hondo. Y, si sales vivo, que te encule Plutón.

–Oh, no creo que tengas derecho a estar enfadado –repuso Sila sin alzar la voz–. Soy yo el que debería estarlo –chistó–. Apenas hemos matado a un puñado de esclavos y capturado a media docena, incluyendo a dos de esos fantoches; y disfrazados, mira tú por donde, con armas y equipos que habían sido enviados a esta guarnición y que jamás llegaron a destino...

Se volvió y apoyó la espalda en los maderos del corral. Tan casual como si estuviese en una fiesta en alguna de las mansiones del Palatino.

–Lamentable, muy lamentable. Pero eso no es todo, ni mucho menos...

Dio unos pasos hacia el prefecto.

–Lo más importante, lo único importante en realidad: el hijo de Turainos, ese inconveniente con patas, ese palurdo iletrado, ha escapado. ¿No te parece que soy yo el que debería enfadarse?

El prefecto escupió, y el gargajo cayó en la túnica de Sila, que lo miró con desdén.

–No son maneras –chistó con fingido disgusto.

Pero Marco Lucio ya no le prestaba atención, porque se había dado cuenta de que su amigo no estaba muerto.

Al borde de la muerte, pero aún vivo, había empezado a arañar el suelo e intentaba arrastrarse para salir de allí.

–Por supuesto –concedió Sila, al advertirlo–, claro, está vivo –añadió al ver el asombro en el rostro del prefecto–. ¿Por quién me tomas?

Y alzó una de sus manos de uñas impecables, limpia como la conciencia de una vestal. Cuando la bajó, como si hubieran estado esperando la orden, los esclavos repartidos por las porquerizas abrieron las puertas, las que daban salida de los chiqueros al corral.

El prefecto no supo cuántos. Muchos. Más de cien. Quizá doscientos. Muchos cerdos salieron por ellas, ansiosos, sin preocuparse porque la única luz fuera la de unos cuantos hachones y una magra luna.

Ruidosos, empezaron de inmediato a hozar la tierra, buscando, rebuscando algo de comer.

–No se les ha dado cena hoy –anunció Sila.

Iban de un lado a otro, hocicando en los pesebres repartidos por el corral, y los encontraban vacíos.

–Y todavía no es época de bellotas... Pobres criaturas.

Los animales rugían, bramaban, roncaban. Cada vez más inquietos, escarbaban con los hocicos, usaban las pezuñas.

Y aún tardaron un rato en aceptar que el menú era peculiar esa noche.

Primero hozaron, atraídos por la sangre que salía de los cortes. Luego, cuando aquella comida echó maldiciones e intentó ponerse en pie, se asustaron. Pero uno de ellos, un verraco gigantesco con manchas oscuras, como si conservase algo vivo de sus antepasados salvajes, se atrevió.

Fue el primero en morder.

Y Marco Septicio aulló, pero no sirvió de nada.

Se convirtió en un frenesí.

Incluso el aguerrido prefecto cerró los ojos.

Su amigo estaba siendo mordido, masticado, vapuleado. Lo sacudían de un lado al otro. Un animal tiraba de un extremo y otro, del contrario. Y todos chillaban: los cerdos, por gula; el hombre, por miedo.

Sila hizo una señal a los legionarios que mantenían preso al prefecto. Aun asustados, obedecieron, y uno abrió la valla.

Y aquel endiablado cuchillo salió de la nada en un parpadeo.

Antes de que pudiera protestar, Sila se acercó, lo rodeó y, todavía a su espalda, le cortó los tendones de las corvas con dos rápidos giros de muñeca.

Marco Lucio nunca volvería a caminar. Cayó al suelo desmadejado, rabioso.

Bastó un gesto de la barbilla, una sacudida. Y los legionarios, con los ojos espantados, actuaron. Temerosos de correr el mismo destino, arrastraron a su prefecto dentro del corral, atentos al revuelo de los gorrinos, a que no se acercasen todavía; no hasta que se hubieran librado de su carga.

Lo dejaron allí tirado y salieron a toda prisa, como si los persiguiera caballería persa.

Y suspiraron de alivio al cerrar la puerta.

–Pagarás –lo amenazó Marco Lucio alzándose con las manos–. Pagarás por esta barrabasada. Se lo ruego a Marte, y a Júpiter. Hijo y padre. He derramado mi sangre por Roma, pagarás...

Aquellos ojos pardos, casi negros, aquellos ojos insondables centellearon por un momento, y Sila se dignó a contestar.

–He oído decir eso mismo a emperadores, y sigo aquí.

Los cerdos se dieron cuenta entonces de que habían servido una segunda ración y se lanzaron en estampida.

–Por cierto –añadió–, nunca me han gustado las anguilas...

La sorpresa dio una patada al rostro del prefecto. Y Sila sonrió satisfecho.

Luego los cerdos se ocuparon.

Observó por un momento, mientras era vapuleado, arrastrado, mordido, masticado. Aquel enorme verraco encontró especialmente suculentas las mejillas. Entonces el enviado imperial se volvió a los legionarios.

–Buscad a las cuadrillas que trabajan en las murallas, despertadlas si es necesario. Y avisad a los carpinteros.

La orden no caló. Uno de ellos sólo fue capaz de vomitarse en las sandalias.

–Esos animales aún tendrán hambre... Avisad a los carpinteros.

Era aún noche cerrada cuando Shabako se resignó.

Incapaz de conciliar el sueño, se levantó sin hacer ruido, pero el lobero alzó de inmediato la cabeza, y el pequeño Furnus, que dormía abrazado al perro, abrió también los ojos y se incorporó de inmediato.

–Déjame ir contigo, puedo ayudar, lo conozco...

El negro, estirándose, sonrió con pesadez.

–No puede ser, ya te lo dije anoche, es peligroso.

Siara se removió también, y el negro vio miedo en los ojos de la mujer.

–Estás preocupando a mamá –lo regañó–. Anda, vuelve a dormirte.

–Pero quiero ir contigo... Y con Cerno.

Su madre lo recogió en sus brazos y le susurró al oído algo que arrugó la cara del niño en una protesta; sin embargo, acabó por aceptar la derrota.

–Vamos a hacer una cosa –propuso el negro con una sonrisa–. Si todo sale bien, y si no hay peligro –puntualizó, mirando a la mujer–, enviaré a Cerno a buscarte.

Aquello iluminó el rostro de Furnus como sólo lo consigue la ilusión infantil.

–¿Y nos iremos todos juntos? ¿A las montañas?

Shabako asintió y le ofreció su manaza para sellar el trato.

A su lado, Sento despertó también.

–¿Nos vamos? –inquirió, ahogando un bostezo.

–¿Te sientes con fuerzas? –le preguntó el negro, que revolvía los cabellos del niño.

–Eso no importa –repuso muy serio, espantando el sueño–. El destino forja a los hombres y vapulea sus vidas, para que puedan mirar atrás y comprender si han hecho lo correcto. Si me atases de pies y manos, me arrastraría. Si me atases a un árbol, lo talaría a mordiscos...

–Bastaba con un sí –le reprochó Shabako con una sonrisa cansada–. ¿Te sientes con fuerzas?

–Sí...

–Pues vámonos –accedió resignado, sin insistir en sus advertencias.

Salieron del chamizo, con un puñado de castañas secas que Siara les dio para espantar el ayuno nocturno y que Shabako, indulgente, no rechazó, pese a tener provisiones en el zurrón.

Salieron al bosque, donde la noche se enlucía con los grillos, y, a lo lejos, oyeron la crujiente llamada de una lechuza. No les llevó mucho llegar hasta el límite de los árboles, en lo alto de la ladera que descendía hasta el poderoso Minius.

Era una noche clara de verano. Acababa de comenzar el mes del acebo, y el cielo era un lienzo tenso con encaje de estrellas. Y sobre el río, como el aliento de un ser mágico, aleteaba la niebla, cubriendo pudorosa aquella desfachatez construida por el hombre. Hilachos de la bruma, cenicienta como el pelaje del lobero, se enredaban en las ruinas del puente destrozado, ahogándolas como hiedra aferrada al tronco de un árbol.

Al otro lado del valle, la ciudad, con sus luces, parecía un dragón durmiendo sobre el humo de su aliento de fuego.

–¡Vamos! –urgió Shabako.

Cerno iba delante y, de tanto en tanto, el negro lo apremiaba.

–¡Busca!, ¡busca!

El pobre Sento, afectado por el cautiverio y todavía con el brazo en cabestrillo, se quedaba atrás continuamente. Echaba una torpe carrera hasta ponerse a la altura durante unas varas, y luego volvía a rezagarse. Pero no desfallecía.

Aguas abajo del dique, donde Roma había perdido el interés, la orilla del río recobraba su esplendor y se cubría con un dosel de alisos entre

los que brotaban zarzas, ortigas, majuelos, escaramujos y menta, que ahuyentaba lo rancio de la carne pasada.

Había también un sendero, apenas del ancho de un hombre, que corría paralelo a la ribera dando servicio a gentes que, como Siara y Furnus, vivían de lo que podían conseguir. Bajaban al río a por agua, peces, mejillones de agua dulce, juncos o troncos que arrastrase la corriente. Porque el río seguía cuidando de los clanes y donaba generoso sus bienes.

El río regalaba vida y esperanza.

Amanecía. Y la luz intentaba someter a la niebla, pero el aliento del río era fuerte esa mañana. Tardaría en deshacerse, hasta que el sol lo asustase con su calor del mediodía.

Cerno iba y venía, errático, como si no encontrase nada y lo buscase todo. Pero Shabako confiaba en el lobero.

–¡Busca!

No se detenía ni para marcar territorio. Pegaba los hocicos al suelo y olfateaba con tanta inquietud que, a cada poco, gemía.

–¡Busca!

Sortearon el tronco caído de un abedul, cubierto de grandes hongos que parecían cascos de caballo, y Shabako, atento, arrancó uno. Serviría como yesca por si había que dormir a la orilla del río o por si Ptah, el de la larga barba, no lo quisiera, hubiera que continuar al día siguiente.

–¡Busca!

El río se abría en un remanso. La orilla se desparramaba en un cañizal. Y las cañas crecían con tanto ímpetu que se entrometían en el bosque y tuvieron que rodearlas para no quedar atrapados en el barro.

–¡Busca!

Y, por primera vez, el lobero no obedeció.

Con un ladrido, salió disparado y se echó a toda prisa entre aquellas cañas. Que no querían apartarse y crujían al tronzarse.

Los dos hombres se miraron sin saber si albergar esperanzas. Y el bardo no pudo reprimirse. Empezó a hablar de la leyenda de Cul, que había salido del lago blanco cuando todos lo daban por muerto tras la tormenta.

Más lejos, Cerno volvió a ladrar entre el barullo de las cañas.

–Tras él –urgió el negro, ignorando la cháchara del bardo–. ¡Vamos!

No podían ver más allá de un palmo, se enterraban en el barro hasta las rodillas y el cañizar los empujaba hacia el bosque, como si les negase el paso. Y Shabako, desesperado, terminó por desenvainar la espada para usarla como un machete y abrirse camino a tajos.

Cerno volvió a ladrar.

El barro se iba diluyendo, el agua les subió por las piernas y, a regañadientes, las cañas fueron cediendo.

Oyeron chapoteos, y más ladridos.

Se los tragó la niebla y, en cuanto salieron del cañaveral, tuvieron que preocuparse por asentar los pies y luchar contra la corriente.

El lobero nadaba más allá, peleando para evitar que el ímpetu del río se lo llevase hasta el mismo mar. Ladraba y ladraba, y nadaba hacia una roca lisa y pulida, un enorme canto rodado que afloraba por encima del agua y que, como la proa de un barco, obligaba al río a abrirse en dos.

–¡Vamos! –apremió ahora el bardo, que se cayó, se empapó, tragó agua y volvió a alzarse–. ¡Vamos!

El lobero, a base de arañazos y gruñidos, se había aupado en la roca. Y empezó a hociquear nervioso, dejando en cada gesto un gemido. Envuelto en la niebla, parecía uno de aquellos míticos canes salidos del mar para aterrorizar a las gentes.

Y entonces aulló. Aulló entre la niebla, alzando su cabezota gris.

Y a Shabako se le encogió el corazón. El bardo se llevó la mano a la boca y cerró los ojos, porque el aullido se enmarañó en la bruma cargado de melancolía. Y ambos temieron que fuese tarde.

Shabako fue el primero en llegar. Clavó las uñas y logró auparse justo cuando el lobero volvía a aullar.

Allí estaba, al otro lado, aferrado a la roca. Como tantas veces había hecho en un mar que ahora quedaba lejos, muy lejos.

–¡Condenado hijo de mala madre!

Otro aullido, y el lobero sacudía la cola con tanta fuerza que los goterones hacían daño al golpear la piel.

–¿Está vivo? –preguntó el bardo, luchando contra la corriente, incapaz de subirse a la roca con su único brazo bueno–. ¿Está vivo? –insistió, con la voz cargada culpa–. Dime si está vivo... –rogó angustiado–. ¡Contéstame!

Sento se esforzaba, pero el cabestrillo no ayudaba y le fallaban las fuerzas. Parecía una ranilla incapaz de escalar la roca; saltaba y brincaba.

–Por todos los dioses, por los ríos, por los montes..., ¿está vivo? ¡Háblame! ¡Dime algo! ¡He de saberlo! ¡Dime que sí!

–No te callarás...

Al bardo se le llenaron los ojos de lágrimas.

–Breo...

Tenía una larga brecha sobre la ceja derecha, y todo ese lado del rostro tan amoratado como si hubiera metido la cabeza en un cubo de hollín. Y no era lo peor. Arañazos y magulladuras cubrían su cuerpo por completo, algunos con muy mal aspecto. Además, estaba helado.

–Conozco la sensación –le había dicho Sento en cuanto lograron llevarlo a la orilla.

Tanto el negro como el bardo admitieron que sólo un loco, un loco acostumbrado a lidiar con las olas del norte, agarrado a las rocas como una lapa, podía haber sobrevivido a semejante trance.

–La mar me ha dado peores tundas –reconoció más tarde el propio Breo, ya junto a la hoguera.

Habían dejado el cañaveral atrás y, bajo la copa de un fresno, que disimularía el humo, Shabako se esforzaba por encender un fuego. La fresca mañana, aún cargada de niebla, no perdonaba sus ropas mojadas.

–No estoy seguro...

Ésa fue la respuesta cuando le preguntaron.

No recordaba lo sucedido. O no todo.

Agua, piedras, la corriente. El enorme estruendo del desaguadero. La barca deshaciéndose en astillas. Más agua, más piedras, una corriente aún más fuerte.

–Me arrastró...

Había chocado con algo, había perdido el conocimiento y había despertado aterido, colgado de aquella roca, cuando oyó los aullidos de Cerno.

–Sin duda, has sido bendecido por los dioses –aseguró Sento con una radiante sonrisa–. Esta historia se cantará por generaciones, de padres a hijos, de abuelos a nietos. Todo el mundo recordará una hazaña semejante. Más grande aún que los valientes del monte Medulio... Nunca, nadie, ¡jamás!, hizo algo así...

–Ni volverá a hacerlo –concordó Shabako.

Y todos estaban contentos, pero el lobero era el que lo mostraba con menos tapujos. Iba de un lado a otro, se le echaba encima, lo lamía, gemía y volvía a moverse de aquí para allá, hecho un manojo de nervios. Tan alegre por reunirse con su amo que gañía como un cachorrillo. Y a Breo le faltaban manos para demostrarle que él sentía lo mismo.

Sin embargo, apenas las primeras llamas paliaron algo del frío que les metiera dentro el río, la felicidad se apagó.

–¿Qué ha pasado con los demás?

Tanto el bardo como el negro se demudaron.

Las noticias no eran buenas. Y Breo no había esperado que fueran tan malas.

La culpa se sentó en sus hombros y le pareció encoger. Por un largo rato, sólo pudo contemplar el fuego. Cerno incluso abandonó sus ansias por recibir caricias y se tumbó a su lado. Sus compañeros guardaban silencio.

–¿Qué hacías allí?

Habló a Sento, pero el bardo no entendió y no respondió.

–Dime la verdad.

Siguió callado.

–Vamos..., confiésalo.

No había reproche alguno en su voz. Sólo una profunda tristeza. Las muertes de sus amigos empujaban a las preguntas.

–Me hablaste de las leyendas, de las grandes gestas... Se te llenaba la boca... Ya sabías quién era yo...

Breo miraba el fuego. El bardo, incómodo, parecía tener pulgas. No podía estarse quieto. El cabestrillo le molestaba e intentaba colocarlo con la mano buena, pero, hiciera lo que hiciese, no funcionaba.

–Lo sabías, lo sabías antes de verlo –dijo, y fijó los ojos en el bardo y señaló al lobero.

Shabako miraba al uno y al otro, sin atreverse a meter baza.

–Todos los bardos conocemos la historia del crío que salió de Lagouzos sin más compañía que un lobero –se defendió el bardo.

En aquellos ojos azules se levantó una marejada.

–¿Y quién la contó por primera vez? ¿Quién se empeñó en que todos, todos los bardos, la conociesen?

Como no recibió otra respuesta que un titubeo, Breo insistió:

–No estabas peregrinando, ¿verdad?

Incluso Cerno se quedó quieto, preocupado por la voz quebrada. Pero la marejada se había aquietado. Ahora batían olas mansas, mansas y tristes.

–¿Fue ella?

El bardo comprendió que su secreto no podía guardarse por más tiempo. Y asintió.

–Sí –terminó por conceder, a regañadientes–, Tana me lo ordenó. Ella echó la piedra a rodar.

La Orden tenía sus jerarquías y sus misterios. Aquello explicaba mucho, pero brindaba más preguntas, demasiadas. Por desgracia, no tuvieron tiempo para hablarlo.

El aire se llenó de pronto con un intenso y prolongado lamento.

–¿Qué ha sido eso?

Y llegó de nuevo. Grave y metálico. Profundo.

–Son cornetas, ¡romanas! –respondió el bardo, seguro de sí.

Breo no tenía idea, pero su amigo había reconocido el tenso acorde menor, un lloro que atravesó la bruma y pasó a través de ellos erizándoles el vello de las nucas.

–¡Vámonos! –ordenó ahora Breo–. ¡Vamos!

Corrieron.

Corrió. Una vez más.

Río arriba, como los salmones. Hacia lo incierto.

Rasgaron la pesada niebla y salieron de ella como fantasmas. Ascendieron la loma hacia el bosque y las chabolas, donde estaban Siara

y también el pequeño Furnus, al que sostenía en sus brazos, para que pudiese ver.

Todos habían salido y todos miraban hacia la ciudad.

La niebla, pegada al río, abrazaba las laderas a sus pies, cubría el valle y lamía las murallas de Lucus.

Entonces volvió a sonar aquel lamento, intenso, que se metía en los huesos como el frío del más crudo invierno.

La ciudad flotaba sobre las puntillas de la bruma. Y, allí, a lo lejos, entre las picotas, delante de la puerta oeste, los músicos de la Sexta formaban una pulcra línea de grana y bronce. Sostenían los enrevesados instrumentos y soplaban aquel plañir que planeaba en el valle.

La niebla se enredaba a sus pies, iba y venía con la brisa; los ocultaba y los hacía aparecer de nuevo.

Y las respuestas se alzaron, brotaron de la misma niebla.

–¡Malnacidos! –bramó Shabako.

Siara bajó de inmediato al pequeño Furnus y lo obligó a pegar la cabeza contra su falda mugrienta. El niño, inocente, protestó, y la mano de su madre hizo tanta fuerza que el pequeño se quejó.

–¡Nooo!

Por triste que fuera aquel lamento metálico, más aún lo fue el grito desesperado de Breo, que, roto, cayó de rodillas.

Ya no sentía frío. Ya no le dolía hasta el último hueso de su magullado cuerpo.

–¡Noooooo!

Pero las cornetas siguieron sonando. Todos debían saberlo, escucharlo, verlo. Todos. De un extremo al otro del valle. Todos debían comprender que nadie, nunca, jamás, podría alzarse contra la Loba.

Roma no perdonaba.

–¡Nooooooooo!

De la niebla, poco a poco. A tirones. Las sogas las fueron alzando. Una a una. Y, entre la bruma, a lo lejos, tan lejos como para que fuera imposible detenerlos, despuntaban los legionarios que jalaban aquellas cuerdas.

Una a una. Hasta nueve.

Se alzaron sobre la niebla. Y todos las reconocieron.

Nueve cruces.

Apareció entonces aquel semental blanco. Aquel espléndido animal. Y su jinete.

Breo se puso en pie. Shabako tuvo que sujetarlo.

–No hay nada que puedas hacer...

Forcejearon, y Breo tuvo que rendirse. El negro tenía razón.

Las cornetas sonaron con más fuerza y aquel jinete, aquel jinete sobre el semental blanco, antes de chantarlo en el suelo, agitó el estandarte.

Por primera vez en muchos años, por primera vez volvía a ondear el estandarte de las tres crines blancas, el estandarte de Turainos, el estandarte del castro de Lagouzos. El estandarte de aquel que había intentado unir a las tribus.

Y empezó a arder en cuanto el jinete arrimó una antorcha.

Los puños de Breo se crisparon; apretó hasta que la sangre empezó a manar de sus palmas.

El estandarte ardía sobre la niebla del río, a los pies de la muralla. Y Breo supo que aquel mensaje era para él. Y sólo para él.

Ardía. Y los legionarios tomaron más antorchas. Y las prendieron, una a una.

Nueve.

Nueve cruces.

Ardieron. Como el estandarte.

Las llamas brotaban de la bruma. Se agitaban con el viento. Se tragaban a los hombres.

Y los hombres cantaron.

Muriendo. Crucificados.

Uno a uno. Hasta nueve. De sus gargantas no salió una sola queja. Ni un lamento.

Eran celtas. Y todos recordaban el nombre de sus padres.

Cantaron, solemnes, mientras las llamas los consumían y el jinete del semental blanco galopaba entre sus filas y gritaba a sus legionarios. Les ordenaba que matasen a aquellos paletos.

Las lanzas destellaron sobre la niebla, entre las llamas.

Pero uno a uno. Los nueve. Cantaron. Cantaron apagando el lamento de las cornetas. Cantaron orgullosos. De su estirpe, de su pueblo, de su gente. Cantaron solemnes. Porque morían peleando por su libertad, porque morían libres y no esclavos. Cantaron, hasta que el acero apagó sus voces.

Cantaron la leyenda de aquel que unió a las tribus.

El suelo de la prefectura estaba sembrado de aquellas tablillas. La mesa aparecía volcada; la silla, patas arriba. La copa que Marco Lucio acostumbraba a tener a su alcance, abollada en una esquina.

Todo era un revoltijo, y Sila, en pie en medio del desorden, tenía uno de aquellos correos en las manos y lo leía una vez tras otra.

–¿Señor?

La pregunta, desde la entrada, sonó tímida, rota por un carraspeo.

–Me acaban de avisar...

El visitante dejó sus palabras en el aire, sin saber cómo dirigirse al hombre que lo atravesaba con una mirada negra como el carbón.

–¿Conocías bien a Marco Lucio?

–Me enseñó –tragó, intentando reunir valor–, me enseñó todo lo que sé –respondió al fin desde el umbral.

La tablilla abanicó el aire al cambiar de una mano a la otra.

–Por supuesto, claro, él también fue especulador –concedió de pronto Sila con una enorme sonrisa–. Comprensible. Le tenías afecto, ¿verdad?

Fue entonces cuando el visitante se dio cuenta de qué era aquello que el enviado imperial tenía entre las manos. Estaba demasiado lejos como para leerla, pero algo en sus tripas le chilló que, de poder hacerlo, reconocería su propia letra. Y no se sintió capaz de contestar.

–Fue Marco Lucio quien te eligió como especulador. Uno de sus celebrados ojos y oídos...

Sila se acercó, aún con la tablilla en las manos.

–Vosotros, los legionarios, almas simples como sois, disfrutáis con los cotilleos, como matronas del Palatino. Ellas cuchichean sobre fuentes de

uvas traídas de Corinto... Quién fue el último reo arrojado desde la roca Tarpeya –recitó, burlón–, o si acaso ese gladiador tracio tan en boga acepta visitas a horas intempestivas...

Dio otro paso más.

–...Vosotros lo hacéis sobre las guardias, o dejáis correr la voz de que a algún inútil le han retirado unos días de soldada. Quizás incluso elucubráis sobre los ascensos.

Un paso más. Y quedaron frente a frente. Con la tablilla entre ambos.

–Así que, a estas alturas, ya habrás oído lo ocurrido en las pocilgas...

El especulador intentó mantener la mirada. Pero aquellos ojos oscuros, casi negros, tenían que ser los del Orco hechos carne y hueso, dispuesto a arrastrarlo a los infiernos.

Muy a su pesar, humilló el mentón.

–Bien, bien –dijo Sila con una jovialidad tan fría como los hielos de septentrión.

Le puso la tablilla en el pecho, para obligarlo a cogerla. El temblor fue apenas perceptible. Y Sila fingió no advertirlo.

–Entonces, estoy seguro de que nos vamos a entender...

Sila regresó al centro de la habitación y recogió aquella copa. Con delicadeza, como si fuera del mejor vidrio egipcio, como si fuera un ungüentario con una ofrenda de aceite y fuese a depositarlo en una tumba.

–Quiero saber dónde está el campamento rebelde –dijo sin mirarlo, fija su atención en la modesta copa de estaño.

El especulador, apenas con fuerzas para sostener la tablilla que él mismo había escrito, logró hablar, a sabiendas de que su vida dependía de ello:

–No me lo dirá.

–Sí, sí lo hará.

–Si lo hace, se delatará. Lo matarán, y ya no podremos volver a exprimirlo. No lo hará, nunca compartirá una información tan comprometida.

–Oh, lo hará, puedes estar seguro de que lo hará.

–No creo que ceda. No importa lo que le ofrezcamos a cambio, se descubriría. Sería como vendernos su cuello.

Aquellos ojos salidos del inframundo lo miraron de nuevo fijamente.

–Lo hará, porque, si no lo hace, yo mismo te arrastraré hasta las pocilgas...

Nueve.

Nueve cruces en la bruma.

Y Tana.

Y cientos. Miles.

Clanes enteros. Un pueblo entero.

Algo se había quebrado dentro de él. Jamás volvería a ser el mismo.

Pero cuando doblaron aquel último recodo, en aquella trocha de cabras, era Breo el que iba en primer lugar. Tras él venían el negro Shabako y el bardo Sento. Y, tras ellos, Furnus y su madre, seguidos por unos pocos más, un puñado de los que habían vivido en las chabolas de la ciudad.

El herrero Elasus fue quien primero los vio. Martillaba hierro al rojo sobre un enorme cepo, para plegarlo sobre sí mismo, y dejó la tarea abandonada.

Los vio. Y lo vio pasar a él, decidido hacia el centro del campamento. Y, pese a su tamaño y a su inmensa fuerza, no se sintió capaz de detenerlo. Deseaba recibirlo, abrazarlo incluso, pero el rostro de Breo se lo desaconsejó.

Todos lo vieron. Y todos quisieron saludarlo. Sin embargo, ni uno solo se atrevió. Aquel rostro estaba cubierto por un enorme cardenal, cruzado por una brecha. Pero había algo más. Frío y sereno. Duro.

Y todos dejaron lo que estaban haciendo. Como ya habían hecho la primera vez. Se soltaron los cabos de las sogas, las plumas en las flechas. Cesó el molino de trabajar.

Estaban allí también los pocos que habían logrado escapar. Niske, que sostenía la mano de la pequeña Drisa. Y la niña, a su vez, sujetaba su muñequita marchita.

Y Reburrus, y la hija de Garrius, e Idra y su bebé, que jamás conocería a su padre.

Ya no era un campamento de rebeldes dispuestos a entregar la vida por la causa. Ahora estaba lleno de refugiados asustados, temerosos del mañana porque el hoy era penoso.

Y ellos también se volvieron. Todos miraron a Breo. Y todos lo supieron.

El que regresaba no era el mismo que se había marchado.

Se plantó en el centro. En el mismo lugar donde, una vida antes, se había levantado incapaz de sujetar su propia espada, incapaz de aceptar que había sido derrotado.

–Soy Breo, hijo de Turainos, del castro de Lagouzos, del clan de las tres crines blancas. Soy Breo, y me crie bajo los colmillos de la bestia.

Hacía mucho, demasiado tiempo, que nadie recitaba el saludo formal. De haber seguido con vida, quizás al viejo Garrius, emocionado, se le hubiera escapado una lágrima del único ojo que le quedaba.

Niske, sin darse cuenta, apretó la mano de la pequeña Drisa, y la niña se asustó. Su hermano, sin embargo, se enderezó, y el niño Cirrius intentó que sus piernas no temblasen.

Porque sólo un jefe se presentaría así ante su clan.

–¡Soy Breo! ¡Hijo de Turainos! ¡Del castro de Lagouzos! Y yo invoco a los clanes. Al norte, al sur, al este y al oeste. Del mar a las montañas. Invoco a los clanes... ¡a luchar bajo el estandarte de las tres crines blancas!

No conocía las costumbres. Le habían arrebatado a su esposa demasiado pronto, pero incluso Flavio escuchó la llamada y alzó el rostro. Y en su rostro se apreciaba la convicción de que aceptaría.

Breo giró sobre sí mismo para mirarlos uno a uno. Ponía su autoridad a disposición de sus hombres; era el momento de seguir las huellas de su padre. Y se arrodilló ante sus guerreros, aunque uno de los más valientes no fuese más que un niño tullido.

Se arrodilló y agachó la cabeza, exponiendo el cuello, para demostrar la confianza que tenía en aquellos a los que pedía entregar su vida por la lucha.

El herrero Elasus se llevó una de sus manazas a la mejilla y asintió con respeto. Iba a ser el primero en hablar, en aceptar la llamada, pero se le adelantaron.

–¡Tú no eres más que un descastado!

Había sido Reburrus.

–¡No eres nadie! ¡No tienes derecho a llamar a los clanes!

Y, adelantándose, apartó de un empujón al niño Cirrius, que a punto estuvo de caer, y se plantó junto a Breo.

–Si tuviera aquí mi espada, yo mismo te cortaría la cabeza. ¡Eres indigno! Mira lo que has conseguido hasta ahora.

Igual que había hecho Breo, Reburrus también giró sobre sí mismo.

–¡Es un pescador! Yo le he comprado percebes para regalárselos a Abulus. Y por sus estúpidas ideas ya han muerto muchos, ¡demasiados! Luchar contra Roma es un disparate... ¡Moriremos todos! ¡Todos!

Algunos agacharon el rostro. Idra asintió.

–Los clanes no necesitan unirse para luchar –continuó Reburrus alzando la voz–. Los clanes deben aprender que los vientos han cambiado. ¡Los clanes no necesitan a un loco que los lleve a la muerte! Lo que los clanes necesitan es un líder cabal que pacte con Roma...

En el silencio que siguió, a lo lejos, se oyó la llamada de una abubilla que, quizá, junto al arroyo, buscaba una pradería donde posarse.

Rebosante de confianza, Reburrus paseó la vista por aquellos rostros confundidos.

Nadie habló.

Nadie se movió.

La brisa trajo semillas de diente de león que revolotearon en el humo que salía de la fragua del herrero. La abubilla volvió a llamar. Y, sobre todos ellos, alto, muy alto, en un cielo impecable, cruzó un águila que ignoró a los hombres.

Nadie se movió. Hasta que Segilus desenvainó.

La espada siseó al escapar de su funda y, más allá de los riscos, la llamada del águila contestó.

Breo tuvo el aplomo de quedarse donde estaba.

Si no confiaban en él, moriría. Ésa era la ley.

Y los ojos de Reburrus se clavaron en aquella espada. Y el herrero no quiso mirar. Y a la pequeña Drisa le dolió la mano, porque Niske se la apretó aún más.

Breo cerró los ojos. Y no se movió. Bajo el revoltijo rubio de sus cabellos, su nuca estaba a merced de los guerreros.

Pero el jefe de los rebeldes no se acercó a aquel hombre arrodillado.

Segilus fue hasta el borde mismo del campamento y usó su espada para cortar una gruesa zarza de grandes espinas.

Elasus se mordisqueó su barba. Niske tomó en sus brazos a la pequeña Drisa. Idra se echó a llorar. Y Resinus, tan grande y fuerte como era, soltó un resoplido y se enjugó las lágrimas.

Nadie oyó el canto lejano de la abubilla.

Segilus envainó su espada y caminó solemne hasta donde estaban aquellos dos hombres. Miró a uno de ellos hasta que sus ojos cayeron al suelo y, avergonzado, se alejó unos pasos. Entonces hincó una rodilla, frente a aquel que había hecho lo mismo.

Y, bajando la cabeza con humildad, le ofreció la zarza a Breo.

El pescador titubeó un momento, pero Segilus asintió.

Breo tomó aquella zarza y la enrolló en torno al brazo del jefe rebelde. Agarró los extremos. Y tiró con fuerza.

Las espinas castigaron a los dos hombres. Y la sangre manó. De las manos y del brazo.

–Si vives, viviré contigo. Si caminas, caminaré contigo...

Dos hombres sangraron. Juntos. Y en la zarza, entre las espinas, sus vidas se trenzaron. Y las gotas que cayeron sobre la hierba forjaron el pacto. Dos hombres sangraron, y su sangre tenía un único destino.

–... Y, si mueres, moriré contigo.

Y pudo haber sido el gigante Resinus o el fuerte herrero. Cualquiera. Pero fue el niño Cirrius.

Fue el pequeño quien caminó primero.

Se acercó, cojeando, con el rostro sereno. E hincó la rodilla. E inclinó la cabeza. Y ofreció su brazo. Como lo había hecho Segilus.

Fraxilus fue el siguiente.

El herrero después. Y sus ayudantes.

Incluso el bardo Sento juró devoción. Devoción más allá de la vida.

Uno tras otro. Dispuestos a entregarse a la causa, todos entregaron su sangre y todos recibieron la del nuevo jefe de los clanes.

Sólo faltó Tana, para que la Orden diese su bendición. Pero la hija de Garrius, la que había demostrado tener el don, fue la última en acercarse y, mojando sus dedos en la sangre que cubría las manos de Breo, la ofreció a los cielos, alzando su brazo tanto como pudo, tanto como si quisiera acercarse al águila que, desde el risco, regresaba.

Había llegado el momento de cazar a los lobos.

Una lanza había matado a su madre. Había herido su vientre.

Una lanza se había llevado su vida, pero los dioses obraron su voluntad igualmente, porque el niño estaba destinado a grandes logros, a reinar sobre el clan.

El niño nació de la misma herida que arrebató la vida de su madre.

Y uno de los hombres que habían jurado devoción a su padre, el más fiel y leal, el más valiente y aguerrido, con su último aliento, cubierto por las heridas de la terrible batalla en la que tantos habían muerto, rescató al pequeño.

El fiel guerrero salvó al niño de la muerte y se lo entregó a los pastores de las más altas cumbres.

El pequeño se crio con las cabras, sin saber que los dioses lo habían elegido para reinar.

No tuvo otra fortuna que la que llevaba en su zurrón, ni otros súbditos que los loberos que defendían el rebaño...

Nunca podría volver a tañer cuerdas en la lira, tampoco podría usar dos sistros a un tiempo. Su mano había quedado inútil, pero Sento tenía una melodiosa voz; bella y profunda, maravillosa para dar vida a las leyendas de los clanes.

Y todos lo escuchaban con deleite.

La noche se mostraba agradable. Cálida, rumorosa, heredera del verano. Y Fraxilus se había encargado de conseguir dos jabalíes que prometían una buena comida, casi un banquete. Se rustían al fuego de la hoguera, adobados con hierbas silvestres y mechados con grasa abundante.

La cerveza se quedó escasa, y uno de los que había llegado con Siara y el pequeño Furnus les ofreció un odre repleto de un hidromiel que, en realidad, no había fermentado como debiera. Pero nadie protestó cuando el alcohol reconfortó sus espíritus.

También había nabos silvestres, puñados de espárragos y las primeras moras.

Y Plandus, con su eterna sonrisa de pícaro, sin avisar, había viajado hasta las sierras del sur en busca de tres caballos blancos. Al final sólo había conseguido dos tordos y un cremello a los que había dejado sin herramienta para espantar las moscas. Junto a la hoguera, por encima de los jabalíes que atendía Fraxilus, ondeaba un nuevo estandarte, con tres crines casi blancas.

Todos compartían el pan cocido esa misma tarde y bebían en paz mientras escuchaban a Sento cantar la vieja leyenda.

Cuando su primera barba creció, cuando llegó el momento de convertirse en hombre, el pequeño pastor abandonó la sierra para someterse al juicio del clan y rogar la bendición de la Orden, como el resto de zagales que aspiraban a hacerse adultos. Fue entonces cuando el viejo guerrero, cojo y manco, que había sobrevivido pese a sus heridas, reconoció al hijo del rey. Al nacido por voluntad de los dioses de la herida que una lanza había abierto en el vientre de su madre.

Y todos se regocijaron, porque, hasta entonces, el rey que los mandaba había sido un hombre cruel de pocos escrúpulos, ávido de robar ganado y de pelear con otros clanes por la única razón de buscar gloria para sí mismo.

El bardo hacía las pausas justas para generar intriga. Subía y bajaba la voz para enfatizar las luchas o acompasar el dolor del protagonista. Y todos aplaudieron cuando se inclinó en una reverencia, poniendo punto final a la leyenda: cuando el pastor venció en combate singular a aquel rey cruel.

Porque todos habían disfrutado de su hermosa voz y se habían emocionado, temiendo por el destino del pobre niño, al que, en un mismo día, la guerra había privado de su madre y de su padre.

Era una noche para escuchar historias. Clara, limpia. Las estrellas punteaban un cielo de plata y la luna presumía sobre los riscos. Los grillos cantaban. El rotundo aroma de los jabalíes les llenaba las narices, el hidromiel alentaba los ánimos, la compañía daba esperanza, y el bardo mantenía viva su memoria.

Disfrutaban.

Mañana sería otro día.

Mañana los lobos podían volver a atacar, mañana podía no importar nada ya, pero ahora, esa noche, los hombres habían jurado lealtad, los clanes volverían a luchar por lo que era suyo, y un nuevo estandarte ondeaba ante las viejas costumbres.

Mañana, al amanecer, se alzarían como uno solo.

Fraxilus se encargaba de restregar los jabalíes con un atado de romero, recogiendo la grasa que se derretía para untar la piel. Resinus miraba las fogatas con hambre. Flavio jugaba a los dados con los niños que habían seguido a sus padres desde las chabolas, y también con aquellos que se habían librado de convertirse en esclavos. Elasus bruñía con esmero la última de las hojas salidas de la fragua, la mejor que había forjado en su vida; para hacerla había empleado el hierro que su abuelo enterrara mucho antes de su nacimiento, un hierro al que la tierra había arrebatado las impurezas durante todos aquellos años. Y el herrero estaba convencido de que no habría jamás una espada mejor para los clanes. Era una espada digna de aquel niño pastor de la leyenda.

Y la pequeña Drisa, con su muñequita, había espantado a sus fantasmas. Había tronzado la ramilla de un abedul y la había clavado en la tierra. La muñequita bailaba alrededor del palitroque como en el festival de primavera, como si hubiese llegado el momento de elegir un muchacho con el que compartir la intimidad de la noche. Algo sobre lo que la niña no comprendía demasiadas cosas, pero algo a lo que, al fin y al cabo, todo hombre y mujer libre podía aspirar. Si bailaban juntos, tendrían todo un año, hasta el siguiente festival, para decidir entonces si compartirían su vida por siempre o si, por el contrario, cada uno seguiría su camino.

Así había sido y así sería. Porque habían tomado una decisión. Las viejas costumbres perdurarían.

Todos hacían algo. Escuchar a Sento, beber o relamerse ante los espetones. Y todos se sentían felices, henchidos de esperanza. Ahora tenían algo en lo que creer. Y todos preferían ser ilusos libres que esclavos atiborrados de certeza. Mañana caminarían juntos, todos.

–¡Estáis locos! ¡Todos! –exclamó Shabako.

Breo, achispado por el hidromiel, que nunca antes había probado, lo miró con una sonrisa franca.

–Vamos a morir, ¡todos! Ese Reburrus tiene razón, no se puede vencer a Roma... Está bien incordiar, dar por saco de vez en cuando... Soy el primero que disfruta haciendo correr a un legionario, a dos, pero nada puede hacerse contra una legión, ¡contra dos...! No se puede ganar. Es imposible.

Al otro lado de las hogueras, Niske se interesó por los juegos de la pequeña Drisa.

–¿Me estás escuchando? ¿Qué vamos a hacer?

Los ojos de Breo estaban pendientes de cómo la joven empezaba a jugar con la muñequita, arrancando risas en la niña.

–¿Acaso tienes algún plan? ¿Piensas lanzarte a pecho descubierto, como ese cabeza hueca de Segilus? ¿Tienes idea de cuántos legionarios hay en las minas, en Lucus, en...?

Breo se puso pesadamente en pie, vacilante al principio, y tuvo que apoyar una mano en el hombro del negro para no volver a caer sentado.

–No, no tengo ni idea de lo que haremos –contestó con franqueza–, pero sí sé lo que voy a hacer ahora mismo –respondió, señalando a Niske y a la niña.

Y rodeó las hogueras con los jabalíes dejando al negro Shabako con sus preocupaciones.

–¡Estáis todos locos! ¡Locos! Y Segilus tenía razón, ¡tú eres el más loco de esta panda de locos!

Pero Breo ya no lo escuchaba.

–Más vale que se te ocurra algo, algo bueno...

Lo único que consiguió fue un aspaviento que significó todo y nada a la vez. Porque Breo ya se había sentado junto a la niña y a la joven.

El negro no pudo hacer otra cosa que sacudir el mentón y volver a murmurar de mala gana que allí no quedaba nadie en su sano juicio.

–Supongo que has venido a pedir perdón –dijo Niske al verlo.

La niña detuvo la danza de la muñequita y prestó atención a los mayores. Jamás había visto a alguien ponerse tan colorado como se puso Breo.

–¿Habías visto algo así...? –le susurró Niske en tono de confidencia–. Sonrosado como un lechón.

La pequeña se llenó de risas. Y Niske las compartió por un instante, hasta que sus ojos se iluminaron con una idea.

–¿Por qué no vas a buscar unas flores? Y le decoraremos el pelo... A la muñeca.

Suspicaz, indecisa por si los adultos querían deshacerse de ella, la niña dudó.

–Estará guapísima, ya lo verás. Allí, junto al arroyo, hay espinos blancos, acércate...

No sirvió para convencerla e hizo falta que Niske insistiese con un gesto. Finalmente, la pequeña se alejó con pasos tan danzarines como los de su muñeca.

Los dos la vieron marchar y ella prestó toda su atención a Breo. Lo que consiguió que el efecto del hidromiel se disipase de golpe. Incluso se enderezó. Y las aguas de su mirada se aquietaron.

–No es manera de tratar a la hija de un jefe...

La mano de Niske fue a parar a su mejilla. Como si la bofetada todavía estuviera allí.

–Debería pedir una compensación.

Breo no fue capaz de contestar. Lo intentó, pero un mechón de aquel pelo trigueño había caído y bailaba sobre la mejilla, dibujando laberintos de sombras. No pudo contestar, porque lo único que deseaba era perderse.

Pero no tuvo oportunidad ni de perderse ni de encontrar la salida. Y tampoco de responder. Segilus llegó a toda prisa para aguar la fiesta.

–Tenemos que hablar –le dijo con brusquedad, agarrándolo del hombro para alejarlo.

Se alejaron hasta cruzarse con la pequeña Drisa, que volvía con una ramita de espino cuajada de pequeñas flores blancas.

–Tenemos un traidor –espetó sin preámbulos.

Si antes había sido incapaz de pronunciar palabra, ahora Breo se hizo cargo de la situación de inmediato.

–¿Estás seguro?

–Me he devanado lo sesos, y es el único modo de explicarlo.

Breo asintió, pesaroso. Aunque se había alejado de aquel temor como de la peste, en su fuero interno lo había sabido desde la emboscada.

–¿Quién?

Resultaba incómodo para ambos. Sin embargo, a ninguno de los dos se le escapaba que debían afrontar el tema.

–Cuando fuimos de reconocimiento, nos separamos...

Segilus se rascó las mejillas. La barba apenas había tenido tiempo de crecer; era poco más que un borrón en su rostro.

–... y hoy ha estado todo el día fuera.

Breo comprendió.

–Ha traído el estandarte –rebatió, brindando una excusa.

–Él dice que lo hizo en el sur, pero pudo haber conseguido las crines en Lucus –añadió el jefe rebelde con intención.

Los dos se volvieron y buscaron al mismo hombre. Bromeaba con Fraxilus, se quejaba de que estropearía la carne de tanto sobarla con las ramas de romero.

–¿Lo crees capaz?

El largo suspiro fue la constatación de que le dolía en el alma admitirlo.

–Hubiera puesto la mano en el fuego por cualquiera de ellos, me hubiera dejado cortar los huevos... Pero está claro que me equivoqué –admitió Segilus–. Alguien ha tenido que irse de la lengua.

Con un asentimiento, Breo se hizo cargo.

–¿Qué vamos a hacer?

–Pues ir allí y cortarle la otra oreja –soltó Segilus, desenvainando–. Y luego el pescuezo.

Tuvo que sujetarlo por el brazo.

–No puedes hacerlo.

–¿Cómo que no? Voy hasta allí y hago que esa rata asquerosa sólo tenga tiempo para una última cosa: arrepentirse –aseguró, pasándose el pulgar por el cuello.

–Pero no estamos seguros de que haya sido él. No lo sabemos.

–No ha podido ser otro –repuso Segilus, testarudo.

–Y ha podido no ser ninguno –adujo Breo–. Sabíamos que podía salir mal. A lo mejor el guardia de la puerta este levantó la liebre...

–Ya, claro. Y ahora vamos a buscar un sonajero para Resinus, porque aún está creciendo –zanjó, al tiempo que señalaba con cinismo al gigante, que seguía mirando embobado los jabalíes.

Como se echaba a andar, Breo tiró con fuerza, y el tono de su voz cambió.

–No podemos hacer eso –insistió con vehemencia.

–Y si la próxima vez les dice dónde estamos... Y si...

–Pues movemos el campamento. Nos guardaremos las decisiones que tomemos hasta el último momento. Pero no podemos acabar con él por una mera sospecha.

–Es motivo más que suficiente.

–¡No! ¿Cómo confiarán los demás en nosotros? ¿Qué ejemplo daríamos?

–Mano firme, te mostrarías como un líder seguro –afirmó Segilus.

–No, te equivocas.

Se miraron.

–Me mostraría como un líder que no cree en sus hombres, que no confía en los suyos...

Se dio cuenta de que ya no hacía falta seguir sujetándolo y lo soltó.

–Abandonaste a tu pueblo –le reprochó malhumorado.

Breo encajó el golpe con entereza. No intentó excusarse.

–Te escondiste en un rincón de la costa, y esa vieja loca te trajo aquí a la fuerza –espetó–. No me hables de confianza. No te atrevas, yo ya estaba luchando cuando...

En los ojos de Breo una tormenta quiso alzarse, pero apretó los puños y domeñó la furia.

–¿Y cuánto te costó demostrar que no eras igual que tu padre? ¿Quién creyó en ti? –preguntó sin acritud, intentando hablar con la voz calmada–. Aquí no había más que renegados y parias...

Segilus empezó a desenvainar.

–¿Vas a ganar algo así?

–No mentes a mi padre –dijo, mordiendo las palabras.

–Por eso nunca conseguimos que los clanes se unan –continuó Breo con pesar–. Debemos confiar. No podemos vivir a la sombra del pasado. No podemos destripar a alguien y luego preguntarnos si era lo correcto. Si lo hacemos, todo el que se una a la causa tendrá siempre el temor de que un simple capricho pueda acabar con su vida.

–Un jefe debe ser temido.

–No, no puede ser temido. Un líder debe ganarse el respeto y la confianza de sus hombres. Y debe confiar en ellos, aun sabiendo que pueden fallarle. Si te temen, te seguirán hasta que un temor mayor se presente, o hasta que encuentren el modo de dejar ese temor atrás. Si confían en ti, te seguirán hasta el borde del abismo y, si hace falta, saltarán.

Segilus quiso decir algo, pero no supo qué. Las manos de Breo se apoyaron en sus hombros.

–¿No lo entiendes? Tenemos que confiar los unos en los otros. Tenemos que hacerlo y tenemos que conseguir que lo parezca. Que todos lo vean así.

Segilus resopló.

–El negro tiene razón, estás loco.

Sonrieron ambos.

–Supongo que sí...

Oyeron entonces las risas de la pequeña Drisa, rebosante de felicidad. Niske había terminado de decorar la muñequita con las florecillas del majuelo.

–¿Qué vamos a hacer? –preguntó Segilus.

Breo comprendió que ya no hablaba del traidor. No preguntaba sobre el hoy, sino sobre el mañana.

–Yo no volveré a mencionar a tu padre –respondió con una sonrisa.

Y a Segilus le cruzó un mohín por el rostro que, quizá, bien parcheado, hubiera podido ser una sonrisa.

–¿Qué vamos a hacer?

–No tengo ni idea...

–Pues más te vale averiguarlo pronto.

–Ella nos hubiera ayudado...

Se escapó un suspiro triste.

–Sí, lo hubiera hecho...

Tenía razón. Como había dicho Niske, a lo largo de la orilla había abundantes majuelos cubiertos de pequeñas y delicadas flores blancas. Y también cerezos en los que la fruta empezaba a cuajar.

Era un precioso arroyo enredado en las montañas, uno más de los cientos que tejían aquellas tierras de piedra y agua.

Le recordaba a aquel otro que tenía grabado en la memoria.

Y la garza, altiva, segura de sí, vestida con sus largas plumas cenicientas, parecía llevar uno de aquellos sayos blancos de la Orden. Tenía algo de la anciana. O la anciana había tenido algo de garza.

De hecho, de tanto en tanto, miraba al hombre con desdén.

Cuando movió las larguísimas zancas, lo hizo con tanta parsimonia que el tiempo huyó asustado. Y, tras hacerlo, se quedó quieta de nuevo, como una buena maestra, como había hecho Tana.

El arroyo le lamía las finísimas patas. La brisa le movía apenas las largas plumas negras, que, como una corona, le decoraban las sienes.

Sin previo aviso, el poderoso pico apuñaló el agua sin un solo chapoteo y salió chorreando. Cuando alzó la cabeza, una trucha peleaba inútilmente por recuperar su libertad.

–Serás presumida... –murmuró Breo a regañadientes–. ¿Has visto? –preguntó a Cerno, que, a sus buenos cuatro pasos de la orilla, se rascaba una oreja sacudiendo la pata.

El lobero no quedó muy impresionado. Cuando acabó la importante tarea, se limitó a bostezar.

Y Breo, falto de apoyo, volvió a centrar su atención en el agua.

Estaba en medio del arroyo, con los pantalones remangados, intentando imitar a la zancuda. Necesitaba pensar.

Una trucha se colocó tras una piedra, sobre un revoltijo de ramas en el fondo, y empezó a cazar de inmediato a los bichillos que arrastraba la corriente.

Se concentró en los consejos que le diera la anciana. Paciencia. Sosiego. Como la garza, que ya se había tragado su presa y se había echado a volar con un sonoro graznido.

Breo cerró los ojos e intentó moverse como si, de hecho, no se moviera.

Una eternidad después, tanto como para que Cerno hubiera tenido tiempo de volver a bostezar, cambiar de postura y echarse finalmente de costado para dar una cabezada, Breo estaba junto al pez, con una mano en el agua, conteniendo la respiración, y los ojos tan abiertos que el sudor que le escurría por las cejas lo obligaba a lagrimear.

Intentó convertir su mano en el pico de la garza.

Y no lo hizo mal.

Cuando sacó el puño del agua, la trucha se debatía entre sus dedos. Pero el éxito lo despistó. Resbaló en el limo del fondo y cayó de espaldas estrepitosamente. Se dio un chapuzón, salpicó en todas direcciones y el lobero se puso a ladrar, como si se burlase.

–Se supone que eres pescador...

Cuando se apartó el pelo mojado de la frente, la descubrió en la orilla, acariciando a un lobero que sacudía el rabo, contento.

Iba a decir que la había atrapado, que lo había conseguido, pero sus manos vacías hacían de la verdad una mentira y, resignado, vadeó hasta la orilla.

–No se me ocurrió otro modo de salir de allí –soltó de carrerilla, como si las palabras quemasen–. Lo siento.

Ella lo miró, y su sonrisa revoloteó de un modo extraño.

Las ropas mojadas se le pegaban a la piel. Los años peleando con las olas le habían moldeado los hombros, fuertes, y la tela se tensaba con cada gesto, esculpiendo un pecho vigoroso sobre un vientre plano.

–Lo siento –insistió con sinceridad–. Y también siento que tu padre...

Ella apartó los ojos y prestó atención al perro, que ya le ofrecía un palo entre los dientes.

Ignorante de los bellos y profundos misterios de las mujeres, Breo no supo interpretar su silencio.

–Lo lamento –insistió.

Niske abandonó la cesta que traía, en la que apenas había un puñado de moras silvestres, la mayoría ni siquiera maduras aún, y cogió el palo para lanzarlo.

Cerno salió corriendo, contento, pero se detuvo en seco cuando su presa cayó al agua con una salpicadura.

Y su amo rio, cohibido, inseguro ante el escrutinio de la joven.

–Se cayó en una poza de cachorro...

El lobero piafaba como los caballos, saltando de una mano a la otra, incapaz de meterse en el arroyo. La corriente arrastraba el palo y, desesperado, bajó por la orilla un trecho, persiguiéndolo, pero sin atreverse a meter las patas en el riachuelo.

Ella hizo ademán de marcharse, pero terminó por sentarse allí mismo, en la hierba apretujada de la orilla, entre unas matas de aro que enseñaban sus brillantes bayas naranjas.

Breo salió del agua, dudó, y se sentó a su lado.

–Pues no le vendría mal darse un baño –dijo al fin sin mirarlo–. Huele como un pellejo abandonado al sol.

Él se pasó la mano por el pelo para echárselo hacia atrás.

–A veces cuesta enfrentarse a los miedos...

Alzó el rostro, y se miraron. Los dos reconocieron en el otro aquellos miedos a los que no era fácil plantar cara.

–Tú lo pusiste, ¿verdad?

No comprendió.

–El pulpo, en la cesta de la viuda Resa –inquirió ella.

Volvió a pasarse la mano por el cabello.

–No tenía a nadie –acabó por explicar él.

–Tú tampoco...

–No, yo tampoco...

Hubo un silencio que llenaron los gañidos del lobero, que seguía persiguiendo su trofeo por la orilla.

–... hasta ahora.

En él se mezclaban el olor del agua fresca del arroyo y algo más profundo y salvaje, como si llevase prendida la sal del océano.

Miró en sus ojos. Y bajó el rostro para fijarse en sus manos. Firmes, llenas de pequeñas cicatrices que habían dejado las lapas y las rocas. Eran manos fuertes. Manos que parecían un refugio.

Pensaba en qué decir, rebuscaba en su memoria las palabras. Y una de aquellas manos sujetó su barbilla. Notó el tacto recio, un poco áspero. Sintió el calor subir hasta sus mejillas. Y algo aleteó en su interior cuando los dedos presionaron. Con la fuerza justa, como arrancando una flor.

Sus ojos se volvieron a encontrar.

Ambos se olvidaron de respirar.

Ella se perdió en su mirada azul. Él se encontró en sus rizos trigueños.

–¿Te acuerdas de la primera vez que el viejo Suntus me llevó con él a ver a tu padre?

Todo su mundo se había vuelto muy pequeño. No existía nada más que la presión de aquellos dedos en su barbilla.

–Yo lo recuerdo. Ayudabas a tu madre con el telar. Recuerdo aquella falda encarnada. Y tus trenzas, me acuerdo de tus trenzas...

Ella no dijo nada. Él se acercó. Sus muslos se rozaron.

–¿Sabes lo que me dijo el viejo cuando salimos?

Ella logró negar, moviendo apenas aquella barbilla enjaulada.

–Me dijo que era un estúpido. Que nunca podría ser. Él lo supo antes que yo –reconoció Breo, con una sonrisa llena de enigmas, trayendo a aquel azul en sus ojos un relámpago–. El viejo tenía razón, yo tardé en comprenderlo.

–¿El qué?

Fue sólo un susurro.

El arroyo ronroneaba junto a ellos. La mañana jugueteaba con los reflejos de luz en el agua. Dos carboneros intercambiaban trinos en la copa de un blanco abedul.

–Que me enamoré de ti ese primer día...

Ella luchó por bajar el mentón.

Él la retuvo.

–Te he amado toda mi vida.

Ella dejó que el arroyo contestase.

–Eres mi ayer. Eres mi mañana.

La mano dejó libre la barbilla. Paseó por la mejilla, encontró la curva del cuello y se deslizó hasta recoger su rostro. Se escondió entre los mechones de su pelo.

Se acercó, y sus labios quedaron a un suspiro. Allí esperó a que ella decidiese.

Las palabras eran bellas. Y sabía que eran sinceras. Pero no fueron las palabras, ni su belleza o sinceridad lo que sirvió para convencerla. Fue lo que había tras ellas: la incertidumbre, el miedo a perderla antes de tenerla. La fragilidad de un hombre capaz de desafiar a un imperio pero que pedía permiso para un beso.

Ella recorrió aquel suspiro.

Sus labios se encontraron. Y comprendieron que se habían amado antes, en sueños. Se encontraron y no quisieron volver a perderse jamás.

Porque se dieron paz y se regalaron deseo.

Creció entre ellos, como la marea, hasta anegarlo todo. Y los titubeos se convirtieron en prisas. Los labios se abrieron, las lenguas se anudaron. Ella empujó. Él la recogió en sus brazos. Las ropas mojadas empaparon sus pechos.

Delicado, como si temiese romper algo, besó su frente, sus mejillas, aquella barbilla, regresó a sus labios y aquellas manos recias dibujaron su silueta y encontraron los pechos rotundos, y los pezones, erizados por la humedad.

Los pellizcó entre sus dedos y ella arqueó la espalda, sabiendo que algo faltaba entre sus piernas. Algo que llenase el inmenso vacío que de pronto sentía.

Pelearon con las ropas, con un deseo como nunca antes habían imaginado. Con la pasión de saber que, al fin, estaban donde debían estar. Donde deberían haber estado siempre.

Ella recorrió con sus uñas los trazos que dibujaban los músculos.

Él navegó en su vientre hasta pellizcar la tela que cubría la horquilla entre sus piernas.

Rodaron sobre la hierba, sobre las matas de aro.

Él quedó sobre ella y besó cada rincón de su piel. Rodeó los pezones maduros, soplando sobre cada beso húmedo y reciente para arrancarle escalofríos. Descendió de las cumbres hasta el valle y lo recogió en su mano. Apretó. Y lo sintió tibio. Ansioso. Húmedo como el arroyo. Entonces siguió con su descenso, dejando besos que erizaban el vello.

Lo primero que ella sintió fue vergüenza. Y la olvidó en cuanto su lengua bebió en ella.

Se atrevió a alzar el rostro y lo vio abrazado a sus piernas, recogiendo lo que se derramaba de ella con una boca ansiosa y, tras una sola vacilación, corcoveó para entregarse entre gemidos.

Sujetó sus cabellos rubios y, después de una eternidad que pasó en un suspiro, no pudo contenerse y clavó las uñas en su nuca, sintiendo como él bebía ansioso.

Cuando él se incorporó, ella buscó, con prisas, deseando regalar lo recibido. Y se le escapó un gruñido de placer cuando fueron ahora sus dedos los que apresaron algo. Listo, preparado para ella. Más firme aún que aquellas manos fuertes.

Apretó, y él gimió profundamente. Desde el fondo de su garganta.

Fue ella la que tiró de él ahora, con suavidad, pero sin escapatoria; fue ella la que marcó el camino a aquella fuente que seguía necesitando más de él.

Ella se abrió para él. Él se encontró dentro de ella. Y se movieron el uno con el otro. Descubriendo que cada uno era lo que al otro le faltaba. Eran uno.

Él besó su cuello, la mejilla, atrapó el lóbulo de una oreja y lo mordisqueó.

Retiró las caderas y se movió como un visitante inquieto a las puertas. Y ella podía sentirlo. Y tuvo prisa, y clavó sus uñas en las nalgas, y tiró de él, deseando que llegase más allá, hasta el fondo, tanto como fuera posible.

Pero él se contuvo y le susurró al oído:

–Eres mi ayer. Eres mi mañana.

Y entonces se hundió en ella. Hasta el fondo. Tanto como le fue posible.

–Te amo...

Sus manos abandonaron las nalgas y lo sujetaron por los hombros. Y tiró de él para alzarse, para besarlo. Para encontrar un destino.

Y ella también se lo dijo.

–Te amo, ¡te amo...!

Y él se tumbó sobre ella. No hubo un solo escondrijo en su piel que no hallase refugio en la de ella. Sus cuerpos se arroparon.

Moviéndose lentamente. Muy lentamente. Hasta que la urgencia los espoleó. Y él apoyó las manos en el suelo y alzó el torso y empujó y gimió. Y ella abrazó su cintura con las piernas y corcoveó y se alzó y atrapó entre sus dientes la piel de su pecho.

Más rápido.

Más.

Aún más.

Velas en la tormenta. Juncos en el vendaval. Se estremecieron juntos. Con las manos entrelazadas. Con los corazones desbocados. Y, por primera vez en su vida, ambos se sintieron plenos.

Habían estado perdidos. Y ahora se habían encontrado.

Juntos renacieron de las cenizas, las cenizas de un fuego que ellos mismos habían prendido.

Cuando Cerno volvió, decepcionado y sin el palo, aún estaban desnudos, abrazados, sin más compañía que el arroyo, el bosque, sus silencios. Ella usaba su brazo para recostarse y él jugueteaba con su pelo. El lobero hocicó junto a su amo y les arrancó una sonrisa a ambos, pero también deshizo la magia del momento.

–¿Necesitas algo? ¿Agua?

Se ofreció solícito y ella sonrió por las atenciones.

–Sí, estaría bien...

Y desnudo como estaba, sin vergüenza, Breo se acercó al abedul. Hubiera sido mucho más fácil que ella se llegase al arroyo. Pero sabía

que, si quería conservarla, no podía dejar que las cosas se volvieran fáciles.

Tirando suavemente, sacó una de las capas de aquella corteza blanquecina que, seca, servía como yesca, y que así, húmeda, se dejaba domar para formar cacharros y potes. Enrolló con ella un cucurucho, apenas dos tragos, y volvió a pensar que sería más fácil que ella se acercase. Pero no dijo nada, se lo llevó hasta el agua, lo llenó y volvió para ofrecérselo.

–Podías haberme pedido que me levantase y lo hiciera yo...

–Hubiera sido más fácil...

Ambos sonrieron, y ella ya no quiso más agua.

Por la tarde, danzando entre las ramas de los majuelos, los mosquiteros ofrecieron un concierto de animados trinos. Se habían acostumbrado a los amantes.

Niske le habló de su infancia, de sus dueños, de sus dudas. Le enseñó sin pudor el dolor que habían dejado las muertes. Y, poco después, fue capaz de volver a reír al acordarse de las carreras que, de niña, la llevaban sin permiso hasta el gran río que envolvía Fazouro.

Y Breo puso todo su empeño en corresponderla. No había hablado tanto en toda su vida y, sin embargo, no dijo mucho. Lo intentó, pero no pudo llevarla hasta aquel día cuando el mijo ardió como la yesca.

Pero ella había comprendido de inmediato que él necesitaba callar. Había entendido que, entonces y para siempre, en aquel hombre existían lugares en los que tendría que dejarlo solo. Recovecos en los que, si insistía en acompañarlo, lo perdería.

Por eso permaneció callada mientras los mosquiteros cantaban. Porque él se había perdido en los desiertos de su alma. Y ella estaba dispuesta a esperarlo hasta que regresase.

Sentados en la orilla, bajo los majuelos, compartieron aquel silencio mientras, a su lado, Cerno dormitaba. Y soñaba con aterrorizar a alguna ardilla, porque gemía y movía las patas como si corriese, con tanto ímpetu que le arrancó a Niske una sonrisa mientras enredaba los dedos en los cabellos de Breo, que, pensativo, trasteaba con las piedras de la orilla.

Para espantar aquellas llamas en el mijo había estado escogiendo cantos y los había apilado unos sobre otros. Y, por fin, tras un largo

rato, abandonó el más pequeño de los guijarros en la cima y rescató la mano de Niske de entre su pelo para besarla con suavidad.

–¿Cómo vamos a vencer a la bestia?

Ella se acercó, y tuvo que contener la ansiedad que brotó en la horquilla de sus piernas cuando ambas pieles se rozaron.

–No lo sé –contestó con dulzura–. No lo sé.

Él la miro largamente. Volvió a besarle la mano, el antebrazo, la delicada piel de la sangradura.

–Aunque pudiéramos aniquilar a toda la guarnición de las minas, a todos los legionarios apostados en Lucus, vendrían más –reconoció con pesada resignación.

Y Niske le dio la razón, asintiendo, y aprovechó el gesto para dejar un beso en el cuello de Breo, que se estremeció.

–¿Y qué haríamos después? ¿Cómo volvemos a hacer que los bosques crezcan? ¿Cómo haremos para que los ríos corran libres? Has visto ese engendro que están levantando en Lucus, y las minas... Las minas.

Ella percibió la desesperación que atenazaba su voz.

–¿Cómo se lo explicaremos a nuestros hijos?, ¿a nuestros nietos?

Niske no se atrevió a contestar, sólo fue capaz de refrenar el impulso de abrazarlo tras escuchar aquellas palabras, pronunciadas con tanta naturalidad.

–Aunque venzamos hoy, ¿cómo venceremos mañana?

Seguía pensando en aquellos hijos y nietos, pero Niske se obligó a hablar.

–¿Qué hacías cuando llegué?

Confundido, tardó en responder.

–Pescar.

–¿Y no te hubiera sido más fácil usar una red? ¿O poner unas varas?

–Tana...

–¿Y fue Tana la primera en llevarse a un zoquete –sonrió– a un arroyo para enseñarle a pescar a mano? ¿Fue la primera en llevar a alguien a un humilladero? –preguntó, señalando los cantos apilados.

Él no lo entendió. Y ella se lo explicó, le habló de aquellos hijos y nietos. Hasta que él comprendió. Y, cuando lo hizo, se besaron de

nuevo con una sed que sólo el otro podía saciar.

Sus manos descubrieron nuevos atajos en sus cuerpos. Sus caricias encontraron destinos desconocidos. Se recostaron el uno en el otro, y la impaciencia se desató.

Pero él gimió de improviso y la apartó con suavidad.

–Espera, espera...

Se acercó al arroyo y ella pensó que querría beber, pero no se agachó para recoger agua en la ambuesta de sus manos, sólo se quedó allí, mirando el riachuelo.

Y cuando ella iba a preguntar qué sucedía, él se volvió con la ilusión pintada en el rostro.

–Ya lo sé...

–¿El qué?

–Lo que vamos a hacer. Ya lo sé. No podemos pelear contra sus legiones. Pero sí podemos hacer daño a Roma, mucho daño...

Ahora, cuando él volvió a besarla, ella fue la que lo apartó.

–¿El qué? ¿Qué vamos a hacer?

Se lo contó, lleno de una ilusión infantil.

No era más que una idea alocada, un imposible. Pero ella le dio la razón.

Y apagaron aquella imperiosa necesidad. Volvieron a hacer el amor, lentamente, tan lentamente que el placer se volvió suplicio. Tan lentamente que pensaron que enloquecerían. Y no les importó si tal cosa sucedía.

Porque los dos supieron que, quizá, nunca volverían a hacerlo.

A Sento se le escapaban las lágrimas.

–Pensé que jamás me perdonarías...

Las manos de Breo lo sujetaban por los hombros.

–¿Lo harás?

La vergüenza veló el rostro del bardo. Le costó enderezarse.

–No soy digno –reconoció con pesar–. Yo...

Las manos de Breo apretaron e intentaron reconfortar a su amigo.

–Me condenaron. No podía regresar, por eso yo...

–Lo sé –admitió Breo, consiguiendo sorprenderlo.

–¿Lo sabes?

–Al principio, no, pero he atado cabos. Por eso Tana te eligió, porque lo único que tenías era el camino. ¿Qué bardo renunciaría en estos tiempos a un techo y comida seguros bajo la protección de un clan?

Estupefacto, Sento acabó por asentir.

–Puedo explicarlo...

Breo lo interrumpió.

–No tienes nada que explicar. Ella te eligió, y para mí eso es suficiente.

Se miraron el uno al otro.

–¿Lo harás? –insistió Breo.

El bardo estuvo a punto de descoyuntarse el pescuezo al asentir.

–Es un honor –respondió emocionado–. Por supuesto, lo haré.

No estaban lejos de la fragua de Elasus, y, a su alrededor, el campamento despertaba con la mañana de cielos despejados y limpios. Resinus ya se quejaba de su hambre de oso y, entre bostezos, preguntaba quién había preparado algo que echarse al buche. Y Segilus,

eficiente como siempre, dispensaba órdenes para las guardias de los centinelas. Las tareas del día mantenían a todos ocupados, nadie les prestaba atención.

Sento ni se acordaba de que sus gachas se enfriaban allí mismo, sobre un cepo, donde las había dejado al ver acercarse a Breo. Sostenía el estandarte con su mano buena e intentaba enjugarse las lágrimas con la mala. Su voz, tomada, no alcanzaba a expresar la emoción que lo embargaba.

–Gracias, muchas gracias... No te decepcionaré.

–Estoy seguro de que no lo harás. –Hizo una pausa–. Tana estaba convencida.

Con ojos llorosos, Sento miró las tres crines ondeando en la brisa. Y prefirió no hablar de los secretos de la Orden.

–¿Cuándo?

–Dentro de dos lunas –afirmó Breo tras repasar las cuentas–. Para el mes de la hiedra. La primera mañana después de la luna llena.

Sento asintió, convencido.

–El mes de la hiedra. La primera mañana después de la luna llena. Así lo cantaré...

Y no pudo el bardo acabar su habitual retahíla, porque Niske se acercó con el ceño fruncido y el semblante airado.

–Yo iré contigo –le espetó a Sento, sin saludar siquiera y sin mirar a Breo.

El día anterior, bajo los majuelos, habían discutido. Cuando ella le dijo lo que haría, y él le dijo que no lo consentiría.

–No se me ocurre nadie mejor –repuso el bardo emocionado–. Me siento honrado.

Y, al escuchar a Sento, Breo comprendió que se había equivocado. Las palabras del bardo demostraban que ella tenía razón. Y la miró. La admiró, lleno de orgullo, incrédulo porque una mujer así lo hubiera aceptado en su corazón.

Ella también lo miró, pero enfadada, con los labios fruncidos y el semblante serio.

–Ella irá contigo –concedió Breo, sin apartar los ojos de Niske.

El bardo se supo a un lado, como si de repente ya no importase. Ellos seguían mirándose, trabados en algo que le era ajeno y que aun así percibió.

–Ella irá contigo –repitió Breo.

Y el peso que había oprimido su corazón se desvaneció cuando Niske lo tomó de la mano y su semblante se dulcificó.

–Iré contigo –confirmó, sin mirar a Sento.

–Ella es la hija de Abulus, la hija de uno de los grandes jefes. Te escucharán si está contigo –admitió Breo, volviéndose, ahora sí, hacia el bardo.

Y a Sento, entendiendo lo que sucedía, se le iluminó el rostro.

–¡Qué maravillosa noticia! Ya lo dije. Esta historia es aún más grande que el coraje de los sitiados en Medulio. Ni en las más heroicas gestas se canta algo así... Vosotros dos –los señaló a ambos–, vosotros dos..., ¡qué alegría! Se cantará por generaciones. Debemos encontrar a una hermana de la Orden, alguien...

Breo levantó la mano.

–Ya habrá tiempo para eso... Ahora hay asuntos más urgentes.

Sento dudó un momento, inseguro.

Breo alzó las cejas señalando el estandarte y, en cuanto el bardo comprendió, fue hasta el centro del campamento, junto a las hogueras. Caminó con dignidad, dejando que las crines ondeasen por encima de su cabeza, donde todos pudieran verlas.

Y empezó a cantar. Llamó a los clanes, a las tribus, al pueblo.

–Fui... Fuimos uno. De los mares a las montañas, entre los ríos, bajo los bosques. En tiempos, los clanes olvidaron sus rencillas. En tiempos, los clanes lucharon como uno solo. En tiempos, fuimos fuertes. Fuimos uno. Y ahora, entre las fauces de la Loba, ahora necesitamos recordar...

Hizo una pausa y miró el estandarte con los ojos empañados.

–... Los clanes se unirán bajo las crines blancas...

Toda la actividad cesó. Incluso los niños dejaron sus juegos. Todos escucharon. Todos se pusieron en pie y asintieron. Hasta el bebé de Idra calló. Entre los guerreros sonó un largo silbido. El negro Shabako pateó el suelo. Uno de los ayudantes del herrero gritó a voz en cuello.

El llamamiento del bardo, del que había sido elegido por la Orden, convertía en ciertos los rumores, daba esperanzas y alimentaba sueños.

Segilus desenvainó y aulló, agitando la espada sobre su cabeza.

El único que se quedó donde estaba, que ignoró lo que sucedía, inmerso en las gachas de su desayuno, fue Reburrus.

–... En el mes de la hiedra, la primera mañana después de la luna llena. –Su voz se iba alzando, cobraba fuerza–. ¡Ese día, de nuevo, los clanes cabalgarán juntos!

Rugidos, ovaciones. Silbidos, aplausos.

Era lo que habían estado esperando.

Se desbordaron.

Elasus fue el primero en acercarse. Como una ofrenda, traía en sus manos la última de sus espadas, envuelta en cuero aceitado, y la ofreció inclinando el rostro con servidumbre.

–Necesitarás algo más que la voz desafinada de un bardo.

Y el bardo ignoró la pulla. Se le amontonaban los versos en el cogote. Por primera vez en su vida formaba parte de las gestas que había cantado desde su ingreso en la Orden. Y ahora estaba allí, viendo cómo el héroe recibía el acero forjado para él, el acero que le permitiría cumplir con su destino.

La leyenda se hacía realidad.

Breo, apabullado, también comprendió lo mucho que significaba aquel gesto. Y buscó consejo en Niske. Ella le infundió ánimos, y Segilus, que había aparecido allí mismo, para sonreír y asentir solemne.

Era excepcional.

Dos filos en dos pasos de hoja. Ligera, pero con la promesa del herrero de que jamás antes había forjado una tan resistente.

–Podrías cortar piedras y el filo no se perdería –le aseguró, dándole una palmada en el hombro cuando Breo la tuvo entre sus manos.

Vibraba, parecía tener vida propia, como si Elasus hubiera recuperado la mítica espada de un rey olvidado, el arma que, a la muerte del héroe, había sido entregada a algún manantial secreto por los más ancianos de la Orden.

La empuñadura se había cubierto con vueltas de la mejor gamuza de corzo. Y el pomo, útil en combate como una aguijada para golpear con él, tenía elaborados remates. El herrero había logrado que el hierro pareciese vivo, como si el viento pudiese moverlo a capricho; eran tres crines de caballo.

–Gracias –balbució Breo, impresionado.

–Estoy seguro de que le sacarás partido, derramará sangre de lobo...

Se volvieron todos para descubrir a un Segilus exultante.

–Dos lunas... No es mucho. Aun así, nos apañaremos –dijo, restándole importancia al plazo–. Pero –puntualizó, envainando su propio hierro– reunir a los clanes no basta... –Miró a todos de hito en hito–. Aunque todos respondan a la llamada...

No le hizo falta terminar la frase.

–Así que ¿vas a decirme, en el nombre de los dioses, qué demonios se te ha metido en esa cabeza de cabra loca?

Y Breo compartió sus planes, como ya había hecho con Niske.

Hizo llamar a Shabako y a Flavio, y se sentaron con el herrero y Segilus junto a la hoguera, picoteando algo de pan, moras, cebollas silvestres y un cuenco de gachas de farro.

–Lo primero –habló mirando al herrero–, ¿qué sabes de candados?

Elasus, desconcertado, se mostró renuente, pero terminó por acceder. Y cuando aquello quedó resuelto con su palabra de que lo intentaría, Breo se explicó.

–Hay muchos cabos sueltos –señaló Flavio cuando hubo escuchado–. Demasiados...

Segilus, al contrario que el renegado, se mostró más optimista.

–¡No seas quejica! Está clarísimo. Uno y dos –dijo, levantando los dedos a medida que hablaba–. Pam, pam –añadió, cerrando una mano y sacudiéndose dos puñetazos en la otra palma abierta–. Y listo. Me jode reconocerlo –admitió de mala gana, sacudiendo el mentón–, pero jamás se me hubiera ocurrido. Si sale bien, si esta locura sale bien –remarcó con una mueca–, esos hijos de perra van a tener que lamerse las heridas por mucho tiempo.

–Hará mucho daño –concordó Flavio–, desde luego. Pero no es tan sencillo como lo pintas. No tenemos idea de cómo hacerlo. Ni el uno –alzó un dedo, imitándolo–, ni el dos –alzó otro más.

–Es probable que no salgamos de allí con vida –intervino Shabako, caviloso–, pero merece la pena intentarlo. Por Ptah, claro que sí, merece la pena. El plan tiene algún que otro agujero..., algún que otro socavón, quizá. Pero, qué demonios, merece la pena.

–¿Y cómo lo organizamos? –preguntó entonces Segilus, ansioso por ir al grano.

–Tú, Shabako y yo en los montes –contestó Breo–, para averiguar cómo rematar el uno –añadió, repitiendo el gesto con los dedos–. Flavio en el valle, para encargarse del dos. –Hizo una pausa y miró al herrero con intención antes de continuar–. Cuando Elasus termine su trabajo...

Y todos asintieron. Pero para Segilus aún quedaban clavos por remachar.

–Uno y dos. De acuerdo. Suena bien. ¿Y qué piensas hacer con él? –cuestionó, señalando sin reparos a Plandus, que reía alguna gracia con Resinus.

–Vendrá conmigo –respondió Breo de inmediato, antes de que los otros pudieran preguntar al respecto–. O al menos intentaré que lo haga...

Flavio y Shabako se miraron cómplices. Segilus sacudió el mentón. No era el momento apropiado para andarse con explicaciones.

–De acuerdo. ¿Y qué hacemos con el resto? –preguntó entonces, señalando a la niña Drisa, que jugaba con su inseparable muñeca.

–Lagouzos está cerca –comentó Breo como si no tuviera importancia– y sigue abandonado. Creo que allí podrían empezar de nuevo. Todos los que no sean capaces de empuñar un arma deberían irse.

Segilus asintió, dándole el visto bueno a la idea.

–Has pensado en todo –admitió–. Pues, entonces –dijo levantándose–, más vale que nos pongamos en marcha. Tenemos mucho por hacer y sólo faltan dos lunas.

Jamás volverían a verse. Eso era lo más probable.

Y despedirse fue tan doloroso que, durante un breve instante, Breo estuvo tentado de decirle que se marchasen juntos. A la costa, los dos. Él construiría una nueva barca y pondrían rumbo a Éren, juntos.

Nunca se separarían.

Ella percibió sus tribulaciones y le tomó las manos. Y él la amó aún más por eso.

No les hicieron falta palabras. Ambos sabían la verdad, y a ambos les dolía esa verdad.

El único que sonreía, encantado con la misión que tenían por delante, era el bardo, que aguardaba por ella en aquella trocha de cabras que llegaba hasta el campamento.

Se besaron, sedientos. Y no lograron saciarse.

Ese beso. La mañana. El día entero. Todo un año. Nunca serían suficientes. Sin embargo, si le dieran la espalda a su pueblo, jamás se lo perdonarían.

La vio marcharse con el corazón encogido, y Cerno, siempre cariñoso, intentó consolarlo lamiéndole los dedos y apretando la cabezota contra su pierna.

Pero no consiguió más que una palmada.

Breo tenía demasiadas cosas en las que pensar. Se hubiera acercado al arroyo a sentarse donde crecían las matas de aro y dejarse roer por la tristeza. Pero Segilus tenía razón, había mucho por hacer y el tiempo apremiaba.

Se volvió al campamento.

Elasus empaquetaba sus trastos. Él sería el encargado de guiar al resto hasta Lagouzos; tras una vida nomadeando de un castro a otro, sabía manejarse en los caminos. El único inconveniente había sido convencerlo de que aquello era lo que debía hacer. Porque el herrero quería luchar.

–Eres el único en el que puedo confiar –le había dicho Breo–. Y las cenizas de lo que arderá necesitarán un herrero. Ya hemos perdido demasiado.

No hizo falta que mencionase a Tana; su ausencia pesaba a todos.

Al final, a regañadientes, el herrero había consentido.

Tras él, uno de sus ayudantes echaba una mano a Fraxilus para ultimar una tanda de flechas. Y, más allá, Segilus repasaba las armas de las que disponían junto al renegado Flavio.

Aunque no era a ninguno de ellos a quien Breo buscaba.

Plandus estaba junto a las fogatas, tostando un currusco de pan, y allí se dirigió, pero el niño Cirrius se interpuso.

Antes de que el pequeño abriese la boca, ya supo lo que iba a decirle, y Breo se agachó junto a él y lo sujetó por los brazos, intentando disimular que lo hacía para evitarle esfuerzos, haciendo que pareciese un simple gesto de cariño.

–Me alegro de verte. Te estaba buscando –lo saludó jovial–. He de encargarte una misión muy importante.

El pequeño había preparado su propia parrafada. Había esperado que le dijesen que no y el brusco cambio de rumbo lo dejó sin palabras.

–Elasus está ya mayor –continuó Breo–. Él no lo reconocería, pero ya no ve bien y su memoria empieza a fallar. –La ceja alzada en el rostro del niño demostraba suspicacia, pero permaneció en silencio–. No lo admitirá nunca, y tú no debes decírselo, tiene que ser nuestro secreto...

La curiosidad del crío pudo más que su orgullo de guerrero.

–¿El qué?

–Que necesita ayuda, y tú debes ser quien lo haga.

El niño sacó pecho.

–Además, sus ayudantes terminarán el aprendizaje pronto, y alguien tendrá que ocupar su lugar...

El rostro infantil se iluminó y se apagó de pronto, carcomido por dudas repentinas.

–No conozco a nadie mejor para hacerlo –aseguró Breo muy serio–. ¿Le echarás una mano?

Cirrius consideró el asunto con la máxima gravedad y tardó en hablar. Y, cuando lo hizo, lo hizo con el gesto aún más circunspecto que el de Breo.

–Lo haré.

Y Breo se esforzó por no dejar que su alivio aflorase.

–Lo haré, pero tú debes hacer algo a cambio por mí.

No había esperado una reacción así, y temió las siguientes palabras del niño.

–Era de mi padre –dijo, aún más serio, sacándose de la cintura el cuchillo de matarife, largo y afilado–. No lo tomé sin permiso –aclaró enseguida–. Él me lo pidió...

Niske se lo había contado, y Breo sabía a qué atenerse.

Era una costumbre tan vieja como los clanes. Antes de la lucha, el padre regalaba a su hijo el puñal que habría de acompañarlo a la guerra. La tradición servía para que, con el arma, el viejo guerrero diera consejos al joven. Ahora los papeles se habían trastocado, pero el profundo significado seguía allí.

Así que alivió al crío de contar su triste historia y aceptó el peculiar cuchillo.

–Derramará sangre –recitó lo que dictaba la tradición.

Y pudo dejar al niño satisfecho, que ya se apoyaba en sus muletas para acercarse hasta el herrero.

Cuando Breo llegó al fin junto a Plandus, éste preparaba el zurrón para salir, como de costumbre, hacia su puesto de centinela en el oeste del campamento.

–Ella lo sabía –le dijo, sentándose.

Plandus perdió su eterna sonrisa.

–¿Cómo?

–Tana, ella lo sabía. Lo supo siempre.

El zurrón quedó abandonado en el suelo, junto a un castaño.

–Quizá delirabas cuando estuviste enfermo, cuando te agarraron aquellas fiebres...

Plandus miró a todos lados, nervioso, como buscando a alguien más.

–... o quizás ella lo adivinó.

El pelirrojo echó la mano a su espada. Y Breo negó.

–He venido solo, y lo único que quiero es escucharte, entender.

En un gesto involuntario, Plandus se llevó la mano a su oreja deformada. Y Breo entornó los ojos.

–¿No fue un legionario?

La negación fue tímida. Apenas un temblor.

Y Breo no quiso preguntar. Pero tampoco hizo falta. El rostro crispado de Plandus se inclinó, en un leve gesto, tan leve como la negación. Y, al mirar hacia donde el otro señalaba, comprendió.

–¿Su padre?

El asentimiento fue aún más débil. Su mentón se movió menos que las hojas de castaño a merced de la brisa.

–Debe pagar por lo que hizo su padre –logró decir Plandus con la voz ronca.

Aquello arañó las entrañas del propio Breo.

–Y no bastaba con matarlo, tenías que hacer que fracasara –adivinó Breo, haciéndose cargo.

Esta vez el asentimiento fue más firme.

–Él no es su padre –aseguró Breo con una tenaza en el pecho–. Y matarlo no te devolverá lo que perdiste...

Permanecieron en silencio, las miradas de ambos fijas en Segilus, que continuaba impartiendo instrucciones a los que, como Plandus, salían para hacer labores de centinela por última vez.

–Lamento lo que te sucedió, lo que les sucedió a los tuyos. Lo lamento y lo entiendo...

Pesaroso, Breo se alejó unos pasos.

–¿A quién vas a enviar? ¿A Resinus?

Se volvió para encararlo.

–El odio te ha nublado el juicio. Crees que todos haríamos lo que tú harías... Si pensase que debiera hacerse, lo haría yo mismo. No voy a

enviar a nadie... Eres libre de irte, si quieres.

–Ordenarás que me persigan –rebatió Plandus.

–No, no lo haré –refutó Breo, afligido–. Eres libre incluso de ir a Lucus y contarles lo que sabes. –Plandus quiso excusarse, y un gesto firme se lo impidió–. Pero yo creo, quiero creer –recalcó–, que no lo harás.

Y lo dejó bajo el castaño, sin otra compañía que el zurrón y las dudas.

Esa tarde, Elasus se marchó con aquellos que no podían unirse a la lucha. Junto a él, portando un pequeño petate, cojeaba el niño Cirrius. Y su hermana lo miraba con el rostro rebosante de orgullo.

Aquella alegría sincera fue la única. La noche resultó triste. El campamento, medio vacío, invitaba a los fantasmas y a los miedos. Al día siguiente, todos partirían, y la mayoría durmió mal.

Al alba, cuando las nieblas dejaban su rocío sobre las espinas de los tojos, los que sí iban a luchar, aquellos que sí eran capaces de sujetar un arma, se prepararon para marchar hacia el este, hacia la guerra.

Y Plandus no estaba. Había aprovechado la madrugada para huir.

Con un punzón, el mismo que se había usado para maldecirlo, Sila recorría las crudas marcas del mapa una y otra vez. Con saña.

Lo paseaba de un lado a otro, murmurando para sí, obsesionado con encontrar lo que, hasta ahora, ninguno de sus hombres había sido capaz de descubrir.

–¿Dónde estás?

Y las únicas que escucharon la pregunta fueron dos moscas que descansaban en un plato de lengua de cerda cocida en vino, amodorradas por el calor del mediodía.

El plato servía de pisapapeles al sostener una de las esquinas del mapa. Y aún rebosaba, apenas había probado bocado.

Había intentado inculcar en las cocinas un cierto apego a las cocciones en su justa medida, a las frituras crujientes y al uso proporcionado de las especias. Pero sus consejos habían caído en saco roto. Y el cocinero, cuartelero hasta la médula, tan sólo se las había apañado para malograr una de las estupendas lenguas que aquellos dos veteranos le habían regalado al salir de las pocilgas.

Echaba de menos la gran ciudad, los manjares delicados, las buenas vajillas. Y los teatros, el circo, las luchas de gladiadores. Pero no había manera de poner fin a aquel dichoso encargo.

Había pedido a los topógrafos del nuevo acueducto el mejor de sus mapas. Estaba lleno de anotaciones con las cotas del terreno y dibujillos con variantes en los trazados, pero le resultaba útil igualmente y llevaba horas estrujándose los ojos.

–¿Dónde?

Había enviado patrullas a los cuatro puntos cardinales, había sobornado y torturado, pero aún no había encontrado a aquel escurridizo palurdo. Él podría estar como invitado en alguna de las fiestas que se celebraban en esa época en las villas del lago Nemorensis. Podría estar lejos, pero estaba atascado, allí, en un rincón olvidado del Imperio.

Además, para colmo, aunque le doliese admitirlo, debía reconocer que aquella jugada de disfrazar a sus hombres había sido admirable.

–¿Te crees muy listo?

El punzón paseaba de un valle al siguiente, recorría los montes y se perdía en los bosques. Como un zahorí, intentaba descubrir a su enemigo.

–¿Dónde te has metido? ¿Qué crees que vas a hacer?

Y, al decirlo en voz alta, el enviado imperial comprendió algo que, hasta entonces, le había eludido.

–¿Y si no te estás escondiendo?

Una de las moscas empezó a zumbar, pero se cansó pronto.

–¿Y si planeas algo?

El punzón pasó de una mano a otra. Y la mosca, después de un ajetreado aleteo, se posó en el mapa, interesada por el manchurrón de grasa dejado por el pulgar de alguno de los ingenieros.

–¿Y si se te ha ocurrido otra de esas triquiñuelas?

La mosca, afanosa, se limpiaba las alas usando sus pequeñas patas. Y Sila se fijó en el lugar donde se había posado, no lejos del plato desde el que había echado a volar, cerca de la esquina del mapa. A un buen trecho de Lucus, algo más lejos de Lagouzos, mucho más de Fazouro.

Y en los labios de Sila tembló una mueca sutil, apenas perceptible, pero que fue creciendo; abriéndose paso como una avalancha que comienza por una pequeñísima grieta en el hielo de la cumbre.

El punzón se clavó en la mesa. Y la mosca jamás volvió a volar.

Un carraspeo inoportuno anunció visita.

A las puertas estaba un par de aquellos ojos y oídos de los que tanto había presumido Marco Lucio. En el umbral esperaba permiso para entrar el especulador que había trabajado para el prefecto.

Y Sila no perdió el tiempo con preámbulos.

–¿Y bien? –preguntó recuperando el punzón.

El otro tragó, consciente de las implicaciones que tenía lo que había venido a decir.

–No se ha presentado.

Los finos dedos, sin un solo callo, de uñas impecables, convencieron al punzón para hacer malabares. Se paseó de uno a otro con velocidad endiablada. Y, sin ser siquiera consciente de ello, el especulador dio un paso atrás.

–¿Había fallado antes? –inquirió ahora, sacudiendo los despojos de la mosca como si limpiase las migas de un banquete.

El especulador echó de menos a su viejo patrón, que siempre tenía a mano una jarra con posca.

–No, nunca –reconoció.

Sila se acercó hasta él, hasta quedar a apenas un par de pasos.

–¿Entonces?

–No sé nada, ni yo ni ninguno de mis contactos.

El punzón volvió a bailar entre sus dedos impolutos.

–¿Has leído a Cicerón?

No supo qué responder. El especulador intentó decir algo, pero pareció que el aire se negaba a entrar en sus pulmones.

–Es una lástima –proclamó con aire admonitorio–. Aunque, ¿qué se puede esperar de animales como vosotros? Creéis que la espada es más fuerte que el ingenio. Yo, personalmente, recurro a sus textos a menudo. Aunque encuentro algo tediosas sus tendencias estoicas...

El especulador no lo vio. No lo sintió. Estaba muerto antes de comprender lo sucedido.

El punzón entró en la base del cuello y seccionó el espinazo limpiamente.

–A veces mi paciencia es escasa.

Iba a llamar a unos cuantos legionarios para que se llevasen la basura cuando el repicar de pasos apresurados anunció una nueva visita.

Esta vez apareció en la puerta un actuario que, después de recular ante el cadáver, alzó una mano temblorosa que sostenía un rollo lacrado.

–Avisa a alguien para que se haga cargo –ordenó Sila a la vez que recogía el mensaje.

El actuario no reaccionó. No llevaba más que un año alistado, y aún no conocía lo que la guerra hacía a los hombres.

Sila rompió el sello con un chasquido y leyó el contenido. Ahora la sonrisa que transformó su rostro fue más franca, menos sibilina. No creció poco a poco. Fue como una coz.

–¿Señor? –preguntó el joven, confundido.

No supo si el enviado imperial reaccionaba al mensaje o al hombre muerto en el suelo.

–¿Cuándo ha llegado?

–Ahora mismo. El mensajero ha reventado el caballo, se ha quedado a las puertas...

Sila asintió mientras releía el mensaje. Y dejó escapar una risa comedida y educada, apropiada para una cena en una de las casonas cercanas a los puentes de la isla tiberina.

–¿Cómo era aquella frase de Cicerón?

–¿Señor?

–Sí, aquello de que la fortuna y no la sabiduría gobiernan la vida de un hombre –dijo, abanicando el aire con el mensaje.

–No... No entiendo...

Sila suspiró con una enorme y cansada resignación y lanzó un reojo despectivo al actuario.

–Son noticias de Didio Severo, y son buenas noticias, muy buenas –anunció satisfecho–. Excelentes.

Era otro mundo.

Un mundo aparte.

Un mundo terrible.

El mar le había enseñado el inmenso poder de la naturaleza. El bosque, lo inmenso de su ignorancia. Y ambos eran implacables, capaces de destruir fácilmente al intruso. Y, aun así, siempre brindaban esperanza. El mar y el bosque recompensaban a quien los amaba, a quien se esforzaba por conocerlos, a quien estaba dispuesto a comprenderlos. Aquel infausto lugar, sin embargo, sólo ofrecía una cosa: desolación.

Lo que había oído, lo que había vislumbrado junto a Shabako, cuanto había temido, no eran más que pinceladas. Un esbozo. Nada, absolutamente nada podía explicar tamaña devastación. Ante sus ojos, las tierras baldías se extendían hasta arañar el horizonte, interminables. Cortados, precipicios, derrumbes y escombros.

Era como el mítico desierto del que hablaban las leyendas que trajeron al norte aquellos que habían combatido como mercenarios para Cartago más allá del estrecho, más allá del mar del sur.

Nunca antes y jamás después hubo un lugar donde el desprecio del hombre por sus iguales resultase tan patente.

La codicia de Roma se las había arreglado para convertir un vergel en un páramo que sólo aprovechaba a los lagartos. Un páramo en el que cientos de fosas comunes rebosaban desgracia.

Paso tras paso. Milla tras milla. Legua tras legua. Todo, absolutamente todo, había quedado reducido a aquella arcilla rojiza que se desangraba.

Era el rostro de la desesperación. Y mirarlo encogía el alma.

Por eso resultaba imposible comprender qué hacía allí aquel loco.

Estaba donde nadie más querría estar, ni siquiera los propios romanos. Las minas eran el destino para la más baja estofa de las legiones. Y, sin embargo, allí estaba. Y sonreía. Sonreía incluso ante una muerte segura al más mínimo despiste, colgado sobre un precipicio con más de cien pies de caída.

Confiaba su vida a un pedazo de cuerda, y tan poco le preocupaba estar a punto de desgraciarse que, en lugar de trepar de inmediato para ponerse a salvo, perdía un tiempo precioso mirando a uno y otro lado con un chisme estrafalario.

Y, observándolo embobados, al otro lado del mismo precipicio, tirados sobre aquella arcilla y asomando apenas las cabezas por el borde, como dos lagartijas, estaban los celtas.

–¿Qué demonios hace ese lunático? –había preguntado Segilus al echar cuerpo a tierra, tras ver a aquel tipo allí colgado.

Y Breo, que había conocido las obras en las fuentes del Támaris, que recordaba al viejo Suntus mirando a las estrellas y extendiendo su mano hacia el horizonte, creyó saber la verdad.

–Está midiendo –dijo en tono dubitativo.

–¿Midiendo? ¿El qué?

–No estoy seguro –reconoció sin tapujos.

Breo nada sabía de la pendiente adecuada para que el agua fluyese por un canal; menos aún sobre cómo planificar la red de galerías que debía horadar una montaña para convertirla en grava. Pero, aun sin saber nada, se dio cuenta.

Aquel tipo miraba a un lado y a otro a través de un largo tubo y examinaba algo en una especie de hoz que colgaba del estrambótico chisme.

Y Breo no tuvo dudas.

–Lo necesitamos –le dijo a Segilus convencido.

–Pues habrá que apurarse. Si nos despistamos, se despanzurra.

Durante dos semanas de vueltas y revueltas, intentando reunir la información que precisaban, guardándose de las patrullas y moviéndose

como los zorros tras las gallinas, los celtas habían recorrido el valle y las montañas circundantes, buscando el modo de poner en práctica sus planes. Y todo había sido en balde. Hasta ahora, cuando Breo quedó convencido de que se les había presentado una oportunidad que no podían permitirse el lujo de perder.

–Ahí tienes al uno...

Cuando Segilus lo miró, no hizo falta que abriese la boca.

–No, no estoy loco –rebatió Breo antes de oír la primera palabra–. Él es nuestro número uno. Él sabrá cómo hacerlo.

Aquello arrancó una risotada que el guerrero se apresuró a silenciar por miedo a que, desde el otro lado del precipicio, aquel loco con alma de chacina lo escuchase. Aquel loco o uno de los ocho legionarios que, como su sombra, lo acompañaban a todas partes, sirviéndole de escolta y también de ayudantes. Dos transportaban más aparejos estrafalarios; otro estaba pendiente del anclaje de la cuerda, y los demás patrullaban, no fuera a aparecer un malnacido con un cuchillo y la intención de cortar la soga que mantenía al ingeniero con vida.

–Estás como una cabra –dijo risueño–. Como una cabra. Vale, te lo compro. Ése, que está más loco que tú –continuó señalando al otro lado del precipicio–, es la solución a nuestros problemas–. ¿Y tienes idea de cómo vamos a convencerlo para que hable? O, ya que estamos, ¿de cómo demonios vamos a deshacernos de sus niñeras? El ama de cría tiene pinta de ser una mala puta...

No hacía falta que señalase, se refería al que mandaba la patrulla. Un gigantón capaz de enfrentarse a Resinus sin una sola duda, con una mano atada a la espalda y usando un mondadientes como única arma.

–... Tiene las pintas de un oso antes del invierno.

El ingeniero pareció satisfecho con sus mediciones y dio un silbido. Acto seguido, tras un gruñido de aquella monstruosa ama de cría, dos legionarios izaron la cuerda. Y aquel loco comenzó un lento ascenso que no pareció inquietarlo. Se le advertía tan cómodo allí colgado que podría pensarse que incluso estaría dispuesto a echarse una cabezada.

Y, en tanto, la monstruosa ama de cría miraba a todos lados, atenta a cualquier desagradable sorpresa.

Pero aquél no era su único problema, como rápidamente expuso Segilus:

–No podemos emboscarlos –razonó en voz alta– en esta maldita grava. –Tomó un puñado y dejó que se escurriera entre sus dedos–. Destacamos como moscas en un plato de leche. Peor aún si el que anda por ahí es el negro, menudo moscardón...

Breo no dijo nada, y Segilus, sonriendo, continuó:

–Esto es peor que moverse por las arenas de la playa. Si está seco, te escurres culo abajo en cada monte, y, si está mojado, quedas atrapado en el barro. Por no hablar de los derrumbes...

Se habían dejado ir unos palmos pendiente abajo, para ocultarse.

–No tengo ni idea de cómo lo haremos –reconoció Breo–. Pero lo necesitamos.

Pensativo, Segilus seguía recogiendo puñados de aquella grava y los dejaba escurrir entre sus dedos.

No advirtió que Breo lo observaba atentamente.

No se atrevían a prender fuego, pero cada noche se reunían en las lindes de aquel desierto y mentían sobre sus miedos.

–No va a ser fácil –comentó el renegado.

A falta de otra cosa, el antiguo legionario masticaba pensativo agrias bayas de espino.

–¿Se te ocurre algo mejor? –objetó Segilus en mal tono.

Intentaban decidir cómo capturar al ingeniero romano y sus estrafalarios chismes, pero nada parecía viable. Y todos evitaban mencionar que el tiempo apremiaba. El menguante sobre sus cabezas era apenas una esquirla.

–Muchos no volverán –dijo de pronto Flavio, pesaroso.

Los otros tres, Shabako, Segilus y el propio Breo, entendieron que no hablaba del ingeniero.

–Eso ya lo sabíamos –soltó el antiguo jefe rebelde, como si no tuviera importancia–. Hay que apretar el culo y echarle huevos...

Harto del fuerte sabor afelpado, Flavio desechó las bayas. Mejor el hambre que acabar con la lengua como un trapo viejo.

–Supongo –admitió caviloso.

Y su ánimo pesó en el de todos ellos hasta que, en busca de noticias más halagüeñas, Shabako se decidió a intervenir:

–¿Has comprobado el acceso?

Flavio, a quien le había preguntado, echó un trago de agua antes de responder. Se le veía cansado. Todos lo estaban. La alegre esperanza con la que habían abandonado el campamento se había esfumado. Aún no

tenían idea de cómo poner en práctica la que, en principio, les había parecido una idea brillante.

–Sí –admitió–. Sigue abierto...

Aquello pareció animarlos, hasta que Flavio terminó la frase con ánimo sombrío.

–Lo han cerrado con una reja...

El negro maldijo en su chirriante lengua, y Segilus lo siguió con una larga ristra de juramentos.

–¿Y puede hacerse? –preguntó Breo, preocupado.

–Necesitaremos más tiempo –asintió el renegado–, pero puede hacerse. Aunque no servirá si Niske y Sento...

Aún con el último juramento colgando de sus labios, fue Segilus el que habló:

–¡Sois una panda de comadres quejicas! ¡Unos timoratos! –insultó señalándolos–. ¿Qué pensabais? Sabíais a lo que veníais –los regañó–. ¿Acaso queríais que se abriesen de piernas sin más? –resopló como un toro a punto de embestir–. Esos hijos de la grandísima puta llevan años jodiendo, ¿qué esperabais?, ¿una invitación? Dejaos de lamentos...

El renegado no se mostró de acuerdo.

–No quiero que mis hombres mueran en balde.

–Pues si han de morir, morirán –estalló Segilus, bronco–. Y será un honor morir peleando.

–El honor no trae de vuelta a los que se han ido.

–Ya sé lo que pasa –espetó el celta–. Eres un cobarde, un cobarde de mierda...

El renegado prefirió ignorar el desafío y restó importancia a las palabras con un ademán de la mano. Pero Segilus no supo refrenarse.

–Tú no eres como nosotros. No tienes cuajo... Eres uno de ellos...

Breo intentó mediar.

–Ha demostrado muchas veces que es uno de nosotros...

Pero el guerrero ya rodaba cuesta abajo.

–Si se hubiera casado con uno de los nuestros, seguiría viva –mascó entre dientes, rezumando bilis.

Levantarse y desenvainar el puñal fue todo uno.

–¡Vamos! Siempre es un placer sacarle las tripas a un romano –rugió Segilus–. ¡Vamos!

Shabako se echó atrás. Cerno ladró. Y los dos hombres se prepararon para matarse. De un plumazo, la causa que los unía se había reducido a escombros.

Los demás, atraídos por el barullo, volvieron la vista hacia el duelo. Con disgusto en el rostro, preocupados porque las dificultades levantasen ampollas. Reburrus, sin embargo, sonrió cuando la espada de Segilus también salió de su vaina.

–¡Lenguados!

La ira que había coloreado las mejillas de Segilus se deshizo de golpe.

–¿Qué?

El puñal de Flavio descendió.

–¿De qué hablas?

–Lenguados –repitió Breo–. Tenemos que hacer como los lenguados.

–¿Cómo que lenguados? ¿Te crees que somos pescaderos? Que si pulpos, que si lenguados... ¿No sabes pensar en otra cosa?

La rabia de Segilus había encontrado otro desagüe.

Breo se levantó y puso las manos en los hombros de los dos con camaradería, obviando la pelea a punto de comenzar.

–¡Si has sido tú! –le dijo a Segilus, enigmático–. Tú eres el que ha tenido la idea.

–¿Cómo?

–Ya lo entenderás...

Y Breo sonrió.

Aquel gesto de escurrir la arcilla entre los dedos había venido al rescate de Breo.

Y allí estaba.

Costaba respirar, y su cuerpo protestaba, harto de tantas horas sin moverse y con los nervios a flor de piel.

Pero allí estaba. Como los lenguados.

Cinco días les había costado elegir el lugar, siguiendo de arriba abajo a aquel ingeniero de estrafalarios cachivaches. Cinco días gruñendo, maldiciendo, resbalando y tragando aquella arcilla roja cada vez que caían. Siempre ojo avizor, no fueran a quedar al descubierto y enfrentados a la patrulla romana que servía de niñera a aquel estrambótico fulano.

Las minas estaban encerradas en una olla hecha de montes, con picos tan altos como para guardar nieve en lo más duro del estío. De aquellas serranías, los romanos robaban el agua que alimentaba la insaciable explotación.

Y, tras mucho observar al ingeniero, Breo había llegado a la conclusión de que se afanaba en hacer llegar un nuevo canal a las minas.

Cada día se había desplazado al este, cada día un poco más lejos de los lavaderos. De monte en monte, de cerro en cerro, haciendo el camino inverso del que habría de recorrer el agua. Era como un salmón en seco, remontando una corriente que aún no existía, pero que Roma estaba a punto de crear.

La meta, siguiendo la recta que trazaban las catas de aquel extavagante tipo, debía estar en las sierras, un pellizco al sur del camino que

conducía a Astúrica. Si Breo acertaba, el destino era el impresionante pico en el que, desde antiguo, las leyendas rezaban que vivía el poderoso Tilenus, dios de la montaña, hacedor de las nieves y señor de la guerra. Allí, en suelo sagrado, pretendían robar los manantiales.

Casi podía sentir a la vieja Tana refunfuñando en su oído.

Habían sido días difíciles, bajo la amarga sombra de los recuerdos planeando cerca. Pero Breo estaba convencido de que habían elegido bien el lugar. Y también de que sería su única oportunidad.

Y allí estaba. Como los lenguados, esperando.

Y ya no sabía por cuántas horas.

Hasta que resonó el vozarrón de la monstruosa ama de cría. Cuatro gritos secos, que no admitían réplica, pusieron a los hombres a la faena. Y al ingeniero le tocó esperar en tanto los legionarios se repartieron en tareas de reconocimiento.

No mucho después, separados por la distancia que cubriría un buen arquero, todos quedaron en su lugar. A un lado del precipicio, los romanos con sus maniobras; en medio, colgando del cortado, una soga que descendía, y al otro lado, desde la atalaya que se había buscado, el negro Shabako.

–¿Qué? ¿Baja o no baja?

El único que se asomaba sobre el borde era el negro, aunque estaba tan sucio que el color profundo de su piel se había transformado en un sucio marrón. Y cada vez que se movía, aunque sólo fuera para contener un estornudo, quedaba envuelto en un halo rojizo.

–Me cago en los cuernos de Cernunus, ¿baja o no? –insistió Segilus, escondido algo más abajo.

–Paciencia –repuso el negro–, están soltando soga.

–Pues a ver si se meten prisa –refunfuñó el otro–. Qué manía de andar por la vida como los embutidos, sólo le falta meterse en tripa de gorrino...

Las prisas picaban en el cogote, y todos querían acabar cuanto antes.

–Están asegurando el amarre –anunció Shabako con la cantinela de quien habla de algo bien conocido.

Cada poco, Shabako encogía el pescuezo como una tortuga, y sólo sus ensortijadas guedejas asomaban por encima de la loma, tan sucias de arcilla que resultaba imposible distinguirlas del resto.

Y la siguiente ocasión que asomó los hocicos por encima del borde, pudo ofrecerle algo más jugoso al impaciente Segilus.

–Se está preparando para bajar...

Y el celta ya no pudo aguantarse más y gateó hasta el negro para, como él, apoyar los ojos en el borde mismo. Estaba tan sucio como el propio Shabako y los dedos que lo sujetaban al inestable alero de arcilla aparecían cubiertos de arañazos y magulladuras. Había sido, con diferencia, el que más quejas le había puesto al durísimo trabajo, sin apenas otra luz que la de aquel creciente entre las estrellas, pero ahora no tenía reparos en cubrirse de gloria.

–Te lo dije, te lo dije –presumió, inquieto–. Es el sitio perfecto.

Y Shabako no se molestó en contradecirlo. Pese a que el lugar lo había elegido Breo y pese a que Segilus había pasado la mayor parte de las largas horas escupiendo reproches.

–Ya falta poco –anunció el celta, nervioso.

El ingeniero, pegado a uno de sus eternos cachivaches, comenzaba el descenso, y, sobre él, el ama de cría berreaba órdenes y los legionarios cedían cuerda.

–Aún no –murmuró Shabako–, aún no.

El ingeniero los mandó detenerse. Y quedó, como la plomada de un albañil, meciéndose a merced de la soga.

–Un poco más, sólo un poco más –rogó Segilus a punto de morderse las uñas.

Los dos sucísimos vigías escucharon al ingeniero pedir más cuerda. Y, con exasperante lentitud, continuó el descenso unas brazas más, hasta que, al fin, pareció a gusto con lo que podía ver y empezó a maniobrar con aquel largo tubo lleno de complicaciones.

–Ya está, ya está –anunció Segilus, encantado.

–Todavía no, espera –lo retuvo el negro.

El ama de cría berreó de nuevo, y el ingeniero respondió que lo dejasen tranquilo. Entonces, como tantas otras veces, el ambiente se

relajó de inmediato. Un par de legionarios aseguraron la cuerda, otros se repartieron para hacer de centinelas, y el enorme tiparraco que los mandaba empezó a pasear de un lado a otro, ensayando paciencia. Tal y como los celtas le habían visto hacer incontables veces en los últimos cinco días.

Con el perímetro asegurado y la cuerda bien amarrada, el único peligro que corría el ingeniero era el de que se le cagase encima algún pájaro.

–Ahora, ahora sí –exclamó, feliz, Shabako.

El ama de cría se llamaba, en realidad, Plubio Servilio Longo, aunque sólo los novatos se dirigían a él por su nombre, porque cualquiera con más de dos guardias en la Sexta lo conocía como «Orco». Era un veterano con todas las de la ley que había servido de lugarteniente a uno de los centuriones de la Decimotercera en Vindonissa. Pero había tenido la mala ocurrencia de dejarse llevar por la ira al descubrir que los dados con los que se estaba jugando el salario estaban cargados. Allí mismo, con el puñal en la mano y las tripas de aquel cornicularios en el suelo, se habían acabado de golpe sus sueños de llegar a centurión. Aquel desgraciado acostumbrado al papeleo se había atrevido a hacer trampas, pensando quizá que, si lo cogían, le pedirían a cambio que removiese algo en la burocracia de la legión, pero el Orco era un tipo con más cariño al hierro que a la tinta.

Y había acabado allí, en el culo del Imperio, en labores de ama de cría para un ingeniero atontado que no sabía de otra cosa que de números y pendientes.

El Orco no hacía su trabajo a gusto, pero, si había que hacerlo, lo hacía bien. Porque, aunque jamás lo hubiera confesado, íntimamente esperaba algún día verse recompensado y destinado en algún puesto más apetecible; en Gades quizá, donde no llovía la mitad de los días y los rumores aseguraban que por las calles paseaban preciosas morenas de largos cabellos.

Así que, con buen cuidado de no caerse por el precipicio, el Orco se inclinó. Y descubrió, al final de la cuerda, al ingeniero allí colgado,

ocupado en sus asuntos. E hizo una ronda por los alrededores, atento a que los hombres no relajasen la disciplina.

Se entretuvo un poco más de la cuenta para reñir a uno que no había engrasado las bisagras de las protecciones de las mejillas y que, a cada paso que daba, chirriaba como una puerta vieja. Aun así, no tardó mucho en regresar al punto de partida, no lejos del amarre, y volver a asomarse para echar otro vistazo al ingeniero.

El gesto le salió moldeado por la costumbre. Apenas se inclinó un poco, y ya volvía a ponerse derecho cuando se le escapó el primer juramento.

–¡Por los culos de todas las gorgonas!

Como un resorte, volvió a asomarse.

–¡Me cago en el virgo de Venus!

Su sandalia se arrimó tanto al abismo que se desprendieron puñados de gravilla. Y tuvo que encariñarse con su equilibrio para no seguir el mismo camino.

–¡Por los cojones de Plutón!

Los legionarios se acercaron de inmediato, alguno con la espada ya en la mano. Y también se asomaron para mirar cuerda abajo, esperando encontrarse al ingeniero, como siempre, colgado como las chacinas.

Allí estaba la soga, meciéndose.

Y en el fondo del precipicio, como treinta pasos más abajo, brillaba el tubo metálico de la dioptra.

Pero ni rastro del ingeniero.

Se había desvanecido.

Con el brusco gesto de ponerse en pie, Shabako quedó envuelto en polvo rojo.

–¡Corre! ¡Vamos!

Tenían el tiempo justo. Tanto como el que empleasen los legionarios y su ama de cría para, al otro lado del precipicio, descender y rodear la loma; aunque los lobos de Roma lo harían con algo más de cariño por sus dientes. Al cabo, eran los celtas los que tenían fama de locos irredentos.

–¡Loco! –exclamó Segilus–. Bendito loco... ¡Ha funcionado!

Allí colgada, sobre el vacío, la cuerda se mecía contra la pared.

–¡Muévete! –lo urgió Shabako lleno de prisas.

Y, más que bajar, rodaron por aquella arcilla que tantas veces habían tragado y de la que estaban a punto de hartarse.

En lugar de darse la vuelta, como los legionarios, y bajar por el lado más amable del monte, se tiraron por el cortado. Más que correr, se desgraciaron pendiente abajo, asumiendo rasguños, arañazos y golpes.

Aquella caída rayana en la locura era su única oportunidad para ganar la carrera.

Segilus se abrió una ceja con una fea brecha, y Shabako se malbarató un tobillo. Pero no perdieron el tiempo con lamentaciones.

Escupiendo a más no poder, el negro se puso a excavar.

–Tiene que estar por aquí... –refunfuñó con urgencia.

El celta empezó también a escarbar con el ansia de un topo.

–¡Aquí!

Las manos del negro habían encontrado lo que buscaban.

Camuflada bajo la gravilla, invisible incluso para ellos, que la tenían debajo, estaba la escalera más larga que habían podido construir. Con dos largueros hechos con el tronco de un abedul partido por la mitad y con travesaños atados a toda prisa.

A punto de herniarse estuvieron para lograr levantar aquel armatroste, envueltos en aquel condenado polvo que hacía estornudar, lagrimear y desesperarse y que, a Shabako, le recordaba los peores momentos de su vida, encerrado en las galerías de la mina.

Cuatro reniegos y cinco maldiciones después, cuando estuvo apoyado el más alto de aquellos travesaños, nada allí, en la pared, se veía diferente. Sólo arcilla.

–¿Estás seguro? –preguntó Segilus.

El negro no dudó.

–Sí, junto a aquella raíz.

El celta se quemó las pestañas para distinguir al fin una esquelética raicilla marchita que, efectivamente, sobresalía del cortado como una culebra.

–Más vale que tengas razón –murmuró, desconfiado.

Y tan concentrado estaba intentando descubrir lo que buscaba que, cuando Shabako silbó con todas sus ansias, Segilus estuvo a punto de caerse del susto.

–Nos van a oír –protestó, recuperando el equilibrio.

–¿Y qué importa ya?

De pronto, a unos palmos de la raíz, se produjo un derrumbe. Como si la pared se derritiera, envuelta en polvo, apareció una cascada que creció y creció, y pendiente abajo empezaron a caer piedras, guijos y arena.

Entre la polvareda, con un crujido, surgió un brazo. Salió de la pared como aquella raíz.

De inmediato, aún más sucio que el negro o que Segilus, como un lenguado de la arena del fondo, salió Breo arrastrando al ingeniero.

Estaban exultantes.

El que no sonreía, se carcajeaba a pleno pulmón.

Incluso el ingeniero disfrutaba. Sin más que atarle los tobillos, para que no echase a correr, Fraxilus se encargaba de servirle una ración tras otra del estofado de urogallo preparado para celebrar las buenas nuevas. Y el ingeniero, pese a ser un tipo canijo y cetrino, comía a dos carrillos en una seria contienda por meterse entre pecho y espalda más aún de lo que lograba engullir Resinus.

–¿Qué vamos a hacer con él? –preguntó Segilus, señalando su rostro brillante de grasa.

Breo, que mordisqueaba un muslo, se encogió de hombros.

–Es inofensivo...

Y eso parecía, a no ser que se llevase los dedos de Fraxilus de un mordisco. Había cantado como un pájaro sin necesidad de soltarle un solo sopapo. El único problema había sido dar sentido a la retahíla de números que se había empeñado en recitar. Aquel hombrecillo estaba tan absorto por su trabajo que para él no había guerra, legiones o lucha por la libertad. Todo se reducía a cálculos; a pendientes, distancias y números que convertía en un galimatías en sus intentos por responder a cualquier pregunta.

Les había dado hasta el nombre de su auténtica ama de cría, una griega llamada Aspasia, que, diligentemente, le ponía cagarrutas de cabra en los pañales para que no se le irritase el culo.

Se lo había contado todo por la pura pasión de explicar su trabajo.

–Terminará en unos días –continuó Breo, restándole importancia y señalando el cuarto creciente que flotaba en el cielo–. Lo podemos retener aquí y soltarlo cuando llegue el momento.

A Segilus se le antojó razonable y, al encogerse de hombros, levantó una nubecilla de polvo.

Sin tiempo para acercarse a un arroyo, los tres habían estado cavilando. Mascando lo dicho por el ingeniero con más interés que por los deliciosos urogallos de Fraxilus.

–Tienes que decírselo –apuntó Shabako, señalando vagamente a los demás–. Agradecerán las buenas noticias –aseguró con una de sus enormes sonrisas rellenas de dientes blancos.

El negro tenía razón. El ingeniero, que parecía dispuesto a comerse incluso los espetones, les había dado la clave. Y, por primera vez en mucho tiempo, ya no recordaba cuánto, Breo no se sentía como si estuviese hecho de plomo.

Así que asintió. Le dio lo que quedaba de su muslo a Cerno y se puso en pie, dispuesto a hablar con los hombres.

Se acercó a Fraxilus, con su arco cruzado al hombro, piropeó su cocina y le pidió que reuniese a todos.

Y, en tanto se acercaban, mientras los gemidos de Cerno rogaban permiso para hacerse con un espetón, oyó que a sus espaldas saludaban a Flavio.

El renegado había apurado el tiempo al máximo. Faltaba poco para que la noche se hiciera cargo. Él y tres más de su confianza llevaban días intentando desmantelar la reja que bloqueaba el desagüe de las letrinas. Y Breo supo que algo andaba mal en cuanto vio el rostro de su amigo.

Flavio y los suyos aún estaban empapados y apestaban a los desechos que salían por aquel desaguadero.

–¿Qué sucede?

Flavio lo agarró por el codo y se lo llevó hasta donde estaban Shabako y Segilus, que ya alzaban las cejas a modo de pregunta. Allí, más que sentarse, Flavio se derrumbó. Rechazó el generoso pedazo de pechuga que Fraxilus le ofreció y no perdió el tiempo.

–Tenemos problemas –anunció sin más.

De inmediato captó la atención de todos, menos de Cerno, que miraba los espetones que aún quedaban junto a los fuegos.

Explicó que faltaba poco para liberar el enrejado que, desde la fuga del propio Shabako, habían instalado en el desaguadero. Y comentó que, tras concluir la jornada, habían dado un rodeo para echar un nuevo vistazo al campamento.

–Tenía que verlos –explicó–, para grabarlos en mi cabeza –añadió, señalándose la sien–. Imagina que hay nubes. Tengo que estar seguro de donde está cada uno...

Se detuvo, al comprender que aquello resultaba trivial.

–Y los vi, pero también algo más... –anunció al cabo con pesar.

Ansioso, Segilus estuvo a punto de preguntar, pero Breo lo retuvo.

–Estaban demasiado lejos y tuve que jugármela bajando por la ladera...

A Shabako se le escapó un respingo.

–No me vio nadie –los tranquilizó el renegado–. Pero tenía que asegurarme. Tenía que estar seguro –insistió.

A Segilus le rechinaban las muelas de pura impaciencia.

–Su símbolo es un jabalí. Y la banderola es tan nueva que el hilo de oro brilla como el sol... No la conozco. Y nunca oí hablar de ella. La Primera Itálica. Eso ponía.

Ya sólo quedaba una pregunta por contestar. Una crucial. Pero hubo de aguardar.

–Son altísimos –se le escapó una media sonrisa cargada de cinismo–. Parece que hubieran llamado a todos los primos de Resinus. Lorigas nuevas, capas nuevas, Bona Dea... Hacía años que no veía un rojo tan intenso; las han sacado del tintorero hace menos de un mes.

Al escucharlo, el renegado humilló el rostro y ya sólo fue capaz de mirar al suelo.

–Acaban de llegar. Hoy –remarcó, apuntando con el índice al suelo–. Están levantando un campamento al este de los barracones...

Sacudió el rostro para negar y se inventó excusas.

–Quizá sólo sean leña verde. A lo mejor la mayoría no tiene experiencia en combate. Puede que sólo los oficiales...

–Ya, seguro, y yo tengo tres huevos colgando –protestó Segilus.

Fue Breo el que decidió hacer la pregunta. La única que resultaba importante, la que había tenido que esperar.

–¿Cuántos?

Antes de que el número pudiera asustarlos, lo consiguió el suspiro del renegado.

–Tres cohortes.

Segilus miró de inmediato a Breo.

–Mil quinientos hombres.

–¡Por todos los cuervos de Lug!

Sus cuatro silencios se llenaron de las risas de los que los rodeaban.

Y Shabako se atrevió a ponerle palabras a lo que todos pensaban.

–Un paso atrás puede evitar un tropezón...

Ni siquiera el ansia guerrera de Segilus le llevó la contraria. Como los otros, se quedó callado.

–Ya no hay vuelta atrás –resolvió Breo, mirando hacia la noche, hacia el cuarto creciente que hablaba sin tapujos.

Llegaron cuando caía la noche, justo antes de que cerrasen las puertas de las murallas. Murallas, y no muralla, porque eran tres las que rodeaban el lugar. Y también piedras hincadas y fosos. Casi les dio miedo acercarse, pero un cuarto de luna creciente ya pintaba el horizonte, y no querían dormir al raso en aquella tierra donde los montes aullaban cada noche.

Y los centinelas no disimularon su mal gesto al darles el alto; sin embargo, bastó el nombre de Niske, floreado por los versos de Sento, para que los recibieran con los brazos abiertos y les ofrecieran refrescarse en la fuente junto a la misma puerta.

Uno de los guardias fue a dar recado y otro se quedó con ellos, preguntando cortésmente por el viaje, por los motivos que los habían llevado hasta allí, hasta el castro de Lanobrica.

Entre trago y trago, a la par que aprovechaban para llenar los odres y quitarse el polvo del camino, Sento ofreció respuestas llenas de diplomacia. Y también para observar a su alrededor.

Bajo una bóveda, junto al depósito que decantaba las arenillas que traía el agua, había una enorme piedra labrada por la que manaba la fuente. Y, en la base, bajo familiares patrones entrelazados, una inequívoca inscripción. No la supieron leer, ninguno de los dos conocía el idioma de la Loba, pero la reconocieron de inmediato. Era una costumbre que había llegado con los invasores, una ofrenda a sus estrambóticos dioses.

Sin siquiera ofrecerles paños con los que secarse, los guiaron a través del enorme castro. Y, como en la fuente, enseguida advirtieron más

señales preocupantes.

Había calles enlosadas. Algunas de las casas se habían levantado con planta rectangular, e incluso una se abría a un atrio central. Paseaban hombres afeitados, con los cabellos cortos, y mujeres que vestían largos vestidos fruncidos.

Los condujeron hasta el salón principal, donde la asamblea con los notables se reunió antes de que hubieran terminado el formal ofrecimiento de pan y cerveza que hicieron a los visitantes.

Cuando el jefe apareció, seguido de los escogidos entre su escolta, Sento hizo las presentaciones formales. Nombró hasta la décima generación en la estirpe de Niske, e incluso habló de aquel combate singular que el padre de su tatarabuelo ganara para reinar en Fazouro, y también del famoso escudo arverno. Y de sí mismo contó que había visto con sus propios ojos el castro del monte Medulio, el de los héroes.

El bardo, a juicio de Niske, cantó la leyenda con versos tan bellos como jamás había oído.

Cuando los hombres se habían sabido sitiados, habían clamado a los ancestros y habían recordado los antiguos juramentos. Antes de permitir que el enemigo venciese, habían organizado un gran banquete. Y, como no había ya esperanza alguna, reunieron lo poco que quedaba en las despensas y prendieron fuegos en los que quemaron puertas, dinteles y postigos, porque ya nunca más harían falta.

En el monte Medulio se comió, se bebió, se bailó. Los bardos cantaron, los niños escucharon embelesados y los guerreros alzaron la barbilla.

Fue el más grande de los banquetes. Compartieron la cerveza, el pan y, cuando de las hogueras ya sólo quedaron rescoldos, también la infusión que la anciana, envuelta en su sayo blanco, había preparado.

Había hervido haciendo bailar las rojas bayas del sagrado tejo.

La compartieron. Y murieron.

Porque antes que vivir como esclavos, los que se habían unido para plantarle cara a la Loba habían preferido morir libres.

Cargada de nostalgia, la voz de Sento cantó la hazaña. Y Niske quiso creer que Sento había logrado conmoverlos.

Sin embargo, el jefe preguntó entonces.

Habían llegado hasta el castro de Lanobrica, conocido de punta a punta del país de los clanes por la calidad de sus tejidos, la bondad de sus orfebres y las abundantes cosechas de centeno.

Habían llegado hasta allí, y el jefe preguntó por qué.

Y Sento volvió a cantar. Cantó de nuevo, con voz aún más bella y profunda.

La misma leyenda que, en la última luna, Niske había escuchado una docena de veces en otros tantos castros: la gesta de aquel que había unido a los clanes.

Y Niske los observó mientras escuchaban.

Alguno de los más viejos asintió. Otros incluso aplaudieron. Pero, entre los más jóvenes, entre los que iban afeitados y llevaban cortos los cabellos, alguno incluso bostezó.

Aun así, Sento no desfalleció. Su voz creció como la marea, rugió como las olas en las rompientes y silbó como el viento entre los robles. Su voz llamó a los pueblos. Y, con el último verso, cogió el estandarte de las tres colas blancas y lo sostuvo en alto.

Les dieron alojamiento. Un buen lugar, con jergones limpios de lana, cerca de fuegos que espantaran el frío de la noche. Les ofrecieron un desayuno generoso y les regalaron víveres para el camino. Incluso les dijeron a qué castros acudir.

Pero el jefe no dio su palabra.

–La asamblea lo discutirá –les dijo a modo de despedida, envuelto con una gran sonrisa afable que les deseaba un feliz viaje.

Y ambos supieron que aquellas palabras tenían más agujeros que una ratonera.

A media mañana, cuando quedaba un día de camino hasta el nuevo intento, se detuvieron en las orillas de un riachuelo. En un bosquecillo de sauces del que, como una flecha, salió asustado el intenso azul de un martín pescador.

Hasta entonces, taciturnos, ambos habían permanecido en silencio. Y, como siempre, fue Sento el que habló.

–No sé qué más hacer –se lamentó.

Niske supo que era sincero.

–Breo tendría que haber elegido a otro...

–Nunca he escuchado a nadie cantar así –le dijo ella con una sonrisa, queriendo animar a quien se había convertido en un amigo–. Nunca. Consigues que se me pongan los pelos de punta...

El bardo chistó, reacio a aceptar el cumplido.

–Pues no puede decirse que hasta ahora haya ido bien –protestó Sento.

–No, pero aún quedan muchos que no han olvidado el nombre de sus padres. Ésos te oirán, y nos seguirán.

–Pues más vale que los encontremos pronto.

Jamás hubiera pensado llegar a centurión.

Ni siquiera estaba seguro de si el nombramiento era válido. Menos aún de si le convenía aceptarlo.

Los rumores sobre las pocilgas hacían que los huevos se le encogieran. Y Aurelio era consciente de que, si el enviado imperial lo había elegido era, únicamente, porque ya no quedaban oficiales.

Por eso dudó de si debía abrir la boca o no.

Al final se atrevió, porque tenía que meter una de las dos manos en el fuego. Eligiese lo que eligiese acabaría quemándose, y asumió el riesgo. Aunque al hacerlo le pareciese percibir un tufo lejano a mierda de cerdo.

–Quizá sean pocos hombres –balbució en un tono apenas audible–. Los que se quedan –aclaró, temeroso.

Sila, concentrado, repasaba los listados que tenía delante y tardó en reaccionar, como si aquellas palabras no hubieran sido más que el zumbido lejano de algún insecto.

Aurelio se recolocó las correas del peto, que aún estaban rígidas por lo nuevo y resultaban incómodas.

–¿Qué ha contestado el despensero?

El tono seco daba pocas opciones.

–Que puede apañárselas –respondió tras carraspear, abandonando por imposibles los correajes.

Un murmullo de asentimiento fue todo lo que siguió. Sila ni siquiera levantó la vista.

–¿Y de la armería?

–Más o menos lo mismo. No les ha hecho gracia, pero cumplirán.

Volvió a sonar de nuevo la misma afirmación, poco más que un resoplido. Y sobre la mesa se trocaron los papeles, como si hubiera recordado que debía comprobar algo diferente, pero Sila no se dignó a alzar el rostro.

–¿Salió el mensajero?

Ansioso por rascarse la coronilla, Aurelio tuvo que refrenar el deseo de sacarse el casco. Lo había recogido esa misma mañana en la armería, aprovechando que había tenido que llevar el recado de lo que se esperaba de los herreros en los próximos días.

–Sí, sin contratiempos.

Unas tablillas, en la esquina de la mesa, fueron apartadas y un gran mapa de la provincia apareció. El enviado imperial se perdió en él durante largo rato.

–Y los demás oficiales... ¿lo tienen claro?

Aurelio hubiera querido decirle la verdad. Que no sólo él estaba lleno de dudas, que a todos los que tenían el respaldo de la experiencia les parecía mala idea. Pero no se atrevió.

–Todos han entendido las órdenes.

Algo debió captar el enviado imperial, porque, por primera vez, miró al nuevo centurión. No preguntó nada. No dijo nada. Sólo lo miró con aquellos ojos, tan oscuros que apenas se distinguían las pupilas.

La vara de vid, reluciente aún, titubeó en las manos de Aurelio, que no había tenido tiempo de acostumbrarse y no tenía idea de qué hacer con ella. Cambió de manos dos veces seguidas, mientras lo que antes le había parecido un tufo lejano se convertía en un hedor insoportable, aunque Aurelio intentaba convencerse de que era imposible. De la prefectura a las cochiqueras había por lo menos una milla.

Sintió la imperiosa necesidad de explicarse:

–Todos harán lo que se les ha ordenado –quiso confirmar, pero la voz le falló.

Tuvo que reprimir un carraspeo. La coronilla, más que picar, le ardía. Sintió que aquellos inquietantes ojos lo apuñalaban.

–Hay... Hay algunas dudas...

Con un gesto de la mano, el enviado imperial lo invitó a continuar.

–Da la sensación de que la ciudad quedará desprotegida, de que podría perderse la plaza si hubiera un ataque.

Un remedo de sonrisa resquebrajó el rostro bajo aquellos ojos tan oscuros.

–Comprendo.

El tono, sereno, no dejó traslucir mucho.

–Podríamos pedir refuerzos al nuevo campamento del Támaris o incluso a Brigantium –sugirió Aurelio, abriendo apenas los labios.

–Los necios tienen tendencia a hablar demasiado.

Hasta ahí llegó el valor del nuevo centurión. No se atrevió a decir nada más. Y trabajo le costó no sacarse el condenado casco y tirarlo al suelo. Ni siquiera se atrevió a irse.

–¿Y qué han dicho en los establos?

Aurelio tragó ruidosamente. Se encogió, sintiéndose como cuando era niño y su tutor repasaba las cuentas por encima del hombro.

–Mañana estarán listos.

–¿Mañana?

No había alzado la voz, pero la pregunta le erizó el vello de la nuca.

–Me temo que sí... –susurró Aurelio.

–Qué triste es estar rodeado de inútiles.

El flamante centurión no supo qué decir. Sólo respiró aliviado cuando aquellos ojos volvieron a centrarse en aquel mapa repleto de anotaciones.

–Dile a quien esté al cargo de las mulas que venga a verme.

Se llamaba Vespasiano, y era un buen tipo. Aurelio lo conocía bien, habían jugado más de una vez a los dados e incluso se habían prestado dinero. El nuevo centurión se sintió obligado y consiguió reunir el cuajo necesario.

–¿Debo comentarle algo en especial?

Aquellos ojos abandonaron los caminos del mapa.

–Que no saldremos mañana. Lo haremos hoy.

Los había a montones, pero se contuvo. Cerno había comprendido que no era momento de jugar con palos. Caminaba justo por detrás de Breo, atento, sin despistarse siquiera para levantar la pata en los matojos.

Habían partido al alba, y el sol ya coqueteaba con el mediodía. Los demás se habían quedado en el campamento.

–No todos, ¿verdad? –preguntó al perro, que gimió por toda respuesta.

Ante Segilus y los otros había hecho lo posible por disimular. Y no había sido fácil.

Cuanto había perdido, lo había perdido porque los clanes se habían traicionado. Su padre había sido traicionado. Y le había costado recuperar la confianza en los suyos, en su pueblo.

La antigua vereda estaba cubierta de helechos que acusaban el verano. Y bajó la mano para dejarse acariciar por las grandes hojas, cuyas puntas marchitas parecían oxidadas.

El lobero gañó.

–Yo también la echo de menos.

Decirlo en voz alta trajo aún más melancolía a su rostro, y el perro le lamió el dorso de la mano.

–Eres un zoquete –recordó sin conseguir imitar la voz ronca y la mala leche–. Eres piedra, eres agua...

Cerno ladró.

–Ella hubiera sabido qué hacer...

Lo susurró como una desesperada llamada de auxilio, pero su único consejero no supo qué consejos darle, simplemente lo miró con

devoción y hociqueó entre sus dedos.

–Cuatro.

Eso había dicho Flavio, como si llevar la cuenta fuera una tarea crucial. Y Segilus había llegado a tiempo para escucharlo y corregirlo.

–Te olvidas de los dos hermanos. Faltan seis –había afirmado, antes de añadir algo más en tono bilioso–: Incluyendo a Reburrus.

–Probablemente fue idea suya –había dicho el negro–. Tenía la excusa perfecta. Tres cohortes –resopló– son muchas cohortes.

–Ni tres ni trescientas –había saltado Segilus–. Son unos cobardes de mierda. Si los agarro, los despellejo vivos. Se han ido de noche, y los dos hermanos estaban de guardia, nos han dejado con el culo al aire. Una patrulla podía habernos sorprendido. Son unos gallinas. ¿Por qué no han esperado al amanecer para decírnoslo a la cara? Los seis se han marchado a hurtadillas, con el rabo entre las piernas. ¡Cobardes!

Y había rematado su discurso con un escupitajo bajo el colmillo.

Flavio, más pausado, había preferido centrarse en el problema.

–Éramos pocos, ahora somos menos.

–No te jode el filósofo griego... –había tascado Segilus–. ¿Y has hecho la cuenta tú solito?

Entonces, sin esperar respuesta, se había vuelto hacia Breo.

–Dame a tres hombres, y los cazo como a conejos. Dímelo y los traigo de vuelta a rastras. A todos menos a ese mierda de Reburrus; a ése lo destripo donde lo encuentre.

Breo se había tomado su tiempo para contestar.

–Siete, con Plandus ya son siete.

–Pues, si quieres, a ese malparido lo rastreo también –había propuesto Segilus.

–No hay tiempo para eso –había replicado, convencido–. Además, ya no hay marcha atrás.

Aunque soltó tres bufidos, dos reniegos y otro escupitajo, Segilus aceptó la situación al fin. Y Breo había seguido adelante.

–Flavio debe volver al desaguadero, y vosotros dos iréis a echar otro vistazo a los barracones. Quedaos hasta la noche, todo lo que os deje la luz. Cuanto más sepamos, mejor.

–¿Y tú? –había preguntado Shabako.

–Yo tengo algo que hacer –había respondido, enigmático.

Y allí estaba, confiando en que lo que tanto tiempo atrás le había dicho Sento fuera cierto.

–Siete –repitió ahora mientras cruzaba el parche de helechos.

A los pocos pasos, cuando las peñas empezaron a despuntar, en la franja donde la altura arredraba a los robles y animaba a los pinos, volvió a hablar a Cerno, taciturno.

–No podemos ganar.

La vereda, abandonada hacía mucho, serpenteaba rumbo a la cima, intentando vencer la pendiente.

–Van a morir.

Más adelante, entre unos arbustos que los inviernos dejaban raquíticos, había una corona de pizarras cubiertas de líquenes. Apartándose del camino, se convertía en un mirador colgado de la falda de la montaña.

–Y la culpa es mía.

Era estrecho. Viejas lajas de un color oscuro que salían del monte como una aguja en una puntada, y que los obligaron a pasar en fila.

A lo lejos, hacia el oeste, se distinguía la inconfundible mancha de las minas: una herida roja y sangrante que se abría en las interminables olas verdes de los bosques.

A sus pies, a más de cincuenta brazas, una montonera de lascas que las heladas y los vientos habían desprendido. Caídas y rotas, cubiertas de zarzas rebeldes.

Un resbalón, y todo acabaría.

Cerno gimió.

–Yo no soy mi padre.

El sol siguió su camino. Las sombras bailaban sobre las zarzas. Y Cerno echaba miradas desconfiadas. Pero su amo no se movía, y el lobero se quedó junto a él, tumbado en la cornisa, aunque el rabo le colgase sobre el abismo.

Corrieron las lagartijas, cantó una chicharra, brincaron los saltamontes entre los hierbajos apretujados en las grietas. Olía a verano, a seco y curtido. Y, de vez en cuando, si la brisa se revolvía, hasta allí llegaba aquel tufo gredoso de la arcilla abierta en canal.

Cuando eso sucedía, Breo alzaba el rostro, apartaba los ojos de aquellas zarzas, enredadas en las pizarras, y miraba hacia la mina.

–Teníamos que haber construido otra barca y marcharnos.

Cuando se alzó, el día languidecía. Y el calor no remitía.

Continuó hacia el castro, cabizbajo. Sin saber el porqué, sus pies seguían adelante. Y quizá fue sólo para evitar el regreso y tener que mentir a sus amigos, a los hombres que ahora le confiaban la vida.

Dirigirse a la fortaleza arañaba el alma. Pero regresar hacia las minas la despedazaba a dentelladas.

A lo largo de los años, como el bardo, algunos habían hecho ese mismo camino en pos de la leyenda, otros para saquear a los muertos. Unos pocos, como Breo, para esconderse.

La maleza crecía como remendada, aquí y allá, pero aún se distinguía la vereda. Y pronto vio el terraplén de la muralla derruida, y también el lugar donde se abrían los portones de entrada, que ahora no eran más que astillas donde también crecían las zarzas.

El enorme travesaño, roto y herido, debía haber sido el dintel. Quizás allí hubiera en tiempos un símbolo poderoso, un talismán para el clan, como los colmillos de jabalí. Pero si lo hubo ya no estaba. Sólo puntas de flecha que, como carcomas, seguían trabadas en la madera.

El calor apretaba y el aire quemaba las narices. Cerno gañó.

No pudo evitarlo y volvió el rostro, temiendo ver las llamas en el mijo.

Y descubrió más zarzas.

Más allá, una jara crecía rebelde entre los escombros. El calor abría las vainas con chasquidos. Hacía tanto calor que el aire se revolvía encima de las piedras y emborronaba los arbustos.

Pero allí, junto a los portones deshechos, había algo más.

Allí estaba Zainus. Le habían arrebatado el casco, las grebas, y también los brazaletes. Allí estaba el que había combatido con su padre. Con la mejilla abierta. Muerto por un tajo que le destrozaba el ojo.

Y unos pasos más allá, Ainvar, el primero de los chicos del castro al que su padre había tenido que enseñar a usar el cuchillo para recortarse los bigotes.

En todo el día ni una sola nube había tenido el valor de alzarse. El sol hacía que las piedras quemasen con rozarlas.

El castro ardía.

Cerno ladró. Y volvió a ladrar. Sintió la tensión en las piernas de su amo. Breo estaba a punto de echar a correr. A correr una vez más. Pero el lobero ya no era un cachorrillo tiznado de hollín. Y a su lado ya no había un niño empapado en lágrimas.

Cuando parpadeó de nuevo, ya no vio las llamas. Ya no estaba el guerrero, y tampoco el muchacho. Sólo aquella jara y, más allá, una muela de molino en la que crecían matas de llantén.

No era un chiquillo asustado entrando en Lagouzos. Era un hombre confuso llegando al castro de la leyenda, al que coronaba el monte Medulio.

Eran lugares distintos. Eran tiempos distintos.

Pero allí estaban los capazos quemados, incluso había un manzano, aunque, quizá, el dueño de la casa no se había llamado Titoz.

Lo que no estaba roto estaba deshecho. Las casas eran apenas escombros. La maleza pugnaba por recuperar lo que el hombre le había quitado. Aquí y allá aún quedaban flechas clavadas en el suelo. Y alguna lanza.

Los valientes se habían quitado la vida, y Roma había borrado las huellas, para que ningún otro clan reclamase el lugar.

Carbón, cenizas y ruinas.

Parte del gran salón seguía en pie.

Un dintel torcido bajo los restos de unas vigas que aún querían alzarse. Muros rotos y más zarzas, que crecían en todos los recovecos.

Y la leyenda era cierta. La vio.

Aún se intuían las grandes hogueras. Allí debieron girar los espetones. Allí se sirvió la cerveza. Allí hirvió el caldero con las bayas de tejo. Aún quedaban asientos en los bancos. Y la destrucción, las llamas y las alimañas no habían podido con ellos. Allí seguían los valientes.

Los huesos despuntaban entre las ropas raídas. Los ojos vacíos de las calaveras todavía se miraban unos a otros. Cascos, abollados y cubiertos de robín. Una espada doblada. Una enorme hacha de combate.

Era el rastro de unas pisadas en la alta hierba de una pradera. Apenas visible, pero suficiente para saber que alguien había pasado. En el gran salón no se oían los gritos, las pullas a los lobos, los ruegos a los dioses. No olía al fermento de la cerveza o a pan recién hecho. Pero lo que había bastaba.

Allí se había celebrado el último banquete, allí habían celebrado su libertad.

Fueron dueños de su destino.

Y domaron la leyenda.

Incluso el lobero sintió la fuerza que emanaba del lugar. Echó la cabeza atrás y, en lugar de un ladrido, dejó escapar un largo y quedo aullido.

–Sucedió –murmuró Breo.

El calor seguía apretando. Pero, cuando abandonó las ruinas, ya no vio llamas. Ya no sintió la necesidad de alzar el brazo para protegerse.

Se agachó y arrancó del suelo una de aquellas puntas de flecha.

Siguió caminando por el laberinto de escombros con Cerno a sus pies y con pasos más rápidos. Hasta que se detuvo cuando el corazón le dio un brinco en el pecho.

Pegados a la pared de lo que debió haber sido un horno, crecían altos tallos de gordolobo, cuajados de brillantes flores amarillas.

Algo susurró en su interior. No pudo resistir la tentación. Hacía ya nueve años, pero se acercó. E iba a coger una cuando advirtió que aún tenía la punta de flecha entre sus dedos. La miró, y luego volvió la vista a las flores de gordolobo. Tiró la flecha al suelo, arrancó la flor, intensa como un amanecer, y se la llevó a los labios. Y masticó despacio. Saboreó el dulzor, el levísimo dejo agrio. Paladeó sus recuerdos.

Antes de seguir, pisó aquella punta de flecha hasta hacerla desaparecer bajo la tierra y los hierbajos.

Descubrió el depósito de los panes de sal, donde aún quedaban carbones renegridos. Y la casa de baños, mucho más modesta que la de su hogar, pero con una entrada a la sala de vapor mejor labrada. Era una piedra hermosa, cubierta de volutas que el cincel había enredado con delicadeza, con matas de lo que sólo podía ser muérdago y ribetes finos que habían exigido el talento del cantero.

Más allá, cerca del parapeto que cercaba el castro, estaba el manantial. El agua fresca seguía manando entre las piedras, pulidas por la corriente. Y Cerno se apresuró a calmar la sed.

Breo se quedó mirando los símbolos grabados. La silueta junto al agua era inconfundible. La bestia, un lobo, bebía de las ondas talladas en la piedra y, al otro lado, un arquero aguardaba.

–La esperó durante nueve días con sus nueve noches...

Pese al calor, Breo no bebió en las limpias aguas. Sólo siguió caminando por aquel lugar bañado en leyenda.

Y, al final, escondida tras dos robles que crecían entre las cenizas, halló la gran piedra de sacrificios.

Ya no había allí hermanas de la Orden que siguieran los preceptos. Ya no había gentes para escuchar los vaticinios.

Era únicamente un roquedal que brotaba del suelo, con un zócalo de hierbas y musgos. Surgía de la misma tierra y crecía hasta formar una

columna que el capricho del tiempo había dejado allí, elevándose hasta una plataforma donde generaciones de pisadas habían pulido la superficie. Dos piedras, de cantos gastados, se asentaban una encima de la otra como si las aguantase un malabarista. A punto de derrumbarse, como si únicamente el poder del lugar sagrado las conservase en aquel precario equilibrio.

La que estaba encima, del tamaño de un buen escudo, la que parecía a punto de caer, había sido labrada. Estaba cubierta de pequeños símbolos: espirales, cruces, ondas.

–Ella los habría leído –dijo al perro, recorriendo con el dedo el enrevesado camino de una de aquellas espirales.

Y en el centro, con más de dos palmos, los tres brazos de un trísquele, abiertos como pétalos, encerrados en un círculo que contenía su inmenso poder.

Era piedra que contaba la historia del lugar y susurraba al oído de un pueblo dormido. Un pueblo acogotado por los lobos.

Y había algunos que escuchaban, algunos que permanecían despiertos.

Y allí había algo más: un humilladero donde se habían ido dejando pequeñas piedras. Algunos, como él, habían llegado hasta allí y habían presentado sus respetos.

Se le colgó en los labios una sonrisa melancólica.

–Le hubiera gustado verlo –murmuró.

Las había pequeñas y grandes. Guijos redondeados que sólo podían haber sido recogidos en un río. Otras, lascas de aquella pizarra que encerraba el monte. Y se apilaban unas encima de otras, creciendo con cada nuevo visitante.

–No todos olvidan...

Se agachó y rebuscó. Cerno intentó ayudar; aun sin saber cuál era su tarea paseó de un lado a otro, con las narices pegadas al suelo.

Encontró un cuarzo blanco. Tan bien hecho que parecía tallado para un colgante. Lo recogió y repitió los gestos que había visto hacer a la anciana antes de depositarlo encima de la pila. Y, al hacerlo, las piedras se movieron y vio algo extraño entre ellas, un color que no debía estar allí.

Miró. Remiró.

Había algo más. Algo metálico.

No pensó que fuera un sacrilegio derrumbar la pila. Sintió que debía hacerlo. Y metió la mano.

Las piedras se derrumbaron, y con ello le entregaron un torques.

El brazalete de un guerrero. El que le habrían regalado tras su prueba de hombría. El que lo habría convertido, desde ese instante, en uno de los hombres del clan. Sólo era un cordón de oro trenzado con dos rotundos remates. Pero significaba mucho más de lo que era.

Breo lo abrió y se lo colocó en el brazo izquierdo, y el sol arrancó destellos.

–Vámonos –dijo poniendo la mano en el pomo de la espada–. Vámonos.

Si era posible, Sento lo hizo mejor que nunca antes.

Y les hacía falta que así fuera, porque ambos, él y Niske, sabían que aquélla sería la última vez. Ya no había tiempo para más. Y hasta ahora no había ido bien.

El gran salón del castro de Galez tenía poco de grande. Era un lugar modesto escondido en los recovecos de la serranía, oculto a no ser que se supiera dónde buscarlo. Todo su patrimonio constaba de unos pocos labradíos, unas cuantas vacas y los sotos que lo rodeaban, que, cada otoño, regalaban infinitas libras de gordas castañas. No tenía más defensa que una muralla escuálida y un puñado de guerreros. Y su jefe era viejo; ya era viejo cuando las hermanas de la Orden empezaron a escasear.

Y si nadie había disputado el liderato al viejo Arnius había sido porque se había ganado fama de justo y sabio. Nadie allí hubiera apoyado a un cachorro con ganas de pelea. Alguien con más ímpetus hubiera podido decidir que el castro debía medrar, que había que robar ganado a los vecinos o que era necesario organizar un saqueo a las tribus de los llanos.

Durante años, Arnius había conseguido que aquel pequeño castro, perdido en los montes, mantuviera la paz. Una paz pobre y sin lujos, sin cacharrería de los «hombres rojos», sin vender estaño a las caravanas de la costa, sin comprar los pescados jareados que llegaban del mar. Pero paz, al fin y al cabo. En Galez, no se pasaba hambre, pero no se tiraban ni las migas. Y sus súbditos se habían acostumbrado a aquel lento pasar

de un tiempo en el que, gracias al aislamiento, lo que sucedía a unas leguas de distancia carecía de importancia.

Cuando se apaciguaron los aplausos, desde su asiento, modesto como todo allí, el viejo Arnius habló. Y no decepcionó a los suyos, porque dijo lo que se esperaba de él.

Y lo único que pudieron agradecer el bardo y Niske fue la sinceridad del viejo jefe. De todos a los que habían visitado, Arnius fue el único que les habló sin tapujos.

–Nuestro pueblo agoniza –dijo con voz ronca, usando los dedos para peinarse la larga barba, blanca como nieve–. Yo aún recuerdo cuando, todos los años, para los festivales de primavera, las meigas se reunían en asamblea en el nacimiento del Támaris. Ahora es la Loba la que ocupa las sagradas fuentes del río.

Sento intentó intervenir, incluso a sabiendas de que era una descortesía. Pero Arnius lo retuvo. No le hizo falta un gesto autoritario ni recurrir a su dignidad, le bastó una sonrisa cansada. Pese a su edad, o quizá gracias a ella, estaba revestido de autoridad.

–Ya no se reúnen los clanes para hacer correr a los caballos –continuó, sin dejar de atusarse las barbas–. Hay manadas que corren salvajes por las montañas, sin que nadie las reúna para rapar sus greñas o atender a sus potros. Hace años que no se envía a los muchachos a madurar a otros clanes, los guerreros ya no compiten en el mes del avellano...

Había en su voz tristeza. Un pesar hondo que, en lugar de odio, se dejaba acompañar por una funesta resignación.

–... y no recuerdo hace cuánto que pasó por aquí el último herrero.

Miró en derredor, a su gente, para encontrar rostros que asentían, que le daban la razón.

–He disfrutado... Hacía mucho, demasiado, que no escuchaba cantar a uno de los escogidos de la Orden. Tenéis nuestra hospitalidad. Compartiremos pan, si lo hay. Compartiremos cerveza, si la hay. Y, si no hay pan o cerveza, compartiremos techo.

Con aquel ofrecimiento formal, dio por concluida la velada y se puso trabajosamente en pie, azuzado por sus muchos años.

–Mi señor –se atrevió Sento–, ¿y qué hay del llamamiento?

Al preguntar, señaló el estandarte, clavado en el centro del salón, no lejos del fuego.

Arnius resopló con disgusto.

–Hace años que mi espada no cuelga de mi cintura –contestó renuente, abriendo las manos para que todos comprobasen que era cierto–. Aquí nos conformamos con vivir en paz.

Y el bardo, como llevaba haciendo por dos lunas, no desfalleció.

–Los clanes pueden volver a unirse –clamó, alzando la voz–. Y los clanes, unidos, pueden echar a la Loba. Aún quedan valientes que recuerdan el rostro de sus padres.

–La gloria sólo sirve a quien la busca. Nosotros queremos vivir en paz. –La voz del jefe tembló, como si acabase de perder pie.

–Se cantará vuestra historia –insistió el bardo, con las mejillas encendidas–. Galez será recordado –aseguró–. Será uno de los clanes que se unió a la rebelión. Lo cantarán tus hijos, lo cantarán tus nietos..., y los nietos de tus nietos...

Se le quebró la voz. Las últimas palabras salieron a trompicones.

Y Arnius, cachazudo, esperó a que alguien le acercase un cuerno con cerveza.

–Ahí están los hijos que me quedan. –Señaló entre los presentes–. Y buena parte de mis nietos. Ninguno de ellos tiene buena voz. Prefiero abrazarlos que escucharlos cantar.

Desesperado, Sento volvió a hablar:

–Vendrán –tascó, ominoso–. Vendrán. Antes o después, vendrán y tendréis que luchar, lo queráis o no.

–Lo dudo. –Arnius se encogió de hombros–. Galez es un lugar pobre y ha estado siempre apartado de las rutas. Aquí no hay oro. Ni siquiera hay estaño. Sólo hay castañas, y los lobos no comen castañas...

–Vendrán.

–Ya te he oído la primera vez. Y, si llega el momento, ya decidiremos qué hacer –replicó, como si hablase de heladas que arrasasen los cultivos.

–Su sed es insaciable, su hambre es insaciable. La Loba lo destruye todo...

El bardo insistía e insistía, incapaz de callarse. Desesperado. Y, cansado, el viejo jefe quiso concluir de una vez por todas:

–Podéis quedaros cuanto queráis. En Galez somos pobres, pero se siguen respetando las viejas costumbres y se brinda hospitalidad al viajero.

Y empezó a alejarse. Y también su gente, mujeres, hombres y niños abandonaron sus asientos.

Había acabado, y el bardo, presa de la desesperación, miró a Niske con el rostro anegado de impotencia.

Los primeros ya salían del gran salón hacia la noche. La estancia se vaciaba. Dos mujeres recogían los vasos, los cuernos y los platos.

–No sois pobres...

Todos se volvieron hacia la voz. Los que estaban en la salida se quedaron en el umbral.

Segura de sí, con paso firme, ante los ojos desorbitados del bardo, Niske se acercó al fuego.

–No sois pobres –repitió con firmeza, alzando aún más la voz.

La mano de Arnius volvió a repasar las largas barbas. Y después hizo gestos a los suyos para que ignorasen a la forastera y saliesen.

–Los pobres son aquellos que han perdido la libertad.

No le hicieron caso.

–Nueve hombres crucificados.

Todos se detuvieron. Incluso Arnius. Y algunos rostros se volvieron.

–Nueve hombres terminaron en la cruz. –Niske tragó antes de continuar y echó un reojo a Sento, que la animó con un gesto cargado de apremio–. Y cantaban. Cantaban porque habían sido apresados luchando.

Un par regresó al umbral. Otro se asomó desde fuera. El jefe Arnius, tan rápido como se lo permitieron sus viejos huesos, se volvió hacia la joven.

Niske brillaba junto al fuego, en sus cabellos bailaban los reflejos de las llamas. Se había plantado allí como si sus ropas no estuvieran cubiertas del polvo del camino, como si suyo fuera el derecho de llamar a los guerreros.

–Un niño. He visto a un niño enfermo dispuesto a matar a su padre, a su madre –fue girando para mirarlos a todos–, a su hermana. ¡Un niño! Para morir libre.

Ya todos habían regresado. Sento los animaba con la mano buena, susurraba palabras de aliento, les decía que ella tenía razón.

–Has dicho que los clanes se mueren, que se han perdido las viejas costumbres –acusó mirando al jefe–. He oído tus lamentos, todos los hemos oído. Añoras los viejos tiempos... Y ahora los tienes a las puertas. Ahora que han venido a buscarte, los rechazas.

La fuerza que emanaba de la joven los había atrapado.

El rostro de Niske se inclinó. Todos vieron el fuego danzar en las lágrimas que corrían por sus mejillas.

–Hay madres que mutilan a sus hijos para que no acaben en las minas...

Alzó la barbilla, se acercó al jefe Arnius, y le habló con la fuerza de un vendaval.

–Tú aún recuerdas cuando los guerreros se reunían para competir, aún recuerdas cuando los clanes bajaban a los caballos de las montañas cada verano, aún hablas del placer de escuchar las leyendas. Pero eso es lo único que haces. Echas de menos lo que fuimos –le reprochó, alzando un dedo hacia el torso del jefe–, pero no quieres luchar por lo que somos.

Arnius acabó por dar un paso atrás, atropellado por el arrojo de la joven.

–Si no luchas... Si no luchamos, ya no quedará nada por lo que lamentarse.

Y se acercó al estandarte, lo tomó entre las manos y lo clavó en el suelo a los pies del jefe.

–Si no luchamos, perderemos. Nuestro pueblo se olvidará, las costumbres morirán, la lengua callará para siempre. Si no luchamos, nos convertiremos en sus esclavos.

El viejo jefe quiso decir algo. Y Niske no le dio oportunidad.

–Pero, si luchamos..., si luchamos, quizás aguantemos un día más, una luna más, una temporada más. Y, si aguantamos, el pueblo se recordará,

las costumbres vivirán, la lengua se hablará...

No podía aplaudir, pero usó la mano buena para palmearse el pecho con fuerza y aullar como un descosido. Y muchos más siguieron el ejemplo de Sento. Entre ellos apareció un joven que aún llevaba los brazaletes de los guerreros, un tipo alto y gallardo, una versión joven del viejo Arnius. Verlo era ver la juventud del jefe. Su pelo aún era de un negro vibrante, y sus barbas aún eran recias como el espino.

Era el hijo del jefe de Galez y traía en sus manos una espada.

Se acercó hasta su padre y se arrodilló frente a él para ofrecerle el arma por encima de su propia cabeza, dejando la nuca desguarnecida.

Arnius dudó. Echó la mano al frente. Se detuvo. Abrió el puño para sujetar la empuñadura. Y al fin recuperó el tacto de una vieja amiga, y sus dedos la aferraron con fuerza.

Todos lo miraban. Se oía el crepitar de las llamas, las respiraciones agitadas, los nervios haciendo susurrar las ropas. Pero ni una sola voz. Ni una sola. Y el viejo jefe comprendió que la decisión ya estaba tomada, que su pueblo lo había hecho por él.

Tomó aire, una gran bocanada. Desenvainó y alzó la espada.

La alzó, hasta ponerla junto al estandarte, y de algún lugar de su pasado, de algún rincón escondido en su pecho, junto al corazón, surgió el grito, un grito portentoso, el grito de un guerrero enfrentándose a su enemigo.

Y en Galez todos los demás se unieron.

El valor de los clanes rugió de nuevo.

Aquella tarde, Flavio llegó pronto al campamento. Sucio y apestando, como ya se había hecho habitual, pero mucho antes del ocaso.

Traía además la buena noticia de que la dichosa reja descansaba en el fondo del río, disimulada con ramas y ovas, para que una patrulla de paso no les arruinase los planes. Y Shabako, de excelente humor, se mofaba del tufo que envolvía al renegado.

Faltaban dos días.

Y, gracias a lo que les había contado el ingeniero y con la reja haciendo compañía a los peces, estaban listos.

–Lo conseguiremos –aseguró Breo, de buen talante.

Estaban los tres sentados junto a un tejo enorme. La sombra aliviaba los calores veraniegos, y charlaban animosos. Afinaban detalles, en especial sobre lo averiguado gracias al tragaldabas del ingeniero, que no ponía pegas a seguir en el campamento si podía seguir echándole el diente a lo que cayese a mano.

Flavio prestaba atención, pero el peso de la conversación lo llevaban el negro y Breo, que masticaba una agria manzana silvestre con deleite. Cerno, tumbado junto a ellos, roía el hueso de la paletilla de un jabalí que Fraxilus había cazado dos días antes.

Todo estaba bien. Hasta que Segilus llegó para estropearlo.

Con su andar pesado se acercó con mala cara, anunciando problemas. Y gritó a Breo cuando aún mediaban diez pasos:

–La cuenta eran seis, ¿no?

Ninguno de los otros tres supo a qué venía aquello. Hasta que llegó junto a ellos y a Shabako se le ensombreció el rostro.

–¿Hay más desertores?

Una mezcla entre reniego y carcajada se le escapó a Segilus.

–No, al contrario. Ahora serían cinco.

–¿De qué hablas? –preguntó Breo, amoscado.

Segilus dejó en el aire un largo resoplido.

–Yo le hubiera cortado los huevos y lo hubiese obligado a comérselos –aseguró rufianesco–, pero tú te pondrías a refunfuñar...

Incluso Cerno dejó el hueso y prestó atención.

–... No me preguntes cómo nos ha encontrado. Ese malparido siempre ha sido un buen rastreador.

La preocupación asoló los rostros de los otros tres. Flavio incluso se puso en pie y desenvainó el puñal. Pero Segilus, cínico, le indicó que lo enfundase.

–Viene bajo paño blanco, o eso dice...

Resopló de nuevo, como un niño tragando una infusión medicinal.

–Plandus ha vuelto –explicó al fin–. Dice que quiere hablar contigo.

Y allí estaba el traidor, bajo su mata pelirroja, con la cabeza gacha y encogido por la vergüenza. Toda la actividad en el campamento cesó de pronto; el único que continuó moviéndose fue el ingeniero, que roía mondas de queso. Los demás miraban al traidor con inquina.

Breo comprendió de inmediato que aquel hombre estaba haciendo el más sobrehumano de los esfuerzos para no salir corriendo.

–Si de mí dependiera, sólo habría que elegir si te colgamos de los huevos o de los pulgares –le espetó Segilus con palabras que parecían proyectiles.

Pero Breo, sin abrir la boca, se acercó al traidor y le rodeó los hombros con el brazo.

Alzó el rostro como un cachorrillo, y Breo lo miró tranquilizador, con algo que mediaba entre una sonrisa y la mueca de tragarse una almendra amarga.

–Vamos a algún sitio más tranquilo –sugirió mientras retenía con la mano alzada a los otros tres, y a todos los demás que, más atrás, parecían perros de presa atados a un poste.

Abandonaron el campamento, con todos los ojos clavados en ellos, y Breo tuvo plena conciencia de que un mal gesto haría que los hombres despellejasen al pelirrojo. Fraxilus incluso había encordado una flecha en su arco.

–Sé que no saldré de aquí por mi propio pie –le reconoció Plandus con un susurro.

La mano de Breo apretó el hombro del pelirrojo.

–Estoy dispuesto –aseguró cohibido.

–Pocos tendrían los redaños –lo alabó Breo con tristeza.

Plandus alzó el rostro y se miró en aquellos ojos, descubrió un mar en calma donde esperaba tempestades.

–Juré que te protegería, aun a costa de mi propia vida.

Cada palabra sonaba como una muela que le estuvieran arrancando. Aquel hombre no sabía cómo decir algo que quemaba sus entrañas.

–Me dejaste marchar...

Aunque intentó evitarlo, los ojos de Plandus miraron más allá, hacia donde estaba Segilus. Y su mano subió hasta la mejilla, por el rostro mutilado, redescubriendo heridas que no habían curado pese a las cicatrices. Sus labios, secos, chasquearon al abrirse, y la lengua fracasó al intentar arreglarlo.

–¿Por qué lo haces? –logró preguntar con un hilo de voz.

–Porque el mijo arde. –El dolor lo anegaba y, si antes el traidor se había tocado las cicatrices, ahora Breo acarició el torques que llevaba en el brazo–. La piedra, no. El agua, no.

El ceño de Plandus se anudó.

–Tu padre –titubeó–, su padre –remarcó señalando más allá, hacia Segilus.

–Lo sé –admitió Breo.

–No quedó nada –insistió Plandus.

Quizá ninguno de los dos supo a qué lugar se refería. Podía ser Lagouzos, o cualquier oro de los muchos que sufrieron cuando el padre de Segilus mintió a los clanes. La desolación consumía el alma sin importar el dónde.

–Tú sigues aquí. Y yo sigo aquí –afirmó Breo–. Y los dos recordamos... Y quizá nuestros hijos también recuerden...

En el silencio, la tarde se arropó en los últimos calores del día y los grillos empezaron a cantar. A lo lejos sonó el inconfundible canto de una abubilla. Y la brisa despeinó las copas de los árboles y esparció las fragancias del bosque.

Plandus tardó en volver a hablar.

–Vienen hacia aquí –dijo al fin.

–Tres cohortes –sonrió Breo–. Lo sabemos, probablemente de Cesaraugusta. Y llegaron hace tiempo.

La sorpresa sacudió el rostro del pelirrojo.

–¿Tres cohortes?

Sin pretenderlo, Breo lo observó como un padre juzgando la travesura de un chiquillo.

–¿Te quedarás con nosotros? No somos muchos. Nos vendrán bien un par de manos más.

Perplejo, Plandus no pudo hacer otra cosa que balbucir:

–Yo... Yo no tenía idea... ¿Tres cohortes de Cesaraugusta?

Ahora fue Breo el perplejo.

–Entonces, ¿quién viene?

Los otros tres, desde donde estaban, percibieron el cambio. Las palabras corrían. Las voces se alzaron. De repente, todo parecía urgente. Las manos de Breo volaban, las de Plandus señalaban. Una y otra vez apuntaban hacia el oeste.

No les gustó; ni al negro ni al renegado ni a Segilus. Les olió a cuerno quemado.

Y fue aun peor cuando al fin lo comprendieron.

Llegaron a tiempo, justo para verlo con sus propios ojos. A punto de que las luces del día se consumieran.

Breo lo reconoció de inmediato.

El semental blanco era inconfundible.

Allá abajo, en el valle, estaban las minas, con sus montes, sus canales, sus barracones y sus lavaderos. Las minas, con sus esclavos y su desolación. Y con su oro.

Y allá abajo marchaban cerca de quinientos lobos. Con sus túnicas de rojo desvaído, que se fundían con aquella condenada arcilla. Portando sus espadas, lanzas y escudos. Con su estandarte. Y, al frente de todos ellos, el semental blanco, con Sila a las riendas.

Plandus señalaba de nuevo.

–¿Cómo lo ha sabido? –preguntó Flavio incrédulo.

–Igual que lo he sabido yo –contestó Breo–. No sabe que atacaremos en dos días, ni cómo –dijo, mirando a Plandus, que asintió muy sereno–. Pero ha comprendido, como lo hice yo, que ésta era nuestra única opción.

–Hijo de la gran puta –mascó Segilus.

–¿Qué hacemos? La guarnición de las minas, tres cohortes de Cesaraugusta, y ahora una más –intervino el negro.

–Mucho te gusta contar a ti –espetó Segilus en mal tono.

–¡Basta! –los refrenó el renegado al oír el gruñido de Shabako–. ¿Qué hacemos?

Breo miraba el avance de las columnas. Un destacamento liderado por el mismísimo tribuno Didio Severo salía a recibirlas a la zona de los lavaderos. Hubo saludos, abrazos incluso. Y, aunque no podían oírlas, no costaba imaginar que incluso risas.

–No cambia nada –aseguró Breo, sereno–. Para lo que vamos a hacer, da igual que sean dos mil que veinte mil.

Segilus abrió la boca. Y Flavio lo retuvo a tiempo de evitar el sarcasmo.

–Ése es su error –continuó Breo–. Confían en su fuerza, en su número. Creen que todo lo pueden. Y vamos a demostrarles que se equivocan.

La crueldad no tiene patria. La desesperación no tiene fronteras. Por terrible que sea el castigo, siempre hay algo más allá del horizonte.

Tarvus se había vuelto un espectro.

El pellejo reseco sobre los huesos de un bicho muerto hubiera tenido mejor aspecto que el altivo guerrero que, una vida antes, había jurado devoción a Turainos, al jefe que había intentado unir a los clanes para poner un cepo a la Loba.

Había perdido la cuenta de los días.

Lo habían encerrado en el laberinto de galerías que recorrían el trece de punta a punta. Y el trece era la puerta a los infiernos. El lago en la cima del trece se había llenado por dos veces y, sin embargo, el monte se había negado a rendirse. Había resistido con cabezonería el envite de los ingenieros romanos. Era un fantasma en las minas.

Y en el trece no había día o noche. Sólo oscuridad eterna. Tinieblas que habían empezado a susurrarle, tinieblas en las que se oía el escurrirse de las ratas, el rumor de la tierra al asentarse. Tinieblas en las que los muertos habían vuelto a la vida para reprocharle lo que había quedado a sus espaldas.

Y el trece podía deshacerse en cualquier momento. Derrumbarse. Porque estaba herido de muerte.

A veces se despertaba y creía oír cómo se resquebrajaba el monte. Otras, la risa de Ursicenus. Y otras, el implacable restallar de aquel látigo, trenzado con cuero mojado de camello a un mundo de distancia. Y las más de ellas, el aleteo inconfundible de un pájaro que no podía

estar allí. Y, sin embargo, si hubiera tenido a alguien a quien contárselo, le hubiera dicho que estaba seguro de que aquel pájaro era un cuervo.

Y en una ocasión, y hubiera cortado las orejas a quien lo acusara de mentir, había escuchado la voz profunda y ronca de una de las hermanas de la Orden hablándole de los viejos tiempos, de las glorias pasadas.

Pero a lo mejor había perdido el juicio. Aquellas tinieblas le habían desbaratado el sueño, y ya no sabía cuándo dormir o despertar. Lo más que conseguía era echar inquietas cabezadas.

Combatía la sed chupeteando el agua gredosa que rezumaba por las paredes. El hambre la espantaba con lombrices, escarabajos y grillos. Y, cuando la lucidez lo alcanzaba, recordaba que las compuertas se abrirían y todo acabaría.

En la cima del trece, como en todas las demás, por encima de las galerías, se había excavado un enorme lago, contenido únicamente por dos compuertas gigantes.

Cuando los ingenieros diesen la orden, un legionario, algún pimpollo cuya vida importase poco, cortaría los seguros de las compuertas; éstas subirían, y un gigantesco monstruo hecho de agua se metería por las tripas de la montaña. Con un poco de suerte, moriría aplastado.

Mejor que ahogarse en el lodo. Mejor que seguir languideciendo en las tripas de la montaña.

Lo habían enterrado vivo.

Tarvus vagaba por las galerías, como los espectros que quedaban atrapados en los cruces de caminos. Y se sabía muerto en vida, pero era incapaz de dejarse morir. Algo en sus tripas le decía que aguantase.

Había intentado morderse las muñecas y acabar con el suplicio. Y aquella fuerza dentro de él lo había refrenado.

En el fondo, Tarvus tenía la convicción de que debía esperar.

Y estaba rastrillando la arcilla del fondo de una galería, buscando lombrices, cuando volvió a oír aquel aleteo. O creyó oírlo. Y sintió que algo tiraba de él para sacarlo de allí.

Ascendió por el laberinto sin saber por qué. Se arrastró por las galerías, buscando la entrada que habían tapiado bajo las órdenes de Druso, entre risas.

Ascendió.

Y volvieron las voces. A lo lejos. Creyó enloquecer, pero estaban allí, resonaban. Y no supo si eran verdad o no.

Ascendió.

Y llegó el sonido de la maza golpeando las piedras.

No quiso creerlo. No podía creerlo. Hasta que un hueco se abrió. Hasta que una de aquellas piedras cayó y pasó rodando a su lado. De repente, la luz atravesó aquel agujero. Se coló en las galerías y se clavó en sus ojos.

Al otro lado se gritaban órdenes.

Y aquel látigo, trenzado con piel de camello mojada, restalló de nuevo.

Las cosas empezaron a ir mal.

La luna se volvió tímida. Se mostró apenas en el horizonte, llena, hermosa, con coquetería. Pero le entró vergüenza y, pudorosa, cubrió su desnudez con nubes cenicientas.

Todo el calor del verano se revino. El aire se volvió tan pesado que costaba respirar. Grandes y oscuras, inmensas nubes de tormenta lo cubrieron todo y robaron la luz a la luna. Todo se volvió más difícil.

Pero no había marcha atrás.

–Al amanecer –había dicho Flavio al despedirse.

–Al amanecer –había respondido Breo.

Y los cuatro grupos se habían puesto en marcha. Segilus, Shabako y el propio Breo, hacia los montes, cada uno con su propio destino. Flavio, hacia el valle.

Se perdieron en la noche para atravesar el espeso bochorno.

Había llegado la hora de la verdad.

Junto a Breo, avanzaban Plandus y el lobero. Tras ellos, el arco de Fraxilus y su dueño. También uno de los hombres de Fazouro, que había escapado por los pelos de la batalla en el puente de las barcazas. Y, cerrando la marcha, el espigado y siempre taciturno Merrius.

Y fue Merrius el primero que dudó.

–¿Estás seguro de que vamos bien?

Habían repasado el trayecto una y cien veces con aquel tragaldabas del ingeniero. Y contaban con la luna para moverse a través del laberinto de montes y bosques.

–¡Mierda! –protestó Fraxilus al tropezar con una raíz, antes de que Breo pudiese abrir la boca.

Lo habían pensado todo. Todo, menos que la tormenta reclamaría el cielo. Y que el bochorno los obligaría a sudar y resoplar; que se les pegarían los flequillos a la frente, que los ojos escocerían, que aquella polvareda rojiza, húmeda, se les agarraría a la garganta haciéndoles escupir gruesas flemas que parecían cargadas de sangre. Todo, menos que los aparatosos picos no harían otra cosa que estorbar y crecer a cada paso, porque, a cada paso, daban la sensación de pesar más y más.

Allí delante, entre los primeros pinos que trepaban por la ladera, se escurrió la mancha blanquinegra de un tejón, más acostumbrado a la noche que los hombres. Y a lo lejos cruzó el cielo la clara pincelada de una lechuza, disgustada porque sus ruidos hubiesen espantado a los ratones.

La noche, cerrada y densa, era para ellos. Para el maese raposo, para la habilidosa gineta, incluso para el chotacabras que, con sus ojos brillantes, los vio pasar desde su percha en la rama seca de un viejo ciprés. Los hombres trastabillaban, maldecían, se pasaban las manos por el rostro y tosían.

Aun así, había que apretar el paso. El amanecer llegaría.

Al final contestó Fraxilus, masajeándose la espinilla.

–Vamos bien jodidos, eso es lo que pasa.

Plandus reaccionó antes incluso que Breo y dio dos pasos hacia el arquero para rodearle los hombros con un brazo y animarlo a seguir. Merrius se ofreció también.

Por el momento, los ánimos no flaqueaban. Pero Breo sabía que la cizaña de la duda había empezado a carcomer a sus hombres. Y siguieron loma arriba, peleando con cuanto tenían en contra. Y Breo se preguntaba cómo les estaría yendo a Shabako y a Segilus. Tampoco les estaría resultando fácil y, sin embargo, por difícil que fuera, los tres debían conseguirlo. No podían fallar.

Los primeros relámpagos agrietaron la noche en cuanto llegaron al cortado. El ingeniero, atiborrándose de moras, les había descrito el lugar:

–Hay un castaño enorme, viejo, muy seco, con apenas unas pocas ramas verdes y raquíticas. El tronco está podrido, casi hueco. Allí la ladera cambia de opinión –les había dicho haciendo ascender la palma de la mano hacia el cielo–. En medio de la pendiente brota un roquedo que se eleva como una pared.

Y allí estaba el castaño, casi ridículo, como un anciano vestido con las ropas de un joven. Apenas unas cuantas hojas verdes coronaban el inmenso árbol. Y, junto a él, la roca, convertida en una tapia.

Los truenos tardaron en llegar, e hicieron que la tierra retemblase. El aire se volvió tan pesado que había que morderlo para respirar.

Descorazonaba mirar aquel muro.

De los tres lugares que había indicado el ingeniero, aquél era el más difícil. Por eso Breo lo había elegido.

Ahora, bajo aquella auténtica tapia, dudaba de su atrevimiento.

–He escalado por sitios peores para coger unos cuantos percebes.

Estaba tan oscuro que no supo si sus hombres se animaron. Menos aún si se dieron cuenta de que había mentido.

Empezó a llover, con timidez. Aunque la tormenta tenía tanta prisa como ellos y los alcanzaría pronto.

Las rocas, grandes lajas de pizarra, negras como la noche y escarpadas, remendaban la montaña.

Treparon. O lo intentaron y se despellejaron los nudillos. En las manos se quedaban los hierbajos que arrancaban al intentar auparse. La piedra mojada los hacía resbalar. Plandus perdió asidero y cayó. Tuvieron suerte de que fuera el último y no hubiera arrastrado a nadie más. Resbaló por la pared, arañándose el rostro y los brazos y, cuando el suelo detuvo su caída, temió haberse hecho añicos un pie.

–Puedo seguir –gruñó entre dientes apretados.

Y de esa mentira se dieron cuenta todos. Aun así, volvió a agarrarse a las rocas como una lagartija y empezó el ascenso de nuevo.

Los rayos cortaban los cielos, y los truenos les daban caza a toda prisa. La tormenta se cernía sobre ellos. La mansa llovizna se transformó en un abrir y cerrar de ojos. De pronto, las gotas se hicieron grandes como calderos, calientes como sopa, y lo empaparon todo.

Quedaron atrapados en el intenso retumbar de la lluvias. El ruido, ensordecedor, empeoraba con cada trueno, como si los cielos se hubieran disgustado porque habían alcanzado su destino.

Pero allí estaba.

Breo se inclinó sobre el borde y tendió una mano a Plandus para que lograse auparse.

Habían llegado.

Bajaba desde las cimas y corría monte abajo, durante leguas y más leguas. De haber querido llegar al nacimiento, hubieran necesitado todo el día, y eso cortando monte a través, porque el ingenio serpenteaba buscando la mejor pendiente.

Era una demostración palpable del poder de la Loba. El agua ya no era libre, ya no corría a voluntad, sino por allí donde señalaba el hombre.

Estaban en uno de los interminables canales que alimentaban las minas. Y el negro y Segilus debían haber alcanzado también sus destinos.

Los canales se prolongaban durante incontables millas, cambiando de aspecto según la montaña demandase. A veces, a través de grandes tuberías de piedra; otras, encerrados en túneles picados en las entrañas del monte, y otras, las menos, como simples rebajes en la ladera. En esos lugares, el agua corría a cielo abierto. Y aquel canal era uno de esos tajos en la roca. Como una escorrentía.

–Las tuberías rotas se reparan –les había dicho el tragaldabas del ingeniero chupeteando la grasa que le cubría los dedos–, los túneles cegados se pueden limpiar. Pero, si derribáis una de esas acequias, repararla requerirá meses. Habrá que hacer obra nueva, colgados en la ladera, llevando los materiales a lomos de mula. A mí me sacaría de quicio...

El pedregal rompía allí la piel de la montaña y allí había sido picado por los esclavos hasta convertir las rocas en las imposibles orillas, rectas como paredes, de un arroyo que era una mentira.

Estaban allí. Y, si todo iba bien, el negro Shabako y el atrabiliario Segilus estarían haciendo algo parecido.

Sería duro, y se turnaron. Metidos en el canal, repartieron los picos. Y comenzaron a trabajar. Tres picaban. Tres descansaban.

Mientras, la tormenta rugía maldiciones, la lluvia arreciaba, el viento aullaba. Y los truenos hacían retemblar las muelas.

De los picos salían chispas; del cielo, centellas. En el canal, el nivel subía, y el rumor del agua crecía, celoso del estruendo de la lluvia.

Lucharon contra la pared de roca. Los picos subían y bajaban, intentaban doblegar la piedra.

Golpearon. Una y otra vez. Con la tormenta atosigándolos y la prisa por acabar a tiempo palmeando sus cogotes.

Empapados, exhaustos, sin la más remota idea de cómo les había ido a sus compañeros, siguieron picando, arrancando esquirlas a la roca, domándola poco a poco..

Los picos subían y bajaban. Una y otra vez.

Y, cuando los truenos alcanzaron a los relámpagos y la tormenta descargó sobre ellos con todas sus fuerzas, como si quisiera barrerlos por siempre de la faz de la tierra, la piedra se rindió.

Se abrió con un crujido lleno de lástima. Se desprendió en pedazos que cayeron ladera abajo. Y el agua se escapó. Por debajo de ellos ya no escurría más que la propia lluvia, que, incesante, escupía la tormenta.

El canal era ahora inútil. Un cubo con un agujero en el fondo.

Si los otros dos habían tenido éxito, las minas se habrían quedado sin agua; sin agua con la que derrumbar las montañas, sin agua con la que lavar el oro.

Habían concluido la primera de sus tareas. Y, si Flavio cumplía con su parte, poco importaban tres, cuatro, trescientas o cuatrocientas cohortes o legiones. Ahí radicaba la genialidad de la idea. Si todo salía bien, la Loba aullaría de rabia, privada de su oro.

–¡Vamos! –los urgió Breo.

La esperanza se abría camino. Incluso acarició la nerviosa cabezota de Cerno.

–¡Vamos!

Si todo salía bien, inutilizarían las minas.

Las cosas empeoraron.

Pero no se dieron cuenta. Incluso pensaron que tenían motivos para celebrarlo.

Cuando se encontraron, todo fueron abrazos y vítores. Estaban empapados y agotados, sin resuello, pero vivos. Y las tres partidas habían conseguido que la piedra se rindiese.

Los tres canales estaban arruinados. A punto de amanecer, las minas no recibían más agua que el derroche de la tormenta. Hasta que fueran reparados, Roma no tendría oro.

Sin embargo, aún faltaba otra cosa más por hacer.

Y llevaban retraso.

Y sería difícil, mucho más difícil de lo que habían pensado. La arcilla, empapada, se volvía una masa pegajosa, empeñada en aferrarse a las botas y hacer de la marcha una tortura. Cada hombre arrastraba cinco libras de aquel lodo espeso, dos en cada pie y una de propina en los pantalones. Y, si ya la luz era escasa, con una amanecida que no lograba vencer a las nubes, la lluvia empeoraba las cosas. No veían más allá de unos pasos ante sus narices. De pronto, se dieron cuenta de que no reconocían el lugar donde estaban. Había allí un pino retorcido y unas cuantas rocas. Como tantos pinos retorcidos y tantas rocas.

En algún momento, la lluvia, la oscuridad, la prisa, una o todas, los habían engañado. Se habían perdido.

–No llegaremos –protestó Segilus cuando, desconcertado, miró en derredor y dudó de qué camino seguir.

Ni el negro ni Breo dijeron nada. Se enjugaban el rostro en un esfuerzo inútil por secarlo y, como el otro, miraban a todos lados, indecisos.

–Se hace tarde.

Breo sintió en la nuca el enorme peso de los ojos de sus hombres. Aguardaban su decisión. Pero él no tenía idea de qué hacer. Por el este, el cielo parecía querer cobrar vida, y el sol asomaba más allá de las nubes.

Se dio cuenta entonces de que Cerno los esperaba impaciente. No junto al pino retorcido, sino a un lado, pegado a unas jaras por entre las que se abría un paso.

El lobero, con el pelaje chorreando y los ojos brillantes, movía el rabo satisfecho y miraba a su amo como si no comprendiese qué lo retenía. Daba unos pasos, se metía entre las jaras y, al comprobar que no lo seguían, volvía atrás.

Breo comprendió que lo único que podía hacer era seguir al animal con fe ciega.

Cerno era el único que parecía no tener dudas.

–Ese bicho tiene por lo menos una cabra entre sus abuelos –aseguró Segilus viendo cómo Cerno los esperaba encaramado a unas rocas que, como una isla, despuntaban entre la eterna arcilla.

Nunca lo hubieran conseguido de no ser por los instintos del lobero.

Una eternidad después, cuando parecía que las piernas no podían dar un paso más, vieron el monte. Y, sin aminorar el paso, Breo acarició aquella cabezota empapada y llena de pegotes de arcilla.

Sembrando reniegos, maldiciones y juramentos, consiguieron llegar a tiempo. Justo antes del amanecer.

Ya podían verlo.

Y allí querían ir. Porque faltaba una cosa más por hacer. Ahora todo dependía de Flavio. Y el renegado podía necesitar su ayuda.

–¡Apuraos! –gritó Breo, intentando sobreponerse al rugir de la lluvia.

Los hombres no pudieron callar sus reniegos, pero cumplieron con su deber. Pese al chaparrón, pese al barro, no se detuvieron. Ascendieron

por aquel infierno de lodo. Se arrastraron, reptaron, dejando a su paso mil maldiciones.

Y llegaron a destino.

–El dieciocho –anunció Shabako cuando coronaron el monte.

Y todos respiraron con alivio. Algunos incluso se dejaron caer donde estaban. El único con ganas de seguir adelante fue el propio Breo. Él fue el primero en rodear las enormes compuertas que sujetaban el agua.

La loma había sido excavada. Ahora era una palangana; una palangana rebosante, porque, aun sin el aporte de los canales, la lluvia no permitía que el nivel bajase.

–Hemos tenido suerte –dijo Shabako entre resuellos al ponerse a su lado–. Unos días más y no quedaría más que un montón de escombros...

Desde el ingenio de aquellas compuertas, de gruesos tablones de roble reforzados con armazón de bronce, hasta el extremo, aquel lago artificial ocupaba la cima. Los esclavos habían picado hasta dejar únicamente una estrecha orilla en derredor, apenas unos palmos de arcilla, lo justo para que el agua no reventase aquella palangana como una fruta madura. Y por ese estrecho pasillo avanzaron Breo y Shabako, resbalando, a punto de caerse al lago a cada paso, hasta llegar al lado opuesto, el que daba hacia los lavaderos y los barracones.

Cerno se quedó junto a las compuertas, moviéndose inquieto de un lado a otro, temeroso de continuar por aquel corredor de barro que rodeaba la inmensa laguna.

El último trecho lo cubrieron a gatas. Las manos se hundían hasta los codos, las rodillas aún más, pero Segilus, escupiendo reniegos, se unió a sus compañeros. Y continuaron hasta asomarse en el mismo borde.

Allí quedaba el corte del anterior derrumbe. Un desfiladero de lodo pegajoso que caía a pico sobre el vacío. En la base aún había algunos carretones por retirar. Shabako tenía razón: habían tenido suerte, pronto la Loba mordería otro trozo de monte. Y todo volvería a empezar.

Se enjugaron las frentes, pero sólo consiguieron mancharse de aquel lodo rojizo. Aguzaron la vista, en un intento de ver más allá de la lluvia. Necesitaban que amaneciese, pero, si el sol se alzaba, sería demasiado

tarde; si la mina despertaba, ya sólo les quedaría la opción de luchar, y eso era justamente lo que deseaban evitar.

No lo veían.

Pero, si había ido bien, Flavio debía estar cerca.

Tal y como Breo había planeado, el renegado y su grupo debían haber salido de las letrinas.

Ahora tenían que evitar a los centinelas, las tiendas de las nuevas cohortes, el campamento del prefecto Didio Severo e incluso a las patrullas de guardas. Porque aquella apestosa alcantarilla los debería haber llevado hasta las mismas puertas de los barracones de los esclavos.

Los nervios empezaron a anudarse. Shabako tuvo que contener un estornudo.

–Ya deberían estar –murmuró Segilus, indeciso.

Tenían prisa, y mucha. Flavio y los suyos podían quedar atrapados en un cepo.

No los veían.

–Allí –señaló el negro de pronto.

Y llevaba razón. Allá abajo, a los lejos, saliendo de entre dos de los barracones, emergió una sombra que no podía ser otra cosa que un hombre. Y otro más surgió de la oscuridad a sus espaldas. Una mano le sujetó el rostro y le tapó la boca. La otra golpeó a la altura de los riñones.

Cayó desmadejado, y el puñal de Flavio le abrió la garganta de un tajo.

Eran apenas borrones en la distancia, desdibujados por la lluvia y la noche. Pero allí estaban.

A una señal del renegado, el resto de los hombres se desplegaron.

–¡Preparaos! –ordenó Breo, confiado.

Abajo, atento a un mal encuentro con un centinela celoso con su trabajo, Flavio hacía señas a sus hombres para que se repartieran por los barracones. Y pronto hubo uno delante de cada uno de los portones.

Gracias a Elasus habían tenido ocasión de practicar, pero no podían estar seguros de si saldría bien. Había llegado el momento de la verdad.

Los barracones eran construcciones sencillas, lo justo para evitar fugas. La Loba no perdía el tiempo protegiendo a sus esclavos, pero las puertas eran otro asunto. Las puertas tenían hojas reforzadas. Y estaban aseguradas con gruesas cadenas trabadas con pesados candados de barril.

En buena parte, el éxito dependía de que la continua humedad y el abuso de abrirlos y cerrarlos cada día. Si no estaban flojos, por lo que el herrero había explicado, sería casi imposible forzarlos en silencio. Si no estaban flojos, habría que usar las mazas o piedras, entonces Breo y los suyos bajarían del monte para ayudar, porque, si había que golpearlos, entonces también habría que luchar.

Aquellos no eran delicados candados para un cofrecillo o para resguardar la despensa de un esclavo goloso. Se fabricaban para las legiones. Y eran como leños.

La tormenta había alcanzado el campamento. Rugía sobre ellos como si los cielos tuvieran la intención de desplomarse, aplastando todo y a todos. Llovía con tanta fuerza que las gotas golpeaban como puñetazos. Y los truenos retumbaban hasta que las muelas dolían.

Flavio sacó la ganzúa de un cosido en el cuero de su cinturón, la movió entre los dedos y, cerrando los ojos, pidió a la diosa Fortuna que le echase una mano.

Tomó el candado y se dispuso a intentarlo.

La lluvia le caía por el rostro en una gruesa cortina. Y, cuando restalló el siguiente relámpago, el breve instante de claridad mostró sus cejas fruncidas y su rostro contraído. El tintineo del metal contra el metal apenas se oyó.

Desde el dieciocho, sus compañeros lo observaban, tratando de contener los nervios.

Flavio no pensó en ellos. Pero tampoco se dio cuenta de que algo iba mal. Aquel candado absorbía toda su atención.

Aun así, podía haberlo advertido. Era un veterano.

Las huellas apenas eran visibles por mor de la lluvia, y los sonidos se escondían tras los truenos. Pero pudo haberlo advertido.

Sin embargo, no prestó atención. El candado se resistía.

Y las cosas fueron aún peor.

En lo alto del dieciocho, encogidos en la estrecha cornisa de barro, los tres aguantaron la respiración.

Breo había intentado imaginar todas las posibilidades. Le había dado vueltas una y mil veces.

–Piensa como el más hijo de puta de todos los hijos de puta –le había dicho Segilus–. Intenta imaginar las cabronadas más grandes... y prepárate. Nos va la vida en ello.

Creía haberlo hecho. Estaba convencido, se había estrujado los sesos. Pero se había equivocado.

El candado soltó su cepo con un crujido metálico, y Flavio sujetó la cadena para que no cayese sobre el portón. Entonces tomó aire. Ahora debía ocuparse de que los esclavos no alzaran la voz, de contener el alboroto al saberse libres.

–Sin agua y sin mano de obra –había dicho Breo, al exponer su plan dos lunas antes, en el campamento–, las minas morirán. Y, si lo hacemos bien, no tendremos siquiera que pelear.

Habían destrozado los canales, las minas ya no tenían agua.

Y ahora iban a poner a los esclavos en libertad; las minas se quedarían sin mano de obra.

Antes de pensarlo bien, a Segilus le había disgustado no plantar cara a las bravas. Pero había entrado en razón. Y Elasus había asegurado que era posible enseñar a una docena de hombres a abrir los candados; difícil, pero no imposible.

Ahora Flavio estaba a punto de abrir la puerta de uno de los barracones.

Mientras, en lo alto del dieciocho, Breo y los demás se mantenían atentos a las patrullas, más allá de los lavaderos, a todo lo que rodeaba las minas, listos para correr hacia donde hiciera falta.

Y ni siquiera podían imaginar que era imposible que llegasen a tiempo.

Eslabón a eslabón, despacio, para que no sonase a cascajo, Flavio sacó la cadena de las manillas y la depositó en el barro.

–¡Atentos! –repitió Breo, sin conseguir que sus nervios aflojasen.

La tormenta rugía, gruñía, escupía centellas. Parecía interminable. Aun así, el amanecer, tímido, empezaba a disolver las tinieblas allá por levante, a espaldas de los hombres que se hundían en el barro del dieciocho y que no podían permitirse que la mañana los descubriese.

–Y los jefes ¿aceptarán? –había preguntado Shabako aquel día en el campamento, mientras compartían algo de pan, moras, cebollas silvestres y un cuenco de gachas de farro–. Los clanes no siempre...

–Estoy seguro de que Sento los convencerá –lo había interrumpido Breo–. Ni siquiera les pedimos que luchen. Sólo necesitamos sus caballos. Y ayuda, mucha ayuda.

–Y carros, cuantos más mejor –había sugerido el negro–. Muchos apenas podrán caminar.

–Eso no basta –había recalcado Segilus, meditabundo–. Eso es sólo para escapar, no lo olvidéis. ¿Qué pasará después? Habrá más de un culo escocido –había asegurado–. Alguno tendrá que dar cobijo a quien fue su enemigo.

–Ya no podemos permitirnos ser nuestros propios enemigos –trató de convencerlos Breo–. Ya no. Los clanes deben aceptarse. Somos todos hermanos. Somos nuestra única esperanza.

Las manillas eran grandes barras de bronce capaces de jalar los enormes portones. Flavio sujetó ambas y asentó los pies para abrir, lentamente, rogando por ser capaz de contener el alboroto que anticipaba. Debían guardar silencio.

Se echó hacia atrás, tirando con todas sus fuerzas, haciendo sólo lo que, sin duda, cada mañana y cada noche hacían dos hombres, trabajando sin nervios ni otra preocupación que llegar a tiempo para que el rancho no se enfriase.

Y los portones se abrieron, tan despacio como el propio Flavio había retirado la cadena.

Había esperado encontrarse de frente con hombres acabados, consumidos por las minas. Había oído mil veces los aterradores relatos del negro Shabako. Esperaba, con toda su alma, que el bardo hubiera conseguido suficientes caballos y que muchos jefes hubieran accedido. Si todo había salido bien, los estarían esperando apenas unas millas hacia el oeste. Había una vereda, antiguos pastos que el negro y Breo habían descubierto, y sólo tenían que llegar hasta allí, junto a aquel arroyo.

Los portones se abrieron al fin. Allí, en barracones que apestaban a miseria, más que el propio Flavio después de haber salido de las letrinas, no debería haber más que desesperados.

Pero no fue así.

Allí, con el látigo en la mano, estaba uno de los hombres más crueles que jamás había servido a la Loba.

Y, tras Druso, no había cien esclavos escuálidos, sino doscientos legionarios. Mensajeros de la muerte.

La tormenta se tomó la molestia de enseñarle cuánto se había equivocado. Un relámpago desgajó los cielos, y su luz arrancó destellos en las espadas desenvainadas, en las lorigas, en los escudos.

Fue una avalancha. Flavio ni siquiera tuvo tiempo a lamentarse.

Eran un puñado de locos con el corazón lleno de esperanzas. Y se toparon de frente con los colmillos de la Loba.

Los gritos terminaron antes de que el siguiente relámpago rompiese los cielos.

La espada de Druso cortó los intestinos, destrozó el hígado y salió por la espalda del renegado con un siseo. La mano de Flavio se quedó en el pomo de su propia arma.

Ella también se había llamado Niske. Y Flavio sólo tuvo tiempo de lamentar que jamás se lo había mencionado a Breo.

Cuando el hierro salió, se derrumbó. Cayó en aquel lodo rojizo, y su sangre lo oscureció aún más. Mientras exhalaba su último aliento, una estampida le pasó por encima, y su cuerpo, destrozado, acabó engullido en aquella arcilla sanguinolenta.

Murió sin llegar a comprender. Pero volvió a verla. Y tuvo la suerte de encontrar en su corazón el reconfortante calor del hogar. Se había acabado la espera.

Los clavos de una sandalia le desbarataron los sesos.

No oyó cómo el látigo de Druso restallaba antes del siguiente relámpago.

Habían caído en la trampa.

De cada barracón salió la muerte, envuelta en grana y oro. Engalanada con los estandartes de la Victoriosa, la Sexta de las legiones de Roma. Todos y cada uno conocían el negocio del hierro. Y la tormenta les daba ánimos.

En las minas de Astúrica murió otro puñado de celtas. Unos locos llenos de sueños.

Nadie oyó el lamento que salió de la cima del dieciocho.

En la cima del dieciocho el más loco de todos ellos gritó con todas sus fuerzas. Hasta que la voz se rompió y no fue capaz de hacer otra cosa que agarrarse al barro rojizo y sentir cómo, trozo a trozo, su alma se rompía.

OceanofPDF.com

«... cuando los bárbaros advirtieron
su fin, anticiparon su muerte, mientras
celebraban un banquete, por el fuego
y la espada y el veneno... de los árboles
del tejo...».

Lucio Anneo Floro, en *Epítome de la historia de Tito Livio*



Se volvería loco.

Y se tapaba los oídos, apretando hasta que los nudillos blanqueaban. Aquel barullo le estaba robando la cordura.

Ya no había silencio. Las voces se habían vuelto reales y lo ocupaban todo.

Había estado solo, en la más completa soledad que ser humano hubiera vivido antes. Enterrado en vida. Y ahora lo rodeaba una muchedumbre.

Quizá llevaban allí dos días, quizás unas pocas horas. Tarvus no lo sabía. Nadie podía saberlo.

Sólo por cómo aumentaba su desesperación podían imaginar que el tiempo pasaba.

Uno, dos días. Unas pocas horas. Pero los rumores, esas voces que ahora lo llenaban todo, corrían de un lado a otro y ya hablaban de muertos.

Y entonces la tierra empezó a temblar. A lo lejos se oyeron los gruñidos de la tormenta. La oscuridad se llenó de angustia, hecha de gritos, maldiciones, reniegos y juramentos. También hubo alguno que tuvo la ocurrencia de pedir auxilio a los dioses.

Pronto corrió una nueva voz desde las galerías superiores. Ya no se hablaba de los muertos; se decía que Teutates había enfurecido y descargaba su ira. La tierra temblaba porque fuera, más allá de la oscuridad, caían truenos. Y no tardaron mucho en comprobar que era cierto.

A los truenos les siguió el agua, y con el agua llegaron los derrumbes. Y más muertos.

Y no importó si llevaban allí uno, dos o siete días. O si sólo habían sido unas horas.

El trece llevaba mucho tiempo herido de muerte, y la incansable tromba estaba dispuesta a rematar una tarea que se había demorado demasiado.

El pánico gritaba en cientos de gargantas apretujadas.

Tarvus apoyó la mano en la pared de la galería. Sintió el temblor, y en sus pies, el agua que empezaba a correr. Y tuvo la certeza de que iban a morir.

No había entendido por qué, pero habían metido a todos los esclavos en el trece. Los habían emparedado en vida, encerrados en el fantasma de aquel monte. Y ahora iban a morir, porque el trece, el mismo que se había empeñado en burlarse por dos veces de los ingenieros de Roma, se rendiría. No aguantaría mucho más.

Cientos de almas corrían asustadas por aquel laberinto hecho de oscuridad y arcilla. Sus pisadas retumbaban, y el eco las paseaba de una galería a la siguiente mientras los truenos sacudían los cielos y la lluvia se colaba por las rendijas. Era demasiado para aquel viejo y valiente que, testarudo, se había opuesto a Roma.

Arriba, muy arriba, algunos suplicaban, golpeaban las piedras y se despellejaban los dedos intentando apartarlas. Amontonados unos encima de otros, el pánico aplastaba a los más débiles.

–Tenemos que salir de aquí.

Fue un bisbiseo que nadie escuchó. El terror alzaba las voces, nadie se oía y todos hablaban.

Alguien pasó entre codazos histéricos, abriéndose paso, buscando una salida que no encontraría, porque Tarvus sabía que iba en dirección contraria. Si seguía así, caería a la sima de más de diez brazas que conectaba en vertical otras dos galerías. Había estado a punto de caer por allí. Y sólo se había salvado porque, desde el primer momento, había optado por moverse tan despacio como las lombrices a las que había tenido que recurrir para engañar el hambre.

El trece volvió a temblar. Sus entrañas se llenaron de gritos.

–O salimos de aquí o moriremos.

En esta ocasión logró alzar la voz, pero no supo si alguien lo había escuchado. La oscuridad se lo tragaba todo.

Tarvus podía oler el sudor rancio, la orina fresca, el miedo incluso. Y el miedo apestaba. Podía sentir las corrientes de aire que cientos de cuerpos asustados producían al agitarse, nerviosos, como abejas bajo el humo del recolector de miel. Y también el nivel del agua, que ya corría por sus tobillos.

–¡Hay que salir!

Y esta vez alguien lo escuchó. Y le contestó, aunque sus palabras quedaron aplastadas por la cacofonía de cientos de voces atropelladas.

–¿Cómo?

Advirtió la desesperación en la voz.

–¿Eres aguador?

No hubo respuesta.

–¿Eres aguador?

No podía verle la cara, no tenía ni idea de quién era.

–No, cavaba en el diecinueve.

Tarvus palmeó hasta encontrar un brazo que era todo huesos.

–¡Ven conmigo!

Hacia arriba sería imposible. Las galerías no eran lugar para multitudes; para cuando hubiera atravesado el gentío, ya sería tarde. Los desesperados seguirían aplastando a sus compañeros como reses enloquecidas en una estampida. Y continuarían despellejándose las manos, incapaces de apartar las grandes rocas que tapiaban la entrada, porque en aquella estrecha galería, sin una mísera barra con la que hacer palanca, jamás podrían apartarlas. Ascender significaba morir. Descender, también. Aun así, cabía una remota posibilidad. Muy remota.

–¡Di a los que estén detrás que vengan! ¡Que se cojan de la mano!

Evitó la sima, torció por la misma galería donde, uno, dos, tres días antes, quién lo sabía, había logrado atrapar un topo que le había servido de banquete. Con la mano libre buscaba en la pared las oquedades donde, cada pocos pasos, habían colocado las lucernas. Eso era lo que lo había ayudado a no perderse, a saber por dónde ir. En algunas de ellas, incluso había colocado piedras, o trozos de raíz que podía reconocer a oscuras, casi sin dudar.

Supo que tras él venían más. La voz pasaba de uno a otro. Algunos creerían, otros no, y Tarvus sabía que, en el mejor de los casos, muchos quedarían allí, enterrados en vida.

Apenas había empezado, pero, si trabajaban juntos, lo podrían conseguir.

No se rendiría. Engullido por la oscuridad del trece, si algo había servido para mantenerlo cuerdo, había sido el inextinguible deseo de escapar. Huir de las minas era lo único que le quedaba.

En el corazón de la montaña, en la más baja de las galerías, había encontrado el tope, el remanso diseñado por los ingenieros. Allí donde el

agua, en las intentonas que habían hecho los romanos, se había topado con la pared de arcilla. Por ahí debería haber reventado. Y, sin embargo, había fallado por dos veces.

Allí quedaban los huesos de tres desgraciados. Tres a quienes los capataces no habían sacado de las galerías antes de abrir las compuertas.

Y entre los huesos, dos picos.

Sabía que, si el agua se había detenido en ese lugar, era porque entre ellos y la libertad sólo había unos palmos de aquella condenada arcilla rojiza. Sólo eso, un muro que el agua debería haber podido derribar.

Y estaba volviendo a intentarlo. El nivel subía, ya le llegaba a la pantorrilla.

Cuando llegó a la pared, sintió tras él que algunos chocaban entre sí. Coscorrones y golpes, maldiciones. Pero no había tiempo para preguntar cuántos eran o si estaban bien. Tenían prisa.

Los picos estaban donde los había dejado antes de que el restallar del látigo, rebotando por las paredes de las galerías, le dijese que algo sucedía. Eso había hecho, comer apenas y cavar, chupar algo de agua de las paredes y cavar. Cavar para huir.

–¡Cava!

Al tiempo que dio la orden, pasó atrás uno de los picos.

–¡Todos a cavar! ¡Con las manos, con los dientes! ¡Cavad!

La tierra tembló de nuevo. El agua, fría, seguía subiendo.

–¡Cavad!

Ya no había que cavar para escapar. Había que hacerlo para vivir.

El dolor segó sus entrañas. Intentó gritar, y no pudo hacerlo. Aunque era inútil, desenvainó. Y el barro se le escurrió entre los dedos por las crines forjadas en la empuñadura.

–¡Tenemos que ayudarlos!

Segilus lo sujetó. Shabako ni siquiera fue capaz de moverse.

–¡Tenemos que bajar!

De no estar atrapado en los brazos de su amigo, hubiera caído pendiente abajo.

–¡Vamooos...!

La voz se rompió de nuevo. Y su espíritu. Y su voluntad. Lo único que quedó fue un montón de añicos. Añicos aún más pequeños que aquellos que habían salido de Lagouzos rumbo al norte, hacia el oceáno.

–¡Nooo...!

Y la pesadilla empeoró. Porque el horror que anida en el corazón de un hombre, el mismo que lo hace encogerse como un chiquillo asustado, a veces se hace realidad.

–¡Me cago en los cuernos de Cernunus!

Segilus había visto algo. Y, cuando soltó a su amigo, a punto estuvieron ambos de caer por el precipicio.

–¡Hijos de mala madre! –escupió.

Se puso en pie, y también desenfundó.

Breo consiguió apartar los ojos. Allí abajo sus amigos estaban muriendo. De los barracones, como una plaga, salían más y más legionarios, y la cuenta crecía con cada relámpago. Los estaban masacrando. Y Breo sentía que debía estar con ellos. Pero consiguió

apartar los ojos y volverse. Shabako también lo hizo, y Segilus dio un paso al frente y metió la bota en el agua.

Al otro lado del lago, coronando el dieciocho, saliendo de quién sabía dónde, del corazón de los montes, de los bosques, de aquel maldito barro del color de la sangre, aparecieron más.

Los habían emboscado.

Al otro lado del lago, Cerno ladró con desesperación, y el primero en plantar cara fue Plandus, porque había llegado a creer y ahora estaba convencido de haber conocido a un loco que tenía razón. Ahora Plandus creía con más fervor que ningún otro. Y fue el primero en pelear.

Pero un hombre solo poco podía hacer.

–Maldito cabrón –masculló Segilus, mascando odio.

Salieron de entre la lluvia, aparecieron allí. Tenían que haber estado esperándolos. Y regodeándose, aguardando el momento oportuno para atacar.

Sólo había una respuesta a tantas preguntas. Y su nombre era Reburrus.

Y allí estaban. Escogidos de entre aquellos soldados de élite que habían llegado del corazón de Roma. Lobos con los colmillos recién afilados. Los más altos y fuertes jamás reclutados. El orgullo de su patria. La Primera Itálica. Y estaban allí para pisar, para pisotear las cenizas de una rebelión que ya ni siquiera ardía.

Sila iba el primero. Y junto a él, encadenado, sujeto por dos lobos, Reburrus y su terror.

Los ojos del celta se abrían espantados, su boca se movía en súplicas que nadie escuchaba. Sus manos engrilletadas rogaban perdón, a los suyos o a sus captores. Nadie lo supo.

–Me cago en todos sus muertos –rugió Segilus–. Le voy a sacar las tripas y ahorcarlo con ellas.

Pero no tuvo ocasión.

Un relámpago estalló y, con el destello, el largo y afilado cuchillo de Sila cercenó la lluvia.

Sin detenerse, sin mirar a su víctima, en su camino hacia el lago, Sila se movió como una centella. Y el acero abrió el pescuezo de Reburrus. Así pagó Roma la traición. Ésa fue la recompensa que consiguió el celta. La

garganta abierta y caer olvidado en el barro. Los legionarios que lo habían sujetado por los sobacos le pisaron la espalda para seguir adelante.

Allí, enterrado en aquella arcilla, quedaron Reburrus y sus sueños.

Plandus ni siquiera llegó a tener al enviado imperial a su alcance. Apenas tuvo tiempo de dar unos cuantos pasos. Antes de cruzar su espada, una lanza lo atravesó de parte a parte.

Aquellos lobos sabían lo que hacían. Sila había escogido a lo mejor de lo mejor: a los ambiciosos que aspiraban al pretorio, a los que habían entrenado hasta desfallecer.

–Llegó el momento –gruñó Segilus–. En pie. Con dos cojones –bramó, alzando su hierro–. Vamos a enseñar a esos malnacidos cómo mueren los clanes.

Antes de que Breo o Shabako pudieran hacer nada, su amigo echó a correr en aquel maldito barro aullando los viejos gritos de guerra, dispuesto a morir con la espada en la mano y el valor en el pecho.

Al este, el sol se alzaba. Espantaba las tinieblas de la tormenta y la lluvia se pintaba de reflejos dorados.

Cerno ladraba. Los celtas gritaban. Los lobos de Roma aullaban.

La lanza le arrebató la vida, pero no el impulso. Plandus todavía dio dos pasos más hasta caer de bruces en el barro para no volver a moverse.

La escaramuza comenzó, en el lodo, bajo la lluvia, junto al lago.

No se arredraron. Porque Segilus gritaba las viejas consignas o porque lo llevaban en la sangre. Luchar y morir antes que escapar y vivir. Eran norteños. Celtas, hijos de los clanes, indómitos e incorregibles. Y si había que morir, aquélla era una buena ocasión y un mejor lugar Allí, sobre sus cabezas, los dioses despedazaban el cielo.

A Sila no le importaba la lucha, le daba igual el honor. Avanzó hasta auparse al mecanismo de las compuertas y lo buscó. A su alrededor, los hombres peleaban, las espadas chocaban, las vidas pendían de un hilo. Pero el enviado imperial sólo prestaba atención a Breo.

El sol arrancaba las primeras sombras cuando los dos enemigos se miraron a los ojos, al corazón. Y ambos supieron que sólo uno de los dos saldría de allí con vida.

Sila lo señaló. Breo se puso en pie.

Estalló otro relámpago, tan cerca que el resplandor hizo que las cabezas se agachasen. Que todos se quedasen quietos.

Hasta que a Resinus, que había echado a correr para levantar a Plandus, lo atraparon entre tres y el acero lo cercó. Recibió un tajo en la pierna, otro en un hombro. Los legionarios talaban un inmenso roble que se negaba a ceder.

Las flechas de Fraxilus derribaron a dos de ellos, el gigantón respiró y pudo atrapar por el pescuezo al que faltaba. Pero el arquero pagó cara la jugada: otro de los lobos se abalanzó sobre él, y ya no importó el arco ni tampoco las espadas. Se enzarzaron con los puños desnudos, buscando cada uno su puñal. Desesperados por ser el primero en acertar.

A Merrius lo agarró por la espalda un legionario. Lo sorprendió mientras trataba de ayudar a Fraxilus y lo sujetó entre sus manazas. Le partió el pescuezo como si desnucase un pez recién sacado del agua. El celta no tuvo tiempo siquiera de intentar defenderse.

Breo miró al horizonte, entre la lluvia. Buscaba la única esperanza. A lo mejor no todo estaba perdido. Pero no vio aparecer el estandarte de las tres crines blancas.

En el horizonte seguía la guerra, allí el sol y la tormenta peleaban. Uno quería que llegase el día, la otra que las tinieblas perdurasen.

Cerno ladraba como un poseso. Se le oía por encima del rugir de la lluvia, pero nadie le prestaba atención, cada cual tenía con quien enzarzarse. Aun así, el lobero sí sabía a quién dedicarse. Recordaba el olor, refinado y profundo, de afeites y finuras. El mismo olor que había embadurnado la muerte de Akuius.

–¡Nooo!

Esta vez no obedeció. Aquel día, en el campamento, bajo la lluvia, Cerno había claudicado. Hoy, allí, bajo la tormenta, no supo hacerlo.

–¡Noooooo!

Galopó y saltó para alcanzar a Sila, para destrozarlo a dentelladas, allí mismo, junto a las compuertas. Y el romano, con endiablada rapidez, se apartó a tiempo de evitar la bocaza y clavó su cuchillo en el animal. Las gotas de sangre se perdieron en la lluvia. El gañido del perro lo engulló un trueno. Cerno cayó sobre el barro entre lamentos.

Estalló otro relámpago. Iluminó la sangre en el pelaje gris. Los cielos tronaron.

Contra cuatro a un tiempo, Segilus golpeaba, apuñalaba, mordía, escupía. Mató a dos de ellos entre rugidos y encaró a los otros, con total desprecio por uno más que acudió en ayuda de sus compañeros.

Además de la muerte, había muchos más hombres allí. Pero Sila y Breo se habían quedado solos. Ya nada más importaba. Pareció incluso que la

lluvia se abría para ellos, porque las nubes dejaron que el sol encendiese sus ojos. Y quedaron trabados el uno con el otro, como extremos de una cadena que se iba acortando a medida que Breo se acercaba a las compuertas.

No dijeron nada, porque nada había que decirse. Ahora los que debían hablar eran los hierros.

El cuchillo de Sila cambió de mano, y el romano, para cubrir la falta, tomó la espada de un legionario que agonizaba junto a él. Una víctima de la última arremetida de Segilus, que ya buscaba la retaguardia de los romanos sin preocupación alguna por el cerco que se cerraba a sus espaldas.

No tuvo tiempo de mirar si Cerno seguía respirando; apenas vio la sangre y ya tuvo que esquivar la primera embestida. Obligado a retroceder, sus pies peleaban con el barro mientras la cabeza aún intentaba espantar el horror salido de los barracones y el corazón rogaba por el lobero.

Eran un asesino a sueldo y un pescador. Poco importaba el coraje. O los ideales.

Cuando el siguiente relámpago encendió los cielos, Sila se aprovechó.

Mientras Breo retrocedía, usó el largo cuchillo para atacar bajo la guardia. Con la soltura de un movimiento que mil veces le había dado frutos, giró sobre sí mismo y dejó un largo tajo en la pierna. Y quedó a un costado para revolverse de nuevo, tan rápido como los relámpagos, para fallar apenas por una pulgada al intentar cortarle los tendones de la corva de la otra pierna.

Breo lo intentó. Descargó un puñetazo. Pero no golpeó otra cosa que la lluvia, y tuvo que seguir retrocediendo.

Heridas, las piernas le flaqueaban. Iba a morir allí mismo. Como tantos otros que agonizaban a su alrededor. La Loba había mordido con fuerza y no soltaba su presa.

El marco que sostenía las palancas de las compuertas se llevó la siguiente. Breo tuvo el tiempo justo de protegerse y la espada se clavó en los duros maderos que habían instalado los zapadores romanos.

Pensó que contaba con un respiro. Pero se equivocó, porque la otra mano encerraba ya aquel extraño cuchillo. Y aquella mano relampagueó.

Y el cuchillo pasó entre el madero y las palancas de los contrapesos, por el único hueco, y se clavó en el hombro con facilidad. Y la herida le robó las fuerzas a su brazo. La mano con la que sostenía la espada se quedó sin fuerzas.

Un trueno rugió con tal fuerza que hasta aquel condenado barro retembló. Al borde del agua, Breo sintió que se hundía allí mismo, junto a las compuertas.

El cuchillo salió y se preparó para embestir de nuevo.

Por detrás de Sila, Breo vio cómo Segilus, cubierto de sangre y lodo, corría hacia él para evitar lo inevitable. Lo perseguían dos legionarios que estaban a punto de alcanzarlo por la espalda. Y, tan testarudo como siempre, Segilus no quería entender que no tenía tiempo, que más le valía cuidar de sí mismo.

El ingenio de las compuertas no dejaba sitio alguno, sólo el suficiente para acuchillar de nuevo, esta vez buscando el corazón, para rematar al fin el encargo del emperador.

Intentó levantar la espada. No pudo, y se sintió perdido. A punto de morir. No había salida.

Fue entonces cuando se acordó del pequeño Cirrius. De su promesa. Y rebuscó con la mano buena, durante el parpadeo que su enemigo necesitó para preparar la última puñalada.

El cuchillo de matarife apareció entre la lluvia, afilado con esperanza.

Sila dudó al verlo. Breo tuvo una oportunidad. Una sola.

El pescador hincó los pies en el maldito barro y buscó la guardia abierta conforme su enemigo preparaba la cuchillada. Pensó qué hacer. Comprendió que no alcanzaría. Y recordó a Flavio. Sin olvidar que sólo tendría una oportunidad.

Sila lo vio prepararse, y dio un paso atrás para hacer imposible que lo alcanzase, pero aquel barbudo sujetó el cuchillo por el filo, lo echó atrás y lo lanzó.

Lo lanzó con toda su alma, con tanta fuerza como fue capaz, tanta que en cuanto salió de sus dedos el barro cedió y sus pies resbalaron.

El cuchillo de Cirrius cortó la lluvia. Era un buen lanzamiento, hubiera acertado entre todas aquellas marcas que Flavio había dejado en el abedul. Pero los reflejos del romano se las apañaron.

Pasó cerca, tan cerca como para rasgar uno de los correajes del peto, pero no causó daño. Y Sila reaccionó de inmediato. Él no iba a fallar.

Breo hubiera muerto allí mismo, con el corazón atravesado por un acero que había viajado desde los confines del Imperio. Pero siguió resbalando.

Con la misma facilidad, el hierro entró de nuevo en su hombro y llegó al hueso. Sintió la patada inmisericorde del dolor. Un trallazo que le recorrió el brazo y el costillar. Las piernas volvieron a fallarle. La arcilla cedió. Y siguió resbalando.

Cayó al lago. Y el agua lo abrazó.

Sila se subió a los maderos del ingenio para verlo.

Pensó que una ola lo había vencido, quiso buscar con la mano su espátula de hierro, comprobar si aún tenía el bolsón de sus capturas.

El dolor no lo dejó. El brazo no le respondió.

Arriba, Sila gritaba pidiendo una lanza.

Habían muerto en los barracones. Allí, en el lago, seguían muriendo. Y por el horizonte no aparecían las tres crines blancas.

Breo, el hijo de Turainos, del castro de Lagouzos, se hundió.

El agua se lo tragó.

El agua ya le mojaba las rodillas. Y apenas se oía el golpear incesante de los picos.

El trece temblaba. Se resentía, amenazaba con deshacerse y, alrededor de Tarvus, hubo quien se rindió, arropado en la oscuridad, sin ojos que le recriminasen la falta de voluntad. Las uñas arrancadas, las manos destrozadas y la esperanza perdida; alguno se acurrucó sin más, sin importarle el agua, y esperó a que la muerte llegase. Tarvus, no.

Tarvus siguió picando.

Nunca se rendiría. Nunca.

Y la pared se resquebrajó. Un diminuto agujero se abrió. Una brillante moneda hecha de luz apareció entre la arcilla rojiza.

Y siguió picando. Y picando.

Los ánimos se recobraron. Pronto a su lado hubo quien se levantó de nuevo. Ya se distinguían las siluetas, ya se veían los rostros, todos marcados por la familiar miseria de las minas.

Caía un pico, caía el otro. Cavar en las minas era lo que habían estado haciendo durante años.

Poco a poco, el hueco se abrió, creció. Y cayeron pegotes de aquella arcilla, y grava, y la luz gris de un amanecer lluvioso lo llenó todo.

La tierra empezó a escupir esclavos. Salieron a empujones, entre codazos, incluso los que habían dejado de cavar. La angustia por quedar atrapados los espabiló, y todos salieron, espantados, a las explanadas que llevaban a los lavaderos bajo la lluvia inclemente. Un poco más allá estaban los barracones, y los hombres ni siquiera pudieron gritar su libertad. Porque allí, como si los hubieran estado esperando, aparecieron los lobos de Roma.

Allí estaba aquel malnacido de Druso. Su látigo castigaba la espalda de un hombre, una y otra vez, sin descanso. Aquel pobre desgraciado ya estaba muerto; las costillas, blancas, asomaban en la espalda descarnada, pero el látigo no se detenía.

Algunos legionarios los vieron salir de las entrañas del trece. Al momento, señalaron, hablaron. Y un oficial mandó una partida para que se hiciese cargo.

Mientras, los esclavos salían al exterior, interminables, uno tras otro, atropellándose, y la tormenta les lavaba la arcilla pegada a la piel. Ellos miraban al cielo y permitían que la lluvia escurriese por sus cuerpos demacrados. Suspiraban, aliviados, y un instante después gritaban desesperados al ver que su libertad no duraría.

El látigo no se detenía.

Caía sobre alguien que no era un esclavo. Y había más allí. Eran gentes de los clanes, hombres de las tribus. Tenían espadas cortas, pequeños y ágiles escudos. Los pantalones de cada cual dibujaban cuadros y colores que contaban historias. No eran esclavos. Eran hombres libres, celtas. Un puñado que peleaba contra miles. Un puñado intentando reventar las mandíbulas de la Loba.

El látigo se detuvo. Druso lo vio, y lo reconoció.

Los otros legionarios se acercaban, con la confianza pintada en sus rostros afeitados.

Estalló otro relámpago, descargó otro trueno y, aunque parecía imposible, la lluvia arreció.

Como recién nacidos, los esclavos acababan de salir de las entrañas del monte y no sabían qué hacer. Algunos levantaron las manos; se dieron por satisfechos con haber salido del trece, se conformaron con volver a los barracones. Otros, los menos, insultaron y berrearon; sus bocas escupieron maldiciones.

Druso lo señaló con el látigo.

Tarvus ya debería haber muerto. Era el último que quedaba. Todos los demás, todos los que habían llegado hacía nueve años, los que habían sido vendidos a Roma por unas monedas, los que habían perdido en Lagouzos, los que habían sido traicionados, todos habían muerto. Y

Tarvus también debería haber muerto. Las minas, el hambre, los castigos. Debería haber muerto, pero allí seguía, cargado de odio.

Todavía tenía el pico en las manos. Un trasto viejo y oxidado. El mango se había partido, y el hierro estaba tan gastado que parecía una maza. Pero aferró la madera pulida con fuerza y echó a andar.

Los legionarios que había mandado el oficial pasaron de largo, dispuestos a derramar sangre, a ofrecer algo que beber a aquella arcilla insaciable. Empezaron a matar, incluso a quienes tenían las manos levantadas, incluso a quienes gritaban a pleno pulmón que se rendían.

Una espada cortó una mano, otra atravesó unos pulmones que chillaban clemencia. Una lanza atravesó un cráneo.

Al fin el sol ganaba la batalla. La mañana nacía, pero la tormenta no aceptaba la derrota; se había aferrado a aquellas tierras baldías y descargaba sobre ellas como si pretendiese borrarlas para siempre.

Tarvus dio otro paso. Y Druso, con una mueca salvaje, también echó a andar.

Se acercaron el uno al otro, y el mundo se empequeñeció. Sólo quedaron ellos dos. Aunque los esclavos seguían saliendo del trece, los legionarios seguían matando y la lluvia no cesaba.

Como una víbora, rodeándole los pies, el látigo de Druso cimbreaba sobre la arcilla empapada, hambriento de carne. Y el pico también se movía en las manos de Tarvus. Pero aquel viejo trasto no apagaba la sonrisa de Druso.

A su alrededor, los hombres morían sin presentar batalla. Las minas les habían robado la voluntad. Se apagaban sin más.

Y los cielos lloraban, quizá porque eran sus hijos los que perdían la vida. Sus hijos, los que agradecían el calor del verano, el temple del otoño, las nieves del invierno y las lluvias de la primavera. Sus hijos, los que miraban al sol y la luna, los que no se habían perdido en templos y ladrillos, los que tomaban asiento bajo un roble anciano y contemplaban el bosque. Los clanes habían robado el oro que las tierras escondían, y su hierro, su cobre y su estaño, pero nunca habían abierto heridas semejantes. Los clanes talaban un árbol, jamás un bosque.

Se acercaban. El uno al otro. Se acercaban, hasta que Tarvus se detuvo.

Entonces la sonrisa de Druso creció. Alzó el brazo. Y el látigo serpenteó en el aire, restalló a su espalda y, sin detenerse, salió disparado hacia delante, como un relámpago más.

Tarvus no se movió. Había recibido muchos latigazos antes, muchos, más que ningún otro. Su espalda era una red de cicatrices. Conocía bien aquel látigo. Lo conocía incluso mejor que el propio Druso.

El cuero de camello partió el aire con su restallar a un palmo de sus narices. A un solo palmo. Sin tocarlo.

Druso comprendió su error demasiado tarde. Y aquella sonrisa quedó enterrada a sus pies.

Con las dos manos, Tarvus alzó el pico sobre su cabeza.

Druso desenvainó. Era un legionario curtido y desenvainó echándose a correr. No podía creer que aquel barbudo, apenas pellejo y huesos, tuviera alguna posibilidad. Sin embargo, un paso al frente fue todo lo que Tarvus necesitó. Un paso al frente y odio recocido durante nueve años.

Cuando el legionario comprendió, cuando intentó apartarse, ya era tarde. Tarvus movió los brazos como si fueran aquel maldito látigo y lanzó el pico con todo lo que hervía en su interior.

Se estampó en el rostro de Druso, donde había estado su lacónica sonrisa. El hierro le reventó los dientes, le arrancó las muelas y quedó trabado en el paladar del legionario.

Druso estaba muerto antes de tocar el suelo, y el celta gritó como hacía nueve años que no gritaba.

Otro relámpago estalló en los cielos, y al momento, con el trueno siguiente, la furia de Tarvus quedó libre. Sin detenerse, robó la espada de Druso y se lanzó a la carrera contra quienes masacraban a sus compañeros.

Y, cuando atravesó el cuello del primero de ellos, aquel que lo había seguido por las entrañas del trece, lo vio.

Y otros cuantos más lo vieron.

Y las manos alzadas descendieron. Y los que se ofrecían rendidos descubrieron que había algo más que podían hacer.

Tarvus era como la tormenta misma, caía sobre los lobos con idéntica fuerza. Otro más quedó muerto a sus pies. Y ya lo rodeaban cinco,

dispuestos a acabar de una vez por todas con aquel insensato que no comprendía su deber. Pero Tarvus ya no estaba solo.

Los clanes volvían a luchar. Habían surgido de las entrañas de la tierra para plantar cara a la Loba.

Eran desharrapados, muertos de hambre, esclavos. Y eran muchos menos. Al menos había tres legionarios por cada uno de ellos. Y los legionarios no tenían hambre ni frío, y sí armas mejores que piedras y picos; conocían los secretos de la guerra. Era una locura, una condena. Sin embargo, los corderos habían decidido dar caza a los lobos.

No venían.

A levante, tras el telón de las nubes, el alba gritaba a pleno pulmón y hacía nerviosos aspavientos. Pese a la tormenta, la mañana empujaba el sol hacia el mediodía. Y no venían.

Aunque Niske no hubiera podido señalar qué asfixiaba su corazón. Era como si la lluvia le calase sus ropas y la misma carne, anegándole el pecho. Y no acertaba a averiguar si se debía a que ellos no venían o si se debía a que era él quien no venía.

Lo que sí sabía era que había naufragado para siempre en aquellos ojos azules y que, con sólo pensarlo, le temblaban las rodillas.

Allí estaba la pradería, y allí estaba el arroyo. Habían llegado a tiempo, apenas, con la lengua fuera, pero lo habían logrado. Allí estaban. Y no venían.

Y él tampoco venía.

–Algo ha salido mal...

Se volvió apenas para descubrir a Sento y asintió preocupada. El bardo tenía razón. Habían contado con la noche y la luna llena y ya no había oscuridad en la que refugiarse. La tormenta flaqueaba. El día crecía. Era tarde.

–No vuelvas a pedírmelo –rogó con amargura.

Sento acusó las palabras como un puñetazo. Incluso encogió los hombros y arrugó el ceño. Aun así, no pudo callarse:

–Debemos aceptarlo. Es lo sensato.

–Aún hay tiempo –insistió ella, sin dejar de mirar al horizonte, esperando verlos aparecer de un momento a otro. Esperando verlo a él.

Sento le puso la mano buena en el hombro.

–No, no lo hay –dijo, seguro de sí mismo–. Si algo ha salido mal, pueden haberlos torturado; puede que, ahora mismo, una cohorte entera esté en camino.

Ella no quiso hablar. Volvió a perder la mirada en la lejanía, buscando con ansia una señal. Esperando escuchar voces conocidas, esperando distinguir una esperanza.

El bardo la miró largo rato. Habían compartido mucho.

–No puedes...

Niske hizo oídos sordos.

No hubo silencio, porque la lluvia se empeñó en rugir. Los relámpagos, acobardados por el día, se tomaban su tiempo, como si tuvieran que reunir el valor para lanzarse en su loca carrera. Y los truenos sonaban lejos, como si huyesen del sol. Pero la lluvia no cesaba. El arroyo ya no corría con aguas cristalinas; era un revoltijo lodoso, lleno de hojas y ramas. Y el viento, indeciso, iba y venía con rachas que se cansaban rápido.

Unos pasos por delante, clavado en la hierba empapada, estaba el estandarte con las tres crines blancas. Alicaído, vencido por el aguacero.

–No puedes pedirles que arriesguen sus vidas en balde –insistió el bardo.

Tras ellos se oía el piafar de un caballo nervioso, el rumor de voces incómodas, pisadas en el suelo encharcado y el inconfundible tintineo de los arreos. Pero ninguno de los dos se volvió. Se quedaron como estaban, junto al estandarte, con los ojos perdidos en el horizonte.

Pensativo, Sento se acarició el brazo encerrado en el cabestrillo. Hasta unas semanas antes, había atesorado una pizca de esperanza. Luego, a regañadientes, había tenido que abandonarla en el camino. Aquello ya no era un brazo, era sólo un colgajo inútil. Nunca volvería a tocar.

–Los clanes... –titubeó por un momento–. No podemos perder lo poco que nos queda –dijo entonces, e intentó aparentar una firmeza que no sentía.

Pese a la melena empapada y a las ropas chorreando, la presencia de Niske imponía. Su rostro estaba lleno de determinación.

–¿Te han enviado de recadero? –preguntó, sacudiendo el mentón hacia sus espaldas.

Al bardo se le subieron los colores.

–No creen que merezca la pena –reconoció abochornado–. Si aún no han llegado, no serviría de nada...

Ella clavó sus ojos en el bardo. Y los bigotes, que no habían vuelto a adornarse con estrambóticos arillos, se humillaron.

–¿Y tú? ¿Es ésta una de las hazañas que cantarías al amor de la lumbre?

No esperó respuesta. Se movió con brusquedad, con la decisión tomada. Llevó los dedos a los labios y silbó.

Y hasta donde estaba, bajo la lluvia, trotó obediente aquel espléndido garañón, el semental de la manada de Fazouro, el mismo que con tanto cariño había cuidado su hermano Akuius. El mismo que había nacido gracias a la ayuda de Cirrius cuando el parto se torció. El caballo, recio y temperamental como era, se detuvo a su lado con la delicadeza de un potrillo junto a su madre.

La dura expresión se dulcificó. Niske acarició el cuello del espléndido animal, le susurró algo al oído y montó con agilidad, sujetando apenas las crines con los dedos.

Hincó los talones y cabalgó hasta el estandarte. Lo arrancó, salpicando agua y tierra, y obligó con las riendas al semental a caracolear hasta mirarlos. Cara a cara.

No eran muchos.

Los hombres de Galez, que se habían ocupado de reunir la manada de Fazouro. Y unos pocos clanes más, que habían escuchado el clamor y habían sentido la llamada del orgullo.

Apenas un puñado, y sus voluntades flaqueaban. Empapados, ateridos de frío, parecían cachorrillos que se han meado junto al hogar. La vergüenza podía palparse.

No había allí ninguno de los grandes jefes. Muchos eran demasiado viejos y unos cuantos aún no se afeitaban.

No llegaban a doscientos, y quizás el doble de caballos y unos pocos carretones.

No eran muchos.

Y todos llevaban la sombra de la duda en sus rostros empapados, incluso el orgulloso hijo del viejo Arnius. Se suponía que estaban allí

para ayudar a quienes escapaban de las minas; se suponía que solamente iban a acercarse hasta la madriguera de la Loba y tirar una piedra.

Niske cabalgó ante ellos, recorriendo la primera fila de ojos indecisos, y alzó el estandarte. De su larga melena, de sus ropas, del pelaje del caballo se desprendían gotas que cazaban la luz que se colaba entre las nubes.

Al verla, Sento supo que tenía ante él los versos más bellos.

Era Niske, la hija de Abulus, del castro de Fazouro. Era una piedra en la enorme corriente de un gran río, aguantando la crecida.

El semental relinchó con fuerza. Sus cascos arrancaron terrones de tierra y escupieron hierba.

No eran muchos. Pero eran celtas.

–¡Los cuervos se darán un festín!

El galope había dotado de vida al estandarte. Las blancas crines flameaban sacudiéndose la lluvia y brillaban bajo el sol que espantaba a la tormenta.

–¡Los bardos cantarán la tragedia!

Sento sintió que su corazón se encogía. Allí, ante él, ardía el coraje de los antiguos sobre un garañón negro. Allí galopaba el valor de las gestas que el pueblo contaba.

–¡Moriremos!

Tiró de las riendas y se echó atrás. El garañón alzó las manos y coceó el aire.

–¡Cobardes! –rugió por encima de la lluvia.

El semental volvió a alzarse y volvió a patear, como si una víbora se hubiera cruzado en el camino.

–¡Cobardes!

Los hombres la miraban. Se habían hecho tan pequeños que no parecían guerreros, sino niños con miedo a la oscuridad.

Niske hincó los talones en los ijares del garañón y sacudió las riendas para galopar al horizonte, hacia la tormenta, hacia las minas, hacia la Loba.

Hacia la muerte.

No miró atrás ni una sola vez. No quiso saber si la seguirían.

Sento cayó de rodillas sobre la hierba empapada. Y la lluvia tuvo el decoro de esconder sus lágrimas.

A sus espaldas, la muerte arrancaba gritos de agonía. Alguien aulló de dolor, y el inconfundible crujido de un hueso reverberó en la lluvia. Sus hombres descabellaban a aquellos palurdos y Sila, encaramado en las compuertas, esperaba con los ojos clavados en el agua lodosa. Su mirada nadaba en el lago que coronaba el dieciocho.

Nadie podía sobrevivir tanto tiempo. Nadie.

Se había hundido. Y Sila, que conocía las historias de los pescadores de ostras griegos, tuvo el convencimiento de que no podía seguir vivo.

Una racha indecisa le trajo entonces el inconfundible rechinar de la guerra al marchitarse; porque allí ya no quedaba guerra, sólo muerte.

Saltó. Cayó en aquella condenada arcilla pegajosa y recorrió la franja que hacía de orilla. No fue a gatas, y no se asomó con miedo, como antes habían hecho tres locos llenos de esperanzas. Y, al ver lo que vio, escupió al viento una carcajada.

Luchaban, sin más que la desesperación. Quién sabía cómo, los esclavos habían escapado y allí estaban, en la explanada de los barracones. Luchando. Perdiendo. Muriendo.

Costaba creer que aquellos infelices hubieran encontrado los redaños, pero allí estaban, peleando.

Un salvaje, algo que sólo podía ser una bestia, vestido apenas con andrajos, manejaba una espada con una mano y un pico con la otra. Parecía poseído por los demonios más oscuros del profundo Tártaro, un engendro del infierno de los titanes, un compañero de aquel Cerbero de tres cabezas. Cubierto de sangre y barro, aun herido, se resistía a morir.

Tras él quedaban los cadáveres y, ante él, aguardaba la Sexta, la Victoriosa. Y enseñaba los colmillos.

Y otros, tan chiflados o más, lo seguían. Aullando, con piedras, con palos. Uno de ellos no tenía otra cosa que el asta quebrada de una lanza. Otro ni siquiera eso, sólo alzaba los puños y gritaba maldiciones.

–¡Imbéciles!

Aquellos condenados celtas eran poco más que animales. Alimañas que no entendían las mínimas reglas del combate, que no habían leído las memorias de los grandes generales, que no recordaban que el invicto César había echado cuentas en la Galia, un tercio muerto, otro esclavo y el último en la miseria. Eran imbéciles, incapaces de reconocer la verdad aun teniéndola ante sus narices. Habían sido derrotados, conquistados. Y se negaban a asumirlo.

No tenían una sola posibilidad de salir con vida.

Se volvió para mirar una vez más el agua del lago. La lluvia y el viento seguían pintando mosaicos en la superficie. Nada más.

–Está muerto.

Y se dispuso a disfrutar del espectáculo. Aquello no era, ni mucho menos, el espléndido anfiteatro de Pompeya, recién renovado tras el terremoto, un maravilloso prodigio de la arquitectura. Y aquellos tampoco eran gladiadores bien entrenados en escuelas de raigambre. No había intriga en saber cuál sería el resultado, pero, aun así, era un buen espectáculo. Una feliz distracción antes de regresar a casa con el deber cumplido.

Era una pena que aquel engendro con el pico estuviera a punto de morir. No lejos de su villa de Pompeya, regentaba su escuela un lanista que hubiera pagado buenos sestercios por incluir a aquel hijo de las Furias entre sus gladiadores.

No tenía ni la más mínima idea de cómo emplear la espada, pero giraba salvajemente, usando el pico como una maza, y, a su alrededor, los legionarios caían muertos, incapaces de contener aquel torbellino de rabia.

Ese loco. Ese loco y aquella muchacha corajuda que se había alzado en el corral de mulas de Lucus. Por cualquiera de los dos Sila hubiera podido sacar un buen pellizco. Vendiéndolos, podría costear la nueva bodega de la villa, y también encargar una escultura para decorar el aljibe

del atrio. Hacía ya años que tenía el capricho de colocar allí, junto al agua, un bronce que representase el rapto de Hilas.

Echó un vistazo a sus espaldas.

Nadie podía haber sobrevivido tanto tiempo bajo el agua. Y, más allá, no quedaba leña que cortar.

Todos habían caído.

No quedaba uno solo de aquellos pestilentes barbudos. También buena parte de los legionarios había pagado su precio. Pero, no podía negarse, aquellos muchachos de la Primera se habían portado bien. Seguían haciéndolo, todavía cargaban con la ilusión de los novatos y, sin que tuviera que ordenárselo, ya se deslizaban ladera abajo para ayudar a sus compañeros de la Sexta en los barracones.

El resto era barro y muertos.

Todo había terminado. Sofocar aquella rebelión de esclavos ya era un asunto del tribuno Didio Severo. Él había cumplido el encargo del emperador. Podía regresar a Roma. Y cobrar su precio.

Advirtió con disgusto manchas de barro en su peto y dejó que la lluvia le mojase los dedos para deshacerse de ellas frotando con exquisito cuidado. Podía encargar un transporte y esa noche, tras tomar un baño en Astúrica, descansar en una cama decente. Quizás incluso disfrutar de una buena cena: lenguas de alondra u ortiguillas rebozadas y crujientes.

Se recolocó la túnica, arrugada bajo el peto que había sacado de los almacenes de Marco Lucio, e intentó peinarse para borrar de sus cabellos el ajetreo.

Abajo, junto a los barracones, los legionarios habían maniobrado para no verse cercados y, sabiéndose superiores en número, daban la espalda al monte. Encaraban al enjambre que seguía saliendo de las entrañas del trece.

La disciplina mantenía la formación, las filas se daban el relevo, la retaguardia estaba a salvo, y la proporción de hombres garantizaba la victoria.

Era un buen espectáculo. No tan bueno como *El eunuco* de Terencio que había visto en el teatro de Pompeyo poco antes de tener que partir, pero casi.

Solo, en la cima del dieciocho, al borde del lago, se vio a sí mismo como Alejandro tras conquistar Persépolis.

No quedaba otra cosa que hacer.

Volvía a Roma.

Pensó que el viejo Suntus le echaba una mano.

Incluso sonrió. Cuántas veces aquel vejancón revenido lo había salvado de ahogarse. Cuántas.

El mar del norte no perdonaba los errores, y la paciencia del maestro había evitado la muerte del pupilo muchas veces.

Rascando percebes de las rocas, buceando a por pulpos, muchas veces el inmenso azul le había enseñado humildad. Y, viéndose ya perdido, había descubierto, a contraluz, las seguras brazadas del viejo que nadaba hacia él para echarle una mano y evitar que se ahogase.

Y allí estaba una vez más. Para sacar las castañas del fuego a aquel criajo que se había presentado en su casa asegurando que iba a marcharse lejos, muy lejos, a las islas del norte, hasta la misma Éren.

Estiró el brazo, pero no alcanzaba. El viejo Suntus no se sumergía a por él. Sin embargo, saberlo allí, en la superficie, rescató de sus tripas la voluntad de vivir.

No fue fácil. No tenía un solo recoveco en su cuerpo sin una herida o un golpe. Obligarse a dar la primera patada fue un tormento. Y falló al intentarlo con el brazo herido. Pero se las apañó para dejar en el fondo del lago la espada, el escudo e incluso el cinto. Y, con el siguiente impulso, consiguió ascender hacia Suntus.

Sus brazadas eran débiles y su pecho reclamaba aire, pero no sintió pánico. Había roto el abrazo del agua muchas veces.

–Mantén la calma.

Casi podía escuchar al viejo renegando entre dientes apretados, siempre mordiendo un junco arrancado de la orilla. Como si por mucho hincar

los dientes en el tallo pudiera olvidar que él también era un descastado de los clanes.

Pateó.

Braceó.

Y, al nervioso contraluz, allí, en la superficie, el viejo Suntus lo esperaba para llevarlo a la orilla, espetarle una regañina y revolverle el pelo.

Su boca quería abrirse para llenarse de aire, sus pulmones palpitaban y todo su cuerpo vacilaba, empapado, no por el agua, sino por el dolor.

Hubiera muerto de no ser porque el viejo Suntus estaba allí.

Salió a la superficie y aspiró con ansia.

Y aquel viejo gruñón no se metió con él por ser un cabeza hueca que se había dejado atrapar por el mar. El viejo cascarrabias gañó. Y sus dedos no recogieron otra mano que lo ayudase a auparse. Por el contrario, se enredaron en un pelaje hosco, en una pelambrera gris como la ceniza.

Escuchó al viejo Suntus. Lo oyó. Su voz ronca, inconfundible. Se despidió con una sonrisa en la que colgaba uno de aquellos juncos. Y, como era su costumbre, le dijo que era un zoquete, como años después haría Tana. A los dos les había costado regalarle un cumplido. Los dos habían estado siempre demasiado ocupados intentando sacar lo mejor de él.

Suntus le dijo adiós. Ya no estaba. Pero sí estaba su amigo. Con ojos aterrados, luchando contra el más cerval de sus miedos, incapaz de abandonarlo.

–Cerno –se le escapó en un susurro.

El lobero temblaba, presa del pánico. Gemía. Pero seguía nadando. Y Breo se abrazó a aquella pelambrera en la que tantas veces había dejado una caricia.

Ya no tenía fuerzas, pero el lobero no iba a rendirse. El lobero estaba decidido a luchar por los dos, a cualquier precio.

Se hundían. Tragaban agua. Y las patas del animal peleaban por un nuevo esfuerzo, se reencontraban con el aire que tanta falta les hacía a ambos y se volvían a hundir. No nadaban, chapoteaban apenas para mantenerse a flote, en una lucha que deberían haber perdido.

Un perro lleno de miedo y un hombre medio muerto no tendrían que haber escapado del lago en la cima del dieciocho. Y no lo hubieran conseguido en un océano rugiente, batidos por el oleaje.

Pero el lobero no entendía de mareas, de marejadas o de olas. No entendía otro deber que el de ayudar a su amigo. El lobero era todo corazón. Y su lealtad fue mayor que su miedo.

Se hundieron dos veces más, se separaron, tragaron agua, volvieron a sujetarse el uno al otro, siguieron pateando, braceando, arañando; con todo lo que tenían, con todo lo que les quedaba. No se rindieron.

El lodo rojizo, pegajoso, testarudo e inclemente los abrazó en la orilla como un monstruo que quisiera engullirlos. Y el hombre tuvo que ayudar al animal para que no quedase atrapado.

Antes incluso de lograr ponerlo a salvo, el lobero estiraba el pescuezo y le lamía las mejillas. Y su rabo sacudía el agua con tanta fuerza que salpicaba más que la lluvia. Gemía como un cachorrillo, tan feliz que ni prestaba atención al feo tajo del costado.

De aquella trampa de barro que tiraba de ellos, salieron los dos a cuatro patas, sucios, empapados y exhaustos. Cojeando y sangrando.

Y se derrumbaron sobre la arcilla, no lejos de las compuertas que contenían la inmensidad del lago, cerca del reborde que habían diseñado los ingenieros. Rodaron entonces hasta caer al hueco que habían formado los esclavos con los picos, y allí pudieron descansar, apoyados contra los fuertes postes hincados en el monte, junto a un canal que ya no traía más agua que la de la lluvia, al lado de la entrada a las galerías. Allí estaba el mecanismo que decidía si se llenaba el lago o se inundaba la montaña.

Y allí se quedaron, intentando respirar, porque la lluvia, tan pesada, hacía que, por momentos, pareciese que aún seguían bajo el agua.

Era un refugio escaso, un cubo de aquella arcilla. Por detrás, los tablones de las compuertas y, frente a ellos, la oscura boca de las galerías hacia las entrañas del monte. Con un palmo de agua en el fondo.

Cuando tuvo el valor de asomarse, la verdad lo abofeteó.

Estaban muertos. Fraxilus, que aún tenía una flecha en la mano. Merrius, tan alto que caminaba siempre agachando la cabeza. Resinus, que parecía una montaña rendida. Plandus, que había encontrado la

verdad en su corazón. Shabako, que había dado su vida tan lejos de su hogar luchando por una causa ajena. Aquel negro risueño había cumplido su palabra, no había vuelto a cavar en las minas.

Muertos. Todos muertos. Los hombres y sus anhelos.

Y los cielos lloraban.

Entre el barro, bajo la lluvia y la luz gris de la mañana, yacían los hombres que lo habían seguido. Todos habían cumplido su palabra, habían dado su vida por un sueño.

Y que hubieran muerto luchando no ofrecía consuelo.

Y el lobero lamió su rostro una vez más. Porque Breo también lloraba.

Estaban todos muertos.

–¡Eh! Maldito loco...

Roto. Un árbol tras el rayo. Aún quedaba alguien con vida.

–Pescador del carajo.

Unas guedejas negras, cubiertas de arcilla, se alzaron del barro.

Segilus lo miraba con un único ojo. El lado izquierdo de su rostro estaba destrozado. Donde no había una brecha había un corte y, si no, un cardenal. Se había acercado hasta el borde mismo y, ansioso, señalaba algo.

Breo aupó al pesado lobero en brazos para sacarlo del colector junto a las compuertas. Luego comenzó a trepar él mismo, hundiendo las manos en el barro y, al no lograr ponerse en pie, gateó hasta su amigo y Cerno lo siguió.

–Lo siento –se disculpó con un hilo de voz.

Y Segilus, sabiendo que no le quedaba tiempo, ni siquiera se molestó en llevarle la contraria. Prefirió enseñarle lo que acababa de descubrir.

–Mira...

–Lo siento –insistió Breo, comido por la culpa.

–¡Mira!

Allí abajo nadie les había dicho que no quedaba esperanza. Los esclavos se habían hartado del hambre, de la miseria, de los latigazos, de las ejecuciones. Los esclavos luchaban contra los lobos, sin importarles que todo se hubiera perdido.

–Los clanes están peleando, ¡juntos! –exclamó Segilus.

Hablar lo obligó a toser. Y terminó por escupir, con rabia, un gargajo sanguinolento.

–Por los cuernos del mamarracho de Cernunus –continuó, espantando la incredulidad–, están luchando, ¡juntos! ¡Todos! ¡Están luchando!

Aquellos hombres, vestidos de andrajos, hechos de andrajos, peleaban con las manos, con los dientes, con piedras. Le plantaban cara a la Loba.

Y los legionarios, esforzándose por mantener las líneas, maniobraban para contener aquella furia.

Y no era todo.

–Allá...

La mano de Segilus se alzó hacia el único lugar donde las nubes se habían consumido. Una silueta había aparecido en una loma. Un caballo, un garañón negro, que galopaba como el viento.

–Está tan loca como tú –aseguró Segilus antes de toser de nuevo.

Con el sol a la espalda, como una furia desbocada, Niske se recortó sobre el horizonte. Y llevaba el estandarte de las tres crines blancas.

A ambos se les encogió el corazón. Sola, decidida a enfrentarse a todas las legiones de Roma, sin mirar atrás. Y demostró que era la hija de Abulus, la heredera de un clan destinada a reinar y una amazona excepcional. Soltó las riendas y desenvainó. El estandarte en una mano, la espada en la otra. Y gritó como el más fiero de los guerreros.

Segilus se echó a reír. Tuvo que luchar con la tos. Le faltaba el aire y, cuando inspiraba, un silbido se escapaba de alguna parte, como un fuelle agujereado, pero, aun así, lleno de felicidad, rio.

–Maldito loco, ¡lo has conseguido!

Y, mientras la tos lo sacudía de nuevo, en el horizonte aparecieron más jinetes, más caballos, más guerreros. Los hombres seguían a Niske. Y hasta la cima del dieciocho, como una ola, llegaron los vítores de los esclavos.

Los lobos, sorprendidos, pese a seguir siendo más y mejor armados, dieron un paso atrás y se arrinconaron contra el monte. Y los esclavos dieron un paso al frente, y los jinetes rodearon los flancos y chocaron contra las lanzas de Roma, en una oleada tras otra, dispuestos a ensartarse a cambio de aplastar a aquellos malnacidos.

Segilus gritó con ellos.

–Hay que bajar, todavía nos quedan culos por patear –aseguró con voz ronca.

Y, usando su espada como un bastón, se puso en pie, escupió sangre y se limpió el rostro con el dorso de una mano a la que faltaban dos dedos.

Fue entonces cuando la lluvia amainó y las nubes se rindieron. Como si quisieran compartir la alegría de aquellos dos desesperados en la cima del dieciocho, los cielos se abrieron. Como si celebrasen que los esclavos luchasen, que los clanes se habían unido, que los refuerzos cabalgaban hacia los lavaderos. El sol brilló con fuerza sobre la lluvia caída, y todo, de un extremo a otro, quedó cubierto por reflejos dorados. Incluso el viento decidió retirarse.

–Alabado sea Teutates –carraspeó Segilus–. ¡Vamos!

Y a Breo se le pegó aquel ímpetu. La esperanza renació de sus propias cenizas.

–¡Vamos! –insistió Segilus, dando un primer paso renco.

Breo la miró. Allí abajo, montando a aquel garañón, se echaba a la cara a los cachorros de la Loba. Tras las crines blancas galopaban más estandartes. Y los esclavos aullaban y arremetían contra los muros de escudos con fuerzas renovadas.

–¡Vamos!

Cerno ladró.

Y los dos hombres advirtieron algo nervioso en el animal.

–¡Hijo de la gran puta!

Allí estaba el enviado imperial. Caminaba hacia ellos a lo largo de la orilla, como si caminase hacia el teatro. Impecable, no tenía una sola mancha de barro; y en el peto, dos caballos rampantes se desafiaban entre florituras que imitaban hojas de laurel. Lucía listo para un desfile triunfal por las mismas calles de Roma. Repeinado, incluso. Aunque en su mano llevaba aquel largo y extraño cuchillo.

–¡Cabrón con pintas!

Segilus alzó la espada, y Breo, tras rebuscar en el barro, se hizo con la piedra más grande que encontró. Cerno volvió a ladrar y gruñó enseñando los colmillos.

–Sois como ratas, cuesta lo indecible acabar con vosotros.

El desprecio era palpable. Y aquellos ojos, como carbones, parecían sin vida.

–¿Cuándo aprenderéis cuál es vuestro lugar?

Segilus volvió a escupir sangre con pedazos de lo que se había roto dentro de él.

–Sé cuál es el de mi espada –rugió como una fiera–: ¡tus tripas! ¡Ése es su lugar!

Y se lanzó al ataque. Sin pensarlo, antes incluso de que el lobero reaccionase. En un abrir y cerrar de ojos, intentaba ensartar al enviado imperial con violentas estocadas. Dispuesto a pagar el precio, fuera cual fuese.

Ágil y fresco, Sila se movía con una rapidez endiablada, sin preocuparse por el escaso alcance de su arma. Sabía lo que hacía. Y lo que hacía, lo hacía bien. Las arremetidas de Segilus no quedaron cerca ni una sola vez.

Los dos hombres danzaban en el barro, entre el lago y una caída de más de cien varas. Los dos hombres, y la muerte.

Angustiado, Breo sobrepasó las compuertas y aprovechó los troncos desbastados que había cada pocos pasos, aguantando la orilla. Se aupó en uno, y Cerno lo siguió. Entre gruñidos, el lobero esperaba la orden de atacar.

Su espada se había quedado en el fondo del lago, como una ofrenda. Había perdido el cuchillo de Cirrius. Miró a los muertos y pensó en correr hasta ellos para conseguir un arma. Pero supo que no lo conseguiría. Sólo tenía la piedra que daba vueltas en la mano; una mísera piedra, un trozo de aquel dieciocho.

La sujetó con fuerza, echó el brazo atrás, apuntó.

No le dio tiempo.

Con reflejos inhumanos, en un parpadeo, Sila se coló bajo la guardia del celta y, evitando el tajo que buscaba su cuello, se alzó para dar tres rápidas puñaladas en el costillar y salir de allí antes de que hubiera represalias. Y salió con el trabajo hecho.

Los cabellos de Segilus salpicaron. Sus labios se fruncieron, llenos de dolor. Pero no emitió una sola queja. Se sacudió una, dos, tres veces. Una por cada cuchillada. Y, tras la última, cerró los ojos.

Y Breo se abalanzó hacia ellos. Pero Segilus ya se había preparado. Había tomado su decisión. Y, siendo quien era, no vaciló.

Podía haberse dejado caer por la pendiente del dieciocho. Podía haberse echado al agua. Podía haber hecho muchas cosas distintas. Pero Segilus tenía que hacerlo a su modo: arrancando gloria.

Cuando aquel largo cuchillo volvió a morder, lo hizo en su costado, clavándose en el hígado, destrozando uno de los riñones. Y cualquier otro hubiera gritado como un niño. Pero Segilus, no.

Segilus, el hijo del traidor, el hijo del que había mentido a los clanes, abrió los ojos. Los abrió y sonrió. Sila incluso tuvo tiempo de que el desconcierto se le pintase en el rostro. Aun así, revolvió el cuchillo en las asaduras del celta, lo revolvió para destrozarlas antes de sacarlo. Pero el celta ni siquiera pestañeó. Dejó caer su propia espada, que sí se escurrió pendiente abajo, sobre el fango, y echó sus manazas al frente.

Y atrapó aquel peto impoluto, sin una mancha de barro, brillante por la lluvia. Lo agarró con la fuerza de un cepo y lo llenó de pegotes de aquel condenado lodo del color de la sangre. Embarró los caballos y los laureles y apretó con tanta fuerza que arrastró al enviado imperial sobre el lodo de la orilla.

–Te voy a enseñar tu lugar –gruñó entre dientes.

Breo no pudo escuchar sus palabras. Breo, enterrado en el barro hasta los tobillos, peleaba por llegar hasta ellos. Y, entre ladridos, Cerno intentaba seguirlo.

El enviado imperial comprendió al instante lo que iba a suceder. Lo vio reflejado en aquellos ojos llenos de furia. Y reaccionó de inmediato, sin permitir que el pavor le restase reflejos.

El largo cuchillo, aquel que había sido parte del instrumental de su padre, entró en el cuello del celta con una brutal puñalada.

–¡Nooo!

Lo intentaba, pero no podía correr. El lodo lo tenía atrapado. Y Breo sintió la cuchillada como si la hubiera recibido él mismo.

Pero al que menos le importó fue al propio Segilus, cuya sonrisa se amplió, más aún cuando dejó que todo su peso los venciese a ambos. A él y a su enemigo.

–¡Noooooo!

El cuchillo volvió a entrar y salir. Bajo aquellas barbas negras y espesas y bajo aquella sonrisa, no vaciló. Como tampoco vacilaron aquellas manos que habían domado a aquellos caballos rodeados de laureles. Y que no soltaron su presa.

Segilus lo consiguió. Cayeron.

Sila intentó evitarlo. Pateó y quiso hacer pie en la orilla, pero no pudo. Quiso cogerse de uno de aquellos refuerzos, pero no pudo. Cayeron al agua. Con estrépito, salpicando en todas direcciones, levantando olas en aquel océano en la cima del dieciocho.

El romano forcejeaba mientras Segilus moría en una nube de su propia sangre, pero no soltó su presa.

Y los dos hombres se hundieron.

Se hundieron. La cima del dieciocho se los tragó. Cerno dejó de ladrar. Y la lluvia cobró fuerzas.

Abajo, los esclavos y los jinetes bajo el estandarte seguían luchando. Se dejaban arrancar la piel, no daban un paso atrás, pero nunca podrían superar a los legionarios. Los lobos de Roma se habían acantonado contra el propio monte, protegían los flancos y maniobraban sin descanso. Funcionaban como una máquina bien engrasada.

El perro arrimó la cabezota a la pierna de Breo, y éste lo miró, pidiendo un consejo que su amigo no supo darle.

–¿Qué hemos hecho?

Le respondió la lluvia, que arreció. Y el viento, que sopló con fuerza.

Cerno lamió la mano de su amo. Sin quejarse de la herida en el costado, que aún sangraba, se quedó allí, junto a él.

Todos se quedaron allí, batidos por la lluvia y el viento. El hombre, el animal, las dudas, el arrepentimiento.

Y el lobero empezó a ladrar.

El agua del lago se movía, la superficie se agitaba. Y los ladridos se convirtieron en gruñidos cuando Sila emergió, en el centro del lago, sin peto, sin grebas, sin casco, pero con aquel largo cuchillo en la mano.

Y aquella piedra entre sus dedos era todo lo que Breo tenía.

El lobero ladraba con todas sus fuerzas, escupiendo espumarajos.

El asesino dio la primera brazada.

Con un suspiro, Breo sintió el alivio de ver cómo la muerte nadaba hacia él. Ya no habría dolor. Ya no se sentiría culpable.

Aún tenía la piedra en la mano. Y el lago se agitaba.

Breo se enderezó para plantar cara a la muerte. El lobero dejó de ladrar.

Y en los cielos abiertos apareció un cuervo.

Entre la lluvia. Un cuervo grande, lustroso. Un cuervo que no se posó en los cadáveres, que despreció la carroña y la sangre. Un cuervo que sobrevoló el lago y graznó con fuerza.

–Eres tojo. Eres pizarra.

Volvió a graznar. La lluvia caía sin remisión.

–Eres tojo. Eres pizarra. Eres roble y aliso. Eres nieve en la cumbre, sal en el mar. Eres piedra. Eres agua.

Eso le había dicho Tana.

–Eres piedra. Eres agua.

El cuervo volvió a graznar y se elevó, ganó altura sobre el lago, sobre el dieciocho, sobre los hombres.

Sila nadaba hacia la orilla. Su rostro impasible no mostraba preocupación alguna. Estaba seguro de sí mismo. Terminaría su trabajo y mataría a Breo, al hijo de Turainos. Nunca más alguien podría llamar a los clanes para que se unieran bajo un estandarte.

El cuervo graznó. La lluvia arreció.

Sintió la piedra en su mano. La lluvia en su cara.

Sila nadaba con calma. Hasta que Breo se movió. Entonces se detuvo. Un instante apenas, y luego el ritmo de sus brazadas se aceleró. Por primera vez desde que dejara atrás su infancia, Sila tuvo miedo.

Aquel niño criado entre legionarios, Solón, había tenido muchas veces miedo. Demasiadas. Pero Sila, no. El hombre que había matado a aquel niño a sangre fría, el hombre que había matado a su propio padre, nunca antes había tenido miedo. Hasta que aquel barbudo se movió.

–¡Vete!

Cerno no hizo caso. Se quedó a su lado, junto a sus piernas.

–¡Márchate! –le ordenó Breo.

Y el lobero, después de mirarlo con reproche, después de llamarlo insensato con la expresión de sus ojos, se sentó.

Breo levantó la mano, dispuesto a pegarle, a obligarlo, aunque fuese a golpes. Y no pudo. No fue capaz de hacerlo cuando aquellos grandes ojos pardos lo miraron. No pudo.

Se arrodilló y lo abrazó.

–Siempre has sido un maldito testarudo.

Sila braceaba tan rápido como podía. Cortaba el agua hacia la orilla.

En las compuertas, en el marco que sostenía el ingenio y los mecanismos, en el mismo sitio donde el propio Sila se había encaramado, apareció ahora Breo. Y allí, junto a los maderos que lo sostenían todo, se quedó sentado el lobero.

El cuervo seguía alzándose, ganando altura.

–Eres piedra. Eres agua –volvió a recitar Breo, comprendiendo al fin lo que Tana le había enseñado–. Piedra y agua. Agua y piedra.

El cuervo volvió a graznar. Cerno aulló.

Breo tiró la piedra que había cogido al agua del lago. La vio hundirse, como había visto hundirse a su amigo. Y accionó las palancas.

La lluvia se detuvo. El viento dejó de soplar. El cuervo quedó suspendido entre las gotas que cubrían el cielo. Y no ocurrió nada.

Hasta que los contrapesos cayeron con un silbido.

Las sogas empapadas humearon, escupieron agua. Las pesadas compuertas gimieron, se levantaron y obedecieron. Se alzaron.

De inmediato, con el rugir de una crecida, el agua se escapó del lago. La cima del dieciocho se vació con la violencia de una tempestad.

En una loca carrera, el agua se coló por el hueco que dejaban las compuertas abiertas y siguió hacia las galerías que atravesaban el monte. Y las galerías la recogieron como un embudo. Sedientas pese a la lluvia.

Breo vio pasar a Segilus envuelto en un torbellino de lodo, vencido por la inmensa corriente. Y lo vio desaparecer en la boca negra de aquellas galerías.

Y aquel asesino nadaba a contracorriente. Trataba de alcanzar la orilla, aunque ambos sabían que de poco le serviría.

El agua tiraba de él con una fuerza desbocada. Las galerías en las entrañas del monte se bebían a grandes tragos el lago de la cima. Y su sed era infinita. Pronto se desprendieron pedazos de la orilla; pronto la misma arcilla fue arrancada de las paredes, incluso uno de los postes de refuerzo.

El agua corría por las tripas del dieciocho, chocando con los recovecos, golpeando el monte, arrastrando arena, guijarros, piedra.

Nadaba con todas sus fuerzas, y fue inútil. La corriente lo empujó. A él y a su pánico. Pasó bajo las compuertas, y su cabeza, buscando aire, se

estampó contra los tablones y se abrió como un cascarón vacío. Lo que salió por el otro lado, lo que se tragaron las galerías, fue un guiñapo retorcido.

Aún no se había vaciado un cuarto del lago cuando todo empezó a temblar y los maderos amenazaron con descoyuntarse, cuando el agua apuñaló el corazón del monte.

El agua apuñaló la piedra.

Los dioses, todos, sacudieron la tierra. La tomaron en sus manos y la agitaron a capricho.

La tormenta había avanzado el trabajo. Y el dieciocho se tambaleó, herido de muerte.

La lucha se detuvo. Los legionarios miraron a sus espaldas, los esclavos alzaron el rostro.

La montaña se estremeció con el gruñido de una bestia.

El primero en echar a correr fue el tribuno Didio Severo. Corrió, con su peto enlucido, con sus medallas, con su casco decorado, arrastrando por el fango el orgullo y dejando caer su vara de mando. Corrió como si sus sandalias ardiesen. Apartaba a sus hombres, soltaba alaridos, berreaba su título y reclamaba todas sus alcurnias para que le abrieran paso. Corría espantado, poniendo tierra por medio.

El pico de Tarvus le atravesó el cogote y lo dejó seco allí mismo. Y ésa fue la señal para la desbandada.

Los cachorros de la Loba ya no querían morder, sólo querían mearse donde estaban, con el rabo entre las piernas. Y echaron a correr.

Los caballos piafaban, nerviosos, y los jinetes tenían que esforzarse con las riendas, eso era lo complicado. El resto era sencillo. No tenían más que segar a los aterrorizados legionarios. Las espadas celtas se tiñeron con la sangre de Roma.

La tierra temblaba. Un sordo quejido lo llenaba todo. En los charcos vibraba el agua, como el pellejo de un tambor.

Niske controló los nervios del garañón palmeándolo en el cuello. Se inclinó y susurró palabras calmas junto a su oído, pese a sentir en las tripas cómo la tierra castañeteaba.

Todo se sacudió con violencia. Tembló, retembló y crujió como madera seca al partirse. Algunos legionarios perdieron pie y cayeron al lodo en mitad de su carrera. Otros se arrodillaron y miraron a los cielos. Uno incluso empezó a escupir profecías.

Cuando la tierra volvió a estremecerse, muchos más acabaron con sus huesos en aquel fangal sanguinolento.

Un pedazo del dieciocho se desgajó con estruendo y se deslizó ladera abajo, soltando de golpe lo que aún quedaba en el lago. Una avalancha de piedra y agua se precipitó sobre los legionarios parapetados allí. Y los gritos de terror se unieron al rugir de la tierra. El derrumbe se los tragó a todos de un bocado.

Incluso a caballo, a través de las patas del semental, Niske sintió el impacto. Y tuvo que esforzarse para que el garañón, aterrorizado, no se desbocase.

Y no fue más que el principio.

El trece recibió el empujón que le faltaba, y, si la tormenta lo había debilitado, el colapso de su vecino lo sentenció.

Se derrumbó. Se desmigó. Esparció piedra, escupió grava, vomitó lodo. Se deshizo hasta convertirse en un gigantesco montón de barro, una bestia informe, rugiente y hambrienta. Un engendro de aquella arcilla rojiza que todo lo llenaba. Fue como si el fango hubiera cobrado vida, decidido a vengarse de los hombres que le habían agujereado las entrañas. Atrapó a muchos legionarios, y los que salieron con vida corrieron hacia las montañas del este como liebres asustadas.

Y no terminó.

Lo que quedaba del dieciocho se lamentó como una bestia herida al fondo de su guarida. Un lamento que obligó a taparse los oídos y a fruncir el ceño. Tembló. Volvió a temblar. Se aquietó un momento. Y tembló aún con más fuerza, haciendo que los dientes rechinasen y que el miedo campase a sus anchas.

Los legionarios, acorralados, pedían clemencia. Aquellos que intentaban escapar quedaban ensartados. El cerco los obligaba contra la mole temblorosa. Muchos quedaron aplastados por sus propios compañeros, y alguno intentó escapar y hasta acuchilló a los suyos para abrirse camino.

El dieciocho tembló una vez más. La última. Y se resquebrajó a lo largo de las heridas que habían dejado los picos de los esclavos. Intentó seguir en pie, aguantó cuanto pudo, pero el daño era irreparable. Se derrumbó.

Quedó como un trapo caído al suelo. El monte perdió su orgullo y se desparramó, convertido en escombros, en guijarros y lodo. En piedra y agua.

Las legiones de la Loba murieron, atrapadas en el oro que ansiaban.

Y la tierra aún se sacudió con un último espasmo.

Cuando acabó, el silencio se hizo dueño y señor. Un silencio irreal. Espeso. Pegajoso.

Pese a que todo estaba empapado, el polvo se movía de un lado a otro, como niebla al capricho del viento. Cubría a los hombres, a las bestias, a los muertos, y teñía el horizonte de sangre. Y por las narices se metía aquel olor gredoso, tan fuerte, tan intenso, que lo recordarían hasta el fin de sus días.

El silencio era tan profundo que costaba creerlo. Un silencio que aplastó las minas.

Y los hombres lo rompieron. Primero fue un grito. Luego, dos. Y enseguida, cientos. Las voces se alzaron. Los brazos, también. Las espadas brillaron al sol.

Había que celebrarlo.

Niske vio cómo uno de los esclavos caía de rodillas, soltaba el pico que había usado como arma y se llevaba las manos al rostro. Tenía la espalda cruzada por largas cicatrices, y su piel era apenas una tela gastada, tensa entre los huesos. Un hombre curtido por la tortura y el dolor, mordido hasta en el alma por la Loba. Y ella comprendió de inmediato en cuanto aquel pecho escuálido empezó a sacudirse por los espasmos del llanto.

Los esclavos eran libres. Los clanes los acogerían. Los canales ya no traían agua. La guarnición se asfixiaba en el barro. Las minas se habían convertido en ruinas.

La mayoría empezó a abrazarse, a felicitarse. La mayoría intentó asimilar lo sucedido. Los más rabiosos prefirieron rematar la faena a conciencia, y unos pocos persiguieron a los legionarios escapados. No harían rehenes. La venganza los espoleaba.

En el cielo, no quedaba ya una sola nube. El sol radiante saludaba a sus hijos. La mañana brillaba, y el día celebraba la ocasión.

La Loba había caído, y tardaría mucho en levantarse.

La felicidad tejió un manto, prieto y cómodo, sobre los escombros de las minas de Astúrica, y los celtas se arroparon con él. Nunca, antes o después, sintieron un calor semejante.

Habían vencido.

Pero Niske no quiso taparse. Ella había comprendido. Habían ganado; los clanes, las tribus. Se habían sacudido al monstruo de encima.

Habían vencido. Pero ella temió haber perdido.

Con un susurro, pidió al garañón que se echase a galopar una vez más.

El animal obedeció. Y ella se inclinó de nuevo sobre el poderoso cuello del animal.

–No lo olvides, salió con vida del desaguadero...

Y el garañón pareció entenderla. Relinchó y apuró el galope. Rumbo al dieciocho, a los escombros. Hacia aquel océano roto, roto y sanguinolento.

Hacia aquel océano de piedra y agua.

OceanofPDF.com

«... Afrontan el peligro incluso cuando no cuentan con otra cosa que su propia fuerza y valor...».

Estrabón, en el libro IV de *Geografía*



Eran símbolos extraños. En casa, en las piedras que daban la bienvenida, se podía leer la historia del héroe que había vencido a la bestia. Pero aquello era distinto.

–¿Qué significa?

La voz de la niña, llena de curiosidad, no delataba tanto como sus profundos ojos azules. Eran pedazos arrancados sin permiso al mar del norte, y siempre mostraban su ánimo. Bastaba descubrir el tono de aquel azul para conocer si estaba feliz, asustada o, como en ese momento, confundida.

–Significa que éste es un lugar sagrado. –Fue la respuesta.

Y la mano señaló la espiral, vieja, gastada por el viento y la lluvia, decorada por musgos verdosos que habían crecido allí durante generaciones. Pese a ser vieja, no se veía cansada. Seguía invitando al viajero a detenerse y a hacerse preguntas.

–Lo es, desde hace mucho. Desde antes de que naciera el abuelo del abuelo. Y lo seguirá siendo. Para los nietos de tus nietos.

La niña miraba expectante, aguardando más explicaciones.

La madre se agachó para ponerse a su altura.

–Seguirá siendo un lugar sagrado mientras no lo olvidemos –añadió, seria.

La nariz de la chiquilla se arrugó cómicamente, y en sus ojos brilló un destello azul.

–Yo no me olvidaré –repuso la pequeña, cargada de razón.

La madre sonrió.

–Muchos se han olvidado. Muchos creen que estos lugares ya no importan. Que lo que aquí se aprendía ya no es útil.

–Yo tengo muy buena memoria –aseguró, convencida, la niña–. Yo no me olvidaré.

Una mano cariñosa le apartó el pelo que le caía sobre los ojos. Y a la niña, orgullosa, se le escapó un mohín y se apuró a recolocarse ella misma los mechones rebeldes.

–Estoy segura de que no –respondió con una voz que se debatía entre las preocupaciones y el orgullo.

Y la madre la dejó hacer, observándola con ojos que tenían el mismo tono azul. Cuando terminó, le tendió un guijarro que tenía en la mano.

Era un cuarzo blanco.

No hizo falta que le diese explicaciones. La pequeña se puso de puntillas, haciendo que la pinocha crujiese, y, con mimo, puso la piedra encima de todas las demás.

–Hay muchas –dijo con inocencia infantil.

Y era cierto. Había muchas, y algunas eran también aquellos cuarzos blancos.

–Y habrá más –aseguró su madre.

–¿Por qué?

–Porque algún día tú también traerás hasta aquí a tus hijos, para enseñarles lo que has aprendido hoy.

–Pero si no he aprendido nada...

La risa de su madre le pareció hecha de miel. Y la pequeña también rio, por el puro placer de hacerlo.

De pelambrera oscura, salpicada de manchas cenicientas, el lobero, todavía un cachorro, grande y torpón, se unió a la madre y a la hija. Movía el rabo con tal fuerza que parecía capaz de descoyuntarlo.

–Y, ahora, ¿a dónde vamos? –preguntó.

–Ahora lo verás.

La niña no quedó convencida, pero no volvió a preguntar y siguió a su madre.

Bajo los árboles retorcidos, el nieto de Arnius, que tenía el rostro de su padre, el mismo de su abuelo, guardaba el sendero con otros tres guerreros, firmes bajo el estandarte en el que flameaban cinco crines. Una blanca, una parda, una baya, una negra y una pía. Cinco crines con los colores de todos los clanes.

Los centinelas se apartaron, respetuosos, inclinando el rostro ante la madre y la hija, que siguieron camino bajo las verdes copas afiladas de los pinos. Y no tardaron en llegar a aquel lugar mágico en el que el agua caía de entre las nubes. Una cascada enredada entre piedras por las que corría un arroyo.

Allí, con el agua por las rodillas, había un anciano muy quieto, con pelambreras tan grises como las plumas de una garza, y con la misma paciencia. Allí llevaba quieto un buen rato cuando la niña, al verlo, echó a correr.

–¡Abuelo!

El anciano se volvió de inmediato, y en su rostro, lleno de arrugas, se abrió una enorme sonrisa. Como se abrieron sus brazos, que prometieron recoger a la pequeña a la carrera.

Y, detrás de la niña, corría también el cachorro.

La madre los observó. Y sonrió, con una sonrisa llena de recuerdos, al ver cómo el anciano cogía a la pequeña, la ponía boca abajo y amenazaba entre risas con meterla en el agua.

Y seguía sonriendo cuando una anciana salió de detrás de la cascada y, con pasos castigados por la edad, caminó hacia ella, aún con una cuchara y un trapo entre las manos. Aunque sus cabellos eran blancos, un reflejo trigueño, un recuerdo de juventud, apareció en las ondas de su melena en el breve suspiro en que el sol se decidió a hacerse un hueco entre las copas de los árboles.

Mientras la niña y el anciano compartían risas, las dos mujeres se abrazaron. Y al separarse se miraron.

La mayor apartó unos mechones de la frente de la más joven, y ésta, como había hecho su hija, se apresuró a terminar el trabajo por sí misma.

Cuando volvieron a mirar hacia el arroyo, el cachorro se había tumbado en la orilla y mordisqueaba un palo. El abuelo animaba a la pequeña, que se había metido en el agua, a que estuviera muy quieta, como una garza.

Y ella lo hizo. Inmóvil, dispuesta a aprender algo nuevo en aquel arroyo de aguas pardas que se colgaba de una cascada. En aquel rincón perdido, a un paseo de la piedra que había sido sagrada para los suyos y que lo seguiría siendo.

Se quedó allí, quieta, junto a su abuelo, que tenía aquellos mismos ojos azules. Entre las piedras. En el agua.

Era un país de piedra y agua.

Un país de mil ríos, de mar bravío, de enormes roquedos. Un país duro pero generoso. Un país escondido en un rincón, que mordía el océano y quedaba encerrado por montañas.

La muchacha caminaba por la tierra esponjosa. Con prisa, ceñuda, buscaba su destino. Y, pese a que el verano empezaba, tuvo que subirse la cremallera, para que el frío de la amanecida no le mordiese la garganta, y metió las manos en los bolsillos, agradeciendo el plumón del relleno y el calor que envolvió sus dedos.

Allí, la sierra dejaba que se notase su altura y obligaba a los árboles a crecer raquíticos, y, además, buena parte del paisaje había sido despejado para instalar unos enormes monstruos blancos de largos brazos: molinos eólicos. Su grave zumbido era tan desagradable como su mera presencia. En aquel entorno, donde la suerte aún podía llevar al curioso a descubrir un águila, aquellos engendros estropeaban las hermosas siluetas femeninas de los montes.

Algo más allá, tras unos juncales, descubrió un arroyuelo. Y la muchacha apuró el paso, con un último vistazo, lleno de disgusto, a aquellas bestias mecánicas.

Siguió el cauce y pronto quedó prendida en la maraña del sotobosque. El regato, de aguas pardas y alegres, se revolcaba entre las piedras intentando descender, como si escapase de la montaña, y enseguida se topó con saltos que dejaban cortinas blancas sobre las piedras.

Tuvo que ajustar las cinchas de la mochila, pero se las apañó para seguir el riachuelo pese al duro terreno. Caminaba a buen ritmo, con soltura, acostumbrada a lugares así. Hasta que llegó a un pequeño arenal donde el

regato se remansaba. Más allá, aguas abajo, se veía al agua apurarse para caer por una cascada que hacía olvidar el feo revolverse de las aspas de los molinos. Allí sacó el mapa de la mochila y lo consultó con gesto serio, casi enfadado.

Cuando volvió a plegarlo, algo se removió en la otra orilla, a lo lejos, entre los robles y abedules que se esforzaban por crecer arrinconados por las piedras.

Un potrillo, greñudo y despelucado, la miraba. Tenía una capa negra y reluciente y las crines alborotadas.

La muchacha se quedó quieta y casi dejó de respirar. Contempló al bello animal. Y, por primera vez, su expresión se dulcificó. Pronto llegaría el momento de conducir a las manadas a las tierras bajas. Los jóvenes del valle se encargarían de encerrarlos en viejos corrales de piedra para raparles las greñas del invierno, desinfectarlos y marcar a los potros de la primavera. Como aquel que, con tanto atrevimiento como curiosidad, la miraba desde la otra orilla.

Le hubiera gustado acercarse y acariciarlo. Pero el relincho de una madre preocupada llamó al pequeño, y el potro echó a galopar tras una cabriola.

En cuanto el animal se hubo ido, la expresión de la joven volvió a endurecerse. Por un momento había olvidado sus responsabilidades, los plazos, la presión académica. Pero su rostro volvió ahora a contrariarse y se puso de nuevo en camino.

Al poco, al dejar atrás el arroyo y cortando a través de la maleza, encontró lo que buscaba.

Había allí unos cuantos pinos retorcidos por el viento, punteados por los muñones secos de ramas que habían cedido a las nieves. Y, entre ellos, donde crecían las zarzas, aún se distinguía una vereda que, de tanto en tanto, alguien recorría, evitando que la maleza se la tragase.

Había llegado hasta las piedras.

Y sacó de la mochila un cuaderno y un libro. En la portada, verde intenso y sobada en los cantos, había una fotografía de un petroglifo, un trísquele grabado en granito. El cuaderno, aún más sobado, era de negras tapas de hule y tenía una pegatina, de esquinas ajadas y colores desvaídos,

con un rimbombante escudo con palabrejas en latín. El escudo de la universidad, allá en la capital.

Se sentó sobre el musgo, al pie de la columna que formaban las piedras, consultó el libro y observó la base. No pudo evitar alargar la mano y repasar con las yemas de los dedos la espiral.

Y, al contrario que el potrillo, la piedra no salió corriendo cuando, a lo lejos, se volvió a escuchar un relincho.

La muchacha salió de su abstracción y, con un lápiz, empezó a dibujar en el cuaderno. Con cada trazo, su rostro ganó paz y las prisas se diluyeron.

A los pocos minutos había logrado un vívido retrato del petroglifo. Había conseguido captar el caprichoso juego de luces que hacía encajes entre el musgo y la piedra.

Sin embargo, no parecía satisfecha. Cada vez que miraba su trabajo, o cualquiera de las otras páginas, donde había retratos similares, encontraba un trazo que añadir o una sombra que matizar. Y, cuando llegó a la primera página, donde tenía escrita una larga lista, se le escapó un resoplido. Muchos de los puntos estaban tachados, pero aún quedaban otros más, y la mina del lápiz caminó por el margen, como si quisiera contarlos y hacer que, por virtud de algún encantamiento, menguasen.

Repasaba aquella cuenta cuando una voz la sorprendió.

–Siento molestar...

No pudo evitar un respingo.

Un joven fornido salía de entre los árboles. Llevaba una cuerda enrollada en la cintura, y la camisa, recia y vieja, se le arrugaba por encima de la soga. En una mano sujetaba una madeja de arreos de lona, con riendas y bocados.

Se miraron el uno al otro, ambos sorprendidos.

–No incordiaré mucho –dijo él con una enorme sonrisa que sus ojos volvieron azul–. Sé que es una tontería, pero mi abuelo me obligaba a hacerlo, y no puedo evitarlo...

Extrañada, ella no entendió aquellas palabras y no supo si preocuparse. Más aún cuando él siguió caminando. Pasó de largo, se acercó a las

piedras y sacó del bolsillo de sus gastados vaqueros un guijarro que depositó, encima de muchos otros, en el humilladero junto al petroglifo.

Cuando se volvió, un ligero bochorno le coloreaba las mejillas, y, con los arreos y todo, se llevó la mano al cogote para rascarse la vergüenza.

Ella lo estudió, y él se ruborizó aún más.

–He de irme, una de las yeguas sale de cuentas...

Los arreos tintinearon, incómodos. Aun así, no fue capaz de apartar la vista del rostro de la joven.

–Yo todavía tardaré un buen rato –ofreció ella, desinhibida–. Aún tengo que fotografiarlo, señalar la posición vía satélite...

Lo dejó en el aire, como si no mereciera la pena dar explicaciones y, descarada, observó cómo los músculos abultaban la tela de la camisa cuando, cohibido, volvió a rascarse el cogote.

–No suelo encontrarme a mucha gente por aquí –dijo él, incapaz de dar el paso necesario para marcharse.

Ella sonrió, mucho más segura de sí misma que él, y se llevó la mano a la trenza que le colgaba sobre el hombro para colocársela en la espalda.

–¿Sabes cómo los llamaban?

Confundido, él no supo qué responder, y sus profundos ojos azules hicieron un extraño.

–A los caballos –insistió ella, señalando el petroglifo y el humilladero, como si el gesto lo explicase todo.

Sus manos estaban acostumbradas al trabajo. Eran fuertes, y estrujaron los arreos hasta que los nudillos blanquearon.

–Tuve que dejar los estudios cuando...

Calló, al comprender que hablaba demasiado. Y ella recogió el silencio.

–Ellos –dijo volviendo a señalar la piedra– los llamaban «hijos del viento»...

El joven alzó el rostro, se cambió los arreos de mano, la miró un buen rato y se dio cuenta de que ella, por primera vez, sonreía. Y encontró el modo de enderezarse para preguntar algo más, con voz firme, incluso con picardía.

–¿Quieres ver cómo nace uno de esos «hijos del viento»?

Cuando ella salió del claro tras él, lo hizo sin prisa, con pasos ligeros. Como si el camino importase tanto como llegar. Su ceño se había

desatado.

Y juntos, hablando, se dirigieron hacia una loma. A lo lejos, más allá, en la siguiente vaguada, se veían las siluetas de la manada y, desde una peña escondida entre juncos, alzó su vuelo un cuervo. Negro como aquel potrillo. Y ganó altura, sobre ellos, sobre el arroyo. Voló sobre las piedras, sobre el agua. Y dejó en el cielo un graznido antes de alejarse hacia el norte, hacia el océano.

Era un país de piedra y agua.

Es un país de piedra y agua.

FIN

OceanofPDF.com

«Pero yo, que he escrito esta historia,
más bien cuento, no doy crédito
a muchas de las cosas en esta historia
o cuento. Porque algunas de estas cosas
son alucinaciones propias de demonios,
fantasías poéticas, tanto podrían ser
verdad como no, y algunas son sólo
para el entretenimiento de los lectores».

Táin, en el *Libro de Leinster*



OceanofPDF.com

Cuaderno de notas



Todo lo anterior, y también el pudor, para qué negarlo, obligan a insistir: es un cuento. Un cuento, sin más. Un producto de la más pura imaginación sin otro afán que el del entretenimiento.

Pretender escribir una novela sobre los llamados celtas, celtas hispánicos, celtas atlánticos o castreños (sea como sea que se los quiera llamar) y, al tiempo, ser riguroso, es una sandez en toda regla. Ni los más afamados arqueólogos, historiadores y eruditos logran alcanzar un consenso sobre aquellos tiempos en que se ponía fin a la Edad del Hierro. Ni tan siquiera logran ponerse de acuerdo en el simple hecho de llamarlos celtas o no.

Es mucho, muchísimo más, lo que ignoramos que lo que sabemos con certeza de aquellas gentes rudas, barbudas, comedoras de bellotas y bebedoras de cerveza (tal y como las describía el geógrafo Estrabón).

De ahí que deba presentar, sin reparos, mis más sinceras disculpas por cualquier error que haya podido cometer al retratar a estos pueblos y sus costumbres, y de ahí que, como en todas mis novelas, brinde, en estos párrafos, algunas pinceladas. No tendría sentido incluir aquí toda la documentación, las entrevistas, los artículos, las conversaciones. Así que espero que estas referencias sirvan para aclarar asuntos controvertidos y galopadas de la imaginación que hayan podido llenar este cuento de disparates arqueológicos. Para ahondar en cualquiera de estos asuntos, hay libros mucho más sesudos y más detallados. Yo lo he hecho lo mejor que he sabido, y espero no decepcionar a nadie, pero, insisto, mi objetivo era entretener; con suerte, emocionar, y nunca dar lecciones de Historia, que es un asunto muy serio que no debe tomarse a la ligera.

* * *

En primer lugar, hay que aclarar cómo y por qué nace esta historia.

Junto a mi hogar, en el corazón de los montes gallegos, hay un castro abandonado: Lagouzos. Nunca ha sido excavado o estudiado (uno más entre los muchísimos de nuestra geografía peninsular), pero, aun así, sabemos que está ahí. Los restos de sus murallas transforman el lugar y

dejan clara la huella de nuestros antepasados. Yo he paseado incontables veces por la zona junto a mi fiel Dumas, entre las zarzas, a la sombra de lo robles, de la mano del aroma del acebo. Ese lugar, con un halo casi mágico de misterio, despertó en mí una curiosidad insaciable.

Aprendí mucho. Tanto como para entrever la inmensidad de mi ignorancia, y, durante años, soñé con la idea de escribir algo sobre ese lugar que tanto me inspiraba, pero no encontraba la idea que sirviera de cimientos a aquel sueño, no hasta que un día, escuchando una conferencia de mi admirado Martín Almagro-Gorbea, vi una diapositiva que mostraba una vereda en la que despuntaban brezos y abedules, y al fondo, una braña. Todas son, por cierto, palabras celtas. El trabajo de este ilustre arqueólogo me hizo dar cuenta de que no importaba lo poco que sabíamos de estos pueblos enigmáticos; seguían acompañándonos, mucho más de lo que podría parecer, pues su legado está presente en el imaginario, en los mitos, en la literatura (tal y como el profesor describe en su magnífico libro). Y así nació *Breo*.

Esta historia pretende reivindicar, quiere gritar al cielo que no todo es Roma, que no todo es civilización y progreso (por enorme y maravillosa que sea nuestra deuda con Roma y el proceso de romanización). Una idea vieja y repetida.

He de reconocerlo, el «tema» (aludiendo al término como lo hacen los guionistas de Hollywood, como idea principal tras la historia) se ha explorado en abundancia, en especial en esa marcha atrás, ese recular avergonzado que esos mismos guionistas norteamericanos hicieron al reconsiderar los tópicos sobre los nativos de sus tierras, cuando, antes del cambio de siglo, decidieron abandonar la idea de que las naciones indias eran poco más que salvajes sanguinarios ansiosos por arrancar cabelleras y decidieron acercarse a la verdad, incluso edulcorarla.

Entendí que había llegado el momento de hacer algo parecido, y la idea acabó por cuajar cuando mi querido Daniel, entre chascarrillos, saliendo de la Feria del Libro de Madrid tras una firma de ejemplares, me sugirió que buscase, para mi próxima novela, algo de aquellos celtas gallegos que, en teoría, ambos llevamos en la sangre.

Empecé pronto a tantear con la idea de que quizá podía convertir las viejas leyendas (especialmente aquella de Breogán de la que se seguirán dando referencias en estas notas) en una novela. Sin embargo, pronto comprendí que el conflicto interno entre las distintas tribus celtas, galaicas, astures o castreñas, como quiera llamárselas, carecía de proporciones suficientes. Me daba la impresión de que resultaba tan ajeno al lector que sería misión imposible. Sin embargo, cuando descubrí los párrafos de Tito Livio en los que se habla de lo sucedido en el Monte Medulio (como se refiere en la novela), comprendí de inmediato que tenía, a mi juicio, una historia mejor si, en lugar de enfrentar a los celtas entre sí durante un supuesto proceso de unificación, los enfrentaba, a su vez y al tiempo, a la poderosa e implacable Roma.

De inmediato, aprovechando mis salidas de pesca a la provincia de León, en busca de las truchas de sus maravillosos ríos, se sucedieron numerosas visitas al entorno de Las Médulas, que me atrajo de inmediato como escenario, porque, gracias a la explotación minera, podía mostrar, y no contar, como reza el famoso adagio de «Show, don't tell», el inmenso poder de Roma.

Ésos fueron los primeros pasos de una larga carrera que ha durado varios años y que ha dado como resultado estas páginas...

* * *

Empezando por el del protagonista, los nombres propios de buena parte de los personajes de la novela no dejan de ser asunciones de una lengua que apenas conocemos, pese a que aquellas variantes celtas habladas en la península ibérica se hayan podido estudiar incluso mejor que el afamado galo del país vecino.

Los textos de los conocidos bronces de Botorrita y el trabajo de lingüistas me dieron pistas y sirvieron de sugerencia. Aun así, no puedo asegurar que se ajusten a la realidad. Además, en ciertos casos, aunque se trate de nombres descubiertos en epígrafes o pactos de concordia, pueden tener cierto aire latino y no celta, usados en el momento en el

que aquellas gentes empezaron a aceptar la romanización y, con ella, la escritura. De hecho, en este aspecto, es curioso mencionar cómo, al poco de completarse la ocupación y pese a las revueltas, hubo gentes que abrazaron la lengua y las costumbres romanas con soltura, adaptando incluso los antropónimos, y apenas un par de siglos después, cuando ya todo el mundo se había visto sumergido en Roma, empezaron, a su vez, a aparecer menciones y referencias a familias que reclaman un origen celta único y diferencial. En este sentido, puede decirse que fuimos, somos y seremos los mismos, con las mismas preocupaciones y vanidades. Y merece la pena, para aquel que esté interesado, echar un vistazo a los trabajos del profesor Jesús Alberto Arenas, muy ilustrativos en este sentido.

En cualquier caso, retomando el tema de los antropónimos, debo aclarar, pese a que algún lingüista pueda disgustarse conmigo, que he elegido las transliteraciones que más me convenían acorde a la pronunciación que haría de ellas el lector moderno, intentando que fuera cómodo en estos tiempos y entendiendo que ésta debía ser mi prioridad, no la precisión del enfoque de un académico.

Además de los mencionados bronces de Botorrita y algunos epígrafes, como el magnífico ejemplo del Museo Provincial de Lugo, donde aparece el nombre Apanio, también he empleado algunos de los trabajos de mi colega, la novelista Morgan Llywelyn, cuyas historias leí con verdadero interés a fin de preparar este cuento, pues reflejan con gran detalle el mundo celta y druídico.

En este sentido, en los nombres romanos, salvo algunas excepciones, como la del prefecto del pretorio y mentor de Nerón, en el que he utilizado la fórmula Sexto Afranio (abandonando la que he considerado más difícil para el lector por el doble significado, la de Burro, pues el nombre completo era Sexto Afranio Burro), en el resto he optado por las terminaciones más modernas, fáciles para el lector, tal y como Druso en lugar de Drusus.

En el caso de los nombres celtas, he preferido conservar la terminación «clásica» para ayudar al lector a distinguir entre unos y otros con facilidad, dando preferencia, por ejemplo, a Reburrus frente a

Reburro. Desde el punto de vista del rigor histórico, hubiera sido más razonable unificar el criterio; sin embargo, debo insistir, el objetivo era facilitar la lectura.

* * *

De modo similar, para la toponimia me encontré con que, pese a algunas excepciones, no tenemos constancia de los nombres que aquellos celtas dieron a sus tierras e hitos geográficos. Apenas unas pinceladas.

Recurrí a mi buen amigo Vicente Feijoo, encargado de ese extraordinario proyecto llamado Galicia Nomeada que intenta recuperar la microtoponimia de nuestro maravilloso rincón del mundo, y, para mi desilusión, pese a sus vastos conocimientos, fueron pocas las soluciones que pudo ofrecerme, porque incluso identificando el origen latino del topónimo no podía brindarme un sustituto de origen celta. El hecho incuestionable es que, en la mayoría de localizaciones de la novela, el topónimo se forma en latín o lengua romance, sin origen celta.

De este modo, he de reconocer que las elecciones hechas en el texto han sido más bien estéticas, buscando que sonase coherente. Un ejemplo de ello es el de A Lanzada, que en el texto aparece referida como cercana a Foxos. El asentamiento, de altísimo valor arqueológico, es una continua fuente de descubrimientos, y hay arqueólogos que están convencidos de su preeminencia en las rutas comerciales del noroeste atlántico, así como de su incipiente industria en el tratamiento de los pescados; en resumen, me veía obligado a mencionarlo. Sin embargo, el nombre A Lanzada destacaba con tanta fuerza en un texto como el presente, que, repito, por meras cuestiones estéticas, preferí decantarme por la cercana referencia de Foxos.

Quizás algún día los estudiosos encuentren alguna prueba arqueológica que nos permita conocer aquellos nombres celtas. Por el momento, desgraciadamente, debemos conformarnos.

* * *

En el noroeste, de un extremo a otro de la cornisa cantábrica, aquellas gentes, aquellas tribus, tuvieron numerosos particulares que los hicieron y hacen inescrutables en algunos aspectos. Por ejemplo, y de ahí se explica la elección de localizaciones en los primeros compases de la novela, no tendieron a los *oppida* (tal y como los denominó Julio César), antecedentes de las ciudades, resultaron más comunes en las zonas mesetarias, como el caso de la famosa Numancia (o quizá sus equivalentes en las zonas norteñas de Portugal, de los que se conocen algunos ejemplos y han dado en llamarse *citânia*). Era una sociedad quizá más atrasada y quizá, de nuevo quizá, eso la hizo más atomizada. Tenía ciertas peculiaridades intrínsecas.

En cualquier caso, fueran cuales fueran los motivos para esas estructuras sociales, lo que no puede negarse es que los restos de castros, monumentos megalíticos, petroglifos y demás elementos de aquellas culturas perdidas son, en el noroeste (en la franja cantábrica con el norte de Portugal, Galicia, Asturias y Cantabria), muchísimo más abundantes que en lugares que presumen de ello sin sonrojo, como Irlanda, Gales, la Bretaña francesa o Inglaterra.

* * *

Según parece, y así concuerdan los expertos, no hay ninguna referencia escrita a que los que hoy conocemos como «druidas» existieran en el noroeste peninsular. Aunque sí es posible que, como en el país vecino o las islas británicas (que sí cuentan con pruebas documentales), estos «filósofos de la naturaleza» (como parece ser que los denominaron los griegos) vivieran en nuestras tierras. Sin embargo, al no haber certezas, yo he preferido hincar las raíces en el acervo cultural y, sabiendo que las mujeres podían incluirse en esta casta de santos que englobaba a los druidas, bardos y vates, he optado por sustituirlos por esta figura mística que suponen las meigas, aún presentes en el imaginario popular gallego y de las que, no me cabe duda, devengan pasados que han sucumbido al olvido del tiempo. Resumiendo, existieran o no druidas en aquellos tiempos en Galicia, de

no haberlos debieron existir elementos sociales con una entidad espiritual similar, y yo he decidido representarlos a través de una figura femenina que hunde su razón de ser en la más pura raigambre gallega.

Del mismo modo, entendiendo que una sociedad sin escritura (o apenas escritura durante buena parte de su existencia) necesitaría sin duda alguna a quien recordase su historia y la cantase, he incluido entre los personajes a un bardo, porque creo sinceramente que, pese a la falta de pruebas documentales, la tradición popular nos ha enseñado que, en cada pueblo, en cada rincón, siempre ha habido quien miraba con orgullo al pasado y sabía contar las historias de aquellos que, antes que él, habían pisado los mismos caminos.

* * *

Pese a que la Real Academia de la Lengua acepta la acepción de «saco» como una especie de vestidura tosca y amplia al estilo de un gabán, y pese a que en el país vecino se siga empleando la misma palabra para referirse a una chaqueta, y pese a que la raíz de ambas acepciones parezca embebida en el vocablo *sagum*, no me he atrevido a usarla en la novela porque me pareció que resultaría demasiado extraña para el lector. Sin embargo, en estas notas me gustaría aclarar que las capas y capotes encapuchados con los que visten los personajes son precisamente eso; los mismos *sagum* que nos constan en los acuerdos entre romanos y habitantes peninsulares. Acuerdos normalmente de rendición donde los nativos debían dar como pago a los invasores una cierta cantidad de estas prendas de carácter intrínsecamente local y que, al contrario que las vestimentas romanas, se adaptaban al frío y la lluvia.

Hechos de lana e impermeabilizados con grasa animal, estos antiquísimos chubasqueros fueron sin duda una sorpresa para los invasores, pues hubieron de aceptar que las costumbres locales ofrecían grandes ventajas a la hora de adaptarse a un clima y terreno tan húmedo como el del noroccidente peninsular.

En este ámbito, cabe mencionar que algunos arqueólogos comentan que aquellas prendas debían apestar a mil demonios. Sin embargo, tal y

como la experiencia propia me ha hecho comprobar, eso no es cierto. Las sucesivas aplicaciones y secados, así como el uso continuo, dejan un tufillo curioso, cierto, pero no tan distinto al de algunas prendas actuales que reciben tratamientos similares o con ceras. En mi opinión, gente tan acostumbrada a la lucha y a la caza en entornos agrestes sabía bien que andar por el mundo apestando no resulta práctico, sino más bien peligroso.

* * *

Al hilo de los párrafos anteriores, debo añadir algo más.

Probablemente, más que en ninguna de mis anteriores novelas, he hecho un esfuerzo consciente por que la lectura fuera lo más amable posible para el lector. Los meses, las largas semanas, las interminables noches, las muchas horas de documentación me gritaban que usase términos más específicos, que emplease de forma explícita todo lo que había aprendido. Sin embargo, me pareció que expresiones como Beltaine o Imbolc ayudarían poco al entretenimiento de quien no estuviese acostumbrado a términos así, de ahí que me haya decantado por referirme a Beltaine simplemente como «festival de año nuevo».

Son sólo un par de ejemplos (como el de *sagum*), pero creo que ilustrativos. Soy consciente de que hay quien pueda echarlos en falta. Siempre hay lectores que tienen amplios conocimientos de un período o una época y se topan con gusto con este tipo de vocablos. Aun así, creo que la novela funciona mejor cuando está pensada para una mayoría.

Yo lo he hecho con la mejor de las intenciones y espero que estos últimos sepan perdonarme.

* * *

Aunque no podamos establecer un mapa preciso y haya nombres que parezcan flotar sin llegar a posarse en un lugar concreto, gracias a los textos clásicos y a algunos epígrafes, se ha podido reconstruir una distribución de las principales tribus que ocuparon los territorios norteños de la península; y, aunque he preferido generalizar con la

denominación única de «celta» a fin de hacer el texto más cercano (e impactante) para el lector, me he aprovechado de esos nombres para algunas de las menciones de la novela, de ahí el uso de vocablos como «tiburos», «nerios», «seurros», «ogurros», «bíbalos», etc. Cuando lo he hecho, he tenido siempre en cuenta las referencias de los textos clásicos respecto a su área de influencia y, si procedía, respecto a sus costumbres.

* * *

A colación de lo anterior, la falta de cohesión entre las distintas tribus, clanes, unidades sociales de aquellos habitantes del noroeste parece evidente por las fuentes clásicas y por los retazos de leyendas que han llegado hasta nuestros días. De hecho, las revueltas de Vercingetorix en la Galia o la de Boudica en la actual Inglaterra ponen de manifiesto que no era sencillo para las tribus aliarse a fin de luchar unidos frente al enemigo. Y quizás esa falta de entidades sociales superiores fuera la primera gran debilidad que ponía a estos pueblos a los pies de los caballos romanos. Elementos como las luchas entre reyezuelos rivales, el famoso combate singular, los abundantes robos de ganado o el evidente espíritu guerrero de aquellas gentes evidencian cómo su peculiar fortaleza (el arrojo y el valor con el que miraban a la muerte) los volvía débiles (al despreciar la unión frente a un enemigo más poderoso).

De hecho, la famosa leyenda de Breogán, tal y como se extrae de las crónicas medievales irlandesas, vendría a decir que este rey, régulo, líder, o como se le quiera llamar, unificó primero a todas las tribus gallegas y después construyó la famosa Brigantia, con su imponente faro, desde el que habrían visto Irlanda, donde su hermano Ith moriría y, al hacerlo, inspiraría a su nieto Mil a buscar venganza y terminar por conquistar la isla.

Sucintamente, así lo retratan las crónicas medievales que los propios monjes irlandeses recopilaron en el más que recomendable *Lebor Gabála Érenn* o *Libro de las conquistas irlandesas*.

* * *

Que yo sepa, no hay ninguna constancia de que los llamados celtas (de nuevo, castreños, si se prefiere) usasen estandartes con colas de caballo prendidas. Sin embargo, sí las hay de que los iberos emplearon figuritas en bronce de jinetes que, supuestamente, coronaban astiles que servirían como estandartes con algún tipo de simbología que no podemos precisar. Ejemplo de ello es el famoso Jinete de la Bastida y otros similares sobre los que el profesor Almagro-Gorbea ha escrito artículos más que interesantes.

En cuanto a la adición de las colas de caballo (inspirada en lo que sí hicieron, por ejemplo, los mongoles de Gengis Kan), me pareció un aditamento lógico entre gentes que parecían tener en tan alta consideración a los caballos (de los restos que se han encontrado, en pocos se puede afirmar que los équidos se usasen como alimento), y más aún en una tierra que durante siglos ha mantenido la tradición de la *rapa das bestas*, en la que los mozos del pueblo, cada primavera, intentan dominar a los caballos salvajes para cortarles las pelambres invernales y prepararlos así para la temporada estival. Práctica que, en cierto modo, también es descrita en los textos clásicos cuando se menciona a los jóvenes celtas que derriban a los caballos con sus propias manos y más tarde emplean esas mismas bestias para hacer incursiones en la meseta.

Además, aunque se hayan perdido buena parte de estas costumbres, aún hoy en día sigue habiendo artesanos que trabajan las crines de caballo, y, como pescador, he conocido más de un modelo de mosca artificial montada con este material de raíces culturales tan hundidas en nuestro pasado.

* * *

Aunque probablemente nunca podremos tener certezas, entre los cultivos anejos a los castros gallegos se han encontrado pruebas que aseguran que aquellas gentes conocían el trigo, la cebada, el centeno o las habas (este caso muy particular, pues la alternancia con leguminosas

permite mejores rendimientos agrarios por motivos demasiado complejos para estas páginas), entre algunos otros menos significativos. Sin embargo, si he elegido el mijo para la primera escena de la novela es como muestra de la herencia cultural de mi tierra.

Diversos estudios antropológicos sugieren que el mijo era parte importante de la dieta de aquellos tiempos, más de lo que se sospechaba en un principio para estas latitudes, y, en el caso gallego, el mijo sigue presente de una manera velada. Tmbién llamado millo, dio nombre al maíz que se trajo del otro lado del océano. En Galicia, a este cultivo de origen centroamericano que ocupa una parte reseñable de las tierras de labranza se le denomina, justamente, millo (cierto es que las espigas del mijo y las mazorcas de maíz tienen cierto parecido), y al ya olvidado mijo se le ha quedado el apelativo de «millo pequeno». Mi tío, que fue molinero en tiempos, me habló, siendo yo niño, de cómo, de tanto en tanto, aún había quien le llevaba un saco de aquellos granos redondos y duros. Pero, además, yo conocí a un artesano, ya fallecido, que hacía escobas con las espigas de mijo una vez desprovistas de grano. Y en una ocasión, hace ya años, hablando con un pescador de Burela especializado en perseguir a los rápidos bonitos, me explicó cómo se usaban las hojas secas del maíz y de las envolturas de las mazorcas para vestir anzuelos con los que crear artificiales que sirvieran para engañar a los peces; e incluso me contó cómo, en su infancia, había empleado para el mismo propósito las espigas de mijo. En suma, esta gramínea ocupaba en la sociedad gallega un lugar más importante del que pueda parecer a primera vista.

* * *

La descripción que en estas páginas se hace del castro de Lagouzos es una pura invención (también en cierta medida para el caso de Fazouro, aunque hoy tengamos muchísimas más referencias al respecto y éste sí sea un yacimiento visitable). Como ya se ha mencionado, el lugar nunca ha sido excavado propiamente, ni siquiera datado con precisión. Y, pese

a haberlo visitado en infinidad de ocasiones, dado su estado actual, poco se puede afirmar.

Sin embargo, hay que aclarar que lo que se ha intentado es mostrar los elementos lógicos y comunes a un castro de los tiempos inmediatamente posteriores al cambio de era. Es muy probable que en el castro de Lagouzos las murallas fueran más modestas de lo que se menciona en estas páginas, y puede que tampoco hubiera sauna (o casa de vapor; en el texto se evita el empleo del término finés para no resultar anacrónico); incluso puede que tampoco los enormes capazos que, según parece, son antecedentes de los clásicos hórreos gallegos, ni piedras hincadas entre la muralla y el foso, o que, en suma, la arqueología demuestre algún día que lo que aparece en estas páginas no se ajusta a la realidad (y ojalá lo hiciera, porque eso significaría que el lugar ha sido excavado). Sin embargo, el espíritu de la narración no pretende mostrar una verdad arqueológica, sino más bien ofrecer un relato coherente de unas gentes, un tiempo y un modo de vida.

De haber escrito esta novela hace diez años, jamás me hubiera permitido una licencia así. Hubiera incluido en el texto explicaciones que hablarían de lugares donde sí existían esos elementos, sin tener en cuenta que, como la experiencia me ha demostrado, el texto resultaría mucho más pesado y, además, se entorpecería la trama al evitar que el motor narrativo, la acción, se desarrollase como debe.

Como siempre en esta maravillosa profesión, se ha tratado de caminar por la cuerda floja, aceptando un compromiso entre lo riguroso y lo estético. Y quisiera reiterar en este punto que espero no decepcionar.

Debo añadir que todo se ha hecho con la mejor de las intenciones. Me pasé horas deambulando entre los zarzales de Lagouzos para imaginar la vida en aquel lugar y ver hasta los mínimos detalles, esos que se escapan al visitar un yacimiento arqueológico, porque, al contrario que las piedras, no perduran. Como los bloques de sal, los telares, los animales, etc.

* * *

El comercio marítimo en el llamado arco atlántico en la Edad del Hierro es indudable. De hecho, entre los restos arqueológicos de los castros gallegos se han hallado numerosos elementos que lo demuestran. Y también unos cuantos que, al tiempo, ratifican un comercio con zonas mediterráneas, como si, de algún modo, aquella Galicia de antes de nuestra era fuera un jinete con dos caballos. Sin embargo, muchos estudiosos hacen especial hincapié en esa vertiente atlántica, e incluso algunos, como el respetado Barry Cunnlife, plantean que, de hecho, los llamados pueblos celtas nacieron, precisamente, en ese arco atlántico y, como postula en su libro *Celts from the West*, son estos hombres de poniente los que se instalarían en las zonas centrales de Europa donde, hasta el momento, se ha fijado la cuna de estos pueblos. De hecho, siguiendo la misma línea de pensamiento del profesor británico, se han publicado en los últimos años algunos trabajos, como el del profesor Bryann Sykes, que vienen a respaldar estas ideas tan innovadoras a través del estudio genético de poblaciones en el noroeste peninsular y en las islas británicas. Además, algunos lingüistas también han empezado a alentar teorías similares. Todo ello, en suma, viene a significar que resulta razonable desechar las viejas teorías.

Sea cual sea la verdad, si algún día logramos descubrirla, lo innegable es que en aquellos tiempos se usaron a menudo barcas hechas con entramado de ramas y pieles embreadas (ha habido incluso reproducciones que navegaron en tiempos cercanos), y que, aproximadamente, cuatro eran los días que podía tardarse en navegar hasta el Cádiz fenicio y cuatro también para arribar al Cardiff celta.

Quizás aquella manida leyenda de que los descendientes de Breogán colonizaron la mágica Irlanda tenga algún viso de realidad.

Sea como fuere, la ausencia de enterramientos, como los de los campos de urnas centroeuropeos, y otros elementos curiosos hacen que estos celtas del noroeste, atlánticos si se prefiere, castreños si se quiere, tengan, como pueblo, unas características peculiares y únicas.

Por otro lado, y al hilo de los párrafos anteriores, hay suficientes pruebas arqueológicas para comprender que este arco atlántico del

mundo celta tuvo un contacto más que notable con el mundo fenicio antes de que la todopoderosa Roma barriera a los cartagineses de la península. Hay abundantes elementos, como el llamado Tesoro de Caldas, que ponen de manifiesto cómo la orfebrería y el trabajo en metales diversos (como los lingotes de estaño que se usaban para comerciar) se taraban, medían y pesaban acorde al sistema de pesos y medidas fenicio. Argumento al que acompaña la presencia de restos arqueológicos de evidente origen fenicio, como cerámicas y adornos corporales.

Por último, en este sentido, es recomendable para el interesado echar un vistazo a los trabajos de P. Braun, donde, de manera muy ilustrativa, presenta la evolución humana y social de la Europa de la Edad del Hierro con tres arcos concéntricos, en los que el más interior sería el del entorno mediterráneo, afectado por Grecia y Roma; el siguiente, el de una cultura mixta, y el último, más externo, el plenamente celta. En los mapas de este arqueólogo, acorde a sus teorías, se refleja el carácter peculiar de la península ibérica, que, de un modo único en el entorno europeo, se ve abarcada por los tres arcos.

* * *

Aunque en la novela se hace mención al uso del arco en algunas ocasiones, conviene aclarar que fue un arma que los pueblos de estas páginas no favorecieron en demasía. Son pocos los restos arqueológicos que avalan su uso; sin embargo, como arquero, no he podido evitar la tentación de aprovecharme de esas excepciones para darle cierto protagonismo de tanto en tanto.

* * *

Cuando se mencionan los cantos fúnebres y el soplar de los cuernos, el texto se basa en viejas tradiciones del noroeste peninsular.

En la Galicia más rural, hasta hace no mucho se practicaba esa mística costumbre de que los asistentes a un velorio entonasen cantos rítmicos que recordaban al zumbido de un abejorro y que, por eso mismo, en

gallego dieron en llamarse *abellón*. Y existen algunas referencias, así como un famoso poema de Alfredo Brañas, que lo fundamentan (aunque haya estudiosos que lo nieguen y tachen de falacia). En cualquier caso, documentada o no, hay antropólogos e historiadores que encuentran las raíces de esta costumbre en tiempos tan lejanos como los de estas páginas.

En ese sentido, y siguiendo con las costumbres funerarias, debe mencionarse que los ritos de aquellos castreños son un absoluto misterio, pues los restos arqueológicos son prácticamente inexistentes. Aun así, recientes descubrimientos en Vilalba parecen abalar la idea de que a los fallecidos se los incineraba y sus cenizas se guardaban en urnas que se depositaban en una cista bajo la vivienda. Con la salvedad hecha, como demuestran las pinturas de algunas cerámicas, de los guerreros muertos en combate, que, como en tantos otros lugares del mundo, eran ofrecidos a las aves carroñeras para ser descarnados.

* * *

No son éstas las páginas para ahondar en las controversias sobre las legiones que guardaron la explotación de Las Médulas, o al respecto de si fue la Sexta o la Séptima la responsable del asentamiento que hoy conocemos en España como León. Y mucho menos para profundizar en el peliagudo asunto del modo en que Sulpicio Galba estiró los párrafos del ordenamiento jurídico romano para preparar a los legionarios que deberían derrocar al controvertido Nerón.

Lo cierto es que la verdad, como en otros temas en esta novela, resulta tan oscura, compleja, controvertida y, a la vez, incierta, que no he tenido escrúpulos como novelista (que no como historiador) en simplificar el asunto, asumiendo que el grueso del contingente presente en los momentos de la novela quedaba constituido por la conocida como Legio VI Victrix y que buena parte de sus efectivos eran los que se encargaban de la explotación minera. Del mismo modo, he simplificado, aceptando que la Legio X Gemina se acantonaba en Astorga.

El hecho es que las idas y venidas, las refundaciones y la compleja burocracia del enorme aparato militar romano hicieron que me decantase enseguida por simplificar, para presentar una novela lo más limpia posible, con poca narrativa de la que, en el oficio, suele denominarse de «exposición».

En suma, en éste, como en muchos otros aspectos, y por el bien de la propia novela, he procurado simplemente ser veraz, arrinconando la verdad a un lado.

* * *

El proceso extractivo del oro en la explotación de Las Médulas es todavía un misterio. Hay más intuición que certeza.

Me he decidido a numerar los montes y a usar ese tipo de referencias porque he encontrado señalizaciones así en tiempos medievales y creo que puede ser razonable pensar que en días pretéritos también pudo hacerse; sin embargo, no tengo constancia de ello.

Por otro lado, el empleo de vellocinos para capturar el oro, material pesado que se depositaría por decantación en los canales de lavado, sí es bien conocido, y, de hecho, muchos estudiosos explican así el viejo mito del vellocino de oro, asumiendo que no se trataría como tal de un carnero dorado, sino de un vellocino normal que estaría lleno del reluciente metal tras haberse empleado en una explotación de este tipo.

* * *

De los textos clásicos, especialmente gracias a las descripciones de Estrabón, se puede interpretar que los hombres de aquellos castros se reunían en bancos no tan distintos a los que, siglos más tarde, se asentarían primero en los laterales de las *lareiras* y después en torno a las llamadas «cocinas económicas». De ahí que me haya parecido razonable incluir escenas como las que yo mismo viví de niño en un entorno similar.

Sin embargo, ni arqueológicamente ni a través de los textos, que haya podido averiguar, se puede confirmar que la arraigada costumbre de

mantener las gallinas bajo esos mismos bancos se remonte a los tiempos que enmarcan esta historia. Aun así, fue durante generaciones una tradición de fuerte raigambre y, además, tiene aspectos tremendamente lógicos, como el de asegurarse una mejor producción de huevos (gracias al calor del interior de la vivienda) o proteger a las gallinas de las rapaces.

Por otro lado, y a colación de lo anterior, los restos arqueológicos del consumo de aves son escasos, dada la propia naturaleza de los restos (huesos más pequeños y frágiles que los de otros animales de granja) y de la actividad avícola en sí misma (no son necesarias infraestructuras específicas), y hay quien discute que en aquellos tiempos pudiera haber aves domésticas en el territorio galaico. Sin embargo, me he decantado por ilustrarlo de este modo porque creo que las tradiciones en toda la cornisa cantábrica deben tener, por fuerza, un antecedente muy antiguo. Ahora bien, ha de quedar claro que no hay elementos arqueológicos que lo avalen.

* * *

No parece haber una respuesta clara sobre si los castaños del noroeste, tan arraigados hoy día, fueron traídos desde Oriente por los propios romanos o bien por otros viajeros más tempraneros desde algún rincón de Asia.

De hecho, y los historiadores y botánicos no parecen ponerse de acuerdo, hay quien cree que el castaño es oriundo de estas tierras peninsulares (hay algunos trabajos en relación a hongos simbióticos que así parecen abalarlo).

Sea o no sea endémico, hay razones suficientes como para considerarlo un árbol común ya en aquellos tiempos, y, pese a las dudas arqueológicas, históricas e incluso botánicas, me he decidido a incluirlo porque se ha convertido en un elemento idiosincrásico de la cultura del noroeste peninsular, no sólo por sus frutos, sino también por su madera, que, durante siglos, ha sido la preferida para los trabajos domésticos por sus maravillosas cualidades. Aún hoy en día se pueden

visitar multitud de casas en las que el suelo, las ventanas y casi cualquier guarnición está hecha con madera de castaño (e iglesias cuyos bancos, algunos con más de un siglo, se construyeron con el mismo material).

* * *

La construcción de la muralla de Lugo, la versión final que ha perdurado hasta nuestros días (al menos en buena parte) es una historia en sí misma y, por lo que parece, posterior a los tiempos retratados en estas páginas. Sin embargo, es factible plantear que, como en otros lugares, la muralla fuera la consumación de parapetos o empalizadas anteriores que, lógicamente, se habrían ido reforzando y ampliando según la conveniencia y el tiempo. Algo habitual en los campamentos castrenses romanos, que evolucionaban a medida que su carácter cambiaba.

En un principio, parece que las pruebas arqueológicas vienen a demostrar que el recorrido de la actual muralla se plantea mucho después del levantamiento de la ciudad como tal, y que se hizo siguiendo un trazado que, de hecho, cortaba parcialmente elementos de dicha ciudad.

Imaginar esas primeras versiones de la que sería la futura muralla ha servido para la inspiración de esta historia, pero la que puede verse hoy (una visita que merece la pena) es de alrededor de siglo y medio más tarde (puede que incluso dos) y ha sufrido a lo largo de los años algunas modificaciones completamente anacrónicas que, sin embargo, no desmerecen su imponente aspecto.

Para comprenderla mejor, así como el propio pasado romano de la ciudad, hay un buen número de elementos musealizados, así como pequeñas exposiciones en distintos puntos de la ciudad. De hecho, en el llamado MIHL (Museo Interactivo da Historia de Lugo), se conserva una de las que se supone piedras fundacionales de la propia ciudad (en ese complejo ritual lleno de tradición y costumbre que los romanos llevaban a cabo para estas tareas), a cargo del legado Paulo Fabio Máximo, entre el año 15 y el 13 a. C. y sobre suelo en el que, en el

contexto de las guerras asturcántabras (de unos años antes), Cayo Antistio Veto había levantado un campamento militar para que la Legión VI Victrix progresara en la conquista y dominación del territorio. Se supone que el auténtico desarrollo de la ciudad se producirá algo más tarde, ya bajo la dinastía Flavia.

* * *

A colación de este aspecto romano de la ciudad y de su enfrentamiento con las tribus locales, desde hace unos años proliferan algunas celebraciones que ponen en valor estos pedazos de historia al modo de las fiestas de moros y cristianos de la costa levantina. Y, aunque sería imposible mencionarlas todas, me siento en la obligación moral de nombrar y recomendar las que más me atañen. Cada junio se celebra en la capital lucense una Fiesta de Interés Turístico Nacional denominada Arde Lucus, y, en términos parecidos, cada mayo, en el ayuntamiento lucense de Friol, se organiza el Friulio.

En ambas (como en otras en la geografía gallega), se ofrecen recreaciones de aquellos tiempos: mercados, interpretaciones históricas y, como es lógico, divertimento. Y todas ellas son visitas más que recomendables para el turista y el curioso.

* * *

Si las crónicas aciertan, cuando el infame Nerón murió (personaje discutido, controvertido y poco entendido), aquel que había conspirado para acabar con él y robarle los laureles, el general Sulpicio Galba, detuvo su propio suicidio al recibir la noticia en Clunia (conocida hoy como Coruña del Conde y sita en la vía romana entre las actuales Zaragoza y Astorga). El mensaje había recorrido unos dos mil kilómetros en apenas siete días; es decir, casi trescientos kilómetros diarios. Racionalizar algo así puede hacerse complejo y controvertido, pero el hecho innegable es que las vías romanas conectaron los extremos del Imperio de una forma asombrosa.

En este sentido, me gustaría hacer hincapié en el magnífico trabajo realizado por el investigador y divulgador Isaac Moreno Gallo, que, gracias a sus estudios de ingeniería, ha logrado clarificar una incontable cantidad de polémicas que la arqueología y las humanidades habían dejado sin resolver.

Como alguien formado en ciencias, en ocasiones, al leer cuestiones históricas, me asaltaban dudas respecto a los planteamientos que los historiadores y arqueólogos hacían en relación a edificios, construcciones, servicios y otras obras públicas. Así, me encontraba de tanto en tanto con incongruencias que no pudieron resolverse hasta descubrir los magníficos trabajos de este investigador, cuya lectura, estudio y visionado recomiendo encarecidamente a cualquiera que desee comprender la ingeniería romana.

* * *

Pese a los textos de Suetonio y otros semejantes, la biografía y la propia figura del emperador Nerón resultan, cuando menos, controvertidas.

En los últimos tiempos se ha tendido, parece, a dulcificar alguno de los aspectos más negativos de la peculiar personalidad del personaje y se le ha exonerado del famoso incendio que asoló Roma, ya no sólo porque no estuviera presente, sino también por la buena disposición con la que regresó y la ristra de buenas y coherentes acciones que, de primera mano, incitó para paliar la tragedia. En este sentido, debo decir que las conferencias de la profesora Eva Tobalina han sido de gran ayuda para mí, y recomiendo su visionado a cualquier interesado en el tema. Sin embargo, sus excesos, incluyendo el de su propio suicidio, parecen dar pábulo a una personalidad compleja e histriónica que alimenta fácilmente la imaginación del novelista.

Yo he de reconocer que, como el maestro Robert Graves antes que yo, he preferido enfocar mi retrato del emperador en términos que sirvieran a la argumentación de la novela que, si bien veraces (al menos hasta cierto punto), no son históricos.

Un ejemplo de ello es la repetidísima anécdota de la felación a cargo del amante de su madre (que bien podía haberse convertido en el sucesor del emperador de haber salido bien los planes de Agripina la Menor). Puede que esté basada en hechos reales o puede que no, pero sin duda parece que ya desde los tiempos de los clásicos se tomó como cierta, quizá porque cuadraba con el personaje.

En cuanto a la posibilidad de que Nerón tuviera tan a mano un asesino como el que aparece en estas páginas en la figura de Sila, no hay ninguna evidencia histórica; sin embargo, dados los atentados contra su madre y el sorprendente número de envenenamientos que rodean la vida del peculiar emperador, creo que es factible asumir que algo así sería posible, pues resulta difícil imaginar, aunque sólo sea por su personalidad, que él mismo se encargase de esos trabajos sucios.

* * *

En cuanto a las legiones, sus cargos, jerarquía y funcionamiento, debe aclararse que se ha intentado conservar, siempre que ha sido posible, una terminología y vocabulario que resultara cómodo para el lector.

Como dice mi admirado Eduardo Mendoza, es fácil perderse en la documentación y querer presumir de todo lo aprendido. Sin embargo, los años me han enseñado que una novela no debe ser un ensayo técnico. He preferido utilizar la expresión «custodio del armamento» (en una traducción libre, pero fácilmente entendible) que resultar más preciso históricamente y expresarlo como *armorum custodes*.

Creo sinceramente que el escritor de novela histórica camina al borde del precipicio en estos aspectos; se hace necesario dotar a la novela de la mayor cantidad de detalles posibles que den veracidad a la historia y, sin embargo, debe hacerse sin que se abuse del texto explicativo y, además, evitar que las palabrejas y términos entorpezcan la lectura.

En mis primeras novelas, tenía el prurito de decantarme por la precisión en la terminología histórica. Hoy en día creo que aquello era un error.

* * *

Hay estudiosos que señalan que en las explotaciones mineras romanas no se empleaban esclavos como tal y que, en realidad, la población indígena trabajaba a cambio de un salario. Sin embargo, sin negar que esa posibilidad pudiera ser cierta en determinados lugares, circunstancias y momentos, en el impresionante yacimiento de Las Médulas resulta difícil asumir que alguien estuviera dispuesto a jugarse el pellejo a cambio de un magro sueldo.

Los estudios modernos vienen a acordar que, tras la conquista de la Galia, un tercio de la población había sido masacrada, otro más convertido en esclavo y sólo el último quedó con vida. Si algo similar sucedió tras las guerras asturcántabras, parece razonable asumir que esa mano de obra se emplease, precisamente, en una explotación tan cercana, en la que, con el paso de los años, se llegaron a extraer alrededor de diez mil kilos de oro.

* * *

El proceso metalúrgico específico a través del cual los ingenieros romanos transformaron el oro menudo extraído de los montes bercianos en monedas de uso corriente no está del todo claro, y son varias las teorías al respecto. Ahora bien, la complejidad de los procesos me aconsejó no abusar en las especificaciones o explicaciones técnicas, ya que, al fin y al cabo, el argumento giraba en torno a la explotación y no tanto a la factura posterior.

* * *

Los frescos de la estancia en la que Nerón recibe a Sila existen y, afortunadamente, aún son visitables. Son los que decoraban una de las dependencias en la sección del palacio imperial donde residía la tatarabuela de Nerón y esposa de Octavio Augusto, Livia Drusila.

* * *

Se supone que el proceso de curtir los cueros con corteza de roble es incluso más eficiente que el moderno proceso que utiliza cromo, pero que, al necesitar mucho más tiempo, en remojo resulta descartado por el incremento del coste.

* * *

Cualquiera que tenga curiosidad puede rebuscar en la hemeroteca y encontrará referencias sobre los intentos de construir barcos de inspiración celta a finales de los setenta en un proyecto que, al parecer, involucró a varios ayuntamientos y a la Universidad de Santiago de Compostela, pero que, por desgracia, terminó en agua de borrajas.

En los textos clásicos, hay varias descripciones que no resultan especialmente útiles, pero que podrían conectar las leyendas gallegas con aquellas irlandesas de que los monjes medievales se echaban al mar en «cestos» de mimbre, quizás una mera exageración sobre estos primitivos barcos.

En la novela, además de la escasa documentación al respecto, se han usado referencias más completas de los barcos fenicios encontrados en el puerto de Mazarrón, de los que hay abundante información, incluso réplicas, en el Museo Nacional de Arqueología Subacuática de Cartagena, a donde me llevó mi querido amigo Obdulio López en el marco de la Semana de Novela Histórica de Cartagena, un maravilloso encuentro con lectores y compañeros de profesión.

* * *

Para los precios y el cálculo de los llamados costes de la vida en los tiempos de la novela, se ha empleado el tan conocido *Edicto de precios máximos* del emperador Diocleciano, intentando paliar la diferencia de dos siglos y medio considerando la posible inflación, algo por lo que estaré siempre agradecido a las cuentas que Arturo Souto hizo para mí.

Además, para referencias más cercanas en el tiempo, han resultado muy útiles los trabajos del profesor Daniel Esperber.

Es probable que los precios no sean al cabo realistas, pues no todo estaba definido y la comparación entre diferentes productos es prácticamente imposible por la falta de referencias. En cualquier caso, como última referencia, baste decir que, en los tiempos de Nerón, el coste de una ración diaria de un pan de calidad media rondaría el sexto de un denario (alrededor de tres ases), y un trabajador medio podría conseguir por día entre dos y seis veces más.

La equivalencia en tiempos imperiales sería que dieciséis ases valen tanto como cuatro sestercios o, a su vez, un denario.

Y en los registros de Pompeya, como última nota, se halla la anotación de la venta de un esclavo por seis mil sestercios, aunque sirva de poco el dato como tal, pues lo que no se especifica es la «calidad» del esclavo.

* * *

No podemos asegurar cómo era la sociedad de aquellos celtas o castreños. Tampoco sabemos con certeza si había esclavitud, por ejemplo, y los grandes estudiosos del tema no logran ponerse de acuerdo, pues de las pocas pistas que tenemos se pueden extraer conclusiones distintas.

En estas páginas, se ha intentado actuar con coherencia, pero ha sido necesario asumir ciertas ideas y conceptos.

Es probable que hubiera una división por algo similar a castas, dando a entender que los guerreros, los luchadores, los que garantizaban la seguridad y la prosperidad estuvieran un escalón por encima de los demás.

Tal y como los siglos posteriores pusieron de manifiesto en lugares como Escocia, así como algunos epitafios ratifican, la pertenencia a un clan, a un grupo, a un castro, pudo tener una enorme importancia. Y verse fuera de ese círculo protector pudo haber sido una condición cercana a la de paria.

El carácter o aspecto animista de su religión parece más que posible, no sólo por las evidencias que tenemos, sino por mero paralelismo con

otras sociedades de parecido desarrollo técnico e industrial.

Sociedades posteriores, quizás herederas, en Gales, en Escocia, incluso en los países nórdicos, nos han dejado pistas. Y también la cultura popular, que, a través de la tradición oral, nos ha proporcionado innumerables piezas del puzle. Pese a todo, creo que debemos admitir sin ambages que no tenemos la imagen completa de ese puzle.

* * *

Cuando se describen ciertas particularidades de los distintos castros y de los enfrentamientos con los romanos, hay trabajos que han resultado especialmente útiles y que pueden servir para satisfacer curiosidades.

Rampas de acceso prerromanas, la destrucción de las defensas tras el asedio romano, elementos de la vida diaria en ambos bandos e incluso métodos de lucha han quedado descubiertos, corroborados y reafirmados gracias a las fantásticas campañas arqueológicas que se han llevado a cabo en el marco de las llamadas guerras asturcántabras. Y, en concreto, no puede dejar de recomendarse el yacimiento y la musealización del Castro de la Loma en Santibáñez de la Peña, en la provincia de Palencia.

Este yacimiento, hasta el momento, se ha mostrado único para entender el asedio romano a una población indígena. Un auténtico campo de batalla, donde, pese a los furtivos del presente y a los legionarios que recogían los restos tras la victoria, la abundancia de materiales resulta apabullante. De lo que se extrae del yacimiento, y de otros cercanos como el del monte Bernorio, se desprenden increíbles conclusiones que permiten entender mejor nuestro pasado.

Sin duda, los trabajos del profesor Eduardo Peralta Labrador y de todos los que han seguido el camino que él inició merecen una mayor valoración de la que reciben y deberían ser considerados con la importancia real que tienen. Desde fuera de la profesión y del ámbito académico, en ocasiones da la sensación de que, como en otros fueros, los españoles tendemos a despreciar lo patrio y no darle el valor suficiente por el mero hecho de resultar cercano.

* * *

El campamento romano de Ciadella, en la preciosa tierra de Sobrado dos Monxes, aún resulta incipiente en cuanto a estudios arqueológicos. Pero sí parece probado que resultaría contemporáneo a la novela.

Esta preciosa villa (a la que también hice referencia en *Laín. El bastardo*) cuenta también con un maravilloso monasterio que es una visita obligada y que explica por qué no puede recomendarse aquí una visita a las fuentes del importante río Támaris, Tambre en la actualidad, ya que esas fuentes fueron aprovechadas por los frailes para, con maestría, generar una laguna artificial que les permitía alimentarse de truchas y bogas fácilmente, además de disponer de agua para riego y otros menesteres.

El río, uno de los más importantes del territorio gallego, tiene además un profundo significado histórico, pues de él devengan denominaciones como la de Trastámara, tan importante en la monarquía española. En cualquier caso, regresando al campamento romano, sí que parece destacar en él la estructura almacenera conocida como *horreum*, que podría tener sentido como un punto intermedio para asegurar la ruta entre la actual Lugo y la costa.

* * *

Según los estudiosos (de opiniones variadas), no podemos asegurar que todos los castros tuvieran una leyenda fundacional que justificase el emplazamiento de la fortificación. Sin embargo, es algo que sí parece asumible para muchos y, en estos casos, ésta sería una explicación del guerrero que había dominado el territorio a través de las armas. Por lo general, venciendo a un gran toro, matando a un oso o deshaciéndose de un peligroso jabalí (como se cuenta en estas páginas). Y los antropólogos admiten este tipo de mitos fundacionales, pues, en el fondo, la historia es la del hombre domeñando la naturaleza.

* * *

Respecto a la mención a Vindolanda, ese maravilloso emplazamiento arqueológico en los lindes escoceses, cabe aclararse que podría resultar un poco temprana. Las increíbles tablillas de madera de roble con innumerable correspondencia que han sido halladas en el yacimiento nos han enseñado muchísimo sobre el día a día de un destacamento militar romano. Sin embargo, datarían de alrededor de veinte años después de lo que aparece en estas páginas. Aun así, utilizar un personaje que hubiera podido estar allí, sus experiencias vitales y hacer referencia al alto número de compromisos con mujeres locales y consecuentes deserciones me pareció un modo inestimable de reflejar la vida castrense de las legiones. De ahí la referencia y su utilización. Aun así, quede claro que, a falta de nuevos descubrimientos, no sería adecuado establecer esa conexión.

* * *

Se ha empleado el nombre de Marco Septicio para el portador del águila en honor al *aquilifer* real que puede encontrarse en la famosa placa cordobesa. Las fechas no coincidirían, pero resulta un bonito guiño, porque, además, ha permitido reflejar, a través del personaje, algo que, de otro modo, hubiera sido complejo sin acudir a subtramas demasiado alejadas del eje argumental.

El año de la muerte de Nerón se conoce como «el año de los cuatro emperadores». La corte imperial era un avispero donde el que no moría envenenado lo hacía apuñalado, y, por más que le pese a algún historiador, la verdad es que las crónicas demuestran que algunos de los tópicos que han perdurado en el imaginario popular tienen razón de ser. Por supuesto, no todos, y no tan exagerados. Calígula no nombró senador a su adorado Incitatus; probablemente fue una broma sacada de contexto que, tras su muerte, sus detractores decidieron exagerar. En cualquier caso, este personaje, este portador del águila, ha permitido adornar un poco más las complejas relaciones entre los entes de poder romanos, algo que se hacía necesario para generar verosimilitud en la trama principal.

* * *

En todas mis novelas hay homenajes a escritores a los que admiro profundamente. Algunos de ellos, conscientes, y muchos, supongo, inconscientes. En este caso, hay una mención obligada que hacer al gran maestro Stephen King, al que la crítica no siempre ha tratado tan bien como se merece, al menos en mi opinión.

Siempre he creído que una de las mejores historias carcelarias de todos los tiempos es *Rita Hayworth and the Shawshank Redemption* (llevada al cine con gran éxito). Considero, sin haber estado nunca en la cárcel, que el modo en el que refleja la esperanza y la desesperación del prisionero es brillante, y reconozco sin pudor que el maestro me ha servido de guía para contar mucho de lo que le pasa a Tarvus en las minas de Las Médulas.

* * *

El lago Nemorensis, conocido hoy en día como lago Nemi, fue en efecto el atracadero de dos naves gigantescas, las más grandes jamás construidas por el hombre durante siglos (y con tecnología como los cojinetes de bolas, que, hasta ser descubiertos en las excavaciones arqueológicas, eran considerados un invento de anteayer). Ahora bien, la construcción de las naves se atribuye al controvertido Calígula, y no se sabe con certeza si Nerón pudo o no usarlas (aunque resulte factible).

Aunque muchas piezas originales se perdieron durante los bombardeos de la Segunda Guerra Mundial, se han hecho fantásticas reproducciones y también modelos a escala que dan una idea de lo que fueron aquellos prodigios, y, para verlos, basta acercarse al museo sito a orillas del mismo lago.

* * *

Es cierto que para el año 66, Nerón había reclutado una legión que llevó el nombre de I Itálica y que se suponía estaba destinada a

conquistar Armenia. Y también lo es que fueron hombres escogidos, excepcionalmente altos y fuertes.

Ahora bien, no es cierto que antes de la formalización de esa legión se enviara un contingente a Hispania. Sin embargo, a mi entender, resulta veraz, y las menciones sobre los hombres elegidos, el cómo y el porqué reflejan de modo sucinto el carácter nervioso del propio Nerón y su dubitativa manera de actuar.

* * *

La uniformidad de los legionarios es un tema tan amplio como para llenar varios volúmenes. En este caso, se ha preferido simplificar por el bien de una lectura desahogada; sin embargo, cabe hacer algunas puntualizaciones, acorde a los últimos argumentos expuestos por los expertos en la materia, y siempre en referencia al período de mediados del siglo primero de nuestra era, marco temporal de estas páginas.

No parece que, pese a lo que nos han hecho creer las producciones audiovisuales, la uniformidad estuviera tan conseguida como en los ejércitos actuales. Habría túnicas, escudos y equipamientos variados, aunque siempre con determinados elementos comunes que, entre otras cosas, ayudarían a identificar unidades como la cohorte.

Aun siendo de uso bastante extendido, la loriga segmentada no debió ser la más abundante, y se sugiere que la anillada (con probabilidad una idea robada, precisamente, a los celtas) resultó más popular.

El rojo, como ya comenté en mi novela *Balvanera*, se conseguía, principalmente, gracias a la raíz de rubia; por lo tanto, aunque recién teñidas tuvieran un color vibrante, lo cierto es que la mayoría de los legionarios irían vestidos con un curioso tono rosado.

* * *

El asunto de la *devotio iberica* da para tomos y tomos, aun cuando hay pocas cosas que sepamos con certeza. En un resumen a vuelapluma, se podría afirmar que el apelativo de ibérica se queda corto y que es razonable admitir esta relación clientelar más allá de los iberos a todos

los pueblos peninsulares. También que hay varias referencias distintas al respecto, y hay quien se atreve a señalar que la profunda impresión que la costumbre causó en el mismo Julio César sería el germen que acabaría dando lugar a la guardia pretoriana.

En estas páginas, se ha incluido por el innegable carácter épico de la costumbre y porque, cierta o no, refleja buena parte de lo que se asocia respecto al peculiar carácter de aquellos pueblos.

En cuanto a la ceremonia asociada al juramento, ha de reconocerse que es pura invención. Una elucubración basada en la costumbre de los guerreros de usar brazaletes y algunas ceremonias similares en ciertas tribus centroafricanas.

* * *

Las crónicas mencionan esa curiosa costumbre de los herreros hispanos de la Edad del Hierro de enterrar durante largo tiempo el mineral de hierro para permitir que se fuera oxidando y, como consecuencia, desprendiendo de las partes de peor calidad en la materia prima. Y explican de ese modo la extraordinaria calidad del hierro que se producía en estas zonas.

El proceso en sí resulta apasionante por las muchas preguntas que plantea esa capacidad de nuestros ancestros para producir hojas de tanta calidad. Sin embargo, no eran estas páginas el marco adecuado para extenderse en detalles.

Ahora bien, para cualquier interesado, todo mi ánimo a bucear en los escasos trabajos de arqueología experimental que se encuentran disponibles. Resultan muy ilustradores.

* * *

De las que se conservan, ninguna de las espadas celtas, o asociadas a esta cultura y período, presenta una decoración en el pomo como la de estas páginas. Normalmente, son variantes de un tipo que ha dado en llamarse «de antenas» y que, sin embargo, según los expertos en esgrima, sí podrían haberse usado como arma de percusión. Ahora bien,

tras muchas consultas, y teniendo en cuenta las muestras con las que contamos, resulta plausible que hubiera existido alguna decoración como la propuesta en la novela. En cuanto a forrar la empuñadura con cuero, eso sí está fuera de toda duda y parece ser una práctica extendida, pues se puede datar incluso en las particulares falcatas ibéricas, anteriores al período de la novela.

* * *

Al parecer, no se conserva ninguno de los mapas topográficos que podían haber usado los ingenieros romanos para sus muy diferentes trabajos; sin embargo, la precisión de las obras, algunas de ellas de impresionante envergadura, hacen pensar que, con precursores del teodolito, como la dioptra y otros semejantes, realmente tuvieron que disponer de algún tipo de información codificada en planos o mapas.

* * *

Las descripciones que Plinio el Viejo hace de los trabajos en las minas del paraje que hoy conocemos como Las Médulas apenas dan una idea de la enorme escala. Además, por desgracia, han sido interpretadas de modos distintos por expertos en diferentes campos del conocimiento, lo que ha dado como resultado explicaciones dispares.

Sin embargo, su descripción de hombres colgados en los riscos inmersos en tareas de minería, pese a otras interpretaciones, a mi entender sólo puede tener una explicación razonable: la que han brindado algunos ingenieros de minas que han dedicado grandes esfuerzos a estudiar los textos y el lugar. Esos hombres haciendo de «pájaros» probablemente eran, como se refleja en la novela, topógrafos realizando mediciones que, en buena parte de los casos, debían estar relacionadas con los canales que abastecían de agua la explotación.

* * *

En las descripciones sobre el trabajo del topógrafo en el entorno de Las Médulas (que según algunos expertos bien podrían estar relacionadas con aquel famoso Monte Medulio que supuso el hito para la última lucha de los galaicos contra Roma), ha de reconocerse que se ha abusado un poco del paisaje, casi marciano, del lugar.

Lo más probable es que los topógrafos de las legiones no hubieran hecho sus mediciones en esas tierras ya baldías de la explotación en sí, aunque siempre cabe sospechar que alguna hubiera habido. Lo más razonable es que todo ese trabajo (al estilo de lo que hasta hace unos pocos años se hacía con teodolitos) se hubiera realizado más entre las serranías de los montes Aquilinos. Sin embargo, como bien decía Steven Spielberg respecto a ese curioso final de su gran éxito *Tiburón*, no se puede permitir que la realidad estropee una buena historia. De ahí la bombona de aire comprimido que estalla y destroza al tiburón, pese a que nunca jamás un disparo, ni con una trazadora, ha conseguido algo semejante (de hecho, lo más probable es que la bombona no estallase ni aun conteniendo un gas inflamable, menos aún mero aire comprimido destinado al buceo).

Era necesario, en la segunda parte del segundo acto, resaltar ese carácter alienígena del escenario en el que tenían lugar los hechos. Un elemento habitual a la hora de contar historias, cuando el héroe, al enfrentarse al clímax del segundo acto, debe verse inmerso en un mundo desconocido y amenazador.

* * *

Somos lo que fuimos y seremos lo que somos, sin duda. De los muchos juegos de dados de época romana que se han encontrado en diferentes excavaciones arqueológicas, es rigurosamente cierto que dos de ellos (que sepamos) estaban trucados, cargados, como se suele decir en el argot.

* * *

El asentamiento conocido como Castro dos Castelos, en la parroquia de Galez, del ayuntamiento orensano de Entrimo, es uno de esos maravillosos tesoros que esconde la geografía gallega y que, por desgracia, no ha tenido ocasión de ser estudiado en profundidad.

Se eligió como escenario para el discurso de Niske, inspirado en parte en las que se suponen palabras de Boudica, por su conveniencia geográfica para la trama y por la espectacularidad del entorno del Parque Natural Baixa Limia-Serra do Xures, donde hay mucho que conocer, que ver e incluso que creer, pues no muy lejos hay referencias que podrían indicar antiguos cultos ancestrales tan peculiares como la adoración de serpientes, u ofiolatría; asuntos debatibles desde el punto de vista académico, pero interesantes desde el antropológico.

Es un lugar que se ha limpiado y desbrozado en los últimos tiempos y que permite al visitante adentrarse en un mundo casi mágico.

* * *

En una ocasión, la mayor de mis hijas, cuando aún no sabía nadar, perdió pie en la orilla misma del río, cuando un terrón lodoso, entre las raíces de un árbol, cedió. La pobre chiquilla se asustó tanto que la vaca de juguete que llevaba en las manos se quedó para siempre en el fondo del río, mugiendo a las truchas, que seguirán preguntándose qué clase de pez será aquel bicho.

Antes de que la hermana pequeña gritase, yo ya estaba en el agua intentando que la corriente no robase a mi primogénita. Y, antes de que yo pudiese hacer nada, el agua estalló en mil pedazos cuando el amigo más fiel que he tenido en mi vida se lanzó a ayudar. Cuando logré atrapar el brazo de mi pequeña, allí estaba también, nadando, mi leal Dumas...

El día en que llegó a casa, cuando paseábamos a aquel cachorro por la propiedad para que conociese su hogar, el perrillo intentó cruzar por una de las esquinas de la piscina y se cayó en el agua...

* * *

En Galicia, en muchas partes de esta bellísima y antigua España, sigue habiendo muchos, miles de lugares donde el caminante deja una piedra a su paso para hacer una ofrenda que asegure el destino.

Hay sitios donde la costumbre se ha cristianizado, otros en los que aún se conserva un cierto halo de misterio y se termina por hablar de ellos en programas de madrugada; incluso los hay famosos, como ese, en pleno Camino a Santiago de Compostela, que escolta a los peregrinos que pasan cerca del río Sil, la conocida como Cruz de Ferro.

Yo aún recuerdo cómo, en una pequeña capilla, en la ribera del Miño, en la fuente que se escondía más allá del templo, siendo un niño, mi abuela me hizo buscar un guijarro que dejar encima del parapeto del caño.

* * *

Y para finalizar me gustaría compartir una última reflexión.

El tema central de esta historia es la confrontación entre progreso y civilización frente a tradición y naturaleza; confrontación entroncada con la manida sostenibilidad e incluso con el ecologismo.

Mi admirado Michael Crichton planteó algo similar con el progreso tecnológico en su famosísimo *Parque Jurásico*, preocupado por dejar un legado que por explícito no resultó, en absoluto, esclarecedor.

Su respuesta no se limitó a decantarse por blanco y negro, quedó en la más genuina gama de grises. Según él, las maravillas de la tecnología tenían un lado oscuro que debía hacernos alzar la ceja con respecto a la apabullante idea de que hoy en día todos llevemos en el bolsillo procesadores con mayor capacidad de la que tenían los ordenadores que se emplearon en los primeros tiempos de los viajes espaciales para que el hombre viajase a la luna. Y yo tengo que quedarme del lado del maestro en esta misma diatriba.

Me encanta abrir el grifo y ver salir el agua; es fantástico accionar un interruptor y dejar de estar a oscuras, y, si entorno los ojos, reconozco sin problemas la valía del derecho romano como antecedente de los ordenamientos jurídicos modernos o admiro cómo, todavía en tiempos

medievales, las calzadas romanas seguían siendo las principales vías de comunicación terrestre. Aun así, también puedo ver el lado oscuro, el desapego de la naturaleza, el desprecio hacia lo inferior, la evidente ansia de dominar al distinto. Y no puedo evitar fruncir el ceño. Me da la sensación de que los abundantes casos de saturnismo (el terrible envenenamiento que produce el plomo) en aquella Roma imperial, con casi un millón de habitantes, ponen en tela de juicio el uso del plomo en las tuberías, por maravilloso que fuera disponer de agua corriente. Acaso había también algo de verdad en aquella cultura de los montes del noroeste que veían más razonable acercarse al manantial, pese a que resultase más incómodo. Y debe tener también algo de sentido entender al ser humano como un todo con la naturaleza que lo rodea...

En los últimos años, en diferentes universidades, han aparecido inquietantes estudios que demuestran (a través del análisis de los hielos de lugares como Groenlandia y otras zonas circumpolares) cómo, durante el auge del Imperio romano, hubo un grave problema de aumento de gases de efecto invernadero (especialmente metano), debido sin duda a los procesos industriales, sociales, políticos y económicos de la inmensa maquinaria que mantenía en pie al Imperio. Algo que no volvería a repetirse hasta muchos siglos más tarde.

Algo no tan distinto a lo que está sucediendo hoy en día.

Y, cuando se reflexiona al respecto, no puede evitarse juzgar el presente con la ayuda del pasado y plantearse preguntas cuya respuesta es, como poco, incómoda.

Para mí, al menos, resulta inquietante. En esa otra parte de mi vida más allá de los libros, como piloto de transporte de línea aérea, el trabajo me obliga a gastar toneladas y toneladas de combustible cada vez que hago un vuelo, y, al aterrizar, a veces, no puedo evitar preguntarme si el gasto ha sido razonable, si todos mis pasajeros necesitaban de verdad viajar hasta su destino, si no sería mejor despabilar una industria que, como sucedió con las bombillas incandescentes, se ha conformado por pura comodidad.

Y lo que más me desespera es que soy incapaz de dar con una respuesta. Me siento hipócrita y culpable a un tiempo, por señalar el

problema y no poder ofrecer una solución, y, más que nada, me siento incompetente... Sin embargo, pese a todas esas dudas, vivo perdido en los montes gallegos, rodeado de naturaleza y, con suerte, escuchando de tanto en tanto a los lobos.

* * *

Si ha llegado hasta aquí, querido lector, déjeme decírselo una vez más: gracias, muchas gracias.

Estoy a su disposición en las redes sociales o en mi correo electrónico, francisconarla@francisconarla.com.

OceanofPDF.com